¿Nació Europa en la Edad Media?

Jacques Le Goff



Desde la frustración carolingia hasta la «bella» Europa de las ciudades y las universidades, el profesor Le Goff nos invita a todos los europeos a viajar en el tiempo, con la esperanza de que comprendamos mejor nuestra procedencia y podamos, así, construir mejor nuestro futuro.

El insigne medievalista francés Jacques Le Goff busca en este libro las raíces de la larga historia de la Europa contemporánea. Para ello, pone ante nuestros ojos los rastros y los estratos sucesivos de numerosas mutaciones, desde las ruinas del Imperio romano hasta los grandes descubrimientos del siglo XVI.

El profesor Le Goff revisa ese pasado, lo explora y lo diseccionad para mostrarnos cómo la Europa contemporánea hereda o retoma muchos de los caracteres de aquella «Europa» medieval que no es, desde luego, la nuestra, pero que constituye un hito en su formación: unidad potencial y diversidad fundamental, mestizaje de poblaciones, divisiones y oposiciones este-oeste/norte-sur, primacía unificadora de la cultura, etc.

Desde la frustración carolingia hasta la «bella» Europa de las ciudades y las universidades, el profesor Le Goff nos invita a todos los europeos a viajar en el tiempo, con la esperanza de que comprendamos mejor nuestra procedencia y podamos, así, construir mejor nuestro futuro.



Jacques Le Goff

¿Nació Europa en la Edad Media?

ePub r1.0
Titivillus 09.07.2022

Título original: *L’Europe est-elle née au Moyen Âge?*
Jacques Le Goff, 2011
Traducción: María José Furió Sancho
Retoque de cubierta: lvs008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Índice de contenido



A Bronislav Geremek



Prefacio

EUROPA SE ESTÁ CONSTRUYENDO. Esta gran esperanza sólo se realizará si se tiene en cuenta el pasado: una Europa sin historia sería huérfana y desdichada. Porque el hoy procede del ayer, y el mañana surge del hoy. La memoria del pasado no debe paralizar el presente, sino ayudarle a que sea distinto en la fidelidad, y nuevo en el progreso. Europa, entre el Atlántico, Asia y África, existe desde hace mucho tiempo, dibujada por la geografía, modelada por la historia, desde que los griegos le pusieron ese nombre que ha perdurado hasta hoy. El futuro debe basarse en esa herencia que, desde la Antigüedad, incluso desde la prehistoria, ha convertido a Europa en un mundo de riqueza excepcional, de extraordinaria creatividad en su unidad y su diversidad.

La colección «La construcción de Europa», surgida de la iniciativa de cinco editores de lenguas y nacionalidades diferentes —Beck de Munich, Basil Blackwell de Oxford, Crítica de Barcelona, Laterza de Roma y Bari y Le Seuil de París—, pretende mostrar la evolución de Europa con sus indudables ventajas, sin disimular por ello las dificultades heredadas. El camino hacia la unidad del continente ha estado jalonado de disputas, conflictos, divisiones y contradicciones internas. Esta colección no las piensa ocultar. Para acometer la empresa europa hay que conocer todo el pasado, con una perspectiva de futuro. De ahí el título «activo» de la colección. No hemos creído oportuno escribir una historia sintética de Europa. Los ensayos que proponemos son obra de los mejores historiadores actuales, sean o no europeos, sean o no reconocidos. Ellos abordarán los temas esenciales de la historia europea en los ámbitos económico, político, social, religioso y cultural, basándose tanto en la larga tradición historiográfica que arranca de Heródoto,

como en los nuevos planteamientos elaborados en Europa, que han renovado profundamente la ciencia histórica del siglo XX, *sobre todo en los últimos decenios. Son ensayos muy accesibles, inspirados en un deseo de claridad.*

Y nuestra ambición es aportar elementos de respuesta a la gran pregunta de quienes construyen y construirán Europa, y a todos los que se interesan por ello en el mundo: «¿Quiénes son los europeos? ¿De dónde vienen? ¿Adónde van?».

JACQUES LE GOFF



Introducción

TODO LIBRO DE HISTORIA, por muy lejano en el tiempo que sea el período de que trate, guarda relación con el presente. Este libro se sitúa en principio dentro de la coyuntura europea actual. Lo escribo entre 2002-2003, entre la adopción por una parte de los Estados europeos de una moneda común y la ampliación de la Unión Europea a varios Estados del centro-este de Europa. Por otra parte, este libro aparece publicado dentro de la colección «La construcción de Europa» que subraya la intención, a través de la colaboración de cinco editores de distintas lenguas, de crear un ámbito común cultural y cuyo título expresa de manera diáfana la voluntad de editores y autores de contribuir a iluminar las condiciones de la construcción de una Europa común, dentro del respeto a la verdad histórica y a la imparcialidad del historiador.

Es éste un ensayo que no pretende abrumar con la erudición, y que tampoco presenta una historia continua de la Edad Media europea, ni del conjunto, y menos aún el detalle, de los principales aspectos de esta historia.

Este ensayo pretende ilustrar la idea de que la Edad Media es la época en que apareció y se gestó Europa como realidad y como representación y que constituyó el momento decisivo del nacimiento, infancia y juventud de Europa, sin que los hombres de esos siglos albergaran la idea o la voluntad de construir una Europa unida. Sólo el papa Pío II (Eneas Silvio Piccolomini, papa entre 1458 y 1464) tuvo una idea clara de Europa. Pío II redactó un texto titulado *Europa* en 1458, seguido de un *Asia* en 1461. Este recordatorio muestra la importancia del diálogo Europa-Asia. La Edad Media como época del nacimiento de Europa ha sido ampliamente recordada tanto en vísperas como después de la segunda guerra

mundial, en un período de efervescencia de la reflexión sobre Europa y de los proyectos económicos, culturales y políticos elaborados dentro de un marco europeo. Dos especialistas del siglo XVI han sido los autores de los ensayos más sugestivos sobre la «idea» europea, el británico Denis Hay en *Europe. The Emergence of an idea* (1975) y el italiano Federico Chabod, en *Historia de la idea de Europa* (1961), donde recopila las clases universitarias que impartió en los años 1943-1944 y 1947-1948. Sin embargo, este nacimiento medieval de Europa fue una idea propuesta concretamente en vísperas de la segunda guerra mundial por dos grandes historiadores franceses, fundadores de la revista *Annales* que renovó la historiografía: Marc Bloch, que escribió «Europa surgió cuando el imperio romano se desmoronó», y Lucien Febvre, que recogió la frase añadiendo: «Digamos mejor que Europa se convierte en posibilidad en cuanto el imperio se disgrega». Lucien Febvre, en la primera lección de su curso impartido en el Collège de France en 1944-1945 (*Europa. Génesis de una civilización*, p. 45), escribió: «A lo largo de toda la Edad Media (una Edad Media que conviene prolongar hasta muy entrados los tiempos modernos), la acción poderosa del cristianismo, al permitir el incesante paso, por encima de las fronteras mal establecidas de unos reinos caleidoscópicos, de grandes comentes de civilización cristiana despegadas del suelo, contribuyó a dar a los occidentales una conciencia común, por encima de las fronteras que les separan, una conciencia que, paulatinamente laicizada, se convirtió en una conciencia europea».

Marc Bloch, sobre todo, tuvo una percepción europea de la Edad Media. En el Congreso Internacional de las Ciencias Históricas, celebrado en Oslo en 1928, leyó una comunicación que llevaba por título «Por una historia comparada de las sociedades europeas», que sería publicada en la *Revue de la Synthèse historique* en diciembre del mismo año. Bloch recogía este «proyecto de una enseñanza de historia comparada de las sociedades europeas» en el fascículo de presentación de su candidatura al Collège de France

en 1934. En él decía principalmente: «El mundo europeo, en tanto que europeo, es una creación de la Edad Media que, casi simultáneamente, rompió la unidad, al menos relativa, de la civilización mediterránea y lanzó, mezclados en el crisol, los pueblos antaño romanizados con los que Roma no había conquistado nunca. Entonces nació Europa en el sentido humano de la palabra… Y desde entonces ese mundo europeo, así definido, no ha dejado de verse recorrido por comentes comunes[1]».

Estos esbozos de Europa y estas estructuras en espera de lo que llegaría a ser Europa a partir del siglo XVIII (el adjetivo «europeo» aparece en francés en 1721 y la expresión «a la europea» en 1816) no son en absoluto un proceso lineal y tampoco legitiman la idea de una entidad inscrita obligatoriamente en la geografía y en la historia. La Europa de hoy está todavía por hacer y por pensar. El pasado propone, pero no impone, el azar y el libre arbitrio humano crean el presente tanto como su continuidad.

Este libro se esforzará en mostrar cómo fueron los esbozos medievales de Europa y qué fue lo que más o menos combatieron y deshicieron en un proceso no continuado de avance y retroceso.

Pero también intentará probar que el período comprendido entre los siglos IV y XV fue esencial hasta el punto de que de todas las herencias activas en la Europa de hoy y de mañana, la medieval es la más importante.

La Edad Media puso en evidencia y a menudo conformó las características reales o problemáticas de Europa: la imbricación de una unidad potencial con una diversidad fundamental, el mestizaje de poblaciones, las divisiones y oposiciones oeste-este y norte-sur, la indecisión de la frontera oriental, la primacía unificadora de la cultura. Este libro recurrirá también a lo que denominamos hechos históricos, así como a las representaciones que son en definitiva fenómenos de mentalidad. La formación de estas mentalidades, de este imaginario especialmente vívido en la Edad Media es un elemento esencial de la génesis de Europa como realidad y como idea. Desde el principio de este libro conviene ser consciente de que

la frontera es, al referirnos a la Edad Media, voluble entre la realidad y la representación. La frontera estricta, lineal, tal y como el *limes* romano la dibujó sobre largas distancias, desapareció, siendo eco de la permeabilidad entre el aquí abajo y el más allá. La escalera de Jacob a lo largo de la cual suben, bajan, se cruzan ángeles y hombres es una visión cotidiana entre los hombres y mujeres de la Edad Media. La frontera de tipo moderno, lineal, apoyada en una línea de postes o límites aparece tardíamente y de forma parcial en la Edad Media, ligada a la construcción de los Estados. La creación de las aduanas con el despertar de la economía y la constitución de economías más o menos nacionales no se produjeron hasta el cambio del siglo XIII al XIV. La anexión del Rosellón o el Languedoc francés a finales del siglo XII, los conflictos entre mercaderes catalanes, el rey de Aragón y el rey de Mallorca por la supresión de tasas sobre las mercancías catalanas en el puerto de Colliure, que era entonces el último puerto ante el Mediterráneo francés, muestran cómo se elaboró a tientas y a través de sucesivos enfrentamientos la realidad de las fronteras en la Edad Media. Los medievalistas han rechazado con buen tino la noción americana elaborada por el historiador Turner para el *Far West*, que no es de aplicación a la historia europea, y han subrayado que lo que actúa como frontera en la Edad Media hasta el establecimiento tardío de los Estados son zonas de encuentro, lugares de enfrentamiento, pero también de intercambios y de mezclas, que Carlomagno, a principios del siglo IX, transformó en las «marcas» cuya importancia en la Europa medieval merece destacarse. La marca, tal y como efectivamente demostró Jean-François Lemarignier, fue un lugar privilegiado de las instituciones feudales, allá donde el vasallo prestaba a su señor «el homenaje en marca», y podemos adelantar que esta imprecisión, esta permeabilidad de las pseudofronteras, favoreció la constitución de una Europa mestiza. En cuanto a los ríos, esos ríos que tan a menudo funcionaban como fronteras, eran más lugares «neutros» de encuentro entre personajes poderosos (el emperador y el rey de Francia, por ejemplo) que murallas líquidas.

El reino de *Francie* occidental, y luego de Francia, estaban entonces limitado al este por los Cuatro Ríos, el Escauto, el Mosa, el Saona y el Ródano. Daniel Nordman ha señalado cómo en el cronista Froissart, el más «europeo» de todos los cronistas del siglo XIV, el término más usado para lo que nosotros llamamos frontera es «marca», mientras que «frontera» quedaba reservado a una frontera guerrera, es decir a un «frente».

Antes de ir a buscar Europa en la Edad Media conviene observar que se han utilizado algunas nociones contradictorias, bien en la Edad Media, o bien por parte de los historiadores modernos. Como ya hemos visto, y como volveremos a ver, la noción de Europa se oponía a la de Asia y, de manera más general, a la de Oriente. El término Occidente puede entonces designar un territorio que es esencialmente el de Europa. Este uso de Occidente, sin haberse extendido en la Edad Media, quedó reforzado en el imaginario por la división de la cristiandad entre el Imperio bizantino y la cristiandad latina, correspondiente a un Imperio de Oriente y a un Imperio de Occidente. Ahí está la gran cesura que la Edad Media entregó, agravada desde el Imperio romano, entre una Europa del este y una Europa del oeste, una cesura lingüística, religiosa y política. El carácter «occidental» de la Europa cristiana latina que está en el origen de la Europa actual se ha visto acentuado por una teoría elaborada por algunos intelectuales cristianos en los siglos XII y XIII. Se trata de la idea de una transferencia del poder y de la civilización desde el este hacia el oeste. *Translatio imperii, translatio studii*, que subrayan la transferencia de poder del Imperio bizantino al imperio germánico y el del saber de Atenas y de Roma a París. Este camino rumbo al oeste de la civilización ciertamente contribuyó a crear entre muchos europeos de los siglos posteriores la idea de una superioridad de la cultura europea occidental.

Al contrario de lo que se acostumbra a creer, esta noción no data de los primeros siglos del cristianismo. Es cierto que en la época de Carlomagno se hablaba de imperio cristiano, pero hay que esperar a la cristiandad conquistadora del siglo XI, lo que se conoce como la

reforma gregoriana, a la acción de la gran orden religiosa de Cluny y a la ideología de la cruzada, para imponer el término de cristiandad con objeto de designar el territorio que se convertirá en la matriz de Europa. Este término de cristiandad puede inducir a confusiones. No se trata de negar la importancia capital que tuvo el cristianismo en la construcción de Europa y la conciencia identitaria de los europeos. Incluso después de que el espíritu de las Luces y el laicismo se impusieran en Europa, ese fondo cristiano, confeso o subyacente, ha resultado esencial. Pero la cristiandad no ha sido más que un largo episodio, muy importante, de una historia que empezó antes del cristianismo y que prosiguió después del reflujo del cristianismo. Notemos por último, para destacar la fragilidad de las denominaciones, que en la época de las cruzadas los musulmanes denominaron globalmente a los cristianos «los francos», igual que los cristianos hablaban de «sarracenos» (un término que designaba a una tribu árabe, aplicado por los bizantinos y luego por los occidentales a todos los musulmanes) o de «moros» o «morenos», el término «morisco» legado por los españoles para designar a los musulmanes.

Si se pretende, como es el caso en este libro, hablar de la historia de Europa, es preciso esclarecer previamente la historia del término Europa; pues el historiador, como los clérigos de la Edad Media, considera que la existencia está ligada al nombre. Dios lo había mostrado en el Génesis, pero al mismo tiempo, es obligado señalar que los nombres que parecen más firmes han sido alterados por la historia, y que esos avatares resultan reveladores de una cierta fragilidad de las personas o de las realidades que son sus portadores.



Preludios: Antes de la Edad Media



LA HISTORIA DE EUROPA OBLIGA al historiador y a sus lectores a situarse en la larga duración. Más allá de los siglos que desde el IX al XV cubren la Edad Media tradicional, importa hablar de los esbozos de Europa durante este período manteniendo en mente las herencias de las civilizaciones anteriores que la Edad Media ha investido de una conciencia potencialmente europea. Una parte del impacto que tuvo la Edad Media sobre la construcción de Europa deriva de que no se limitó a asumir pasivamente las herencias anteriores, sino que su concepción del pasado le empujó a recoger consciente y voluntariamente, por más que realizase alguna selección entre ellos, una parte importante de ese pasado para alimentar el futuro que estaba preparando. A pesar de los grandes progresos recientes de la prehistoria, para decir lo que la Edad Media transmitió acerca de la herencia anterior habría que llevar a cabo una investigación para la cual carezco de competencia, y para la que tampoco hay lugar en este ensayo. Diré, sin embargo, que algunos de los grandes acontecimientos de la prehistoria acaecidos en Europa fueron recogidos por los siglos medievales. La Edad Media fue, sobre todo por la noción de renacimiento, pero también de una manera más difusa, un barquero de la Antigüedad. Pienso en la importancia de la agricultura, por más que en lo esencial se tratase de un préstamo a la prehistoria mesopotámica. Pienso en el desarrollo de la ganadería, sobre todo en el área mediterránea, la presencia a continuación de los metales que dio paso al nacimiento de esas metalurgias que los bárbaros importaron en la Europa medieval. Metalurgia que en principio utilizaron para fabricar armas, en particular la espada de doble filo, el instrumento de las conquistas de los invasores y que luego garantizó a la

civilización medieval sus éxitos en el terreno del armamento y del utillaje.

La geografía

No hay que olvidar que la primera de esas herencias es la geografía. Conviene recordar los datos geográficos que les fueron impuestos a los hombres y mujeres de la Edad Media, de los que sacarán partido en beneficio de Europa. Europa es el extremo del continente eurasiático. Presenta una diversidad de suelos y relieves que fijan en la geografía esa diversidad que sin duda es una de las características de Europa. Pero al mismo tiempo, se imponen algunos rasgos geográficos unificadores. La extensión de las llanuras favorecería la cultura cerealista desarrollada en la Edad Media y sigue siendo en la actualidad uno de los puntos fuertes, aunque controvertido, de la economía europea comunitaria. Está también la importancia de los bosques que, con la penetración, la explotación y el desbroce, harán del bosque medieval un mundo de doble cara, el de la abundancia en madera, caza, miel, cerdos cruzados con jabalíes, y el de la vida salvaje, una dualidad que ha pervivido hasta la Europa de hoy. Otro aspecto geográfico Unificador de Europa evidente en la Edad Media es la presencia del mar y la longitud de las costas que, pese al miedo que inspiraban, serán dominados a través de importantes innovaciones tecnológicas, ya se trate del gobernalle de codaste o de la brújula traída de China. Del mismo modo, los hombres y mujeres de la Edad Media advertirán y utilizarán las ventajas del clima, uno de los rasgos del carácter templado europeo. De este clima templado, los hombres y mujeres medievales supieron loar las estaciones intermedias, la primavera y el otoño, que han ocupado siempre un lugar preeminente en la literatura y la sensibilidad europeas. La Edad Media no fue sensible a las preocupaciones ecológicas, cuyo nacimiento se remonta a apenas un siglo atrás. Pero la búsqueda de la soledad por parte de los monjes y el desarrollo demográfico que se produjo a partir del

siglo XI causaron ciertos daños que llevarán a las ciudades, en particular en la Italia del norte a partir del siglo XIV, a dictar medidas de protección de los bosques que se verán amenazados por un inicio de deforestación.

Las herencias antiguas

La Edad Media manifiesta de manera más perfilada su condición de transmisora de valores y de logros del pasado a Europa en el traspaso de esas herencias. La primera de estas transmisiones es la de su propio nombre. Europa empezó siendo un mito, un concepto geográfico. El mito decide que Europa nazca en Oriente. En la más antigua capa de civilización surgida en el territorio de lo que llegará a ser Europa es donde aparecen la palabra y la idea: la mitología griega, si bien se trata de un préstamo tomado de Oriente: en el siglo XIII a. C, se adoptó el término semítico con el que los marinos fenicios designaban la puesta de sol. Europa surgió como la hija de Agenor, el rey de Fenicia, el Líbano actual. Fue raptada por Zeus, el rey de los dioses griegos, que se enamoró de ella. Metamorfoseado en toro, la llevaría a Creta y de sus amores nacería Minos, el rey civilizador y legislador que después de su muerte se convertiría en uno de los tres jueces de los Infiernos. Los griegos dieron, por lo tanto, el nombre de europeos a los habitantes del extremo occidental del continente asiático.

Para los griegos, el contraste entre Oriente y Occidente (con el que se confunde Europa) encama el conflicto fundamental de las civilizaciones. El célebre médico griego Hipócrates que vivió a finales del siglo V y principios del IV a. C., opone europeos y asiáticos a la luz de los conflictos que levantaron a las ciudades griegas contra el imperio persa y que constituyen sin duda la primera manifestación del antagonismo Occidente-Oriente: las guerras medas, donde el David griego venció en Maratón al Goliat asiático. Según Hipócrates, los europeos son valientes pero guerreros, belicosos, mientras que los asiáticos son sensatos, cultivados pero pacíficos y hasta sin nervio. Los europeos defienden la libertad y están dispuestos a luchar y a morir por ella. Su régimen

político preferido es la democracia, mientras que los asiáticos aceptan fácilmente la servidumbre a cambio de la prosperidad y la tranquilidad.

Esta imagen referida a los orientales ha perdurado al correr de los siglos: en el XVIII, los filósofos europeos de las Luces construyeron la teoría del despotismo ilustrado, el régimen político que mejor se habría aclimatado en Asia; dentro de esa línea, en el siglo XIX el marxismo definirá un modo de producción asiática, base de regímenes autoritarios. La sociedad medieval, sociedad de guerreros al lado de campesinos, no desmentirá a Hipócrates y así transmite a través de las canciones de gesta la imagen del héroe guerrero cristianizando a Europa.

La Grecia antigua le ha dejado, por lo tanto, una doble herencia a Europa, la de la oposición a Oriente, a Asia, y la del modelo democrático. La Edad Media ignoró el modelo democrático, que sólo volverá bajo formas mejoradas a Europa con la Revolución Francesa. La oposición a Oriente se fortaleció, en cambio, en el Occidente medieval; o mejor dicho, la Edad Media considerará al menos dos orientes. El primero, el más cercano, es el mundo griego bizantino, que hereda la oposición entre griego y latino legada por el Imperio romano. La fortalece a través de la oposición creciente entre cristianismo romano y cristianismo ortodoxo, y no siente verdaderamente ningún tipo de solidaridad cristiana. La expresión extrema de esta hostilidad quedaría de manifiesto en 1204 cuando los latinos de la cuarta cruzada vuelvan a Constantinopla para conquistarla y saquearla.

Detrás de este Oriente griego había para los occidentales de la Edad Media uno más lejano. Durante bastante tiempo será una imagen ambigua. Por una parte, un foco de desgracias y de amenazas, pues de Oriente llegan las epidemias y las herejías; en el extremo oriental de Asia presionan los pueblos destructores de Gog y de Magog que el Anticristo liberará al final de los tiempos, y a quienes los occidentales creerán reconocer en el siglo XIII bajo los rostros de los invasores mongoles. Pero Oriente es también un

horizonte onírico, un depósito de maravillas, el país del Preste Juan, aquel sacerdote-rey detentador de tesoros y modelo político que en el siglo XII seducirá a la cristiandad. Por último, los geógrafos griegos de la Antigüedad legaron a los hombres de la Edad Media un saber geográfico, cargado de problemas que perduran aún hoy. Si al norte, al oeste y al sur, el mar forma la frontera natural de Europa, impuesta por la debilidad del saber náutico y de los navíos occidentales de la Edad Media, ¿cuál es la frontera al este? Aunque tengamos en cuenta lo dicho sobre el carácter difuso que durante mucho tiempo tuvieron las fronteras medievales, el frente oriental de la Europa medieval plantea el problema más grave. Los clérigos de la Edad Media adoptaron de forma generalizada las opiniones de los geógrafos griegos antiguos. Para ellos, la frontera entre Europa y Asia era el río Tanais, el Don, que desemboca en el mar de Azov, lo cual incluye a Bielorrusia y a la actual Ucrania, pero toca apenas a Rusia. En todo caso, en la Edad Media no puede hablarse de Europa desde el Atlántico hasta el Ural. Pero, más allá del Imperio bizantino aparece, a lo largo de la Edad Media, otro Oriente, más real y amenazante si cabe. Es el Oriente musulmán, que sumerge y sustituye en el siglo XV a los bizantinos por los turcos, destinados a ser la pesadilla plurisecular de Europa.

Conviene distinguir las cuatro herencias principales entre las herencias antiguas transmitidas y a menudo vivificadas por los hombres de la Edad Media.

La primera es la herencia griega. Grecia lega a la Edad Media la persona del héroe que, como veremos, se cristianiza al convertirse en mártir y santo; el humanismo también se modifica con el cristianismo, hasta el punto que en el siglo XII se hablará de socratismo cristiano; el edificio religioso que pasa de ser templo a iglesia, bien después de una destrucción, bien después de su reutilización; el vino que a través de los romanos se convierte en bebida de la aristocracia y en el líquido sagrado de la liturgia cristiana. Hay que añadir, junto con la ciudad (*polis*), antepasado lejano de la ciudad medieval, la palabra democracia, que sólo se

encarnará después de la Edad Media, y desde luego el nombre de Europa.

La herencia romana es mucho más rica, pues la Europa medieval deriva directamente del Imperio romano. La primera herencia capital es la lengua, vehículo de civilización. La Europa medieval habla y escribe en latín y, cuando el latín retroceda frente a las lenguas vulgares después del siglo X, las lenguas llamadas románicas —francés, italiano, español, portugués— perpetuarán esa herencia lingüística. Las restantes partes de Europa se beneficiaron en menor grado de esta cultura latina, especialmente en las universidades, en la iglesia, en la teología, así como en el vocabulario científico y filosófico. A los hombres de la Edad Media, guerreros en esta tradición europea, los romanos les legan su arte militar, tanto más cuanto que el autor tardío (alrededor de 400 d. C), de un tratado del arte militar, Vegecio, fue el inspirador de las teorías y prácticas militares de los hombres de la Edad Media. Más aún, los romanos legan a los hombres de la Edad Media la arquitectura que recuperarán y desarrollarán a partir del año 1000; la Edad Media heredó de los romanos la piedra, la bóveda y el muy influyente manual de su teórico Vitrubio. Los medievales son tan sólo herederos parciales de las grandes obras romanas. Marc Bloch ha subrayado hasta qué punto el camino medieval es diferente del camino romano. Éste tenía ante todo objetivos militares y disponía de un saber técnico superior, lo cual explica las carreteras rectas y pavimentadas. Los hombres y mujeres de la Edad Media caminaban o conducían sus carretas, utilizaban asnos y caballos por caminos de tierra, no rectilíneos, desplazándose a tenor de las iglesias que debían visitar y de los mercados móviles que debían frecuentar. No obstante, los fragmentos de las carreteras romanas que aún subsisten se mantienen como puntos de referencia simbólicos. Herencia también de la Antigüedad romana, aunque siempre cambiante, la oposición y complementariedad entre ciudad y campo. La oposición *urbs-rus* prosigue bajo otras formas con su dimensión cultural de oposición entre urbanidad y rusticidad. Después de ser

ruralizada, Europa se urbaniza. Guerreros y campesinos, la aristocracia que en general habitaba, salvo en Italia, en los castillos-fortaleza levantados en el campo, sienten una cierta envidia, pero también cierta hostilidad en relación a los ciudadanos y su ociosidad; éstos, a cambio, desprecian a los zafios campesinos, sobre todo porque la cristianización había empezado en las ciudades, de modo que los campos seguirían siendo durante mucho tiempo paganos —*paganus*—: pagano y campesino (*païen-paysan*) es la misma palabra.

Veremos que la Edad Media fue una época de intensa creación del Derecho, y dentro de esta elaboración jurídica, la herencia y el renacimiento del derecho romano tuvieron sin lugar a dudas un importante papel. La primera universidad, nacida en el siglo XII, Bolonia, enseñaba esencialmente Derecho y su reputación la convierte en foco europeo de esta materia.

Entre las elecciones culturales esenciales que el cristianismo medieval hizo se encuentran en principio, y sobre todo, las clasificaciones científicas y los métodos de enseñanza. Impartida por un rétor latino cristiano del siglo V d. C., Martianus Capella, la clasificación y práctica de las artes liberales dominan la enseñanza medieval. Divididos en dos ciclos, el del *trivium*, o artes de la palabra (gramática, retórica, dialéctica) y los del *quadrivium* o artes de los números (aritmética, geometría, música, astronomía), esas artes liberales recomendadas por san Agustín proporcionarán en los siglos XII y XIII el fundamento de la enseñanza universitaria en la facultad propedéutica llamada Facultad de las Artes.

Dentro de la perspectiva propia de este libro de poner de relieve las palabras, las ideas y el imaginario que, tanto como las estructuras materiales, conforman la base del sentimiento europeo, debo señalar simplemente que el nombre que se convertirá en la denominación común del emperador y de la persona que simboliza el poder supremo es el mismo que los romanos adoptaron para sus emperadores, César. Esta herencia permite designar, incluso en las lenguas vernáculas, a los emperadores, «káiser» entre los

germanos y eslavos, más tarde «zar» entre los rusos, serbios y búlgaros. Y también griegos y romanos legaron a Europa, para designar al mal rey, el término de «tirano». Así se mantiene una tradición simbólica, política.

Hay que mencionar asimismo una herencia que se difundió en la Edad Media de manera más discreta y a veces inconsciente. Es la «ideología trifuncional indoeuropea» cuya amplia difusión desde tiempos muy antiguos ha subrayado con insistencia Georges Dumézil. Entre los siglos IX y XI un cierto número de autores cristianos, herederos de esta concepción, describen cualquier tipo de sociedad, y en particular aquella en la que ellos viven, como la reunión de hombres especializados en las tres funciones necesarias para el buen funcionamiento de una sociedad. La expresión más nítida y exitosa dentro de la historiografía es la que usa el obispo Adalberon de Laón en su poema dedicado al rey Roberto el Piadoso de 1027. Según él, una sociedad bien organizada comprende sacerdotes (*oratores*, los que oran), guerreros (*bellatores*, los que luchan) y trabajadores (*laboratores*, los que trabajan). Esta clasificación, que fue adoptada por muchos clérigos medievales para describir y comprender su sociedad, plantea algunos problemas, sobre todo en cuanto a la definición de *laboratores*. Existen varias interpretaciones contradictorias. Para unos, los *laboratores* no están en el mismo plano que las dos primeras categorías, a las que están sometidos, y se trata esencialmente de la masa campesina. Para otros, entre los cuales me encuentro, el conjunto del esquema designa tres élites en pie de igualdad. Y los *laboratores* constituyen la parte superior productiva, innovadora, de la capa campesina y artesanal, a lo que yo llamaría sin más los productores, emblemas también de una cierta promoción del trabajo dentro de la ideología y la mentalidad medievales en torno al año 1000.

Finalmente, hay una última herencia de importancia capital: la herencia «bíblica». Transmitida a la gente de la Edad Media no por los judíos, de los que los cristianos se alejan paulatinamente y muy

rápido, sino por los cristianos de los primeros siglos; y la herencia del Antiguo Testamento, a pesar del fortalecimiento de los sentimientos antijudíos, es hasta finales de la Edad Media uno de los aspectos más fuertes y ricos, no solamente de la religión sino del conjunto de la cultura medieval. Se han escrito libros sobre la Edad Media y la Biblia, pero me limitaré a recordar aquí que el Antiguo Testamento supone en primer lugar la proclamación del monoteísmo. Podemos decir que, por mediación del cristianismo, Dios entra en el pensamiento y en la historia de Europa. En la Edad Media la Biblia se entiende y se utiliza como una enciclopedia que encierra todo el saber que Dios transmitió a los hombres. Es también un manual fundamental de historia que, después de los patriarcas y profetas, desarrolla el sentido de la historia desde el advenimiento de la realeza con Saúl y David. La recuperación de la unción de la consagración por los pipínidas y los carolingios marca la recuperación del curso normal de la historia querida por Dios. Es preciso no olvidar que la memoria histórica, convertida en un elemento esencial de la conciencia europea, tiene una doble fuente: el griego Heródoto, padre de la Historia, pero también la Biblia.

El guión de la génesis medieval de Europa

Me gustaría evocar ahora lo que, en una sucesión de períodos, aporta la Edad Media a la calidad de estratos que formarán uno tras otro las bases de Europa.

Un primer estrato se formó durante el período de las invasiones e instalaciones de los bárbaros en el antiguo Imperio romano, desde el siglo IV al VIII. Es la concepción de Europa. Luego se instala en los siglos VIII al X el estrato carolingio. Es una Europa abortada, pero que deja una herencia. Alrededor del año 1000 aparece una Europa soñada y potencial. Le sucede la Europa feudal de los siglos XI al XIII. En el siglo XIII aparece la Europa deslumbrante de las ciudades, de las universidades y de la escolástica, de las catedrales y del gótico. Por último, las duras pruebas sufridas durante los siglos XIV y XV sacuden sin destruirlas las estructuras preeuropeas.

El esqueleto de este libro que se construye, creo, conforme al movimiento de la historia, mediante fases cronológicas y estratos, acarreará sucesivos barridos de capas históricas que, así lo espero, no cansarán al lector, pues le introducen en el corazón de los nuevos rostros y de las nuevas incertidumbres que caracterizan el espacio europeo.

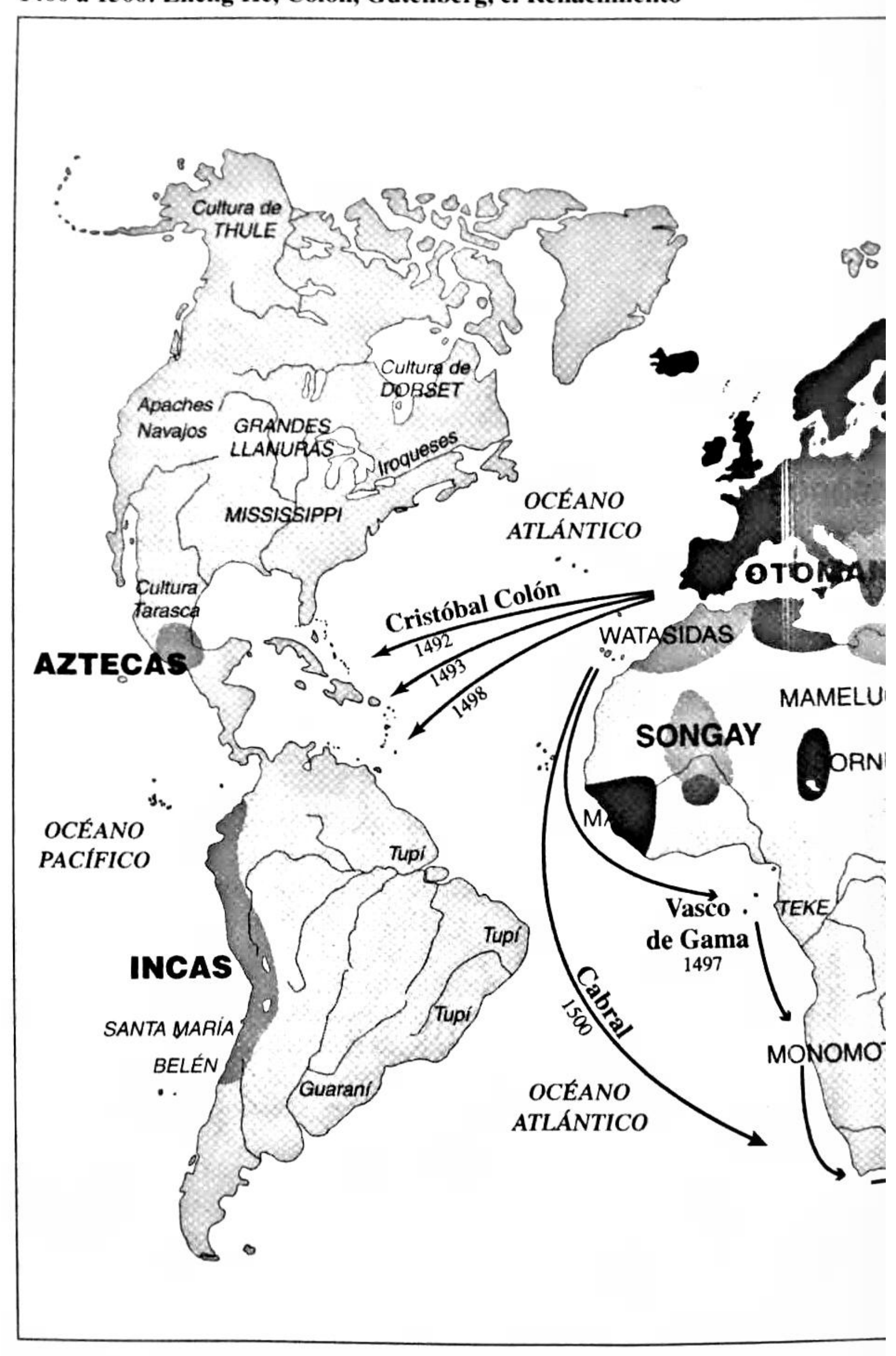
Siglos V-VI: las invasiones bárbaras inauguraron el mestizaje medieval

Las invasiones bárbaras

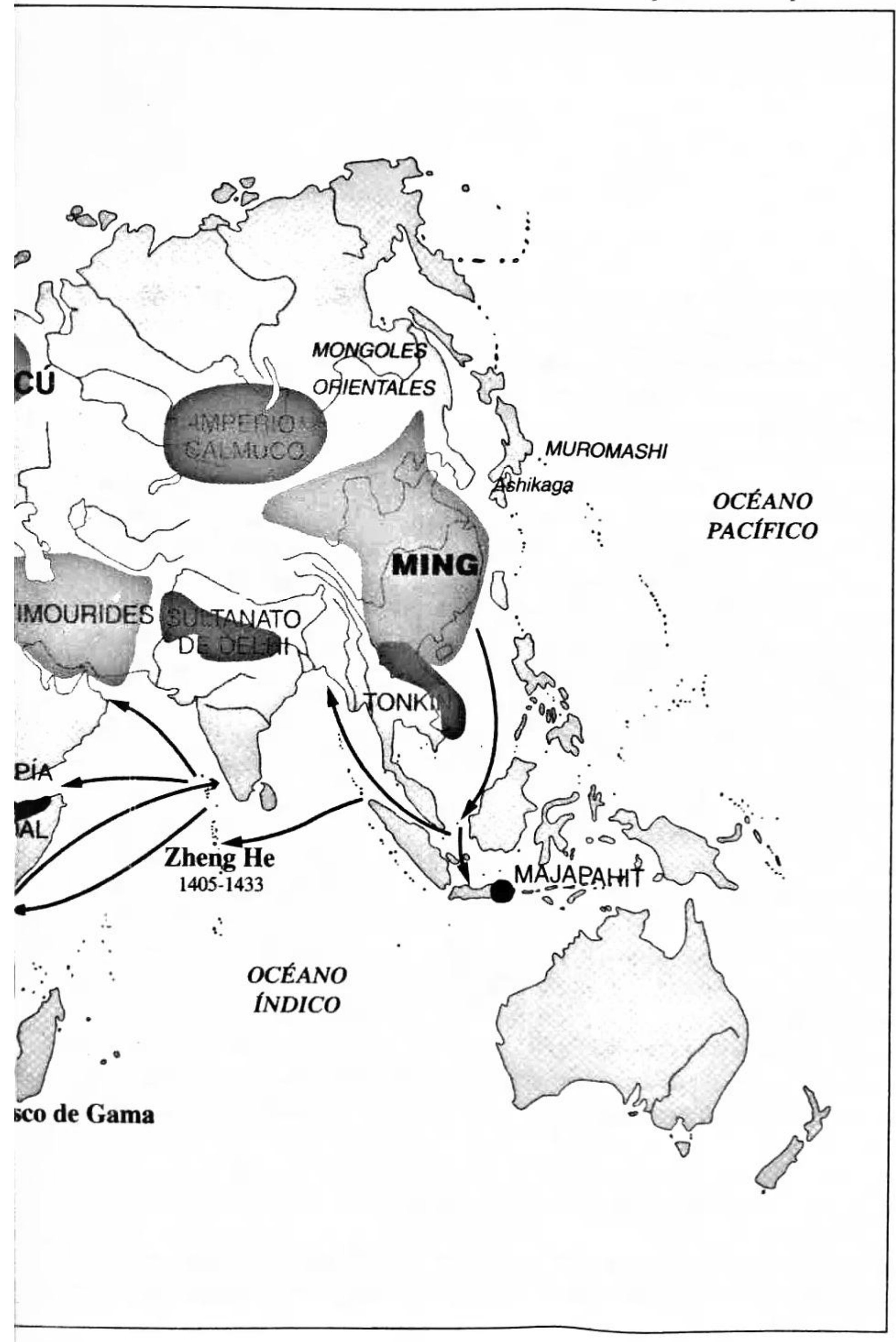
ALANOS Pueblos bárbaros
Invasión vándala de 406
Reino de los vándalos (extensión máxima)
Invasión de los hunos
Regiones dominadas por los hunos
Germanos
División del imperio romano entre Arcadio (Oriente) y Honorio (Occidente) en 395
Limes
★ Batallas
0 1000 km

FUENTE: Georges Duby, *Atlas histórico mundial*, Debate, Madrid, 1995, p. 36.

Europa en el mundo entre la Edad Media y los timepos moderno
1400 a 1500: Zheng He, Colón, Gutenberg, el Renacimiento



Entre una América que agrupa a tribus indígenas, a los imperios Inca y Azteca, y el Extremo Oriente de los Ming, la pequeña Europa descubre nuevos continentes, mientras las embajadas del chino Zheng He en el Próximo Oriente y África son inminentes. El Imperio Otomano y el Estado moscovita cierran el paso de Europa al este.



FUENTE: Jacques Bertin, *Atlas historique universel, Ginebra (Suiza)*, Minerva, 1997, p. 116.




CAPÍTULO UNO
La concepción de Europa (Siglos IV-VIII)




EL PASO DE LA ANTIGÜEDAD A LA EDAD MEDIA, convención historiográfica, parece una realidad indiscutible para quien pretende comprender el desarrollo histórico europeo. Y ello a condición de abandonar las nociones simplistas que se han dado a lo largo del siglo XVII hasta mediados del siglo XX y que consideraban este paso un acontecimiento cataclísmico. Así, un historiador famoso pudo escribir: el Imperio romano no murió de muerte natural, fue asesinado. Y de este asesinato habría nacido la Edad Media. Los historiadores creen hoy que el paso de la Antigüedad a la Edad Media fue el resultado de una larga evolución positiva, por más que estuviera marcada por episodios violentos y espectaculares. Es para subrayar este cambio de concepción por lo que, para designar el período que se extiende desde el siglo IV al VIII, hoy se emplea con suma facilidad la expresión Antigüedad tardía. Me parece mejor adaptada a la manera como la historia evoluciona en general, pues las revoluciones pueden ser escasas y a veces ilusorias, pero si el nacimiento de la Edad Media no fue rápido, sí es cierto que alteró en sus fundamentos la historia de las regiones occidentales del continente eurasiático. El historiador americano Patrick Geary ha demostrado muy bien que el período merovingio no era todavía la Edad Media estrictamente hablando, sino precisamente esta Antigüedad tardía que es una transición de larga duración donde empieza a aparecer Europa. Esta aparición se produce en medio de la cristianización del Imperio romano que, como bien sabemos, se sitúa entre el reconocimiento de la religión cristiana por el emperador Constantino, en el llamado edicto de Milán de 313, y la adopción por parte del emperador Teodosio I, muerto en 395, del cristianismo como religión oficial, es decir, como

religión de Estado. Lo que mejor señala el vínculo entre esta decisión y la historia de Europa es que, a su muerte, Teodosio divide el Imperio romano en dos partes, situando en cada una de ellas a uno de sus hijos como emperador: Honorio en Occidente, Arcadio en Oriente. A partir de ahora, la Europa que nos interesa es la evolución de este Imperio de Occidente.

La cristianización, san Agustín

La emergencia de la Europa de cuya evolución vamos a ocuparnos ahora se produjo a través de dos fenómenos esenciales en este período de los siglos IV-V. El primero de ellos es la elaboración, dentro de la línea de la Biblia y del Nuevo Testamento, de lo esencial de la doctrina cristiana que los Padres de la Iglesia legaron a la Edad Media. No es éste el lugar donde presentar la personalidad y la obra de los cofundadores del cristianismo, aunque insistiré en dos de ellos porque su peso es importante para la elaboración de una cultura europea. El primero, san Jerónimo (*c*. 347-420), cuya vida se sitúa aún en la intersección de Occidente y de Oriente donde vivió como eremita, no está del todo ligado al futuro de Europa, aunque lo retengo aquí por la que fuera su obra esencial, la traducción al latín de la Biblia sobre el texto hebreo, por encima de la traducción griega anterior llamada de los Setenta y considerada defectuosa. Esta Biblia latina se impondrá a lo largo de toda la Edad Media con diversas revisiones; la más interesante será la efectuada a principios del siglo XIII por la Universidad de París sobre la recensión, en el siglo IX, del consejero anglosajón de Carlomagno, Alcuino. Hablamos de la Vulgata.

El otro padre de la Iglesia esencial es san Agustín (354-430). Después de san Pablo, san Agustín es el personaje más importante para la instalación y desarrollo del cristianismo. Es el gran profesor de la Edad Media. Sólo citaré dos de sus obras fundamentales para la historia europea. La primera son los recuerdos de su conversión publicados bajo el título de *Confesiones*, y que no solamente será una de las obras más leídas de la Edad Media, sino que dentro de la larga duración son el punto de partida de la extensa serie de autobiografías introspectivas que se prolonga hasta hoy.

La otra gran obra es tan objetiva como subjetivas son las *Confesiones*: me refiero a la *Ciudad de Dios*, escrita después del saqueo de Roma por Alarico y sus godos en 410. A partir de este episodio, que aterrorizó a las antiguas poblaciones romanas y a las nuevas poblaciones cristianas, y que indujo a creer en la proximidad del fin del mundo, Agustín rechaza los miedos milenaristas, remitiendo el fin de los tiempos a un futuro que sólo Dios conoce, probablemente lejano, estableciendo entonces el programa de las relaciones entre la Ciudad de Dios y la Ciudad de los hombres, uno de los grandes textos del pensamiento europeo durante siglos.

Se ha dado, de manera reduccionista, la siguiente definición del agustinianismo: «La doctrina de la predestinación incondicionada y de la voluntad salvífica particular tal y como san Agustín la desarrolló en el último período de su vida». El pensamiento de san Agustín fue mucho más rico hasta su muerte que el tema de la predestinación. Sería más justo, aunque no deja de ser demasiado simplificado, definirlo como la búsqueda de un equilibrio entre el libre arbitrio y la gracia. No hay teólogo medieval que no haya sido en cierta medida agustiniano y, si se ha hablado también de «agustinianismo político» por atribuir a Agustín una gran influencia sobre los gobernantes de la Edad Media, a los cuales concede «una tendencia a absorber el derecho natural del Estado en la justicia sobrenatural y en el derecho eclesiástico», esta interpretación teocrática ha sido muy criticada por el cardenal De Lubac. Si hubo en la Edad Media y en Europa un agustinianismo político, podríamos definirlo por los esfuerzos realizados en vista a penetrar de valores morales y religiosos un gobierno que respetase la separación entre Dios y César. El agustinianismo ha sido por lo tanto una capa antigua de ideología política europea que no logró cubrir por completo a finales de la Edad Media la capa de naturaleza enteramente opuesta del maquiavelismo. Agustín también legó a la Edad Media una regla monástica, la única que se ha mantenido frente a la regla benedictina. Concierne en particular a los regulares urbanos y será adoptada sobre todo por los canónigos regulares.

Se conservan —después de numerosas pérdidas— 258 manuscritos de las *Confesiones*, 376 de la *Ciudad* y 317 de la *Regla*.

Los fundadores culturales de la Edad Media

Este legado de una amalgama de cultura antigua y cultura cristiana que los Padres de la Iglesia transmitieron a la Edad Media y a Europa continuó desde el siglo V al VIII en el contexto de la fusión entre cultura antigua romana y evolución marcada por las necesidades de las poblaciones barbarizadas. Dentro de esta situación emergen algunos grandes nombres a los que Karl Rand ha llamado fundadores de la Edad Media. Podemos llamarles también Padres culturales de Europa.

El primero es Boecio (484-520). Miembro de una antigua familia aristocrática romana, entró al servicio del rey bárbaro godo Teodorico, si bien estuvo implicado en la conjura a favor del emperador bizantino y murió en la cárcel. La Edad Media le debe todo lo que sabrá de Aristóteles antes de mediados del siglo XII, la *Logica vetus*, la vieja lógica, y «en dosis asimilables, las categorías conceptuales y verbales que constituirán el primer fondo de la escolástica». Así, incluye la definición de la persona *naturae rationabilis individua substantia*, «la sustancia individualizada de la naturaleza razonable». Abelardo dijo de él: «ha construido de manera inexpugnable nuestra fe y la suya». Su obra escrita en la cárcel, *El consuelo de la filosofía*, fue muy leída durante la Edad Media; Boecio fue asimismo uno de los creadores del humanismo medieval y contribuyó a que la música se considerase, según el ideal antiguo, como un instrumento superior de cultura.

Casiodoro (c. 490-580) no es menos importante para la cultura medieval y europea. Vástago de una gran familia del sur de Italia, primero desempeñó un papel político de alto rango en la Italia ostrogoda como mediador entre el mundo romano-bizantino y la sociedad bárbara. La efímera reconquista de Italia por Justiniano (539) acabó con tan brillante carrera. Casiodoro se retiró al

monasterio de Vivarium en Calabria donde preparó la educación intelectual de las poblaciones nuevas con la traducción de las obras griegas y la copia de obras latinas. Él es el precursor del libro y de las bibliotecas. Fue el primero en preconizar el valor santificador del trabajo intelectual y también el primero que propuso a los monjes un nuevo campo de acción: el estudio, como medio de perfeccionamiento y de influencia. Su obra principal, las *Institutiones divinarum et saecularium litterarum*, ofreció en su segunda parte una verdadera enciclopedia de las ciencias profanas para uso de los monjes.

La enciclopedia será a lo largo de toda la Edad Media el género favorito de los clérigos y laicos instruidos, pues ofrecía lo esencial de la cultura que les precedía y permitía sobrepasarla. Se trataba también, siempre procedente de los griegos, de un legado decisivo de la Edad Media a Europa donde, como bien sabemos, desde el siglo XVIII hasta hoy la enciclopedia ha sido un instrumento esencial de instrucción y de cultura.

El enciclopedista más importante de la Edad Media es el tercero de los fundadores, el español Isidoro de Sevilla (c. 570-636). Miembro de una gran familia hispano-romana católica, Isidoro se convirtió en arzobispo de Sevilla por el año 600, en el momento en que los visigodos abjuraron de la herejía aria para convertirse al catolicismo ortodoxo. Sus contemporáneos le llamaban «el hombre más sabio de los tiempos modernos». Su *Libro de las etimologías*, que se basa en la convicción de que los nombres son la clave de la naturaleza de las cosas y que la cultura profana es necesaria para la buena comprensión de las Escrituras, constituye la base de su esfuerzo para reunir en una suma la totalidad de los conocimientos humanos. Su obra fue de alguna manera una segunda Biblia en el terreno del saber profano para los hombres de la Edad Media y su posteridad europea.

El cuarto de los fundadores es un anglosajón, Beda (673-736). Es el heredero de los monjes que evangelizaron Inglaterra y le aportaron de Italia el legado de la cultura antigua. Su obra posee

también carácter enciclopédico y fue tan leída y explotada en la Edad Media que a su autor le otorgaron el título de Venerable, además de considerarle un último padre de la Iglesia. Su historia eclesiástica del pueblo inglés es el primer intento de una historia nacional que el rey Alfredo tradujo a lengua vulgar a finales del siglo IX. Su obra científica inspirada por las necesidades eclesiásticas del cómputo o cálculo del calendario litúrgico resulta muy notable para su tiempo. El *De Temporibus* se esfuerza en establecer científicamente la medida del tiempo. El *De temporum ratione* no contiene solamente una exposición del mecanismo de las mareas ligado a las fases de la Luna, sino que también contiene «los elementos fundamentales de las ciencias de la naturaleza». Sobre todo, posiblemente, Beda, al igual que la mayoría de los letrados anglosajones de la Alta Edad Media, se nutrió de cultura clásica, a la que le da la espalda voluntariamente. Él fue quien introdujo a la Edad Media en una vía independiente que será la de Europa.

Gregorio el Grande

En este grupo de clérigos fundadores debemos incluir al papa Gregorio el Grande. En la época actual ha sido frecuente bautizar a algunos grandes personajes de la Edad Media como padres de Europa; por ejemplo, a san Benito o a Carlomagno. Más adelante se verá qué hay que pensar de ello. Sin embargo, rara vez se ha atribuido este título a Gregorio el Grande, quien sin duda lo merece más que otros.

Nacido hacia el año 540 y fallecido en 604, Gregorio el Grande perteneció a una familia patricia de Roma. Actuó como organizador del abastecimiento de la ciudad en su condición de prefecto en el año 573. Convirtió sus dominios patrimoniales en seis monasterios en Sicilia y él mismo se retiró a otro, en Roma, en el Caelius. El papa Pelayo II le ordenó diácono y lo envió como apocrisiario, es decir, como embajador residente en Constantinopla. Nombrado papa de mala gana en el año 590, durante una grave inundación del Tíber y una epidemia de peste negra en Roma —«existe también una Europa de las catástrofes naturales»—, organizó la lucha material y espiritual contra la plaga. Temiendo la inminencia del fin del mundo, quiso ayudar al mayor número de cristianos a prepararse para afrontar el Juicio Final, hecho que explica sus intervenciones en lugares alejados de la cristiandad y su redacción de obras generales de piedad. Defendió Roma y las propiedades de la Iglesia en Italia contra los lombardos. Envió al monje Agustín y a un grupo de misioneros a reevangelizar Inglaterra. Propuso a los cristianos dos grandes modelos, uno bíblico y otro moderno. El bíblico era Job, modelo de sumisión a Dios y de fe en las pruebas más duras, y objeto de las *Moralia in Job*, un comentario moral del Libro de Job. Por otra parte, san Benito, cuyo éxito histórico garantizó al dedicarle por entero el segundo libro de sus *Diálogos*.

Compuso para los clérigos un manual pastoral, el *Líber regulae pastoralis*; y reformó el canto litúrgico de tal modo que hoy todavía se lo conoce como canto gregoriano.

Junto a esta actividad religiosa y cultural continúa, en profundidad, en las iglesias, en las escuelas, aun cuando solamente una minoría acceda a ella, sobre el territorio de los grandes dominios, una fusión, un mestizaje entre los bárbaros, esencialmente celtas y germanos, y los latino-europeos. El instrumento de este mestizaje fue el cristianismo. Después de las herencias antiguas, la cristianización es el segundo estrato decisivo de Europa.

Esta aculturización entre bárbaros y romanos se había iniciado mucho tiempo atrás. Militarmente eficaz hasta el siglo III, el *limes* no fue una frontera culturalmente impermeable. Los trueques y regalos, los contactos e intercambios, prepararon el terreno del gran mestizaje cultural que se produjo a pesar de los enfrentamientos y la violencia de lo que se conoció como invasiones. Hay que entender que esas mezclas étnicas y culturales no se limitaron a un encuentro entre pueblos del antiguo Imperio romano y los bárbaros invasores. Dentro de las poblaciones bárbaras también se produjeron agrupaciones, nuevas agrupaciones, de tribus y de pueblos dispersos. Se produjo una remodelación completa de las poblaciones, en extensión y en profundidad, a ambos lados del antiguo *limes*. De ello no sólo resultaron nuevos pueblos mestizos, sino también, entre los bárbaros, movimientos de reagrupaciones étnicas e incluso grupos más amplios que el latín de la época llama *naciones*. En este gran mestizaje, cuando nace Europa, se afirma desde el principio la dialéctica de la unidad y de la diversidad, de la cristiandad y de las naciones, que es hasta hoy mismo una de las características fundamentales de Europa.

La entrada de los nuevos pueblos llamados bárbaros sucederá, en oleadas hasta el siglo XI, a este período del Imperio romano, el de los siglos II y III, en que se constituye el inicio de amalgamas entre bárbaros y romanos a ambos lados del *limes*.

Invasiones y aculturación

Una primera gran oleada tuvo lugar a finales del siglo III, aunque fue sobre todo la invasión general de los germanos en Italia, en la Galia y luego en España, y en 406-407 con la toma de Roma por Alarico, lo que marcó el inicio de su gran implantación en el Imperio romano. Como escribió Peter Brown, en el siglo V la frontera militar del Imperio desapareció en toda Europa occidental; para conocer las grandes conmociones de este siglo en Europa, conviene leer un documento excepcional, la vida de un santo varón que vivió estos acontecimientos en la frontera del Danubio medio, más tarde la Nórica austríaca, san Severino, quien como también dice Peter Brown, fue un santo de la frontera abierta. Vemos entonces, según señala Brown, la implosión de los romanos y de los bárbaros al formar nuevas entidades culturales y sociales.

El crecimiento germánico se prolongó durante los siglos V y VI, después de la entrada de los germanos del este, visigodos y ostrogodos, y del gran despliegue de suevos, vándalos y alanos que cruzaron el Rin a principios del siglo V, se produce el lento empuje hacia el oeste y el sur de Galia de los burgundios, francos y alamanos. Tiene lugar también la travesía del mar del Norte por los jutos, los anglos y los sajones, que precipitó el reflujo de los bretones desde Gran Bretaña hacia el extremo oeste de la Galia. Finalmente, la última conquista germánica sobre el antiguo territorio del Imperio es la de los lombardos, que penetran por Italia en la segunda mitad del siglo VI. Para sustituirlos, al este del Rin se establecen sajones, frisones, turingios, y bávaros. En el siglo VII se inicia la progresión masiva de los eslavos que, hasta el siglo IX, se instalarán sobre todo hacia el este, pero también hacia el oeste, en dirección al Báltico y el Elba, hacia el centro, hacia los montes de Bohemia, y por último hacia el suroeste, en el norte de los Balcanes.

Estas invasiones podrían haber provocado una gran fractura entre las nuevas poblaciones, pues lo cierto es que la mayoría de ellas se habían convertido al arrianismo, que los cristianos latinos consideraban una herejía. Por lo tanto, conviene considerar que el reflujo del arrianismo y la conversión de los bárbaros al catolicismo ortodoxo evitó una fractura añadida a la futura Europa. Varios episodios dejaron una huella importante en este período del nacimiento de Europa. Así, algunos invasores especialmente temidos, como fueron los hunos, pudieron avanzar hasta la Galia, donde su jefe Atila, figura terrorífica del imaginario europeo a excepción de los húngaros, fue derrotado por el romano Aecio en los campos Cataláunicos, cerca de Troyes, de donde se vio obligado a retirarse. Particular importancia posee la conversión de los francos, que se produjo por mediación de su jefe Clovis, entre 497 y 507. Clovis y sus sucesores constituyeron, a pesar de la costumbre franca de dividir el reino entre los hijos de los reyes, un vasto espacio que englobó a la Galia, después de la expulsión de los visigodos arrojados de España y la absorción del reino de los burgundios. El ostrogodo Teodorico (496-526) levantó un reino efímero pero brillante al noreste de Italia alrededor de Rávena, y Boecio fue su consejero. Los visigodos, expulsados de la Galia, fundaron un reino igualmente prestigioso que tuvo por corazón Toledo. Se ha podido hablar de una Europa «heredera de la España visigótica», pero esta herencia está básicamente constituida por la obra de Isidoro de Sevilla, y se ha podido atribuir a los visigodos un legado más calamitoso: las medidas contra los judíos tomadas por los reyes y por los concilios visigóticos, que bien pudieron ser la fuente del antisemitismo europeo.

Un ejemplo demostrará que no resulta exagerado colocar las nuevas redes de relaciones bajo el signo de Europa. En el año 658, la abadesa Gertrudis de Nivelles, cerca de la actual Bruselas, murió el día de san Patricio. Dicho santo se había convertido en uno de los grandes santos del norte, el futuro patrón de los irlandeses. La *Vida* de Gertrudis afirma que la abadesa era «muy conocida por todos los

habitantes de Europa». Así, las nuevas sociedades cristianizadas tenían al menos en su capa clerical la sensación de pertenecer a un mundo bien designado por el nombre de Europa. Este texto pone de manifiesto además un acontecimiento importante que pesará hasta hoy sobre los problemas más esenciales de la unidad europea. El centro de gravedad política y cultural de la parte occidental del Imperio romano se había deslizado desde el Mediterráneo hasta el norte de los Alpes. El ejemplar Gregorio el Grande miró hacia Canterbury. El más poderoso de los nuevos jefes bárbaros cristianizados, Clovis, convirtió París, al norte de la Galia, en su capital. Los monasterios anglosajones, y más si cabe los irlandeses, eran los lugares eminentes para la formación de los misioneros que, como san Columbano (543-615), iban a predicar al continente, fundando la abadía de Luxeuil al este de la Galia y la de Bobbio al norte de Italia, mientras que su discípulo san Galo fundaba el monasterio del mismo nombre en la Suiza actual. Esta traslación del centro de gravedad desde el extremo Occidente hacia el norte estaba también y en principio ligada a dos acontecimientos de gran peso sobre la historia de Europa. El primero fue la pérdida de prestigio del obispo de Roma y las amenazas que los bárbaros suponían para la ciudad, desde los godos a los lombardos. Bizancio había dejado de reconocer la superioridad del obispo de Roma. Roma, geográfica y políticamente, se convertía en excéntrica. El otro acontecimiento es la conquista musulmana. Después de la muerte de Mahoma en 632, los árabes y los convertidos al islam, los musulmanes, conquistaron de manera fulgurante la península arábiga, el Próximo y Medio Oriente, y África del norte, desde Egipto hasta Marruecos. Desde ahí se lanzaron —a través de razias o de conquistas— hacia la otra orilla del Mediterráneo. Los bereberes islamizados de África del norte conquistaron en lo esencial la Península Ibérica entre el año 711 y el 719. A principios del siglo IX ocuparon las antiguas islas romanas (Córcega, Cerdeña, Sicilia, Creta). Esta reordenación geográfica no solamente plantea una oposición entre la Europa del norte y la Europa del mediodía

mediterráneo, sino que demuestra también el nuevo peso que las periferias ejercían en la nueva Europa cristiana. A la periferia celta se añade la periferia anglosajona, y pronto las periferias normandas, escandinavas y eslavas. El Mediterráneo se convertirá de nuevo en un frente esencial, el de la reconquista cristiana y de las relaciones con los musulmanes.

Por último, un acontecimiento en cierto modo doloroso para el cristianismo resultará benéfico para Europa. África del Norte, uno de los focos más importantes del cristianismo dentro del Imperio romano en tiempos de Tertuliano y sobre todo de san Agustín, fue primero arrasado por los vándalos —Agustín murió en el año 430 en una Hipona asediada por ellos—, después, la conquista musulmana en el siglo VII destruyó y erradicó la civilización cristiana en África del Norte. Europa ya no tema por qué temer la posible competencia de un África que supo mostrarse a la vez esencial en su elaboración teológica y pionera en su lucha contra las herejías, principalmente la herejía donatista.

El gobierno de los obispos y los monjes

Por encima del esbozo de naciones fundadas sobre las antiguas distinciones del mundo romano, y las nuevas entidades étnicas, el Occidente de la Alta Edad Media estaba uniformado por esta cristianización. Se trata en primer lugar del gobierno que en toda esta área ejercían los obispos, cuyo poder se incrementó, especialmente en la administración de las ciudades, y entre los cuales podemos distinguir a partir del siglo VII un grupo más importante de superiores llamados arzobispos. Con los obispos, el Occidente cristiano se divide en territorios que son en su mayoría una versión renovada de las antiguas divisiones administrativas romanas. Hablamos de las diócesis. Junto a los obispos y a los sacerdotes aparecen nuevos personajes religiosos, los monjes procedentes de Oriente. Los monjes de Occidente no suelen ser, pese a su nombre —que significa solitario—, eremitas, sino que residen en grupo, son cenobitas y viven en los monasterios, casi siempre lejos de las ciudades, y en lugares más o menos aislados donde abundan los valles y bosques. El monaquismo desempeña entre el siglo IV y el VIII un papel esencial en la cristianización de los campesinos paganos. Esos monjes eran también con bastante frecuencia itinerantes; entre ellos se distinguen los irlandeses ya mencionados que ejercerán su apostolado desde la Galia del este a la Italia del norte (si bien su territorio cubre el conjunto del Occidente cristianizado).

También se encuentran mujeres religiosas en este nuevo espacio cristiano; antes de agruparse también ellas en monasterios se distinguían por su estado de virginidad. Con ello encamaban los nuevos comportamientos de castidad que distinguían al cristianismo en general. Pero mientras los monjes, como las vírgenes,

observaban el principio de castidad y virginidad, obispos y sacerdotes no respetaban aún el celibato.

Los santos como nuevos héroes

A la cabeza de estos nuevos contextos religiosos se perfilan nuevos héroes en sustitución de los de la Antigüedad pagana, los santos. En los primeros siglos de la cristianización el heroísmo de los santos consiste en entregar su vida por el Dios de los cristianos: son mártires. Pero con la expansión del reconocimiento del cristianismo, los mártires ya no son tan numerosos y los cristianos más notables son confesores a los que cada vez es más habitual calificar de santos. A éstos la Iglesia les tiene reservada una suerte especial. La recompensa del paraíso les espera, de modo que sobre la tierra se convierten en objeto de veneración e incluso de un culto salvador. Según la ortodoxia, sólo Dios hace milagros; pero la creencia popular atribuye los milagros a los santos. Dichos milagros ocurren en lugares concretos y, sobre todo, en los lugares donde los santos están sepultados. En contacto con el cuerpo de los santos, esos «muertos excepcionales», según expresión de Peter Brown, los cristianos obtienen la curación o la salvación. Al igual que los obispos, los santos pertenecen muy a menudo a las capas superiores romano-bárbaras. Los cuadros de la nueva sociedad cristiana tienen efectivamente en su mayoría un origen aristocrático. Así, una aristocracia instruida garantiza el gobierno a través de una nueva élite cristiana.

Una nueva medida del tiempo

La huella del monaquismo sobre las costumbres europeas es especialmente potente; introduce a la sociedad cristiana en la costumbre del empleo del tiempo. Así, los monjes recitan colectivamente oraciones de manera regular, de día y de noche, a horas determinadas, las ocho horas monásticas o canónicas. Se puede atribuir también a los monjes la atención que los cristianos prestan a una verdadera dietética. Los ayunos a que se someten los monjes y los laicos piadosos no son exclusivamente un rito religioso de penitencia, sino un comportamiento de salud, del mismo orden que la sangría. La lucha contra la alimentación lujuriosa, la «gula», aporta, a pesar de las epidemias, instrumentos de lucha contra los excesos alimentarios. Por último, los monjes introducen fuera de las fronteras de la sociedad monástica un nuevo ritmo de vida: la combinación y la alternancia entre trabajo y ocio, entre oración y *otium*.

La influencia del cristianismo resulta especialmente importante en el terreno de la medición del tiempo. Aunque la Edad Media cristiana sigue utilizando el calendario romano juliano, se producen significativas novedades. En primer lugar, el ritmo de la semana. La referencia del Génesis a la creación divina privilegia el ritmo de los siete días de la Creación, seis días más uno de reposo. La observación del reposo dominical se convierte pronto en una obligación para todos los cristianos, y habrá que esperar a Carlomagno para que ordene a la Iglesia la aceptación de algunas excepciones para los campesinos, en orden a la necesidad de éstos de no dejar pasar el buen tiempo de las labores del campo, y especialmente el período de cosecha. Esta escansión de la actividad humana según el ritmo de la semana se ha mantenido

hasta hace relativamente poco tiempo en el mundo europeo como el mejor ritmo para la alternancia de trabajo y reposo.

Por otro lado, el cristianismo obró una renovación en profundidad del calendario; en el año 532, el monje Denys el Pequeño dio un nuevo punto de partida a la era cristiana al fijar el nuevo origen de la Historia en el nacimiento de Cristo. Sin embargo, Denys cometió un error, de modo que el inicio de la era cristiana corresponde probablemente al año 4 a. C. En cualquier caso, la Iglesia no adoptó durante mucho tiempo una misma fecha de inicio del año en toda la cristiandad. Hubo tres fechas más frecuentes para determinar el inicio del año: el 25 de diciembre o estilo de la Encamación; el 25 de marzo o estilo de la Anunciación, o también un estilo de Pascua que era un día móvil. De ahí la importancia durante toda la cristiandad de los cálculos complejos y muy precisos que permitían definir cada año la fecha de celebración de la Pascua mediante las observaciones de la Luna, el *comput*. El calendario cristiano es un calendario solar, con excepción de un segmento lunar pascual. El calendario cristiano garantizó también para toda la futura Europa, salvo para la Europa oriental ortodoxa, la promoción de dos grandes nuevas fiestas que se convirtieron en las dos fiestas más importantes del año: el nacimiento de Cristo —la Natividad, Navidad —, fijada en el siglo XV el 25 de diciembre, y el aniversario de la resurrección de Cristo, una fiesta móvil. Los días del año fueron, aparte de las grandes fiestas jesucrísticas y marianas, denominados de acuerdo a los santos, pues su festividad se decidía según el aniversario de su muerte. Esta reorganización de la medida del tiempo también aparece en el uso cotidiano. Lo cierto es que en el siglo VII se produjo en Occidente una novedad de gran trascendencia, la introducción de las campanas, y la construcción de campanarios o campaniles. Las horas siguieron siendo inseguras según la voluntad de los monjes, pero se oían en toda la ciudad y en el campo. La medida y la difusión sonora del tiempo eran una innovación capital.

Remodelación del espacio

El cristianismo remodeló el espacio de manera tan significativa como remodeló la medición del tiempo. Y, en ambos casos, los cambios alcanzaron el espacio entero de la Europa occidental. Esta organización estuvo marcada por nuevas divisiones en diócesis, aun cuando el territorio de la diócesis se precisó con lentitud. Más aún, se instituyeron redes que ligaban determinados puntos y algunas regiones entre sí. El culto de las reliquias llevó a la promoción de lugares donde se encontraban algunas famosas. Así sucedió con san Martín, en Tours, y sobre todo con los apóstoles Pedro y Pablo en Roma. El culto de las reliquias engendró peregrinaciones y unió las poblaciones del Extremo Occidente entre sí aunque, sobre todo, se organizaron en etapas y en redes. También se establecieron relaciones en las órdenes monásticas. En el siglo VII, por ejemplo, el abad de Saint-Aignan de Orleáns fundó el monasterio de Fleury-sur-Loire que se convirtió en un gran centro de peregrinación después de que se trasladaran a él las reliquias de san Benito, abandonadas en el monte Cassino en el sur de Italia después de la invasión de los lombardos. El papel de estas redes se acentúa más tarde durante la Edad Media.

Dos polos que se repelen: Bizancio y el islam. La elección de las imágenes

Debemos volver sobre dos acontecimientos negativos que desempeñaron un papel esencial en la génesis de Europa entre los siglos VII y XIV. Una identidad religiosa o nacional se forma también, o en todo caso se consolida, en el seno de un conflicto, de una oposición. El otro, y con mayor motivo el adversario o el enemigo, crea la identidad.

En el caso de la cristiandad este otro repulsivo fue doble; primero Bizancio. Las pretensiones bizantinas de dominar toda la cristiandad, tanto latina como griega, el rechazo a reconocer al obispo de Roma, la diferencia de lengua litúrgica —griega frente al latín—, y las divergencias teológicas alejaron a los cristianos latinos de los bizantinos, y este alejamiento se agravó con una elección muy importante de la Iglesia latina. La querella de las imágenes enturbió el mundo bizantino con un primer ataque de rechazo, la iconoclasia, entre 730 y 738. Después del concilio de Nicea II (787), Carlomagno determinó en el *Libri Carolini* la actitud del cristianismo latino occidental frente a las imágenes. Era una actitud del justo medio. La iconoclasia, es decir, la destrucción y el rechazo a las imágenes fue condenada tanto como la iconodulia, o adoración de las mismas. Mientras el judaísmo y el islam rechazaron las imágenes y Bizancio padecía varias crisis de iconoclastas, la cristiandad occidental adoptó y veneró las imágenes en homenaje a Dios, a la Virgen y a los santos, sin convertirlos en objeto de culto, pues esas imágenes eran antropomorfas. El rostro de las personas divinas, con excepción del Espíritu Santo, fue un rostro humano. Se trataba de una etapa en la vía del humanismo europeo. El arte europeo quedó de este modo comprometido en una vía fecunda.

Más virulento fue el conflicto con el islam a partir del siglo VII. Al igual que la Europa oriental quedó incluida en el mundo bizantino, el islam y la cristiandad latina detuvieron sus territorios a ambos lados de un frente de oposiciones y de conflictos muchas veces de tipo militar. Después de someter el norte de África, el islam, en la persona de los bereberes arabizados, se lanzó al asalto de la Europa cristiana. La Península Ibérica fue rápidamente conquistada entre los años 711 y 719. Los cristianos sólo consiguieron mantenerse en una franja septentrional, sobre todo hacia el oeste, en las Asturias, y los musulmanes pasaron desde España hasta el norte de los Pirineos, como se ha visto, sin que podamos decidir si se trataba sólo de una razia o de una extensión de la conquista musulmana. En todo caso, el avance quedó detenido durante la batalla de Poitiers, en 732. Fue la última invasión al norte de los Pirineos, aun cuando hubo, en el siglo IX, distintas conquistas musulmanas en las islas mediterráneas, en Italia y en la Provenza.

La batalla de Poitiers ha dado lugar, dentro de la historiografía europea, a interpretaciones divergentes. En ambos extremos, algunos historiadores no vieron en esta batalla más que una escaramuza sin mayor significado, al verse entonces la conquista musulmana sofocada e impotente. Para otros, la batalla de Poitiers fue un acontecimiento capital, el triunfo de la cristiandad sobre el islam, en la realidad y en el mito. Poitiers se convirtió en símbolo de una minoría antimusulmana muy agresiva. Sin duda la verdad se sitúa entre ambos extremos. Algunos cronistas cristianos calificaron la batalla de Poitiers de acontecimiento «europeo». Una crónica anónima, la *Continuado hispana* (continuación de la crónica de Isidoro de Sevilla) convierte la batalla de Poitiers en una «victoria de los europeos», que obligaron a retirarse a los que en Occidente llamaban sarracenos.

Tres cambios e innovaciones contribuyen aún a la uniformación de un nuevo extremo Occidente.

La ruralización de Europa

El primer cambio, de orden económico, que ya hemos mencionado, es la ruralización de un mundo que había sido intensamente urbanizado por los romanos. Hablamos de la ruina de las carreteras, de los talleres, de los depósitos, de los sistemas de irrigación y de los cultivos. Fue una regresión técnica que afectó de forma especial a la piedra, que cede su lugar al de la madera como material fundamental. El reflujo de la población urbana al campo no llegó a colmar el vacío dejado por la regresión demográfica. En lugar de la ciudad *urbs* es la «villa», el extenso ámbito destinado a convertirse en la célula económica y social de base. La unidad de explotación y de población es la masa de superficie muy variable, aunque en general débil, capaz de permitir vivir a una sola familia.

La economía monetaria retrocede dando lugar a un aumento del trueque. El comercio con un radio de acción importante casi desaparece, salvo en lo que se refiere a las materias indispensables, como la sal.

Después de cierto tiempo, existe la tendencia a disminuir el declive de las ciudades, pero este mantenimiento parcial concierne exclusivamente a algunos centros como Tours, Reims, Lyon, Toulouse, Sevilla, Maguncia, Milán, Rávena, residencia de obispos y de algunos jefes bárbaros importantes.

Realezas y leyes bárbaras

Los otros dos aspectos que colaboran en la uniformización del mundo barbarizado son de orden político y jurídico.

A la cabeza de las nuevas formaciones políticas aparecen los reyes —detestados por el mundo romano—, que no son sino jefes de tribus, es decir, reyezuelos. Los reyes anglosajones, los reyes francos a partir de Clovis, los reyes burgundios, godos (el prestigio de un Teodorico en Rávena es una excepción), visigodos y lombardos gozan tan sólo de un poder limitado que se apodera de los oropeles del Imperio romano. Con todo, la realeza tendrá un bonito futuro en Europa.

Por último, las leyes dictadas por esos reyes poseen un señalado carácter bárbaro. Se trata de la lista de tarifas, enmiendas, compensaciones monetarias o corporales que castigan los delitos y crímenes, diferentes según la pertenencia étnica y el rango social de los culpables.

Estas leyes no pueden crear ninguna ilusión de serlo, pues resultan muy zafias. Es el mismo caso del edicto del ostrogodo, Teodorico el Grande, último heredero verdadero de la tradición romana en Occidente. Es sobre todo el caso de la ley sálica franca, redactada en latín bajo el mandato de Clovis. La ley Gombette fue promulgada por el rey de los burgundios, Gondebaldo, muy al principio del siglo VI. Las costumbres de los visigodos fueron codificadas primero por Eurico (466-485), luego por Leovigildo (568-586), y renovadas por Recesvinto (649-672). Iban destinadas a los visigodos y a los romanos, en sustitución del Breviario de Alarico (506), que simplificaba para los romanos el código teodosio de 438, al igual que la *Lex Romana Burgundiorum*, entre los burgundios. El edicto de Rotario para los lombardos (643) fue completado por varios de sus sucesores. Los francos inspiraron una *Lex*

Alamanorum a principios del siglo VIII y una *Lex Baiavariorum* a mediados del siglo VIII. El manual de san Martín, arzobispo de Braga, a partir del año 579, fijó, según la legislación de los concilios y de los sínodos, un programa de corrección de las costumbres violentas de los campesinos (*De correctiones rusticorum*), en el norte de la actual Portugal.

Esta legislación bárbara elaborada sobre las ruinas del Derecho romano prolongó pese a todo una Europa del derecho en la Alta Edad Media.




CAPÍTULO DOS
Una Europa abortada: el mundo carolingio (siglos VIII-X)




EL SIGUIENTE PERÍODO ES UN EPISODIO que a menudo ha sido descrito como la primera gran tentativa de construir Europa, colocada bajo la referencia a Carlomagno, cuyo efímero imperio cabe considerar probablemente como el primer bosquejo de Europa.

Suponiendo que esta perspectiva sea justa, hay que subrayar que habría constituido el primer ejemplo de una Europa pervertida. En efecto, la visión de Carlomagno es una visión «nacionalista». El imperio fundado por Carlomagno es en primer lugar un imperio franco. Fundado por un verdadero espíritu patriótico. Carlomagno consideró incluso, por ejemplo, la posibilidad de asignar nombres francos a los meses del calendario, un detalle rara vez destacado por los historiadores. Conviene subrayarlo, porque supuso el primer fracaso de todas las tentativas por construir una Europa dominada por un pueblo o por un imperio. La Europa de Carlos V, la de Napoleón y la de Hitler eran en realidad anti-Europas, y había ya algo de este designio contrario a la verdadera idea de Europa en la tentativa de Carlomagno.

El ascenso de los carolingios

El ascenso de los francos se afirmó en dos tiempos. A finales del siglo V y durante el VI con Clovis y sus hijos, que se habían repartido su reino unificado de nuevo durante breves períodos y, por otra parte, durante el siglo VIII. El poder de los merovingios se había ido debilitando poco a poco durante el siglo VII; los reyes desposeídos del poder a los que llamaron «reyes inútiles», y en la época moderna «reyes holgazanes», dejaron el poder en manos de la administración, el mayordomo de palacio, como lo harían en el Japón moderno los emperadores al abandonar el poder en manos del *shogum*. En el siglo VIII, los mayordomos de palacio eran elegidos dentro de la familia de los pipínidas, originarios de la región de Lieja y su función había pasado a ser hereditaria.

Carlos Martel, que sucedió a su padre Pipino de Heristal en el año 714, fue considerado como un verdadero rey y su prestigio se vio realzado por sus victorias, entre las que se cuenta la que obtuvo cerca de Poitiers contra los musulmanes, en 732. Después de su muerte, su hijo Pipino el Breve asumió todo el poder y, al destronar al último merovingio, se hizo otorgar la corona por una asamblea de grandes laicos y eclesiásticos, en Soissons en 751.

El hecho más significativo y más cargado de consecuencias fue que Pipino se hizo coronar junto con sus dos hijos Carloman y Carlos en 754, en Saint-Denis. Esta recuperación del ritual de la realeza bíblica consagró la persona del rey como jefe cristiano. Fortaleció el prestigio de la monarquía que, aquí y allá, subsistirá hasta nuestros días en Europa. La coronación, practicada en la Europa visigótica pero sin posteridad, no fue restaurada por la monarquía cristiana española de la «Reconquista». Solamente el rey de Inglaterra, heredero de los rituales anglosajones que

instituyeron también la coronación en el siglo VIII dio nacimiento a una monarquía coronada. De ello resultó una competencia simbólica entre los reyes de Francia e Inglaterra en la Edad Media, cuando el rey de Francia reclamaba la primacía por haber pedido que se transfiriera el ritual del bautismo de Clovis a la coronación del rey. Por consiguiente, sólo coronado por el Espíritu Santo, el rey de Francia tomó más tarde el título de *christianissimus* y, mientras el prestigio del emperador había declinado, se afirmó como el primero de los reyes de la cristiandad. La historia de Europa estará llena de estos celos, de estas competencias, de estas pretensiones que tendían a instituir un orden jerárquico en el espacio político europeo.

Pipino el Breve dejó su reino y su poder, según la costumbre franca, a sus dos hijos, que se lo repartieron. Pero Carloman murió en 771 y el menor, Carlos, se convirtió en el único rey franco. Con Carlos, futuro Carlomagno, se consolidó sobre el trono la nueva dinastía de los carolingios.

Carlomagno, ¿el primer europeo?

Dentro de la tradición de los francos y de los bárbaros, Carlomagno es ante todo un gran guerrero. Sus guerras iban a la par de las campañas de cristianización. Pero la fuerza, la violencia y la crueldad fueron rasgos, dominantes. Los horizontes de conquista de Carlomagno estaban situados al este, al sureste y al sur. Al este, en el sur de Alemania, Carlos venció a los bávaros y se anexionó Baviera en el año 788; en el norte de Alemania, tuvo que desarrollar, de 772 a 803, una serie de duras campañas contra los sajones paganos.

Frente a los germanos, el gran aliado de Pipino fue Bonifacio, el anglosajón Winifredo, arzobispo de Maguncia, que creó gran número de obispados, entre los cuales cabe señalar Salzburgo, Ratisbona y Passau; y, sobre todo, su discípulo Sturmi, que en 744 fundó instigado por él la abadía de Fulda, en la Hesse, donde sería enterrado. Murió a manos de los frisones paganos durante una misión, en 755.

La más significativa de las victorias de Carlomagno la obtuvo hacia el sureste. Fue dirigida contra un rey convertido al cristianismo, el rey de los lombardos, pero como éste no dejaba de acosar las posesiones del papa en Italia, incluida Roma, fue el propio papa quien invitó a Carlomagno a intervenir contra los lombardos. Victorioso de manera clamorosa gracias a su caballería albardada de hierro, derrotó al rey lombardo, Desiderio, y se hizo coronar en su lugar en Pavía, donde recibió la tradicional corona de hierro lombarda. Pero los lombardos mantuvieron dos ducados independientes en la Italia central, en Espoleto y en Benevento.

Carlomagno fue menos afortunado en el frente meridional de la Galia, donde sus adversarios eran los musulmanes. Poco enterado de las realidades hispánicas, fracasó ante Zaragoza y se replegó al

norte de los Pirineos. Durante una escaramuza, los vascos masacraron su retaguardia al mando de su sobrino Roldán. La leyenda transformaría este episodio menor en una trágica derrota frente a los sarracenos; será la *Canción de Roldán*. Carlomagno mantuvo a duras penas una marca de España en la futura Cataluña y la Septimania en Languedoc. Si consiguió en el norte de los Pirineos, al oeste, reconquistar la Gascuña, fue para entregarla como reino a su hijo Luis.

La alianza entre los francos y el papado. Carlomagno emperador

En este panorama, el acontecimiento esencial lo significó la alianza entre los francos y el papado. Los papas buscaron y encontraron entre los soberanos francos el brazo secular que les protegió de sus enemigos, y en particular de los lombardos. Los frutos de esta alianza fueron primero para los soberanos francos. Hablamos de la coronación de Pipino y de su hijo.

En una segunda etapa, el papado pareció pensar en una empresa de carácter «europeo». Se trató de restablecer el extremo Occidente cristiano como imperio en torno a los francos. En la Navidad del año 800, durante una estancia de Carlomagno en Roma, el papa León III coronó emperador al soberano franco.

Este acontecimiento iba a fortalecer la naciente independencia de la cristiandad latina occidental respecto al Imperio bizantino griego ortodoxo. Pero por lo demás, me parece que fue una deformación de las perspectivas históricas lo que hizo de Carlomagno el padre de Europa. Es cierto que en vida varios textos le atribuyen el título de «cabeza de Europa»; pero se trata más de un homenaje, de una expresión del imaginario, que de realidades históricas. La Europa de Carlomagno es una Europa restringida desde el punto de vista territorial. No incluye las Islas Británicas, independientes en manos de los anglosajones y de los irlandeses, la Península Ibérica, conquistada en su porción esencial por los musulmanes, la Italia del sur y Sicilia, también en manos de los sarracenos; ni, por último, Escandinavia, que seguía siendo pagana, y desde donde partieron para hurtar o imponer tráficos ventajosos para ellos los vikingos normandos. Por último, el imperio carolingio apenas llegó al este del Rin. Germania también consigue zafarse en gran parte; y, sobre todo, los eslavos están fuera de su alcance y

siguen siendo paganos. Praga no ha evolucionado demasiado desde el siglo VII, cuando el comerciante franco Samo, quien dominaba el mercado de esclavos, y se hizo coronar por los eslavos, avanzó hasta el corazón de Bohemia.

La coronación imperial de Carlomagno, tanto en la idea del papado que lo forjó, como en el espíritu del monarca que lo aceptó de forma bastante pasiva, supuso esencialmente un retomo al pasado, un esfuerzo de resucitar el Imperio romano, y no un proyecto de futuro, lo que es el destino de Europa. Sin duda, al fundar en el antiguo territorio de los francos la nueva capital de Aquisgrán, Carlomagno pensaba convertirla en «la Roma que viene». Se trataba, en realidad, de un desafío a la Nueva Roma, es decir, a Constantinopla. Pero se trataba ante todo de volver la vista atrás, hacia la Roma que no era la sede de un imperio carolingio europeo sino la capital de un papa sin un gran poder. Muerto Carlomagno, Aquisgrán declinó: dejó de ser la capital de Occidente, poco tiempo después de haber sido creada, si bien es cierto que el mito se mantuvo a lo largo de la Edad Media. Sólo perduraron prestigiosos monumentos, testigos del sueño de Carlomagno. Las manifestaciones europeas de hoy, que tienen como ubicación Aquisgrán, son tan sólo ceremonias nostálgicas. El imperio carolingio fue, por lo tanto, desde una perspectiva de la larga duración y en particular desde una perspectiva europea, un fracaso.

Asumo el juicio del gran medievalista ítalo-americano Roberto S. López: «No se puede llamar preludio de Europa a lo que conviene definir más exactamente como un falso punto de partida. Hoy, quien dice Europa no piensa en una religión uniforme o en un estado universal, sino en un conjunto de instituciones políticas, de conocimientos seculares, de tradiciones artísticas o literarias, de intereses económicos y sociales que cimentan un mosaico de opiniones y de pueblos independientes. Desde este punto de vista, el imperio carolingio nos parecerá un esfuerzo notable aunque, en última instancia, fallido».

Herencia europea de Carlomagno

Pese a todo, del mito carolingio moderno subsisten algunos detalles centrales para la futura Europa. El primero fue el bosquejo de una «unificación jurídica». Carlomagno dictó para todo el territorio del imperio algunas reglas relativas a los grandes ámbitos del gobierno de aplicación en todas partes y para todos. Para los grandes ámbitos rurales, la enseñanza, la legislación, las divisiones del reino, los enviados del emperador llamados *missi dominici*: los *capitulares*. Del mismo modo, Carlomagno tendió a unificar la moneda instituyendo un sistema monetario cuya base era la moneda de plata, el denario. Pero la reactivación de los intercambios a un amplio radio de acción, en concreto con el mundo musulmán, fue muy limitado. También otra reforma importante quedó en buena medida inacabada. Se trata de la base del Derecho y de la legislación. La legislación bárbara, como hemos visto, estaba fundada sobre el derecho de las personas y tenía un carácter étnico muy marcado. Los francos, los burgundios, los lombardos, los godos, se regían por derechos diferentes. Carlomagno quiso sustituir esta diversidad jurídica por un mismo derecho de suelo aplicable a todos los hombres y mujeres que vivían sobre el territorio del imperio. Aunque inconclusa, esta tentativa sigue siendo una de las más revolucionarias de Carlomagno y una de las que mejor permiten entrever la posibilidad de una «unidad jurídica europea».

Más lograda fue, bajo presión de Carlomagno y de sus sucesores, la «unificación monástica» que modeló en sus inicios la Europa medieval en razón del número, del prestigio y de la actividad de los monjes. En la muy Alta Edad Media nacieron distintas reglas monásticas. Fanático del orden y la unidad, Carlomagno sostuvo los esfuerzos unificadores de un monje catalán, quien fundó un monasterio en las proximidades de Montpellier, en Aniane, y quien

sobre todo resucitó, renovándola, la regla del siglo VI de san Benito de Nursia. La adopción de la regla renovada de san Benito por todos los monasterios del reino franco en el imperio estaba en el orden del día de los cinco concilios simultáneamente reunidos en 813. El hijo y sucesor de Carlomagno, Luis el Piadoso, en el concilio de Aquisgrán, que tuvo lugar en 816, declaró obligatoria la regla benedictina. A las funciones monásticas dictadas por san Benito, que dividía el tiempo de los monjes en un tiempo de oraciones litúrgicas y de meditación, un tiempo de trabajo manual y un tiempo de trabajo intelectual, san Benito de Aniane añadió la misión de predicar y de convertir a los paganos. El mundo monástico iba a desempeñar un papel social y cultural fundamental durante toda la cristiandad desde el siglo IX al XII aun cuando, según Lydo Milis, haya sido algo exagerado.

Una Europa de guerreros...

Así, bajo el gobierno de los obispos y de los clérigos seculares y la acción de los monjes, se unificó en el siglo IX «una Europa de los guerreros y una Europa de los campesinos». Según el modelo de los francos, todos los súbditos del imperio de Carlomagno, directamente dependientes del soberano, son guerreros. Todos deben el servicio de las armas; todo hombre libre es en potencia un guerrero, ya sea directamente o a través del contingente proporcionado por su señor, y debe participar en las campañas militares del soberano, desde la primavera hasta el verano, pues los caballos necesitan hierba para alimentarse.

Bajo los cuarenta y seis años del reinado de Carlomagno, sólo durante dos años no hubo campaña militar, en 709 y en 807. El elemento fuerte del ejército lo constituía la caballería acorazada. Los hombres libres movilizados debían, personalmente, o por mediación de su señor, proporcionar su caballo, su escudo y su arma. Podía tratarse de una lanza ligera, es decir, una espada corta de filo para luchar a pie, o mejor una espada larga de doble filo para el combate a caballo. Si la campaña resultaba victoriosa, lo cual era la norma tratándose de Carlomagno, terminaba en el acopio de un botín más o menos rico. El imperio carolingio vivió en parte de la conquista y del botín, como todos los grandes imperios desde Alejandro a Mahoma.

El conjunto de los soldados a disposición del soberano, aunque muy rara vez llegaron a reunirse todos a la vez, alcanzó sin duda una cifra de aproximadamente 50 000 hombres, de los cuales unos 2000 o 3000 iban a caballo. La Edad Media no fue una sociedad y una cultura de grandes cifras, sobre todo en un terreno donde destacó más: el de la guerra. Los jefes de este ejército eran hombres cuya riqueza procedía en su mayoría de los ingresos de

los grandes dominios. La tierra fue la otra base de fortuna y de poder de los futuros europeos. Se ha podido afirmar que la Edad Media nació con la transformación del impuesto pagado al gobierno en cánones pagados al gran propietario, el futuro señor. Sobre las tierras de esos poderosos vivían y trabajaban alrededor del 90 por 100 de la población laica.

... y de campesinos

Mundo de guerreros por el dominio de una minoría de propietarios rurales combatientes, Europa se presentaba como un mundo con una fuerte mayoría campesina. Estos campesinos tenían estatutos sociales distintos. Seguía habiendo esclavos, cuya suerte prácticamente no había mejorado con el cristianismo. Existían vínculos diferentes entre el señor, los campesinos y las tierras comunales. Cada vez era mayor el número de hombres y tierras que quedaban directamente sometidos al señor. En lugar de los esclavos, aparecían los siervos y tierras serviles de las que el campesino no podía disponer con el fin de intercambiarlas o venderlas. Occidente seguía siendo un país de bosques, a pesar de una primera oleada de desbroces en los siglos VI y VII. Los grandes dominios en general estaban divididos en dos partes. La primera era el corral o «reserva», directamente explotada por el señor con ayuda de las labores de sus campesinos en forma de cargas de trabajo varias veces a la semana. La otra parte del dominio era trabajada por los propios campesinos que, además de atender a la alimentación de su familia, intentaban producir un excedente destinado a la venta a fin de procurarse los bienes necesarios fuera del dominio. Una parte de esos campesinos, más importante de lo que suele decirse, estaba formada por los campesinos libres poseedores de lo que se llamaban alodios.

Desde los tiempos de Carlomagno se perfila una evolución que constituirá uno de los grandes acontecimientos de la Edad Media y se convertirá en uno de los rasgos esenciales de Europa. Los campesinos arrancaron al señor algunas manumisiones que les convirtió en una categoría libre y les permitió librarse también de las cargas de trabajo, obligando a los señores, o bien a aceptar la

reducción de su dominio, bien a imponer una política de nueva servidumbre. Esta segunda solución se practicó sobre todo en el este de Europa y fue otra causa de diferencia y de alejamiento entre la Europa del oeste y la del este. Esta importancia de la sociedad de vida rural, que será hasta hoy mismo una característica de Europa, retuvo la atención y la solicitud de Carlomagno. El capitular *De Villis* (c. 800) es una reglamentación completa de la vida agrícola más allá incluso de los dominios reales, y restituye el paisaje rural del nacimiento de la Edad Media y de Europa, en el que persisten muchos de sus rasgos.

La civilización carolingia, un estrato europeo

El mayor logro de la Europa carolingia es sin lugar a dudas la Europa de la civilización. Carlomagno, cuya cultura no puede exagerarse —ya que apenas era capaz de reconocer las letras del alfabeto, no escribía y tenía escasos conocimientos de latín— poseía en cualquier caso un principio de gobierno muy firme. Creía que el saber, la instrucción, era una manifestación y un instrumento de poder necesario. Desarrollar y proteger el saber era uno de los primeros deberes de un soberano. Se daba cuenta de que en esta tarea el monarca tenía que apoyarse básicamente en los clérigos, que disponían de la mejor formación en el terreno y que su acción debía ir dirigida ante todo a los hijos de los poderosos laicos, sus auxiliares en el gobierno del imperio. Este programa no podía limitarse a ser un llamamiento a los francos, sino que debía reunir todo el potencial cultural del imperio. Incluso introdujo a varios representantes de los países que no formaban parte de él. Ese fue, por ejemplo, el caso de los irlandeses, de los anglosajones y de los españoles. Es una exageración convertir a Carlomagno en una especie de Jules Ferry precursor que acudía a las escuelas a brindar su estímulo a los alumnos. Esas escuelas, creadas o desarrolladas por Carlomagno, iban destinadas sobre todo a los hijos de la aristocracia. A partir de 781, Carlos se rodeó de letrados y de sabios, a los que Jean Favier ha llamado con acierto los «intelectuales de Palacio». Estaba, por ejemplo, el lombardo Pablo el Diácono, cuyo verdadero nombre era Warnefried; Paulino de Aquilea, italiano; Teodulfo, un español que llegó a obispo de Orleáns y abad de Fleury-sur-Loire (Saint-Benoît-sur-Loire) en 797; y, principalmente, el anglosajón Alcuino, nacido hacia el año 739 y muerto en 804, principal consejero de Carlomagno, un diácono que llegó a ser abad de Saint-Martín de Tours, convirtiéndolo en uno de

los focos más vitales de lo que se ha conocido como el renacimiento carolingio.

Este mundo del saber era esencialmente masculino, aunque emergen en él algunas figuras femeninas. Alcuino era, por ejemplo, también el consejero de Gisela, hermana de Carlomagno y abadesa de Chelles, y la animó a favorecer en su monasterio la vida intelectual y la intensa actividad de copia de manuscritos. Una gran aristócrata de Aquitania, Dhuoda, lejos de la corte, llegó a adquirir un saber que, a principios del siglo IX, quiso transmitir a su hijo Bernardo, duque de Septimania, y para él redactó un manual educativo.

El renacimiento carolingio, en torno a Carlomagno, fue más limitado que la imagen brillante y conquistadora que hemos insistido en imaginar. Además, en la corte de Carlomagno revistió un carácter tan lúdico como seriamente cultural. Carlos y los principales personajes de su entorno forman una academia palatina, que era un juego literario en el que sus miembros llevaban alias que evocan la Antigüedad. Resulta interesante destacar que esos alias mezclaban nombres griegos y latinos, pero también bíblicos. Alcuino es Albinus o Flaccus, es decir, Horacio; Engilbert es Homero; Teodolfo es Píndaro; un joven poeta, Maudoin, es Naso, es decir, Ovidio; Pipino de Italia es Julio, es decir, César; pero había otros nombres como Aaron o Samuel; Adalardo es Agustín; y, sobre todo, Carlomagno es David, el «rey pacífico». Este programa casa perfectamente con las intenciones de Alcuino: convertir la corte de Carlomagno en «una Atenas más hermosa que la antigua al estar ennoblecida por la enseñanza de Cristo».

Una segunda oleada de sabios continuará e incluso desarrollará este «renacimiento» después de Carlomagno, en tiempos de Luis el Piadoso y Carlos el Calvo. Las nuevas abadías son, junto con el palacio, sus focos. Así, Eginardo estudió en la nueva abadía de Fulda, en Germania, y el gran Rabano Mauro será su abad a partir de 822.

Sin caer en la exageración, con todo es preciso reconocer que la actividad intelectual carolingia fue uno de los estratos de la cultura europea. La importancia del saber para el gobierno y el prestigio de un Estado fue subrayada por Carlomagno en el capitular *De litteris colendis*.

Las reformas llevadas a cabo por Carlomagno y sus consejeros fueron en muchos casos importantes. Es el caso de la reforma de la escritura. La nueva letra, la *minuscula Carolina*, era clara, normalizada, elegante y más fácil de leer y de escribir. Se ha dicho que fue la primera escritura europea. Dentro de la intensa actividad de copia de manuscritos desarrollada en los *scriptoria* monásticos, reales y episcopales, Alcuino introdujo un interés novedoso por la claridad y la puntuación. Carlomagno también hizo enmendar el texto de las Escrituras. Esta preocupación por la corrección, que estimulará la gran actividad de exégesis bíblica en el Occidente medieval, es una preocupación importante que concilia el respeto del texto sagrado original con la legitimación de las correcciones debidas a los avances de los conocimientos y de la instrucción.

El renacimiento carolingio se impone todavía hoy, sobre todo por la riqueza de su ilustración, las iluminaciones. Algunos evangeliarios y salterios son verdaderas obras maestras. La afición al texto de los salmos que atravesó la Edad Media indujo en Europa una atracción por la poesía bíblica que perdura hasta hoy.

Cabe señalar también que sin una influencia carolingia concreta, aunque en la misma época, aparece una moda que se desarrollará y se mantendrá durante toda la Edad Media y sigue hoy en vigor. Después del siglo VI, el Apocalipsis llamado de san Juan, admitido con dificultades entre los textos canónicos del Nuevo Testamento, ya no suscita la atención del clero y de los fieles. A finales del siglo VIII, una obra le insufló nueva vida de manera fulgurante. Nos referimos al Comentario que hacia 780 compuso el monje Beato, del monasterio de Liébana, cerca de Santander. Las copias ilustradas de este comentario se multiplicaron en los siglos IX y X. Las ilustraciones son con frecuencia la demostración del genio artístico

de los pintores de miniaturas de Occidente cuando intentaban expresar la angustia y el horror. Beato dio a Europa su primer gran *thriller*.

El siglo IX es asimismo capital para el futuro de la arquitectura religiosa en Occidente. Dos innovaciones serán un legado de primer rango para la arquitectura europea. Una es la introducción simbólica del crucero, que integra la cruz en el plano lineal de la antigua basílica romana. Aparece alrededor del año 800 en Saint-Maurice-d'Agaune, en la catedral de Colonia y en la de Besançon. Durante el mismo período, en la abadía de Saint-Riquier surgió una innovación llamada a gozar de un gran éxito. Es el macizo occidental que con sus torres anuncia los pórticos de las iglesias románicas y góticas. Se levantan monumentos modelos, como el monasterio de Saint-Denis, el de Fulda, el Palacio imperial y la iglesia de Aix-la-Chapelle. Los comanditarios y talleres viajaban y algunos maestros de obras, artistas en un futuro, dan a lo que será Europa una apariencia que encuentra un eco en los monumentos.

Francia, Alemania, Italia: ¿un corazón de Europa?

Varios textos han situado la unidad del imperio bajo el vocablo Europa. El *Carmen* de *Carolo Magno* designa a Carlomagno como «la cabeza venerable de Europa» y el «padre de Europa». Carlomagno, que ya en 781 había confiado un reino de Aquitania a su hijo Luis, dejó a ese mismo hijo su imperio cuando le llegó la muerte, en 814. Incapaz de resistir a la presión de sus hijos y de resolver los problemas de gobierno que planteaba un espacio tan vasto, Luis el Piadoso optó a su vez por dividir el imperio entre sus hijos. Esta división tras su muerte fue confirmada por el acuerdo entre Lotario y Luis el Germánico, concretada durante los Juramentos de Estrasburgo (842), primer texto oficial en lengua vulgar, franco de un lado, germánico del otro, y en los tratados de Verdún (843) y de Minden (844), sobre el reparto del imperio. Después de estas peripecias, se esbozó una remodelación del extremo Occidente entre dos regiones, Francia occidental y Francia oriental, gobernadas por dos pueblos llamados a convertirse en los franceses y alemanes. Entre ellos se extendía una tercera parte que se prolonga de norte a sur, junto con las dos capitales, Aquisgrán y Roma, una región intermedia llamada Lotaringia e Italia. Lotaringia enseguida demostró ser una entidad artificial y difícil de mantener. La realidad territorial y política fue la emergencia de tres regiones predominantes llamadas, según consta en un documento del siglo IX, *prestantiores Europae species*, las tres partes dominantes de Europa: Italia, la Galia y Germania. Estas realidades que no poseían ni una identidad ni frontera concreta, ni estructuras institucionales bien definidas, eran de hecho un primer semblante de tres lejanas naciones de la Europa moderna y contemporánea, Francia, Alemania e Italia. Una realidad que nos induce a reflexionar

acerca de la lenta emergencia histórica de Europa. Muy pronto, en el espacio europeo algunas potencias afirmaron su superioridad sobre otras. La construcción actual de Europa debe así hacer frente a las pretensiones de la pareja Francia-Alemania, sin duda necesaria para la estabilidad de Europa, aunque haya creado desigualdades y recelos dentro de la comunidad europea.



CAPÍTULO TRES
La Europa soñada y la Europa potencial del año 1000



La Europa imperial otoniana

A MEDIADOS DEL SIGLO X, el sueño de unidad imperial de Carlomagno fue recogido por el rey de Germania Otón I, hijo de Enrique I y de santa Matilde. Coronado en el año 936 en Aquisgrán, llevó a cabo algunas anexiones en Germania y consiguió diversas victorias contra los invasores, entre ellas la resonante victoria de Lechfeld contra los húngaros en el año 955. El papa Juan XII le coronó emperador en Roma en 962. A la vez, para erigirse como igual y para mejorar las relaciones con el Imperio bizantino, Otón I obtuvo para su hijo la mano de la princesa bizantina Teofano y en dirección de los países eslavos hizo erigir el arzobispado de Magdeburgo, en 968, donde fue inhumado a su muerte, acaecida en 973. Esta creación de Otón, si bien perdió su verdadero poder a lo largo de la Edad Media, no por ello dejó de ser una institución y una potencia de larga duración desde las perspectivas europeas, al contrario de lo que fuera el imperio de Carlomagno. El nombre significativo de este imperio fue Santo Imperio Romano-Germánico, título que indicaba en primer lugar el carácter sagrado del imperio, y recordaba a continuación que era el heredero del Imperio romano y que Roma era su capital; por último, subrayaba el papel eminente de los germanos dentro de la institución. La idea de Luis el Piadoso encontraba en ella una cierta resurrección y una cierta prolongación. La espina dorsal de la Europa potencial era, de norte a sur, desde el mar del Norte al Mediterráneo, Alemania e Italia. Los Alpes, que nunca llegaron a ser una verdadera barrera entre Italia y la Europa del norte se convirtieron más que nunca en una región esencial de paso entre el norte y el sur de la cristiandad «europea». El viaje de los emperadores a Italia se convirtió en una especie de rito político de la cristiandad medieval. El acondicionamiento de puertos de montaña,

la construcción de hospicios para peregrinos, la intensificación de las relaciones comerciales y humanas, fueron los hitos de la importancia que los Alpes tuvieron en el corazón de la cristiandad «europea» medieval. Protectores y vigilantes de los pasos alpinos, sobre todo a partir de la construcción, en la segunda mitad del siglo XIII, del puente del Diablo, situado al norte del cuello de San Gotardo, los tres cantones de Uri, Schwyz y Unterwalden se unieron en 1291 para formar la Confederación Helvética, un germen modesto e inesperado de la lejana democracia europea.

La «nueva Europa» en el año 1000

El hijo de Otón I, Otón II, consolidó las estructuras del imperio y su hijo Otón III, coronado en Roma inmediatamente después de la muerte de su padre en el año 983, se erigió en el portador de un brillante futuro para toda la cristiandad. Este emperador de trece años, que murió en 1002 a los veintiuno, mereció por sus dones y su brillante carisma el calificativo de *mirabilia mundi* (maravilla del mundo). En Roma recibió una instrucción especialmente brillante por parte de san Adalberto de Praga en el exilio, y de Gerberto d'Aurillac, arzobispo de Reims expulsado de su sede. Gerberto era para su época un sabio excepcional que había aprendido en Cataluña, gracias a su contacto con los árabes, aritmética, geografía, música y astronomía. Convertido en papa gracias al apoyo del emperador en el año 999, Gerberto, bajo el nombre de Silvestre II, imaginó con su imperial alumno un programa ambicioso de promoción de la cristiandad europea. Alexander Gieysztor ha demostrado luminosamente cómo, en el programa de Otón III y de Silvestre II, en la Europa nuevamente cristianizada, eslavos y húngaros tuvieron un papel esencial. Algunas miniaturas muestran al emperador en majestad, escoltado por Roma, por la «Galia» y «Germania» así como por la «Sclavinia», el país de los eslavos. Quiere ello decir que el sueño común del papa y del emperador en el año 1000 es una Europa prolongada hacia el este. La historia hará más o menos realidad este sueño, y la entrada del mundo eslavo en la cristiandad unida, premisas de Europa, constituye todavía hoy uno de los grandes acontecimientos de la unificación europea. Un problema que también nació en la Edad Media.

Actualmente es un tema de reiterada discusión averiguar si el año 1000 fue o no el punto de partida del gran crecimiento que experimentó la cristiandad medieval. Parece cierto que entre 950 y

1050 se produce una aceleración del esfuerzo económico de la cristiandad. Y este crecimiento, que afecta de manera más o menos intensa a toda la cristiandad, pone la tela de fondo a los sueños religiosos y políticos del año 1000. El testimonio del monje cluniaciense Raúl Glaber resulta por ello especialmente elocuente: «cuando se acercaba el tercer año que siguió al año 1000 se vio en casi toda la tierra, pero sobre todo en Italia y en Galia, reconstruir los edificios de las iglesias. Aunque la mayoría, por estar bastante bien construidas, no lo requerían de ningún modo, un verdadero espíritu de emulación empujaba a cada comunidad cristiana a tener una iglesia más suntuosa que la de sus vecinos. Parecía que el mundo mismo se sacudía para despojarse de su vetustez y revestirse por todas partes de un blanco manto de iglesias. Entonces, casi todas las iglesias de las sedes episcopales, las de los monasterios consagrados a todo tipo de santos e incluso las pequeñas capillas de los pueblos, fueron reconstruidas por los fieles de modo que quedaron más bellas». Este impulso conllevó un gran desarrollo de todas las actividades necesarias para dicho movimiento de construcción: materias primas, transporte de materiales, herramientas, reclutamiento de mano de obra y financiación de las obras. Empiezan a multiplicarse los canteros de construcción, donde se manifestó el dinamismo de la cristiandad que Europa heredará con las oleadas de construcciones románicas y góticas. El proverbio que reza «cuando el edificio va, todo va» se ha venido verificando en Europa desde el año 1000. A esta intensa actividad material corresponde una gran efervescencia colectiva, religiosa y psicológica. Georges Duby ha destacado de manera brillante los prodigios del milenario, empezando por los signos detectados en el cielo, el vasto movimiento de penitencia y de purificación, el florecimiento del culto de reliquias y milagros, una mezcla de esperanzas, de desórdenes y de sueños. Cuando el corazón de Europa late, late más o menos fuerte en todo su territorio, de oeste a este y de norte a sur. La Europa de la afectividad ya no está encerrada en un enclave.

Los «recién llegados»: escandinavos, húngaros, eslavos

Hay que volver atrás sobre la última oleada de invasiones y de cristianización a la que me referí al hablar de Otón III. Contribuyendo a la construcción de una Europa mestiza, los eslavos ya habían penetrado en la cristiandad. Así sucedió en los siglos VII y VIII con los croatas, que se infiltraron en el territorio situado entre el Adriático y el Danubio, entre Roma y Bizancio. Con la paz de Aquisgrán (812), los croatas caen bajo la autoridad de los francos y, aunque conservan su identidad entre latinos y bizantinos, se inclinan por los latinos: en él año 925 el papa Juan X nombra rey al croata Tomislav, sitúa a su pueblo bajo la jurisdicción de Roma y, durante los concilios de Split en 925 y 928 instituye un metropolitano en Split.

Los «recién llegados» se presentan en tres conjuntos y en torno al año 1000 se acelera su cristianización.

El primer conjunto lo componen los escandinavos a los que nosotros llamamos vikingos o normandos. Desde finales del siglo VIII hasta mediados del siglo X, los cristianos de Occidente los consideraban sobre todo como invasores, saqueadores y gente violenta, aunque los raids de las razias solían ir acompañados de un comercio pacífico. En el siglo X, los daneses conforman un gran reino que engloba a Noruega y domina el mar del Norte hasta Groenlandia. Una sociedad original que se había consolidado en Islandia alrededor de algunas familias constituye una oligarquía plutocrática bajo la dirección de una asamblea popular original, el *Althing*. Los islandeses se convirtieron al cristianismo a finales del siglo X y se otorgaron una constitución en el año 1000. Los daneses, que mantuvieron durante largo tiempo su independencia, produjeron a lo largo de la Edad Media uno de los géneros literarios más

brillantes de Occidente, las «sagas». Así nacieron en el extremo noroeste del territorio europeo una sociedad que vivía del mar y una civilización que enriquece de forma singular la cristiandad medieval. No obstante, a finales del siglo X, los daneses emprendieron la conquista de Gran Bretaña, algo que consiguen de forma provisional, y así de 1018 a 1035 Canuto el Grande es a la vez rey de Gran Bretaña y de Dinamarca. País este último donde desarrolló sistemáticamente los monasterios y el cristianismo. En Noruega, san Olaf, que reinó de 1015 a 1030, desarrolló el cristianismo introducido por Olaf Tryggvason, rey de 995 a 1000. La canonización de san Olaf atestigua la intervención del papado, que recompensó con la santidad a los reyes que se mostraron especialmente activos en la conversión. Es éste un episodio de la entrada en cristiandad de los pueblos conducidos por un rey convertido y agente de conversión. En Suecia, Olaf Skötkonung fue a principios del siglo XI el primer rey cristiano. Para completar la entrada de los escandinavos en cristiandad, hay que recordar que los normandos establecidos en la Normandía gala bajo el mando de Rollón quedaron, al recibir el futuro ducado, bajo el dominio de los carolingios y se convirtieron colectivamente al cristianismo. Con la bendición del papado, el duque Guillermo el Bastardo se apoderó de Gran Bretaña en 1066, en la batalla de Hastings, con lo que puso fin a la realeza anglosajona. Los occidentales del norte habían entrado en cristiandad, es decir, en la futura Europa.

La entrada en cristiandad en la Europa central de los húngaros tuvo un rasgo original. Tenían la particularidad de no hablar una lengua románica ni germánica, ni eslava. Esta particularidad ha subsistido hasta hoy y dicho ejemplo demuestra que, sea cual sea la importancia que tengan las lenguas, tema al que volveremos a referirnos, las diferencias lingüísticas no son esenciales para la construcción de un conjunto cultural o político. Suiza será otro ejemplo de lo que decimos. Procedentes de Asia, a través de una larga migración, los húngaros constituyeron a finales del siglo IX en los Cárpatos un Estado seminómada bajo la dirección del duque

Arpad. Desde esta zona lanzaron mortíferos ataques contra el centro de Europa hasta que el emperador Otón I les infligió una humillante derrota en Lechfeld, en el año 955. Los húngaros se vieron entonces sometidos a varias campañas de cristianización procedentes tanto del este como del oeste. Fueron los misioneros romanos quienes ganaron, pues los alemanes, los italianos y los eslavos ya estaban cristianizados. Advertimos entonces con claridad, con san Étienne, hasta qué punto fue importante la formación de una Europa cristiana mestiza. San Étienne sufrió las influencias del arzobispo de Praga, Voitech, san Adalberto, de su mujer, la bávara Gisela, hermana del emperador Enrique II, y del húngaro Gellert, obispo de Csanàd, formado en el monasterio veneciano de San Giorgio Maggiore. Gellert organizó la joven iglesia de Hungría y sufrió martirio durante la rebelión pagana de 1046. Bautizado en 995, Etienne creó en el año 1000 el monasterio benedictino de Pannonhalma sobre el lugar donde supuestamente nació san Martín. Organizó diez primeros obispados, promulgó decretos que obligaban a todos los pueblos a edificar iglesias y redactó en latín un espejo de príncipe, el *libellus de instructiones morum*, destinado a su hijo Imre, quien le sucedería y sería, como él, canonizado. Por último, dentro de esta excepcional estirpe de reyes santos, también su descendiente Ladislao (1077-1095) alcanzó la santidad.

Esta gran oleada de cristianización alrededor del año 1000 también alcanzó a los eslavos occidentales. Ya hemos visto que los croatas se habían instalado al norte de la región oriental del Adriático. Conviene mencionar un episodio muy importante por razones tanto negativas como positivas; me refiero a la tentativa de conversión a la religión cristiana ortodoxa griega de Cirilo y Metodio. Estos dos hermanos, monjes bizantinos, muy pronto vinculados con los medios eslavos, planearon la conversión de los eslavos con el refuerzo de su identidad cultural. Para ello crearon una escritura especial para la lengua eslava, el alfabeto glagolítico. Su principal campo de apostolado fue Moravia. Sin embargo, aunque su

influencia, en el ámbito lingüístico y litúrgico fue importante y de larga duración, fracasaron en el proyecto de vinculación de los checos y otros pueblos de Moravia a la ortodoxia, y Bohemia y Moravia se insertaron en la cristiandad latino-romana. No obstante, este episodio marcó de forma harto suficiente a los eslavos y pueblos del centro de Europa como para que el papa Juan Pablo II proclamara a Cirilo y a Metodio patronos de Europa junto con san Benito de Nursia.

El período de cristianización de la Europa central, dejando de lado la emergencia de Hungría, se vio perturbado desde el punto de vista político. El príncipe Svatopluk (870-894) creó el Estado de la Gran Moravia. Bohemia se le escapó a partir de 895 y, alrededor del año 1000, Bohemia y Polonia, ambas convertidas al cristianismo, se disputaron Moravia. En el año 966, el príncipe Mieszko de la dinastía de los Piasts se hizo bautizar. La Polonia cristiana mantuvo relaciones entre conflictivas y amistosas con el vecino imperio de Germania. En el año 999 se fundó en Gniezn, sobre la tumba de san Adalberto, un arzobispado propiamente polaco adonde el emperador Otón III acudió en peregrinación durante el año 1000. Boleslao I el Valiente finalmente se hizo coronar rey de Polonia en el año 1025. El centro religioso y político del país se desplazó hacia el sur a lo largo del siglo XI, y Cracovia se convirtió en la capital de Polonia. Vemos así cómo el proceso de cristianización se cumplió tanto en el terreno eclesiástico como en el terreno político. En general, la elevación de metropolitanos está ligada a la promoción de los reyes. Volveremos a tropezar con el problema de saber si hubo en la Edad Media, y más tarde en la larga duración, rasgos específicos de Europa central; señalemos, en todo caso, en esta construcción de la cristiandad, en qué medida el esbozo de Europa al margen de la conversión al cristianismo favoreció la institución de Estados monárquicos. Europa ha sido un conjunto de reyes. El establecimiento del cristianismo en casi todo el ámbito de la Europa occidental y central (a finales del siglo XI sólo los prusianos y lituanos seguían siendo paganos) estuvo acompañado de profundos

cambios en la toponimia. Bautizar los lugares fue tan importante como bautizar a los hombres. Las redes de topónimos cristianos, a menudo ligados a la peregrinación, dejaron por tanto su huella en la cristiandad. A finales del siglo XI el topónimo más difundido en la cristiandad, desde Polonia hasta España, fue Martín.

Un movimiento europeo de «paz»

El mundo del año 1000 era un mundo belicoso y violento. A medida que se alejaban las luchas contra los paganos, según se cristianizaban, aumentaron los conflictos de escala local entre los cristianos. Fue entonces cuando alrededor del año 1000 se desarrolló en la cristiandad un poderoso movimiento de paz. La paz es uno de los principales ideales promovidos por el cristianismo y en la liturgia está encamado en el beso de la paz. Jesús alabó a los pacíficos e hizo de la paz uno de los valores cristianos más importantes. La aparición de un movimiento de paz en el sur de Francia, a finales del siglo X, que se extendió por toda la Europa occidental en el siglo XI, está históricamente ligada al nacimiento de lo que se llamó feudalismo. La implantación, de la que más adelante hablaremos, del poder de los señores se produjo por diversos caminos, siendo el principal de ellos la violencia, la disolución de un poder central en tiempos de los carolingios que dejó camino libre a la violencia de los señores. La paz cristiana era una noción escatológica sacralizada; era una prefiguración de la paz paradisíaca. También el movimiento de la paz alrededor del año 1000 se expresó a través de manifestaciones en las que el entusiasmo religioso ocupaba un papel importante. La Iglesia y las masas campesinas fueron los primeros agentes de este movimiento. Algunos estudiosos la han considerado una especie de rebelión popular explotada y recuperada por la Iglesia. Estas reuniones, a las que la Iglesia dio la forma de concilio con participación de laicos, difundieron las nuevas realidades religiosas de la cristiandad: cultos de las reliquias y milagros. Pero también fue ésta una primera oleada de reglamentaciones en favor de una protección de los débiles: campesinos, comerciantes, peregrinos, mujeres y —la Iglesia aprovechó la ocasión— eclesiásticos. En resumen, supuso la

afirmación, frente a la Europa de los guerreros, de la Europa de los «sin armas». El movimiento de la paz fue recuperado por los señores y por los jefes políticos. En primer lugar, las medidas adoptadas en favor de la paz consistieron ante todo no en desterrar por completo la violencia, sino en canalizarla, reglamentarla. Fue ésta la tregua de Dios, al imponer el depósito de armas en momentos determinados. Por otro lado, del respeto por la paz y de manera menos ambiciosa por la tregua, se responsabilizaron quienes estaban investidos a la vez de una fuerza militar importante, transformándose con ello en fuerza de policía y de una legitimidad de gobierno y, por tanto, de una facultad de pacificación. En 1024, en una asamblea sobre el Meusa, el rey de los francos, Roberto el Piadoso, y el emperador Enrique II proclamaron la paz universal. Más tarde fueron por tanto los poderosos quienes impusieron la paz. La paz de Dios se convirtió en la paz del rey o, en algunas regiones como en Normandía, en la paz del duque: uno de los instrumentos más importantes del que disponían los reyes para consolidar su poder dentro del reino. La paz perdió la aureola escatológica y sagrada que había tenido alrededor del año 1000, aunque siguió siendo un ideal de naturaleza religiosa. Y la paz, a nivel «nacional» y luego «europeo», ha sido hasta hoy una de las grandes conquistas colectivas de Europa. Si el rey de Francia Luis IX (san Luis) en el siglo XIII fue un árbitro, un pacificador, un apaciguador, según se le llamó, ello se debió a que su reputación de santidad le permitía cumplir mejor que otros una tarea que, en su origen, era una tarea sagrada.

Un nuevo santuario europeo en España: Santiago de Compostela

También alrededor del año 1000 se esbozó la recuperación de la Península Hispánica de manos de los musulmanes, lo que más tarde se llamó la «Reconquista». A principios del siglo IX se produjo un acontecimiento esencial. En Galicia, concretamente en Compostela, en el lugar conocido como El Campo de la Estrella (*campus stellae*) se descubrió, en la ubicación de una antigua necrópolis visigótica, bajo el efecto de luces y de apariciones extraordinarias, la tumba del apóstol Santiago, que al parecer encalló aquí en su barca después de su martirio. Desde su descubrimiento, hacia 820-830, esta tumba sobre la cual se elevaron varios santuarios cada vez más suntuosos, se convirtió paulatinamente en el centro de una peregrinación que a partir del siglo XII era ya el tercer gran centro de peregrinación, junto con Jerusalén y Roma. A lo largo de las batallas contra los musulmanes, Santiago se erigió en el apoyo de los cristianos a quienes se les aparecía en las batallas, por lo que recibió el nombre de Matamoros. Santiago atrajo a peregrinos de toda la cristiandad y fue un gran centro de peregrinación europeo, por más que recientemente se haya asegurado que el gran éxito de la peregrinación no correspondió a la Edad Media, sino a la Época Moderna. La promoción de Santiago de Compostela confirma la importancia de las periferias para la construcción de Europa.

No obstante, los cristianos que resistían en el norte de España y sufrían las razias de los musulmanes, en particular las de Al-Mansur (saqueo de Barcelona en 985, de Santiago de Compostela en 997), se organizaban no solamente para resistir sino también para lanzarse contra los musulmanes. El reino de Pamplona, en el siglo X, significó un claro progreso en la organización militar y

política de los cristianos que, después de la muerte de Al-Mansur y el asesinato de su nieto en 1009, se dispusieron a aprovechar la crisis de la España musulmana.

Afirmación de Europa

Sin embargo, en el este la evolución negativa de las relaciones con Bizancio había separado, de una manera que llegaría a ser definitiva, la cristiandad latina romana del Imperio bizantino. Los emperadores otonianos todavía se esforzaron por evitar la ruptura. Otón I, aunque se había hecho consagrar como emperador en Roma, en 972 casó en señal de apaciguamiento a su hijo Otón II con la princesa griega Teofano, que ejerció la regencia al principio de la minoría de edad de Otón III, entre 983 y 991. La influencia bizantina fue, por lo demás, importante en la corte de Otón III, y no puede afirmarse que la Europa cristiana del año 1000 estuviese completamente desligada de Bizancio y del mundo eslavo ortodoxo. También dentro de este orden de ideas, el rey de los francos, Enrique I (1031-1060), nieto de Hugo Capeto, se casaba en 1051 con la princesa rusa ortodoxa Ana de Kiev.

A lo largo de todo el período carolingio y poscarolingio, en los siglos IX y X, los textos utilizan más a menudo de lo que se cree el término Europa; y al contrario de lo que se ha afirmado, no se trata de una simple denominación geográfica, expresión que por otro lado carece de sentido. Los nombres geográficos no son inocentes. El uso del término Europa recogía, por lo tanto, la impresión de la existencia de una cierta comunidad anterior a la cristianización, pero a partir del siglo XI, aunque este sentimiento de identidad colectiva persiste e incluso se fortalece entre los «europeos», un vocablo nuevo, cristiandad, es el que expresa con mayor frecuencia este sentimiento. El manto ceremonial del emperador Enrique II (1002-1024), conservado en Bamberg, sucesor de Otón III, ilustra las dimensiones cósmicas del sueño imperial. Los signos del Zodíaco se mezclan con las figuras de Cristo, de la Virgen, de los ángeles y de los santos. La inscripción latina, que recorre el orillo del

manto celebra al monarca con estas palabras: «¡Oh, tú, honor de Europa, César Enrique, bienaventurado, que El que reina en la eternidad aumente tu imperio[2]!».



CAPÍTULO CUATRO
La Europa feudal (siglos XI-XII)



EL PERÍODO DURANTE EL CUAL SE AFIRMA LA CRISTIANDAD es el período de arranque del gran impulso de lo que finalmente será Europa. Sin embargo, este impulso habría podido ser contrariado antes y no ha tomado inexorablemente la dirección de una unificación de la futura Europa. Me atendré a subrayar sobre todo los rasgos comunes que este período legó a Europa. Podemos hablar entonces de estrato feudal de Europa.

Progreso agrario

De nuevo hay que partir de la realidad fundamental, la Europa feudal es rural y la Europa de la tierra es esencial. Hoy, cuando el número y el peso de los campesinos han experimentado un considerable retroceso en Europa, la economía rural continúa siendo un dato fundamental y uno de los problemas más arduos de la Comunidad Europea. El mundo al que se enfrenta la PAC (Política Agrícola Común) viene de la Edad Media: un mundo en el que se afirma cada vez más la agricultura cerealística. Europa será un mundo del pan. También arraigan entonces dos bebidas dominantes, el vino, cuya importancia se ve fortalecida desde la conquista romana por las costumbres litúrgicas del cristianismo, y que procede a cultivar la viña más allá del que se considera su límite climático, hasta la Francia del norte, el sur de Inglaterra; la otra bebida es la antepasada de la cerveza, la *cervoise*. Esta distinción entre la Europa del vino y una Europa de la *cervoise* es tan nítida que en el siglo XIII los franciscanos adoptarán la costumbre de hablar de la división de los conventos de la orden entre conventos del vino y conventos de la *cervoise*. En el oeste se afirma una tercera Europa, la Europa de la sidra. A pesar de las diferencias y de los matices regionales, la vida rural a partir del año 1000 manifiesta una gran uniformidad marcada por importantes avances técnicos. Son indicios de la mayor eficacia del trabajo de los hombres y, en primer lugar, en la actividad de base, es decir, la preparación del terreno. El arado arcaico es sustituido, especialmente en las llanuras de la Europa septentrional, por la carreta provista de una reja disimétrica y de una vertedera y, sobre todo, tal vez sea lo más importante, la sustitución de la madera por el hierro. Esta agricultura de la carreta se beneficia también de los avances realizados en la tracción. El asno y el mulo al sur, el buey al

norte, continúan imponiéndose como animales de tiro, pero el caballo, en las llanuras septentrionales, obliga a retroceder al buey y en el siglo XII será ya dominante en las explotaciones campesinas de Flandes. Aunque se ha exagerado la importancia de la supuesta revolución que supuso el collar de cerviz capaz de multiplicar la capacidad de tracción del animal, su introducción y su difusión demuestran una voluntad de mejora de los métodos de cultivo.

Empieza también a definirse en el norte una innovación que tendrá gran importancia para el incremento de los rendimientos y la posibilidad de diversificar los cultivos. Se trata de la introducción en el sistema de rotación de estos cultivos, por tradición bianuales, que recurrían habitualmente al barbecho para dejar reposar la tierra, de una tercera porción del terreno, lo cual entrañaba la rotación trianual, permitiendo con ello la introducción de las leguminosas y el aumento del rendimiento gracias a la posibilidad de obtener dos cosechas al año.

En una época en la que existe una sensibilidad creciente a los problemas del medioambiente y a los cambios climáticos conviene subrayar, como se ha hecho, que hubo en este impulso posterior al año 1000 lo que Marc Bompaire llamó una «ayudita del cielo». Parece ser que entre 900 y 1300 Europa gozó de un *optimum* climático señalado por un incremento de las temperaturas de 1 a 2 grados y por una menor humedad que favorecía los cultivos cerealísticos.

El encelulamiento

Este período del año 1000 y de las décadas siguientes es esencial para la reestructuración social y política del espacio de la cristiandad, que ha dejado en la organización territorial de Europa profundas marcas. Dada la importancia del castillo feudal dentro de esta nueva organización, para designarla los historiadores han adoptado del italiano una palabra extraída del gran libro de Pierre Toubert sobre el *Latium* medieval: el *incastellamento*, el encastillamiento. Ampliando el vocabulario al conjunto del territorio medieval, Robert Fossier propuso hablar del encelulamiento. ¿Cuáles eran las células fundamentales de esta organización? El castillo, evidentemente, aunque había otras tres células de base más: la señoría, el pueblo y la parroquia. La señoría designa al territorio dominado por el castillo y engloba a las tierras y a los campesinos, donde el señor es el amo. Comprende por lo tanto las tierras, los hombres y los ingresos, tanto generados por la explotación de las tierras como por los ingresos de los campesinos; comprende también un conjunto de derechos que el señor ejerce en virtud de su derecho de mando, que llamamos el *ban* (conjunto de vasallos y feudatarios de un señor). Dado que esta organización estaba vigente en prácticamente toda la cristiandad, algunos historiadores han propuesto sustituir la expresión «sistema feudal» por la de «sistema señorial», pues la feudalidad designaba a una organización más restringida donde el señor está al frente de un feudo que le era concedido por su señor superior en su condición de vasallo, y el término posee un carácter estrictamente jurídico.

Pueblo y cementerio

En el interior de las señorías encontramos preferentemente agrupamientos de campesinos y de súbditos llamados pueblos. El pueblo, que sustituye al hábitat rural disperso de la Antigüedad y de la Alta Edad Media, se generalizó en la cristiandad del siglo XI, y aunque en la Europa actual el castillo pervive en el paisaje tan sólo en el estado de recuerdo y de símbolo, y suele hallarse en ruinas, la forma del pueblo medieval, en cambio, subsiste a menudo en toda la Europa occidental. El pueblo nació de la reunión de casas de campo alrededor de dos elementos esenciales, la iglesia y el cementerio. Robert Fossier consideró con justa razón que el cementerio es el elemento principal y que a veces es incluso anterior a la iglesia. En este punto volvemos a encontrar una de las características profundas que la sociedad medieval legó a Europa. Nos referimos a las relaciones entre los vivos y los muertos. Una de las transformaciones más importantes de Occidente, desde la Antigüedad a la Edad Media, fue que los vivos trasladaran a sus muertos a las ciudades y luego a los pueblos. El mundo antiguo sentía temor e incluso repulsión ante los cadáveres; a los muertos se les rendía culto en la intimidad de las familias o en el exterior de los lugares habitados, junto a los caminos. El cristianismo cambia por completo esta situación, pues procede a integrar las tumbas que encierran los cuerpos de los antepasados en el espacio urbano. La Edad Media no hará sino fortalecer los estrechos vínculos entre los vivos y los muertos. A ello contribuyó la invención, en el siglo XII, de un tercer lugar del más allá, el purgatorio. Sobre todo a partir del siglo XI, por influencia de la orden monástica de Cluny, el papado instituyó un día de conmemoración de los muertos, el 2 de noviembre, el día siguiente al de Todos los Santos. Así se hallan reunidos los muertos por excelencia que son

los santos y la multitud diversa de los otros muertos. En las capas superiores de la sociedad feudal, el «culto» a los antepasados constituye un vínculo social fundamental que funda y consolida los linajes. Por ejemplo, a finales del siglo XI, el conde de Anjou, Fulco IV, rememorando el linaje de sus antepasados declara, deteniéndose en sus más viejos conocidos: «De antes no sé nada porque ignoro dónde están enterrados mis antepasados».

Las dinastías reales se apresuraron a crear necrópolis reales: Bamberg en Alemania, Westminster en Inglaterra, y Fontevrault en Anjou para los primeros Plantagenet; San Isidoro de León para los reyes de León-Castilla; los condes de Flandes en Saint Bavon de Gante y los reyes de Francia en Saint-Denis.

La parroquia

Junto con el cementerio, la iglesia es el centro del pueblo. La iglesia de que hablamos es en general el centro de otra célula esencial, no solamente del pueblo, sino incluso de la ciudad: la parroquia. La institución parroquial no conseguirá estabilizarse hasta el siglo XIII; ahora bien, los problemas que se solucionen entre el siglo XI y el XII en general ya lo estaban en los pueblos del siglo XI. El problema es ante todo de territorio. Se trata de la instalación de parroquias en los barrios de las ciudades y en las extensiones rurales, lo cual resulta más delicado. Dentro del pueblo, la iglesia desempeña de manera natural el papel de parroquia para los aldeanos; se trata así de un conjunto de fieles bajo la autoridad de un sacerdote al que se llamará «cura». La parroquia define un cierto número de derechos: el derecho que tiene el fiel a recibir los sacramentos, el derecho del sacerdote a percibir unos ingresos por los cánones establecidos. Con la concesión de los sacramentos a los parroquianos, que son su derecho pero que forman parte del monopolio de la parroquia, el aldeano crea a lo largo de toda su vida y en la cotidianeidad un vínculo estrecho con la iglesia parroquial, su cura y sus coparroquianos.

Una capa superior: la nobleza

Dentro del grupo señorial se distingue y se afirma, después del año 1000, una capa superior, la nobleza. La nobleza está ligada al poder, a la riqueza, pero es un concepto que esencialmente reposa en la sangre. Es una clase de prestigio, fundamentalmente interesada por manifestar su rango, en particular mediante un comportamiento social y religioso, la largueza. La distribución de beneficios entre los individuos, y sobre todo entre los grupos religiosos, a las abadías y a los santos, es la principal manifestación de la nobleza.

¿De dónde proceden los nobles? Según unos, se trata de la continuación de la Antigüedad romana; según otros, es una creación de la Edad Media, de forma que la nobleza habría derivado del estatuto de hombre libre que estaba reservado a una élite.

En todo caso, durante la Edad Media se afirmó en todo Occidente una capa superior entendida según los términos de Léopold Génicot, «orgullosa de su antigüedad y fortalecida por su riqueza, por sus alianzas, por el papel público que ejerce, a expensas del soberano o con su ayuda»; esta capa goza de privilegios políticos y judiciales además de una gran consideración social. Su prestigio, repito, reposa esencialmente en la sangre, a la vez que el ennoblecimiento por parte de los reyes y de los príncipes de hombres que no nacieron nobles se produjo algo tardíamente, tuvo un carácter restringido y no les proporcionó la consideración que merecía el nacimiento.

Por más que en la actualidad Europa conserve solamente, y de modo desigual, las sombras de la nobleza nacida en la Edad Media, las nociones de noble y de nobleza siguen ocupando un lugar eminente entre los valores occidentales. Y ello es así porque a partir de la Edad Media aparece junto a la nobleza de sangre la idea de

una nobleza de carácter, de comportamiento, de virtud. A los moralistas les gusta incluso oponer esta nobleza adquirida a la nobleza innata y no forzosamente justificada por el noble. Es una de las palabras en torno a las cuales se perfila uno de los debates importantes de Europa, el de la apreciación del valor de hombres y mujeres.

Caballería y cortesía

Por encima de la nobleza aparece igualmente, hacia el año 1000, y de manera más nítida y masiva, otro tipo social, el caballero. Separándose del *miles* definido tanto en el Imperio romano, como entre los bárbaros romanizados por este término, que indica sencillamente una función, la guerra (el *miles* es un soldado), el término evoluciona hacia el año 1000 para designar a una élite, a menudo ligada al castillo y al señor, de combatientes especialistas en la lucha a caballo y que se entregan, a la par que a auténticos combates al servicio de su señor, a prácticas que deben considerarse a la vez como divertimentos y como entrenamientos, los torneos. Éstos despiertan la hostilidad de la Iglesia, que advierte el carácter agresivo, incluso contra la Iglesia, que caracteriza a estos hombres de la segunda función indoeuropea (los *bellatores*), quienes no dudan en derramar sangre, algo prohibido a los clérigos. Parece ser que los excesos cometidos por estos caballeros fueron una de las principales razones de la revuelta del movimiento de paz surgida alrededor del año 1000, a la que ya nos hemos referido. A la larga, la caballería será «civilizada» por la Iglesia. En gran parte, para canalizar su violencia, la Iglesia se esfuerza en desviar hacia fines piadosos la violencia de los caballeros: la protección de las iglesias, de las granjas y de los desarmados, y pronto, como se verá, contra los infieles, al exterior de la cristiandad. La Iglesia obtiene finalmente, en el siglo XII como muy tarde, una victoria relativa sobre los caballeros. La entrada en la caballería se hacía a través de una ceremonia celebrada, al final de la adolescencia, y que para los futuros caballeros representaba tanto un rito de iniciación como un rito de paso. La ceremonia en cuestión consistía en la entrega de armas al joven guerrero, como ya se hacía entre los pueblos germanos. Aunque la Iglesia no alteró ningún detalle de

la entrega de espuelas, rito puramente laico, sí introdujo la bendición de las armas características del caballero: la lanza con su pendón, el escudo decorado con el blasón y la espada. La Iglesia confirió al baño que precede a la ceremonia un simbolismo cristiano ligado a la pureza. Desde finales del siglo XII, impuso, al término de esta ceremonia de armar solemnemente, una vigilia de armas consistente en una meditación religiosa. Lo más importante para el futuro europeo del fenómeno de la caballería es la formación, a partir de la Edad Media, de un mito caballeresco. Este mito fue si no creado sí propagado por una literatura especializada; y es éste el lugar de señalar en qué medida, dentro de la herencia que la Edad Media legó a Europa, la literatura ocupa un importante lugar. El mito del caballero empezó a orquestarse en las canciones de gesta. Los dos aspectos del caballero, la proeza militar y la piedad se encamarán, desde finales del siglo XI, en los dos héroes de la *Chanson de Roland*, Roldán y Oliveros. En las canciones de gesta se los a los caballeros como a los grandes servidores de los reyes, gracias a las virtudes caballerescas. La valerosidad del guerrero al servicio de la fidelidad del vasallaje. Los caballeros de las canciones de gesta tuvieron sus sucesores, que obtuvieron al menos tanto éxito como ellos. Nos referimos a los héroes de las novelas de aventuras, cuyas dos grandes fuentes fueron la historia antigua transfigurada, Eneas, Héctor y Alejandro, y la «materia de Bretaña», es decir, las hazañas de los héroes célticos, más imaginarios que históricos, en primera fila de los cuales está el famoso Arturo. Este imaginario, esencial para el imaginario futuro de Europa, elaboró en el siglo XIII, después de haber creado con anterioridad un héroe mítico, el «caballero errante», un tema que ilustró la caballería al reunir a los héroes de tan diversos orígenes. Es el tema de los «Nueve Valientes». Es una historia santa de la caballería que agrupa a los valientes antiguos —Héctor, Alejandro, César—; a los valientes bíblicos —Josué, David y Judas Macabeo—; y a los valientes cristianos —Arturo, Carlomagno y Godofredo de Bouillon —. El imaginario caballeresco conformado por hazañas guerreras,

por la devoción al servicio de los débiles (mujeres, pobres…), sobrevivió tanto mejor en la Edad Media cuanto que el epíteto caballeresco, aunque en buena medida modelado por la Iglesia, conserva valores laicos en una Europa que se aleja de los valores propiamente cristianos. En la Edad Media, por lo demás, la Iglesia había mantenido sus distancias frente a los valores caballerescos, que en su opinión seguían siendo demasiado bárbaros, como ha observado Jean Flori: «largueza no es caridad, y don no es limosna».

La caballería mantuvo relaciones estrechas con otro comportamiento feudal, la cortesía. Caballería y cortesía fueron un doble legado hecho a Europa. La cortesía, como su etimología indica, está definida por las buenas maneras que se suponen reinaban en la corte de los reyes y los príncipes. Es interesante señalar que esos príncipes pueden ser tanto hombres como mujeres, y que si la caballería es un mundo esencialmente masculino, la cortesía es un universo donde la mujer es omnipresente. Ya sea para dar el tono, reunir alrededor de ella a escritores y artistas, como María, condesa de Champaña (1145-1198) y, si no se trata de una leyenda, Leonor de Aquitania, reina de Inglaterra a finales del siglo XII, ya sea para ser objeto de la admiración y protección de los varones que la rodean. Es preciso acercar estos valores y comportamientos a las buenas maneras, cuya importancia reveló el sociólogo Norbert Elias, y que tienen su origen en la Edad Media, en los siglos XII y XIII. Esas buenas maneras, descritas y esclarecidas en *La civilización de las costumbres*, consistieron en gran medida en mejorar las formas en la mesa, lo cual aportó higiene y educación a una sociedad que no adoptó el tenedor hasta muy al final de la Edad Media. Todo un conjunto de gestos —no comer varios del mismo plato, no escupir, lavarse las manos antes y después de las comidas— nació en la Edad Media y se ha mantenido hasta nosotros. Otro lugar de aprendizaje de las buenas costumbres era el convento. Así Hugo, el gran pedagogo, canónigo en el célebre monasterio de san Víctor en

los suburbios de París (c. 1090-1141), compuso un *De instructione novitiorum* que regulaba entre los jóvenes novicios la disciplina del gesto, de la palabra y de las buenas formas en la mesa —descrita por Jean-Claude Schmitt—. Si la corte fue un gran foco de civilización de las costumbres, no debemos olvidar que la Edad Media, heredera de la Antigüedad, opuso las buenas maneras de los hombres de la ciudad a la zafiedad de las costumbres de los campesinos. La urbanidad, la cortesía (*urbs* es la ciudad en latín; *polis* es la ciudad en griego), se opuso a *rus*, el campo, foco de rusticidad. No olvidemos tampoco que los romanos comían recostados sobre un diván, y que los europeos de la Edad Media impusieron la mesa para comer, hecho que les distingue de la mayoría de asiáticos y africanos.

Evolución del matrimonio

En la mutación de los sentimientos y de las costumbres que se concreta a principios del período feudal las nuevas figuras del amor ocupan un papel muy especial. Esas nuevas manifestaciones amorosas se elaboran sobre el fondo de la evolución decisiva que el matrimonio sufrió durante este período. El matrimonio, elemento importante de la reforma gregoriana del que volveremos a hablar, recibió de la Iglesia sus nuevas características que han perdurado casi hasta nuestros días sin grandes cambios. El matrimonio se hace monógamo, mientras que la aristocracia había mantenido una poligamia de hecho; por otra parte, se hace también indisoluble. Ahora es difícil repudiar a las esposas. La Santa Sede tiene tendencia a reservarse la decisión y el principal motivo aceptado es justamente la consanguinidad, definida de manera estricta hasta la cuarta generación y escrupulosamente controlada por la Iglesia. De manera concomitante y sin duda como reacción a este reforzamiento de las reglas matrimoniales se multiplicó el adulterio, muy severamente castigado por la Iglesia. El detalle más importante sin duda es que el matrimonio que hasta entonces era un contrato civil se convierte paulatinamente en un asunto religioso sometido a la supervisión de la Iglesia. Ésta hizo retroceder los matrimonios «arreglados» al dictar que la unión debe realizarse por consentimiento mutuo —hecho que contribuye a mejorar el estatuto de la mujer, aun cuando se mantiene el papel del hombre y de la familia—. En el siglo XII, el matrimonio entra en la lista de los sacramentos que solamente pueden administrar los sacerdotes. El control para evitar los matrimonios consanguíneos se efectúa esencialmente mediante la publicación, convertida en obligatoria por el cuarto concilio de Letrán, en 1215, de los bandos exhibidos en la iglesia donde va a celebrarse la ceremonia. Sin embargo, la

celebración del matrimonio tarda en introducirse por completo en el edificio eclesiástico y así, hasta el siglo XVI, será celebrado sobre todo delante de la iglesia y no en su interior.

El amor cortés

De la evolución de las relaciones entre los sexos se ha destacado sobre todo la aparición de nuevas formas de amor, designadas en general con el término de amor cortés, o de manera más restrictiva *fin'amours*. Estas nuevas formas de amor se elaboran sobre el modelo de los ritos feudales. Como veremos, el ritual fundamental del feudalismo es el homenaje que el vasallo le rinde al señor. En el caso del amor cortés, la mujer, la dama, ocupa el lugar del señor y es el hombre el que le rinde homenaje y le jura fidelidad. El nacimiento y significado del amor cortés han sido largamente discutidos. Si bien es cierto que el tema fue tratado en primer lugar y sobre todo por los trovadores occitanos, y que quizá sufrió la influencia de la poesía amorosa árabe, creo que no conviene exagerar tales influencias. Es de destacar que el *fin'amours*, y en menor medida el amor cortés, no pueden nacer y desarrollarse si no es fuera del matrimonio. Un ejemplo típico es el amor que unió a Tristán e Isolda. Un amor que está por lo tanto en contradicción con la acción de la Iglesia sobre el matrimonio. A veces revistió incluso un carácter casi herético. Sin embargo, la gran cuestión es determinar si se trataba de amor platónico o incluía relaciones sexuales y, dentro de este mismo interrogante, ¿el amor cortés fue un amor real o un amor imaginario? ¿Se desarrolló en la realidad social vivida o solamente en la literatura? Es innegable que el amor cortés tuvo incidencia en la práctica real del amor y en la expresión real de los sentimientos amorosos. Pero creo que fue esencialmente un ideal que penetró poco en la práctica: un amor aristocrático que resulta poco probable llegara a difundirse entre las masas.

Una de las cuestiones esenciales y difícil de resolver a ciencia cierta que plantea el amor cortés es saber si está ligado a una

promoción de la mujer. Asumo de buen grado en este punto las opiniones de Charles Huchet y de Georges Duby. Huchet escribió que el *fin'amours* se vivió «como arte de la distanciación de la mujer a través de las palabras». Quiere ello decir que el amor cortés sólo habría aportado a las mujeres de la nobleza un homenaje ilusorio. Pero ya veremos qué ocurre con la Virgen María y el culto mariano.

El amor cortés tuvo un manual que ejerció gran influencia. Se trata del *Tratado sobre el Amor (Tractatus de amore)* de 1184, de Andreas Capellanus. Podemos considerar que el amor cortés, y en especial el *fin'amours*, forman parte de los esfuerzos civilizatorios de las costumbres a los que ya nos referimos cuando tratamos de las buenas formas en la mesa. Danielle Régnier-Bohler pudo definir el *fin'amour* como «una erótica del dominio del deseo». Esta civilización del amor no impidió, como ya hemos señalado, que el amor cortés cediera su lugar a la grosería e incluso a la obscenidad, en concreto en el primer gran poeta del amor cortés, Guillermo IX de Aquitania (1071-1126). No obstante, el amor cortés pudo ser definido por Denis de Rougemont en su famoso libro como «el amor moderno». El mito de Tristán e Isolda, cultivado por una abundante literatura y una creación musical, a veces genial, insufló larga vida en Europa a ese prototipo de los amantes corteses.

Abelardo y Eloísa: intelectuales y amores modernos

Entre esos amantes podemos incluir a una pareja célebre que ofrece una variante original del amor cortés, con la diferencia de que se trata de una historia verdadera. Esta pareja la conforman Abelardo y Eloísa. Conocemos la historia de este filósofo, maestro de escuela que, en el umbral de la madurez, traba con su muy joven alumna un apasionado amor del que nace un hijo. La historia es dramática y novelesca a placer; está el episodio de la castración de Abelardo, por venganza de la familia de la muchacha; está la clausura de los amantes, cada uno en un monasterio: Abelardo en Saint-Denis y en Saint-Gildas de Rhuys, en Bretaña; Eloísa en la Champaña, en una abadía dedicada al Santo Espíritu, el Paracleto. Y está la perennidad del amor entre los dos antiguos amantes, hasta su muerte, de la que dan fe un intercambio admirable y único de cartas. La historia de Abelardo y Eloísa ofrece respuestas, que no sabemos si es posible generalizar, a algunas preguntas. Que el amor moderno sea un amor carnal no cabe duda en este caso. Que este amor tienda a desarrollarse fuera del matrimonio también está claro. Abelardo quería regularizar su relación con Eloísa pero, en términos sorprendentemente modernos, Eloísa menciona las dificultades que se le presentan a un «intelectual», al trabajar y realizarse dentro del matrimonio. El problema del amor cortés se encuentra aquí con otro problema del siglo XII, el del nacimiento de los intelectuales modernos. Sin embargo, esta creación sentimental y existencial de la Edad Media es una de las llamadas a gozar de la más larga posteridad en la Europa moderna.

El beso en la boca

Ya se trate del amor cortés o del vasallaje, expresión jurídica del feudalismo, los vínculos afectivos y los gestos, aparecidos en estos dos ámbitos, dan a luz un nuevo sentimiento de nuevos comportamientos llamados también a gozar de una gran longevidad europea. Cuando el señor toma en sus manos las manos del vasallo; cuando éste le jura homenaje y fidelidad; cuando el amor cortés rinde homenaje a su dama y le jura también fidelidad, se produce aquí un paso que, más allá de los marcos jurídicos y rituales concretos, va a conocer una larga difusión en el conjunto de la sociedad. En la noción de fidelidad se expresará la fuerza de los nuevos vínculos personales. Se trata de un cambio profundo en relación a los vínculos personales de las sociedades antiguas. La principal relación entre los hombres en la Antigüedad era la que ligaba a un patrón, a un poderoso, con sus subordinados, que le servían en determinadas circunstancias, los clientes. El clientelismo, que apenas revivirá en los ambientes del hampa y de la mafia, cede el paso a la fidelidad que, en la Europa moderna, permitirá la coexistencia de la jerarquía y el individualismo. No abandonemos este universo de la fidelidad y del amor sin subrayar el gran destino europeo de ese rito suyo nacido en la Edad Media, el beso en la boca, primero y durante mucho tiempo intercambiado entre hombres, como harán también los dirigentes comunistas de la Europa del Este. Beso de paz, beso de homenaje, el beso en la boca se convierte con ello en el beso de amor. Y será con este significado con el que gozará de un hermoso futuro en Europa.

Las órdenes militares: el militarismo

La Europa feudal de los siglos XI y XII es también aquella en que, en relación con la cruzada, aparece una novedad dentro del orden monástico: las órdenes militares. Las principales fueron la orden del Templo, la orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, la orden alemana de Santa María de los Teutones, la orden inglesa de santo Tomás de Acre, y diversas órdenes, en la Península Ibérica, en territorio español y portugués. Estas órdenes fueron creadas esencialmente para luchar por la gleba, la oración y la conversión, contra los infieles y los paganos. Representan una importante derogación a la regla según la cual se prohibía a los clérigos el derramamiento de sangre. San Bernardo, el cisterciense, poco aficionado a las novedades, alaba sin embargo a los caballeros por lo que él llama la *nova militia*, enrolados en la cruzada. Pero esas órdenes militares concretas deben resituarse en un clima general de cristianización del comportamiento militar. Aunque no sea militar, la religión se convierte de manera general en militante. Así aparece una noción destinada a gozar también de una gran fortuna, la militancia.

La reforma gregoriana: separación entre clérigos y laicos

Ya he debido hacer alusión al gran movimiento que, en el siglo XI, supuso una profunda transformación en la Iglesia y en la cristiandad. Se le conoce por el nombre del papa que se distinguió en él. Gregorio VII, papa de 1072 a 1087. La reforma gregoriana considerada primero por el papado como un medio de sustraer a la Iglesia del dominio e intervención de los laicos, y en particular sustraer al papado romano de las pretensiones del emperador germánico, condujo de una manera más general a la separación entre clérigos y laicos, entre Dios y César, entre el papa y el emperador. El cristianismo latino, absolutamente contrario a la solución cristiana ortodoxa, de Bizancio, gobernada por el césaro-papismo, en que el emperador era una especie de papa, así como también al principio del gobierno del islam que no establecía diferencia entre lo religioso y lo político, en que Alá lo dominaba y lo regulaba todo, especialmente a partir de la reforma gregoriana, definió una cierta independencia y las responsabilidades específicas del laico. Esta reorganización se mantiene en un marco religioso; el laicado forma parte de la Iglesia, aunque lleva a cabo un reparto que facilitará en la Europa de la Reforma y de finales del siglo XIX la aparición, más allá del laicado, del laicismo.

Uno de los principales dirigentes de la reforma gregoriana, Humberto de Silva Candida, escribió: «Así como los clérigos y los laicos están separados en el seno de los santuarios por los lugares y los oficios, del mismo modo deben distinguirse en el exterior, en función de sus respectivas tareas. Que los laicos se dediquen exclusivamente a su tarea, los negocios del siglo, y los clérigos a los suyos, es decir, a los asuntos de la Iglesia. Unos y otros han recibido reglas precisas». Al lado de este principio general de

distinción entre clérigos y laicos, la reforma gregoriana definió e impuso nuevas formas de encuadrar la sociedad. Se ha podido definir dicho encuadramiento a través de algunos términos esenciales como parroquia, bautismo de los niños, célula familiar, matrimonio cristiano, disciplina sacramental, regulación de las costumbres mediante la amenaza de castigos infernales u oraciones por los difuntos (Hervé Martin). Jean-Claude Schmidt ha señalado que en esta época hasta los fantasmas vuelven para exponer tesis gregorianas. Todo ello pone de relieve la fuerza y profundidad de este movimiento, uno de los que tendrán el mayor impacto de larga duración en la cristiandad europea.

El enfrentamiento de las virtudes y de los vicios. La irrupción del diablo

Los siglos XI y XII fueron también un período de mutación profunda de las creencias y de prácticas religiosas que dejarán huellas duraderas en Europa. Acabo de referirme a la difusión de un espíritu de lucha, está claro que la pujanza de la clase de los caballeros influyó mucho. Este desarrollo de los combates invadió también de manera simbólica, aunque profunda el universo del alma y de la piedad. Más que nunca, la salvación de los hombres y de las mujeres dependió del resultado de un conflicto constante: el del combate entre las virtudes y los vicios. A las virtudes se las representa como caballeros fuertemente armados, y a los vicios como guerreros paganos en desorden. El mundo del pecado está más que nunca dominado por las agresiones del diablo, ese «enemigo del género humano» que entra en escena durante este período, en el que alcanza una gran popularidad y despierta crecientes temores. Mientras el teatro, denostado por la Iglesia en la Alta Edad Media, no ha reaparecido aún y la danza se considera una actividad precisamente diabólica, un drama desenfrenado se desata en el alma de los cristianos sometidos a las tentaciones y a las agresiones del diablo y de sus soldados los demonios. Satán conduce el baile. El Maligno puede incluso insinuarse en el cuerpo de los hombres, poseerlos. Las manifestaciones de posesión son los antepasados de las enfermedades que encontrarán, a finales del siglo XIX, en médicos como Charcot o en psicólogos convertidos en psicoanalistas como Freud, sus expresiones laicas «científicas» y que reclamarán la intervención de esos nuevos exorcistas. Como bien escribió Jerôme Baschet, «el universo diabólico permite la expresión de fantasmas multiformes». El diablo asusta y tortura al hombre a través de apariciones, alucinaciones, metamorfosis, por

ejemplo en forma de animales, de fantasmas que constantemente quieren inducir a caer en el pecado y a provocar una caza de condenados. Es verdad que la Iglesia organiza la lucha contra el diablo y el infierno; el exorcismo, las oraciones y el purgatorio forman parte de este arsenal de defensa contra Satán. Ahora bien, en este mundo en que el poder tiene siempre formas imperiales, Satán está a punto de convertirse en lo que Dante llamará «l’imperador del regno doloroso».

La cultura popular

Esta Europa del diablo es también una cristiandad en la que aparece o reaparece una cultura popular. La cristianización no había afectado de manera profunda a los nuevos cristianos en su conjunto, y en particular a los campesinos. La Iglesia había condenado y combatido un número de creencias y de comportamientos originarios de la Antigüedad romana o del pasado bárbaro, y que había reunido bajo la etiqueta de paganismo. A partir del siglo XI, el combate de la Iglesia se desplazó contra los herejes y el desarrollo demográfico y económico concede mayor importancia a los laicos y, al tiempo que el castillo señorial se convierte en un foco cultural donde el señor y los campesinos afirmaban su identidad en relación al clero, se produjo un nacimiento, o un renacimiento de una cultura popular. Cultura que conocemos en gran parte gracias a unos textos eclesiásticos que la condenan. El primer gran repertorio de «supersticiones» fue el *Decreto* de Burchardo, obispo de Worms, del 1000 al 1025. En él detalla las perversiones sexuales de los campesinos, las ceremonias de invocación de la lluvia, las tradiciones relativas a los niños y a la muerte. Un ejemplo muestra de qué modo podían coincidir una vieja costumbre pagana y las nuevas costumbres cristianas: «Cuando un niño muere sin haber sido bautizado, algunas mujeres cogen su cadáver, lo dejan en un lugar secreto y le perforan el cuerpo con una estaca y dicen que si no lo hacen el niño resucitará y podrá hacer daño a mucha gente». Jean-Claude Schmitt ha demostrado que el miedo a los aparecidos suscitó creencias y ritos en los que se mezclaban también aparecidos paganos y cristianos. A partir de finales del siglo XII, la Iglesia intentará utilizar el purgatorio para realizar una elección entre los buenos y los malos resucitados. La cultura popular consiguió escapar así de algún modo a su destrucción por parte de la Iglesia,

en campos donde ésta no disponía de productos culturales lo bastante satisfactorios que ofrecer: es el caso, por ejemplo, de la danza; o también de las procesiones enmascaradas. La Iglesia consiguió a menudo, aunque no siempre, mantener esas prácticas fuera de ella misma, y muy a menudo a su alrededor. También la leyenda, una cristianización del viejo tema pagano del héroe asesino de monstruos, de san Marcelo, obispo de París en el siglo V, matando un dragón del Bívaro, aparece todavía en el siglo XII incorporada a una procesión alrededor de la iglesia de Notre-Dame de París. Del mismo modo, en una sociedad donde la tradición oral sigue siendo dominante, algunos cuentos populares, cristianizados apenas, se funden e impregnan la cultura erudita. En los siglos XIX y XX, los grandes folcloristas inventarían, especialmente en Finlandia, los temas de un folclore europeo cuya existencia aseguran se remonta a la Edad Media. Si nos volvemos hacia el siglo XIII, Jean-Claude Schmitt ha relatado la sorprendente creencia, que se encontraba tanto en el centro de Francia como en el norte de Italia, en un perro santo, protector de los niños, san Guinefort. Se ven aparecer entonces, toleradas por la Iglesia bajo la presión de los fieles, las procesiones de carnaval, de una de las cuales tenemos una descripción referida a la Roma del siglo XIII. Esta cultura popular se extenderá y se hará más festiva en los siglos XV y XVI. Se organiza durante los períodos previos a Pascua en combates de carnaval y de cuaresma, combates que Bruegel el Viejo ha reflejado en una magnífica pintura. Tal cultura popular, como mostrarían los folcloristas modernos, es muy europea, si bien ha recogido un cierto número de rasgos fundamentales de distintas culturas precristianas. También ha jugado un papel importante en la dialéctica entre unidad y diversidad que reposa en el fondo mismo de la historia europea. Culturas célticas, germánicas, eslavas, alpinas, mediterráneas, sobrevivieron de este modo a partir de su avatar medieval.

Las monedas y las cartas

Robert Bartlett ha mostrado con claridad cómo lo que él llama «la europeización» de Europa en la Edad Media se manifestó, además de en el culto a los santos y a través de los nombres propios, en lo que él considera «la homogeneización cultural de la antroponimia», mediante la difusión de la moneda y de los mapas. Creo que la impotencia de la cristiandad medieval, tras el fracaso de Carlomagno, a la hora de imponer una moneda única, o al menos un pequeño número de monedas dominantes en Europa, fue uno de los obstáculos principales con que tropezó la construcción de un área económica medieval unificada. No obstante, la diversidad de monedas no debe ocultar la importancia que sí tuvo el recurso a la moneda por parte de las poblaciones que, antes de introducirse en la cristiandad, no las utilizaban. La acuñación de monedas empezó al este del Rin, después del año 900. A mediados del siglo X, los duques de Bohemia hicieron otro tanto y, a partir de 980 más o menos, les imitaron los príncipes polacos. La introducción de la moneda en Hungría fue contemporánea al establecimiento de la primera jerarquía cristiana (1000-1001). Bartlett pudo escribir: «el año 1000 conoció el desarrollo de nuevas monedas, desde el Danubio medio hasta las costas de Báltico y del mar del Norte». La otra difusión de un instrumento de comunicación y de poder en toda la cristiandad fue la confección y circulación de mapas.

La escritura tuvo un importante papel en el proceso de unificación de la cristiandad. Volveremos a hablar de ello en la Europa del libro. Me gustaría aquí, siguiendo a Robert Bartlett, insistir en la importancia de una cristiandad de los mapas. Estos textos, que poseían un valor jurídico por el cual se fundaban derechos sobre las tierras, edificios, personas, ingresos y que constituyen un instrumento esencial al servicio del derecho, de la

riqueza y del poder, fueron redactados y circularon por toda la cristiandad. Es cierto que los principales usuarios y redactores de los mapas fueron los clérigos, pero también el desarrollo urbano, y el inicial crecimiento en la cristiandad meridional de los notarios, sirvió para introducirlos entre los laicos. Con el desarrollo de los mapas, nacieron instituciones llamadas a desempeñar un papel importante en toda la cristiandad: las cancillerías. Podemos calcular la importancia que tuvieron cuando tenemos noticia del pánico que embargó al rey de Francia Felipe Augusto cuando el rey de Inglaterra se apoderó, en la batalla de Freteval —fue el Tesoro de los Mapas— del cofre que contenía los mapas de la monarquía francesa. Se decidió convertir en sedentarios estos archivos y san Luis ordenó que quedasen depositados en un lugar sagrado, la capilla de San Nicolás, y luego en la Sainte-Chapelle. Bartlett ha subrayado de qué manera esos mapas llegaron profusamente a las periferias de la cristiandad. Tanto para la escritura como para el dinero, la amplia difusión de los mapas (y de los cartularios, colecciones racionalizadas e instrumentalizadas de los mapas, de forma que la colección creaba memoria) y de las monedas entrañó el paso de una época sagrada de esos instrumentos a una época de uso práctico. Así, paradójicamente, la cristiandad secularizó esos instrumentos de la riqueza y del poder en la futura Europa. En el siglo XII, con las escuelas urbanas, y luego las universidades, apareció en 1194 otro instrumento de desarrollo y de poder que Carlomagno apenas había esbozado: las escuelas y esos nuevos centros de enseñanza que eran las universidades.

Las peregrinaciones

Esta cristiandad en movimiento se encarna en el extraordinario desarrollo de las peregrinaciones. La imagen, construida por la historiografía tradicional, de una Edad Media inmóvil donde el campesino vive apegado a la tierra y la mayoría de hombres y mujeres a su pequeña patria, con la excepción de algunos monjes viajeros y de los aventureros de las cruzadas, ha sido recientemente sustituida en la historiografía actual por otra imagen ciertamente más justa de una humanidad medieval móvil, a menudo en camino, *in via*, que encama la definición cristiana del hombre como viajero, como peregrino, *homo viator*. La peregrinación precedió muy a menudo al comercio, aun cuando poco a poco los mismos hombres cumplieran ambas funciones, o si éstas fueron obra de peregrinos y de campesinos caminando codo con codo.

La peregrinación, como muy bien observó Michel Sot, fue primero una experiencia de esfuerzo psíquico. Un «ir hacia un lugar remoto». Este esfuerzo persigue, por otro lado, objetivos de salvación espiritual, de perdón de los pecados y curación del cuerpo. La peregrinación medieval fue también una penitencia y cuando, después del año 1000, y sobre todo durante los siglos XII y XIII, la cristiandad vivió una oleada penitente, la peregrinación encontró un segundo aliento. El peregrino es un expatriado, un exiliado voluntario, y esta ascesis espiritualizará los inicios de esos expatriados sospechosos, y luego reconocidos, que fueron el comerciante y el estudiante que va de escuela en escuela y de universidad en universidad. Con todo, no basta simplemente con la marcha para valorar la peregrinación, se requiere que el fin sea sagrado. Se desarrollará por tanto una gran red de peregrinación en la cristiandad y una jerarquía de esos lugares donde el peregrino iba a buscar un contacto espiritual con el dios o el santo al que iba a

reverenciar, y también un contacto material con su tumba y el lugar de su muerte. En el año 333, unos peregrinos galos redactaron un *Itinerario de Burdeos a Jerusalén*, y en 384 la religiosa española Egeria dictaba un diario de su viaje a los Santos Lugares. Jerusalén fue por lo tanto el primer lugar de peregrinación. ¿Quién habría podido arrebatar el primer lugar a Cristo hecho hombre y a su Santo Sepulcro? Pero el viaje a Jerusalén no estaba al alcance de todo el mundo, tanto por la lejanía, la duración y el precio del viaje, como por los disturbios que continuamente asolaban a una Palestina que se disputaban romanos, luego bizantinos y persas, y por último musulmanes.

Hubo, por lo tanto, una segunda peregrinación fundamental, la peregrinación a Roma, donde se encontraban los cuerpos de los dos santos fundadores de la Iglesia, Pedro y Pablo, las tumbas de los mártires y de los cristianos de las catacumbas y de los cementerios suburbanos, y donde los recibían iglesias muy hermosas, casi siempre decoradas con soberbios frescos. Fuera de los muros de la ciudad, San Pedro en el Vaticano, San Pablo extramuros, en la carretera de Ostia, San Lorenzo y Santa Inés a lo largo de otras grandes vías romanas. Pero luego, ya intramuros, se construyeron la iglesia del Santo Salvador de Letrán y de Santa María la Mayor en el Esquilmo. Acelerando el movimiento de urbanización de los muertos característico del cristianismo, hasta mediados del siglo IX los papas ordenaron transportar numerosos cuerpos santos dentro de Roma. Los papas favorecieron la peregrinación a la ciudad mediante la construcción de edificios especiales destinados a los peregrinos adonde éstos afluyeron en la Alta Edad Media, con una destacada presencia de irlandeses y anglosajones. En este punto debemos realizar un salto cronológico para mencionar que el apogeo de la peregrinación a Roma y de la acción del papado en su favor tuvo lugar en 1300 con la creación del Jubileo por parte del papa Bonifacio VIII. La afluencia de peregrinos, atraídos por la remisión de sus pecados y las indulgencias, fue a la vez el desenlace del desarrollo de la peregrinación de la Edad

Media y el presentimiento de los ataques que en el siglo XVI iba a sufrir por parte de los reformados.

Un tercer lugar santo se sumó a los lugares de primer orden de la devoción medieval, un lugar igualmente marginal de la cristiandad, Santiago de Compostela, en Galicia. El cuerpo del santo que encalló con su barca en las orillas gallegas procedente de Palestina fue descubierto a principios del siglo IX. No fue hasta el siglo X cuando la peregrinación adquirió fuerza, favorecida por la orden religiosa más grande de la cristiandad, la orden de Cluny. Entre 1130 y 1140 se elaboró la *Guía del peregrino de Santiago*, una obra de excepcional interés.

Las peregrinaciones y sus rutas cubrían ya toda la cristiandad, por lo que debemos recordar también su especial eclosión en otros lugares. Es el caso, por ejemplo, de Tours, donde se encontraba la tumba de san Martín. Fallecido en 379 y muy popular en toda la cristiandad, atrajo a los personajes más importantes, desde Carlomagno a Felipe Augusto y a Ricardo Corazón de León. San Luis visitó Tours en tres ocasiones. Los lugares donde apareció san Miguel, arcángel sin cuerpo que no dejó reliquias, se convirtieron igualmente en grandes centros de atracción de peregrinos, pues san Miguel era el arcángel de los lugares elevados y simbolizaba el impulso hacia el Cielo. Desde finales del siglo V, su culto se impuso en el sur de Italia, en Monte Gargano. En Normandía lo hizo la peregrinación al Mont-Saint-Michel, impresionante por su ubicación en una sociedad que temía al mar, y que se convirtió en Saint-Michel-au-Péril-de-la-Mer. En el siglo XV, el Mont-Saint-Michel donde a lo largo de toda la guerra de los Cien Años una guarnición francesa resistió con denuedo a los ingleses, convirtió a san Miguel en una especie de santo nacional francés. El Mont-Saint-Michel se distinguió también, a partir del siglo XIV, por la peregrinación de niños en una época de promoción del niño y del culto al niño Jesús en la sociedad medieval. La Virgen María fue, a partir del siglo XI, una de las destinatarias de las peregrinaciones inspiradas por el extraordinario auge del culto mariano. En Chartres se veneraba la

camisa de la Virgen. Nacieron santuarios marianos en Notre-Dame de Boulogne y Notre-Dame de Liesse, en Francia; Nuestra Señora de Montserrat, en España; Notre-Dame de Hal, en Bélgica; Notre-Dame de Walsingham, en Inglaterra; Aix-la-Chapelle, en Alemania, y Mariazell en Austria. El extraordinario éxito de la peregrinación de Rocamador en la diócesis de Cahors, en el siglo XII, es un buen ejemplo del desarrollo de los peregrinajes marianos. En un lugar impresionante, en la cima de un acantilado rocoso que se elevaba 120 metros por encima de un valle estrecho al que en el siglo XIII se accedía por una escalera de 197 escalones que los peregrinos subían de rodillas recitando el rosario. El éxito de esta peregrinación se debe al rey de Inglaterra Enrique II Plantagenet que lo visitó en dos ocasiones, en 1159 y 1170, y a la selección de los milagros de la Virgen redactada en 1172. Fue una peregrinación real especialmente frecuentada por los reyes de Francia. Luis IX (san Luis) acudió en compañía de su madre Blanca de Castilla, de sus hermanos Alfonso de Poitiers, Robert d'Artois y Carlos d'Anjou en 1244, Felipe VI el Hermoso en 1303, Carlos IV el Hermoso y la reina María de Luxemburgo en 1323, Felipe VI en 1336 y Luis XI en 1443 y 1464. También atrajo la piedad de los reyes de Castilla, en concreto de Alfonso VIII, padre de Blanca de Castilla, y de su esposa Leonor de Inglaterra, hija del rey de Inglaterra Enrique II Plantagenet, quienes hicieron donación en 1181 a la Bienaventurada María de Rocamador de dos pueblos cerca de Burgos. Ahora bien, a partir del siglo XII afluían a Rocamador peregrinos procedentes de toda Europa, incluidos los Países Bálticos.

Fragmentación feudal y centralización de la monarquía

Dentro del orden político, la cristiandad de los siglos XI y XII ofrece un espectáculo en apariencia contradictorio, pero que volveremos a encontrar casi hasta nuestros días en Europa y que en cierto modo renace con las políticas contemporáneas de descentralización. Por una parte, se implanta una sociedad feudal, una de cuyas características es el desvanecimiento del poder central, que podía aún interesar a los carolingios, a favor de una fragmentación del uso del poder ejercido por unos señores que usurpan los derechos llamados regalianos, el derecho de acuñar moneda (poco importante todavía en esta época), el derecho sobre todo a impartir justicia e imponer impuestos. Por otra parte, tras el declive de la efímera tentativa carolingia, los pueblos de la cristiandad se esforzaron por aglutinarse alrededor de los jefes centrales que encuentran un modo de conciliar lo que les queda de poder con la fragmentación feudal. Tradicionalmente se ha insistido mucho en la pretendida incompatibilidad entre un Estado centralizado y el sistema feudal. La realidad, más flexible, ha visto cómo se instauraban realidades políticas de compromiso, eso que podemos llamar las monarquías feudales. La existencia de dichas monarquías, cuya herencia será muy importante para la Europa del futuro, supone un cierto número de realidades fundamentales. Por encima de los reyes, encarnación de las monarquías, la cristiandad de la época feudal conoce dos poderes superiores: el del papa y el del emperador. Nuevamente nos hallamos ante una aparente contradicción en lo que se refiere al poder pontificio. Este período corresponde a un reforzamiento constante de dicho poder. Podemos incluso afirmar que al final de este período, bajo el pontificado de Inocencio III (1198-1216), el papado se ha convertido en la más

poderosa de las monarquías cristianas. Disponía de una vasta red: obedientes al papado en el área de la cristiandad, los organismos centrales de la Santa Sede se vieron reforzados, y tal vez lo más importante, quizá la Santa Sede recaudaba en toda la cristiandad los cánones que le garantizaban, mejor que a cualquier otra monarquía, importantes recursos financieros. Pero, por otra parte, la Santa Sede y la Iglesia respetan lo que salió, en definitiva, de la reforma gregoriana, pese a los intentos de Gregorio VII para imponer el dominio de la Iglesia sobre los estados laicos. La realidad es la separación entre el poder espiritual y el poder temporal, aun cuando, en determinados casos, como por ejemplo el de los matrimonios considerados incestuosos, la Iglesia solía imponer su voluntad. Más aún, la Santa Sede y la Iglesia definieron rápidamente una política de colaboración con esas monarquías y de apoyo muy importante a esos regímenes.

Prestigio y debilidad del emperador

Algo que también habría podido limitar el desarrollo y el poder de esas monarquías feudales es la existencia de otro personaje superior, laico en este caso: el emperador. Ahora bien, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico no es bastante fuerte para imponerse a esas monarquías jóvenes y vigorosas. Los nuevos reyes rinden un cierto número de homenajes teóricos a los emperadores. No obstante, la independencia frente al imperio y al emperador es uno de los grandes movimientos políticos del período. Al final de este proceso, habrá declaraciones como la que hizo Felipe Augusto en Francia, a principios del siglo XIII: «El rey de Francia no reconoce superior en su reino»; y un siglo más tarde, Felipe el Hermoso precisó y afirmó esta evolución al afirmar: «El rey es emperador en su reino». Aunque el rey de Francia sea el más explícito al subrayar la independencia de las monarquías frente al imperio, la situación es general en la cristiandad posterior al siglo XII.

El rey medieval

Las características del rey medieval son importantes, no solamente para comprender este período sino porque, transferidas a gobiernos republicanos o democráticos, subsistirán a menudo como función o imagen. El rey feudal es la imagen de Dios, *Rex imago Dei*. Este aspecto desaparecerá, evidentemente, en los siglos XIX y XX, pero los gobiernos europeos modernos a menudo conservan privilegios como el derecho de gracia, o su propia irresponsabilidad judicial, consecuencias de esta posición sagrada. Los reyes medievales son por lo demás reyes trifuncionales, pues concentran en sí mismos las tres funciones indoeuropeas que definen el funcionamiento global de una sociedad a través de tres categorías diferentes de personas. El rey encama la primera categoría, la religiosa, porque, aunque no sea sacerdote, ejerce lo esencial de dicha función, la justicia. Es también un rey de la segunda función, la militar, por su condición de noble y guerrero (el presidente de la actual república francesa es jefe supremo de los ejércitos, según una concepción más política que militar). Por último, el rey es monarca según la tercera función, más difícil de definir, pues se caracteriza por el trabajo según la fórmula medieval, remite prácticamente a la prosperidad de su reino y, en lo que le concierne personalmente, a la obligación de realizar obras de misericordia, en particular la donación de abundantes limosnas. En resumen, aunque este aspecto quede más velado, podemos pensar que la tercera función le impone asimismo al rey un mecenazgo especial, y así la construcción de iglesias se desprende claramente de esta función.

El rey medieval debe afirmarse en el ámbito del saber y de la cultura. Juan de Salisbury, obispo de Chartres, al definir la monarquía en su importante tratado, el *Policraticus*, de 1159, retomaba la idea expresada en 1125 por Guillermo de Malmesbury:

Rex illiteratus quasi asinus coronatus (un rey analfabeto es como un asno coronado).

Los rasgos del rey feudal experimentaron una importante evolución durante este período. Del Derecho e historia romanos había heredado los dos poderes de *auctoritas y potestas*, que definían la naturaleza de su poder y los medios que le permitían ejercerlo. El cristianismo añadió la *dignitas*, rasgo característico de las funciones eclesiásticas o eminentes. Durante el período feudal, tal vez como reacción, renació el Derecho romano, y reanimó en favor de los nuevos reyes la noción romana de *majestas*. La *majestas* permite definir dos poderes de estos reyes: el derecho de gracia, que ya hemos mencionado, y el más importante aún, el de ser protegido contra el *crimen majestatis*, el crimen de lesa majestad. No obstante, el rey medieval no es un rey absoluto. Algunos historiadores han planteado el interrogante de averiguar si fue un rey constitucional. No, tampoco lo fue, pues no disponemos de ningún texto que quepa considerar como una constitución; tal vez lo que más se aproxime, y que de hecho es original, sea la *Carta Magna*, que la nobleza y la jerarquía eclesiástica impusieron al rey de Inglaterra Enrique III (1215). Este texto ha quedado como uno de los jalones que condujo a Europa a regímenes constitucionales. Más cierto y relevante es que el rey medieval fuera un rey contractual: en los juramentos de la consagración y coronación se comprometía ante Dios, la Iglesia y el pueblo. Los dos primeros contratos se han vuelto caducos conforme la historia ha ido evolucionando, pero la tercera medida innovadora se inscribe en el camino de un control del poder por parte del pueblo o por un organismo que le represente. Por último, el rey feudal estuvo, en la teoría y en la práctica, sobre todo a cargo de una doble función: la justicia y la paz. Podríamos traducir este último término por el de orden, pero se trata de un orden que no es sencillamente el de la tranquilidad terrestre, sino también el del camino hacia la salvación. En todo caso, la monarquía feudal comprometía a la cristiandad en la senda de lo que hoy llamaríamos Estado de derecho. Menos importante en

la larga duración europea es que la monarquía feudal es una monarquía aristocrática y que participa, siendo el rey el primero de los nobles, en la legitimación de la nobleza por la sangre. La importancia de este aspecto en la actualidad es meramente anecdótica; pero en la Edad Media fue un factor de continuidad y de estabilidad, pues favoreció la existencia de dinastías reales. Además, en un reino como Francia, la exclusión de las mujeres del trono, lo que con un espíritu de anticuario se llamará en el siglo XIV ley Sálica, contribuyó a dar solidez a la monarquía, a lo que se sumó un azar biológico que decidió una continuidad de varones reales desde el siglo X al XIV.

Bajo este último aspecto la monarquía feudal se resituará en un entorno de largo alcance europeo. El siglo XII fue «un gran siglo jurídico». Más que el renacimiento del Derecho romano que llevamos destacando desde hace tiempo, era importante la elaboración decisiva a partir del decreto del monje Graciano de Bolonia hacia 1130-1140 del derecho canónico. Este decreto no solamente marcaba la cristianización del espíritu y del aparato jurídico, el papel de la Iglesia dentro del marco de la sociedad, sino que también legitimaba las novedades introducidas en el derecho por la evolución de la sociedad y de sus problemas, por ejemplo, en materia de matrimonio y de economía.

Las monarquías feudales

No todas las monarquías feudales alcanzaron el mismo grado de desarrollo y de estabilidad y, por lo tanto, tampoco se sentaron en todas partes las bases de futuras naciones europeas con la misma solidez. En el ámbito de la cristiandad nórdica escandinava, en el de la cristiandad eslava y húngara de la Europa central y oriental, las monarquías no presentan bases sólidas desde el punto de vista territorial. Alemania e Italia estaban fraccionadas por diversos poderes, de los cuales el más importante era el de las ciudades, al que volveremos a referirnos. Quedan, por lo tanto, Inglaterra, Francia y, en el conjunto de la Península Ibérica, Castilla. A ello cabe añadir una monarquía original que perdurará hasta el siglo XIX, pero cuyo recuerdo entra en la imagen de la Europa de la larga duración, el reino de la Italia del sur y de Sicilia, que precisamente se formó durante este período.

En Inglaterra

El reino de Inglaterra conoció en los siglos XI y XII una serie de vicisitudes que, lejos de debilitarlo, le permitieron fortalecer sus instituciones. El período anglosajón aportó algunas bases, sobre todo gracias a la actividad intelectual y literaria del rey Alfredo, en el siglo IX, y al prestigio de Eduardo el Confesor, en el siglo XI (1042-1066). La conquista de Inglaterra por parte del duque de Normandía, Guillermo, en 1066, constituyó el punto de partida de un considerable fortalecimiento de la monarquía inglesa. El gobierno de los reyes normandos de Inglaterra se apoyó en un texto extraordinario, el *Domesday Book* (o, más precisamente, *Domesday Survey*), que presentó un inventario detallado y preciso de los bienes de la corona inglesa. El título de *Libro del Juicio Final*, que subraya su carácter excepcional, sitúa a la Inglaterra de finales del siglo XI en la perspectiva de una rendición de cuentas de la monarquía y de un compromiso sobre la vía de los últimos tiempos y de la salvación. Este texto permitió dotar racionalmente de tierras y de ingresos a la aristocracia normanda conquistadora, y sostuvo el progreso económico que contribuyó a hacer de Inglaterra la primera gran monarquía europea. Por lo demás, los reyes normandos, herederos del ducado de Normandía que en los siglos X y XI fue objeto de una base administrativa notable para la época, traspasó a Inglaterra la voluntad centralizadora y dominadora del rey. Aparecieron entonces agentes del monarca en los condados, los *sheriffs*, y alrededor del rey surgió toda una burocracia de especialistas en que se distinguían los oficiales de finanzas, activos alrededor de la palestra donde se efectuaban sus cuentas.

A mediados del siglo XII, la monarquía inglesa entró en una segunda fase de cambios. Después de un período de disturbios tras la muerte de Enrique I, en 1135, su hija Matilde contrajo matrimonio

con el conde de Anjou, Godofredo Plantagenet, y su hijo Enrique II se convirtió en rey de Inglaterra, de modo que Francia disponía de un vasto territorio que incluía Anjou, el Poitou, Normandía y la Guyena. La Inglaterra de Enrique II fue el primer reino «moderno» de la cristiandad. Se ha podido hablar de un «imperio angevino» o de un «imperio de los Plantagenet», pero cabe decir que un imperio es otra cosa. El peso de esta administración hizo que este rey extraordinario, discutido por su esposa Leonor de Aquitania, y sus hijos Ricardo Corazón de León y Juan Sin Tierra[3], dejara en vida el recuerdo de un monarca cuya corte, muy bien organizada y frecuentada por la nobleza más dócil, sería descrita como un infierno. La Europa monárquica, una Europa de las cortes, se anunciaba aquí con su prestigio, sus intrigas y sus conflictos: durante siglos iba a ser una imagen de la monarquía europea.

En Francia

La otra monarquía que se estabilizó en tiempos más tempranos y mejor junto con la monarquía inglesa fue la francesa. Su estabilidad llegó en primer lugar gracias a la continuidad dinástica de sus reyes, pues la dinastía capeta reinó en Francia desde 987. La exclusión de las mujeres del trono y el azar biológico que dio a los reyes herederos varones de forma continuada hasta 1328 contribuyó a su fortaleza. Hablamos de la Europa de la progenitura. Los reyes de Francia estuvieron en primer lugar y sobre todo ocupados en reducir la desobediencia de los pequeños señores del dominio real. Luego se aseguraron el apoyo de los consejeros salidos del clero y de la pequeña nobleza que mantuvo a la alta aristocracia alejada del poder. Por último, los Capetos también estabilizaron la sede de su ejercicio del poder con la construcción de un palacio real en París y convirtiendo esta ciudad en una capital. Es la Europa de las capitales. La monarquía capeta estuvo también respaldada por el apoyo, en la proximidad de su lugar de residencia, de una poderosa abadía benedictina, Saint-Denis, que respaldó su poder y fue un gran centro historiográfico a su disposición. De allí saldrían en los siglos XIII y XIII las grandes crónicas nacionales. Es la Europa de la historia y la historiografía.

La monarquía capeta supo aprovechar unas bazas importantes. La primera fue la consagración del rey en Reims, al principio de su reinado, que recordaba el carácter excepcional de la monarquía franca bautizada en Reims, en la persona de Clovis, por un aceite-óleo milagroso traído del cielo por la paloma del Espíritu Santo y que se transformó en óleo sagrado. Los Capetos también supieron captar una parte del prestigio creciente de la Virgen. La simbólica flor de lis y el color azul convertido en el del manto real se tomaron de la Virgen María cuyo culto adquirió un aliento extraordinario entre los siglos XI y XIII. Desde Roberto el Piadoso (996-1031), la flor de lis

figura en el sello real. De manera general, cuando por ejemplo los reyes de Inglaterra se alienaban a la Iglesia a causa de la muerte del obispo de Canterbury, Thomas Beckett (1170), la alianza de la Iglesia y de la realeza, del trono y del altar, fue la base constante de la estabilidad política en Francia.

En Castilla

En la Península Ibérica emergió de los diferentes poderes de la cristiandad una tercera monarquía. A lo largo de la Reconquista, y a medida que los cristianos expulsaban cada vez más hacia el sur a los musulmanes, el mosaico de reinos que apareció entonces se simplificó particularmente en favor de Castilla, que se fusionó primero con Navarra, luego se apoderó de León, cuando el conde de Castilla, Fernando, venció al rey de León en 1017 y, ungido en León en el año 1037, tomó el título de rey de Castilla y de León. Ahora bien, esta unión no fue definitiva hasta el año 1230. Los reyes de Castilla tuvieron que contar con la nobleza guerrera, entre la cual se contaba un personaje característico de la situación ambigua de la Península Ibérica, tan pronto al servicio de los reyes cristianos como de los musulmanes: Rodríguez Díaz de Vivar, educado con Sancho II, el futuro rey de Castilla, que se convirtió en un héroe legendario de la mitología guerrera y caballeresca, el Cid (1043-1099), al que volveré a referirme[4].

Los reyes de Castilla construyeron paulatinamente su poder mediante la asociación más allá de la aristocracia, de la oligarquía urbana, de las ciudades de Castilla, recurriendo a asambleas, «las Cortes», y mediante la concesión de exenciones, «fueros», a comunidades de ciudadanos y de no-nobles. A expensas de Toledo, arrebatada a los musulmanes en 1085 por Alfonso VI de Castilla, los reyes de Castilla intentaron imponer una capital, Burgos, cuyo obispo gozaba de la exención desde 1104, que a mediados del siglo XIII recibió el título oficial de «cabeza de Castilla y Cámara de los reyes».

Los normandos

A estas tres monarquías principales, prefiguración de una Europa monárquica, hay que añadir una monarquía inesperada: la de los normandos, nombre que se dio a los escandinavos a lo largo de la Edad Media, y que constituye uno de sus aspectos más importantes. Además de la constitución de las monarquías, ciertamente inestables, en Escandinavia (en el siglo XIII en Noruega se redactó un espejo del príncipe real), más allá de la instalación de una parte de los vikingos en la Normandía francesa y la conquista, efímera y parcial, por parte de esos normandos de Inglaterra, en la primera mitad del siglo XI bajo Canuto el Grande (muerto en 1035), la sorprendente diáspora normanda creó también, a finales del siglo XI, un reino en Italia del sur, que desde Calabria y Apuglia, conquistadas por los bizantinos de 1041 a 1071 (Robert Guiscard tomó Bari en 1071 y unos marinos llevaron, en 1087, el cuerpo de san Nicolás y lo instalaron en una soberbia basílica; de ahí el culto a san Nicolás, patrón de los niños y los escolares, que se difundió por toda Europa), se extendió hasta Nápoles en 1137, y hasta Sicilia, donde en 1072 conquistó Palermo y en 1086 Siracusa.

Después de un período de conflictos agudos con el papado, hecho que le valió a Roger 1(1031-1101) la etiqueta de «tirano», que se atribuía a un mal rey, en recuerdo de los antiguos tiranos, los reyes normandos de Sicilia se reconciliaron con el papado y el reino se convirtió en uno de los reinos cristianos más brillantes, arrebatado a los bizantinos y a los musulmanes, con lo cual se introdujo a la Italia del sur y a Sicilia en el área de la cristiandad europea. Roger II (c. 1095-1154) fue coronado rey en 1130, después de transferir la sede del poder a Palermo.

El último rey normando de Sicilia, Guillermo II (1154-1189), murió sin descendencia, y fue su tía Constancia la que heredó la corona con su marido, hijo de Federico Barbarroja, quien en 1191 se

convierte en el emperador Enrique VI. Muerto prematuramente en 1197, cedió el reino de Nápoles y de Sicilia a su hijo, el futuro Federico II. Continuando y fortaleciendo la obra de sus antepasados normandos, Federico convertiría su reino en una de las monarquías feudales mejor estructuradas. Palermo se eregiría así como la única ciudad de la Europa cristiana capaz de rivalizar con las grandes ciudades bizantinas y musulmanas. Desde el punto de vista cultural y artístico, una intensa actividad de traducción, una colaboración constante entre cristianos, judíos y musulmanes, convirtió a Palermo en capital ejemplar de la Europa cristiana y a la vez en una excepción. Si el reino de Italia del sur y de Sicilia no fue, a finales del siglo XIII, conquistado brevemente por los franceses —el hermano de san Luis, Carlos de Anjou (1227-1285) fue su rey desde 1268—, y más duraderamente por los aragoneses, en 1282, después de la matanza de los franceses conocida como «Vísperas sicilianas», podemos imaginar que este pedazo original de la cristiandad mediterránea habría podido, o bien convertirse en independiente, o bien integrarse en el conjunto bizantino o musulmán. Vemos, por lo tanto, en este caso, que Europa no estaba inscrita para la eternidad en la geografía y en la historia.

El renacimiento europeo del siglo XII

Los siglos XI y XII se constituyen un período esencial para la transformación de la Europa cristiana. Desde que el historiador americano Charles Haskins así lo defendiera en 1927, se ha venido caracterizando este renacimiento del siglo XII. Sin embargo, la mutación de la cristiandad en esta época rebasa de largo un renacimiento de la cultura antigua, aun cuando, como ya hemos visto, los hombres de la Edad Media solían camuflar sus innovaciones bajo la referencia a un renacimiento. Quisiera subrayar dentro de la perspectiva de una larga historia europea, la importancia que durante este período tuvo el nacimiento y desarrollo decisivo de una cultura y mentalidades nuevas. Hablaré en primer lugar de la feminización y de la dolorización del cristianismo expresados en la extraordinaria eclosión del culto de la Virgen María y la transformación del de Cristo, un Cristo que vence a la muerte, en un Cristo sufriente, un Cristo de la Pasión y del crucifijo.

Intentaré demostrar cómo se forma un nuevo humanismo cristiano de carácter positivo y viene a constituir un estrato en la larga elaboración del humanismo europeo y occidental. En este humanismo el hombre es hecho a imagen de Dios, y no sólo como un pecador aplastado por el pecado original. Por otro lado, junto a la fe, transformada pero siempre viva y viviente, el siglo XI y sobre todo el XII redefinen por largo tiempo dos nociones esenciales que enmarcarán el pensamiento europeo occidental: las ideas de naturaleza y razón.

Por último, examinaré las opiniones más recientes de Robert I. Moore, quien advierte en este período la afirmación de la que él llamó la «primera revolución europea», cuya manifestación positiva es un desarrollo de la economía de la sociedad y del saber,

aunque mediante la restauración del orden que daría lugar a una Europa de la persecución y de la exclusión.

Desarrollo del culto mariano

El cristianismo medieval se vio sacudido por el extraordinario desarrollo que experimentó el culto mariano entre los siglos XI y XIII. El culto de la Virgen María como «Madre de Dios» tuvo un pronto desarrollo en el cristianismo griego ortodoxo. En el Occidente cristiano penetró de forma más lenta, no porque María estuviese ausente en este culto desde la Alta Edad Media, y en particular en la época carolingia, sino porque a partir del siglo XI ocupa una posición central en las creencias y prácticas del Occidente cristiano. El culto está en el corazón de la reforma de la Iglesia, entre mediados del siglo XI y mediados del XII, ligado a la evolución de la devoción a Cristo y en particular al culto eucarístico. La Virgen es un elemento esencial de la Encamación y cada vez es más importante su función en las relaciones entre los hombres y Cristo al convertirse en abogada casi exclusiva de los hombres ante su divino hijo. Mientras la mayoría de los santos están especializados en la curación de determinadas enfermedades, o tienen una función social concreta, la Virgen es una generalista del milagro, competente en todos los problemas de hombres y mujeres y, lo que resulta más importante, es eficaz. María adquiere tal categoría en la salvación de los hombres que se le atribuyen incluso protecciones no sólo audaces sino hasta escandalosas. Es la protectora de criminales, de pecadores cuyos crímenes y pecados parecen inexcusables. La Virgen aboga por ellos y Cristo accede a las demandas de su madre, por exorbitantes que éstas sean.

Me parece que, en estas circunstancias, la Virgen accede a un estatuto superior excepcional. Veo en ella una especie de cuarta persona de la Trinidad, objeto de tres fiestas mayores del cristianismo: la Purificación, la Anunciación y la Asunción. La Purificación, celebrada el 2 de febrero, que oculta una vieja fiesta

pagana del despertar de la naturaleza y de la fiesta del oso que sale de la caverna, marca las ceremonias de purificación tras el parto y es una prolongación de los ritos judíos observados cuarenta días después de un parto. Pero tal fiesta, ligada además a la presentación del Niño Jesús en el templo, va más lejos: es una fiesta de la purificación y plantea un problema que agitará a la Iglesia y a los cristianos, sobre todo en el siglo XIV. María, como criatura, como mujer, maculada por el embarazo y el parto, ¿estuvo sometida al pecado original? La creencia en el nacimiento inmaculado de María no triunfará hasta el siglo XIX, algo que a mi juicio pone de manifiesto la tendencia de hombres y mujeres de la Edad Media a promocionar a María en un estatuto equivalente al de su divino hijo.

La Anunciación (25 de marzo) anuncia a María y, a través de ella, a la humanidad, la próxima Encarnación del hijo de Dios, e instaura el prototipo de diálogo profético entre la Virgen y el ángel Gabriel. Es uno de los grandes momentos de la historia de la humanidad y en la pintura, como bien demostrara Erwin Panofsky en 1927 y, de manera más profunda, Daniel Arasse en 1999, la Anunciación fue el trampolín para la perspectiva, representada por primera vez en la pintura europea en 1344 por Ambrosio Lorenzetti en su *Anunciación* de Siena.

La tercera gran fiesta mariana es la de la Asunción (15 de agosto), que se hace eco de la Ascensión de Cristo. También en este caso María, desde su muerte terrestre, es elevada no solamente al paraíso sino más alto en el cielo, donde Dios tiene su trono, y donde ella es coronada por su hijo.

La literatura piadosa dedicada a María adquiere un extraordinario impulso a partir del siglo XII. Se trata primero de la promoción de un estatuto comparable al del *Padre nuestro* de la oración que se le dedica a partir del siglo XII, el *Ave María*. El que desde ese momento esta oración tenga una presencia casi constante en las penitencias infligidas desde 1125 a los pecadores en la confesión anual, introduce el culto mariano en la devoción fundamental de los

cristianos. Citaré dos obras excepcionales dedicadas a ella. En primer lugar, la selección de milagros reunidos por Gautier de Coincy (1177-1236), que agrupa 58 milagros, varias canciones piadosas y sermones en verso. Sigue la selección ilustrada de notables miniaturas que ofrece a la Virgen el rey de Castilla, Alfonso X el Sabio (1221-1248), un poema piadoso escrito en la lengua poética de la Península Ibérica, el gallegoportugués: las *Cantigas de Santa María*.

Conviene subrayar, en efecto, en qué medida el culto mariano se aprovechó de una iconografía extraordinariamente floreciente. Miniaturas y esculturas introdujeron en el coro y en los ojos de los hombres y mujeres de la Edad Media un tesoro de imágenes marianas. Los temas principales de la representación de la Virgen evolucionaron a lo largo de la Edad Media. La Virgen romana es ante todo madre, con su hijo divino sentado en las rodillas. Luego se convierte en un motivo con el que se rinde homenaje a la belleza femenina. La Virgen ocupa un papel importante en la dolorización del cristianismo; ella es la *Pietà* que sostiene a su hijo, Cristo muerto, sobre sus rodillas; es la Virgen de la Misericordia que protege entre los pliegues de su amplia capa a los fieles individualmente o, más a menudo, en grupo. A pesar del freno que la Reforma impuso al culto mariano, la Virgen se convirtió por los siglos de los siglos en madre y abogada de la humanidad en todo el ámbito europeo. En el arte se desarrolla un ciclo mariano, ligado al ciclo cristológico, donde la figura de María se impone cada vez más. La devoción mariana carga de sentido la piedad, sobre todo femenina y privada con la multiplicación de los *Libros de horas*. La Virgen se convierte en la actriz venerada del mayor acontecimiento de la historia, la Encarnación. Como sucede con todo fenómeno histórico importante, su culto se consagra en una serie de lugares que forman redes. No son solamente los lugares donde se conservan las reliquias o sitios de peregrinación, a los que ya me he referido, sino dedicados a Nuestra Señora, dedicatoria atribuida a la mayoría de las catedrales de la cristiandad. Esto se hace la mayoría

de veces mediante un cambio de dedicatoria. Así, la catedral de París prescinde de la dedicatoria original a san Étienne y se convierte en Notre-Dame de París.

El culto mariano plantea un último problema al historiador. ¿Su desarrollo benefició a la condición terrestre de la mujer? ¿Fue la Virgen el apoyo inspirador de una promoción de la mujer en el Occidente medieval? Resulta difícil dar una respuesta a estas preguntas y las opiniones de los historiadores mantienen observaciones enfrentadas sobre este punto. Pero creo que la Virgen, opuesta a la pecadora, a Eva, se convirtió efectivamente en la imagen de la mujer rehabilitada y salvadora. Si se piensa que el culto mariano es contemporáneo de la transformación del matrimonio en sacramento, de una promoción del niño, y de la familia restringida, como la imagen que ofrecen las natividades, debe verse a la Virgen como la gran auxiliadora de la suerte terrestre de la mujer. Estatuto que se beneficia también del desarrollo del amor cortés. Nuestra Señora es la «dama» del caballero en su más alto grado, la «dama» de los hombres, la irradiación de una figura femenina en el mundo divino y humano de la sociedad medieval.

Dolorización y devoción de Cristo

Junto con la feminización de la piedad que entraña el desarrollo del culto mariano se combina lo que he llamado ya una dolorización de esta piedad. En efecto, dentro de la evolución de la imagen histórica de Dios, Cristo, al que durante mucho tiempo se representó según la tradición de los héroes antiguos como el vencedor de la muerte, un Cristo triunfante, se transforma ahora en un Cristo sufriente, en un Cristo de dolor. Es difícil seguir bien tal evolución y comprender sus causas; es seguro que contribuyó a ello esta desmilitarización, si se me permite decirlo así, del personaje de Cristo, pues la victoria de índole militar ya no es la señal de los elegidos y despojó a Cristo de este aspecto. Por otra parte, en lo que considero como un reparto cada vez más claro de los roles entre las tres personas de la Trinidad y la Virgen, es Dios Padre quien absorbe la imagen de majestad que se impone con la evolución de los poderes de los reyes terrestres. Por otra parte, la Iglesia, básicamente por influencia de las órdenes mendicantes, desde los inicios del siglo XIII, dirige a través de las obras de misericordia una mirada más fraternal hacia los humildes, los enfermos y, sobre todo, hacia los pobres. La consigna del despertar evangélico que se manifiesta en la Iglesia y se comunica a determinados laicos es «seguir desnudo a Cristo desnudo». También en este punto la iconografía es a la vez testigo y actor. La cruz ha sido desde el inicio del cristianismo la señal de los cristianos; sin embargo, a partir del siglo XI, se propaga la imagen del crucifijo.

Desde entonces, el Cristo que se impone es el de la Pasión, el Cristo sufriente. La iconografía difunde las nuevas imágenes de Cristo, incluida, en una mezcla de simbolismo y de realismo, la representación de los instrumentos de la Pasión. La exhibición, junto

con la crucifixión, de la deposición en la tumba abre la puerta a una meditación sobre el cadáver que, a partir de siglo XIV, impregnará la sensibilidad macabra. Una Europa del cadáver y pronto de la cabeza de muerto se difunde por toda la cristiandad.

El hombre a imagen de Dios.
El humanismo cristiano

No obstante, lo que el cristianismo exhibe con mayor fuerza aún en el siglo XII y después es una nueva imagen del hombre en relación a Dios. El hombre de la Alta Edad Media estaba anulado ante Dios, y su mejor símbolo era Job, el hombre humillado, anulado, tal como lo propuso Gregorio el Grande en los siglos VI y VII. Una gran obra teológica marca un cambio de rumbo, *Cur deus homo* (¿Por qué Dios se hace hombre?), de san Anselmo de Canterbury (1033-1109). Algunas nuevas lecturas de la Biblia invitan a reflexionar sobre el texto del Génesis. Teólogos, canónigos y predicadores se detienen en el texto donde se dice que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza. Esta imagen humana de Dios subsiste por encima de la mancha del pecado original. El objetivo de la salvación está a partir de entonces precedido por un esfuerzo del hombre para encamar, desde este mundo terrestre, dicha semejanza con Dios. El humanismo cristiano se funda ahora en esta semejanza. Apela a dos elementos más o menos confundidos desde los inicios del cristianismo, incluidos por los Padres de la Iglesia y por el propio Agustín: la naturaleza y la razón. En la Alta Edad Media domina una concepción simbólica de la naturaleza. San Agustín tiende a absorber la naturaleza en la sobrenaturaleza y todavía en el siglo XII los juristas como Graciano asimilarán la naturaleza a Dios («la Naturaleza, es decir Dios»). La distinción entre naturaleza y sobrenaturaleza, la definición de la naturaleza como un mundo físico y cosmológico específico, se desarrolla en el siglo XII. Recibió una importante influencia de las concepciones judías y árabes, en particular con la introducción en Occidente de las obras de la Antigüedad griega olvidada, sobre todo de Aristóteles y su noción de lo sublunar. La idea de naturaleza invade el conjunto

del pensamiento humano y del comportamiento de los hombres. Así fue como, y volveré a referirme a ello, la homosexualidad se ve castigada por una condena más fuerte en tanto que es «pecado contra natura».

Junto con la naturaleza, la razón, la mayor característica si cabe de la condición humana, se ve promovida en el siglo XII. El concepto de razón es también vago, confuso y polisémico entre los Padres de la Iglesia, y en concreto en san Agustín. Será san Anselmo quien, en los inicios del siglo XII, reclame que se proceda a una mejor definición de la razón. Propone entonces a los cristianos que es «fides quarens intellectum» (la fe en busca de la inteligencia). La razón que el gran teólogo, Hugo de San Víctor, divide a principios del siglo XII en razón superior, vuelta hacia las realidades trascendentes, y en razón inferior, vuelta hacia el mundo material y terrestre. El padre Chenu ha hecho una notable descripción de la evolución de la teología en el siglo XII rastreando la evolución general de los métodos de análisis textual (gramática, lógica, dialéctica). El cristianismo entra en la vía de la escolástica.

El humanismo del siglo XII se funda también en un desarrollo de la interioridad. Se ha llamado socratismo cristiano a esta elaboración de un «conócete a ti mismo» cristiano. Ya hemos visto que este socratismo se basa en una nueva concepción del pecado, en una moral de la intención, y conduce a la introspección instituida por el cuarto concilio de Letrán en 1215. Encontramos este humanismo, bajo formas distintas y en ocasiones opuestas, en casi todas las grandes inteligencias del siglo XIII, desde Abelardo hasta san Bernardo, de Guillermo de Conches a Juan de Salisbury.

Este humanismo se desarrolla en el seno de una gran agitación que Robert I. Moore ha calificado de «la primera revolución europea» que se desarrollaría desde el siglo X al XIII. Moore sostiene que Europa nació en el segundo milenio y no durante el primero. Creo que Moore privilegia en exceso, dentro de la perspectiva europea, los siglos XI al XIII a expensas de la Alta Edad Media. Espero mostrar que se trata de dos estratos igualmente

importantes, cuando no decisivos, para la formación de Europa. Según Moore, «es una combinación resultado de rapacidad, curiosidad e ingenio lo que empujó a estos europeos a explotar de manera cada vez más intensa sus tierras y a sus trabajadores, a extender constantemente la potencia y penetración de sus instituciones gubernamentales y, con ello, a crear finalmente las condiciones necesarias para el desarrollo de su capitalismo, de sus industrias y de sus imperios. Para lo mejor y lo peor, ahí está el acontecimiento central no solamente de la historia europea sino de la historia universal moderna». Creo que esta afirmación contiene una notable exageración, una concepción importante que subraya un gran punto de inflexión de la construcción europea. Volveré sobre el análisis de este punto de inflexión en el capítulo siguiente dedicado al siglo XIII, pues creo que es sólo en este siglo donde nos es posible captar realmente la dimensión de esta construcción de una Europa apoyada sobre todo en las ciudades, pero que coincide con el inicio de una interrupción de este desarrollo intenso en el siglo XII, una época de gran efervescencia en Occidente.

Nacimiento de una Europa de la persecución

Creo que ha llegado el momento de referirme a los inicios de las consecuencias nefastas y patinazos de este impulso, de esta efervescencia. También en este punto Robert I. Moore ha observado con lucidez lo que él llama el nacimiento de una «sociedad de la persecución». ¿Qué ocurrió? Los cristianos de Occidente, durante tanto tiempo conscientes de su fragilidad y presos de un sentimiento de inseguridad, alcanzaron un cierto grado de tranquilidad tanto desde el punto de vista material como desde el intelectual y religioso. Aun cuando no todos coinciden con Otón de Freising en pensar que la cristiandad alcanzó una casi perfección, lo cierto es que se volvieron seguros de sí mismos, y en consecuencia expansivos y hasta agresivos. Lo principal, pretendían destruir cualquier fermento de deshonra en una cristiandad sólida y exitosa. De ahí toda una serie de movimientos orquestados por la Iglesia y los poderes laicos para marginar y, en último término, excluir de la cristiandad a esos sembradores de disturbios e impureza. Las principales víctimas de sus persecuciones fueron en primer lugar los herejes, pero también los judíos, los homosexuales y los leprosos.

Los levíticos

La herejía ha acompañado a la historia del cristianismo casi desde el principio. En efecto, la nueva religión definió poco a poco, y especialmente a través de concilios, una doctrina oficial de la nueva Iglesia. Frente a esta ortodoxia, se desarrollan algunas «opciones» diferentes —éste es el sentido de la palabra «herejía»— que la Iglesia condenará tarde o temprano. Tales herejías aluden al dogma, y es en particular así en el caso de las opiniones que no colocan en un mismo rango a las tres personas de la Trinidad, o no reconocen en Jesús ya sea su naturaleza divina o su naturaleza humana. Otras herejías conciernen a las costumbres eclesiásticas y tienen un carácter social muy acusado, como en África del norte con el donatismo vehementemente combatido por san Agustín. Existen además herejías trinitarias en la época carolingia; pero, poco después del año 1000, estalla una oleada de herejías entre las cuales se suelen distinguir algunas eruditas y otras populares. Esta oleada herética se atribuye por lo general a una aspiración de los fieles a una mayor pureza de costumbres, o bien a un deseo general de cambio que prepara la reforma gregoriana de los siglos XII y XII. Tras un largo período de estabilidad política y social, en la época carolingia se vive un período de inestabilidad y de disturbios animado por un doble movimiento, el de la Iglesia que intenta escapar al control de los poderosos laicos, y el de los laicos que aspiran a una mayor independencia en relación al clero. La sociedad y la civilización medievales reposan en la potencia de la Iglesia, potencia que es al mismo tiempo espiritual y temporal. La Iglesia considera herejías inaceptables aquellas que ponen en duda ese poder. Es lo que ya vimos en Orleáns, en Arras, en Milán y en Lombardía a principios del siglo XII. Las regiones donde se manifestaron las corrientes contestatarias más fuertes de carácter

reformista o que se convirtieron en heréticas, fueron la Lotaringia, el suroeste y el sureste de la Francia actual, el norte de Italia y la Toscana. Aparece una Europa de la contestación. La Iglesia evoluciona con dificultad entre las reformas necesarias de los clérigos y la represión de la herejía. La reforma de los clérigos pasa por condenar la venta de los sacramentos, la simonía, y la no observancia del celibato de los sacerdotes, la mayoría de los cuales estaban casados o vivían en estado de concubinato. Pero, por otro lado, aumentaba el número de laicos que se negaban a recibir los sacramentos de manos de sacerdotes de malas costumbres o sencillamente de clérigos.

Algunos heréticos rechazaban la devoción al crucifijo o incluso a la cruz. Bajo el impulso de los monjes de Cluny la Iglesia concedía una importancia cada vez mayor a las grandes oraciones, a los oficios de difuntos y a la remuneración de los clérigos por esas devociones. También aumentó el número de laicos que rechazaba esos nuevos comportamientos. Las disputas afectaban también a los cementerios que esos mismos laicos se negaban a considerar sagrados si habían sido consagrados por la Iglesia. Del mismo modo, algunos laicos contestaban el monopolio que la Iglesia se había arrogado sobre el uso del Evangelio en la lectura y la predicación. Por último, el enriquecimiento individual y colectivo en el seno de la Iglesia la hacía diana de virulentas críticas. La Iglesia pronto se sintió una fortaleza asediada. Primero intentó nombrar esas herejías y distinguirlas para combatirlas mejor; pero con frecuencia las bautizó con el nombre de viejas herejías de la Antigüedad tardía que encontraba en los textos y que no correspondían a las realidades que la amenazaban. En general, se las consideraba como maniqueas que establecían una distinción radical entre el bien y el mal. Integristas.

La lucha contra esas herejías la organizó la gran institución dominante en la cristiandad, la orden de Cluny, incitadora por otra parte de la cruzada. Pedro el Venerable, el gran abad de Cluny de 1122 a 1156, escribió, contra lo que él designaba como las grandes

amenazas que se cernían sobre la cristiandad, tres tratados que se convirtieron de algún modo en manuales de la ortodoxia cristiana. Uno iba dirigido contra el herético Pedro de Bruys, cura de un pueblo de los Altos Alpes que rechazaba los sacramentos y las devociones a los difuntos y predicaba el horror a la cruz; otro, el primero dentro de la cristiandad, contra Mahoma, al que se presentaba como un brujo, y contra sus discípulos; por último, otro tratado iba contra los judíos, condenados por deicidas. Después de 1140, la ofensiva se generalizó y la herejía, conforme a las nuevas concepciones de la naturaleza, pasó a ser considerada como una enfermedad. Era una lepra o una peste. Y la Iglesia difundió la idea del contagio que hizo de la herejía una terrible amenaza.

En el mediodía francés, el término «cátaro» que significaba «puro» en griego y que en alemán dio la palabra *ketzerei*, que significa herejía, adquirió una importancia muy considerable. En 1163 fue descubierta en Colonia y en Flandes. En 1167 se celebró una reunión de herejes en forma de concilio en las tierras del conde de Toulouse, en Saint-Felix-de-Caraman. La herejía cátara conquistó en mayor o menor medida a una parte de la nobleza e incluso de la alta nobleza languedociana y occitana, debido especialmente a su oposición a la prohibición que instituía la Iglesia de celebrar matrimonios llamados consanguíneos, una prohibición que entrañaba la parcelación de los patrimonios rurales. El catarismo estrictamente hablando fue un verdadero maniqueísmo, que profesaba el rechazo de lo material, de la carne y la sustitución de comportamientos y de ritos muy distintos de los de la Iglesia cristiana. Sobresalía una élite de puros, los Perfectos, que hacia el final de su vida recibían una especie de sacramento, el llamado *consolamentum*. A mi juicio, el catarismo no fue una herejía cristiana sino otra religión. Su importancia ha sido, a mi entender, exagerada, ya sea por la Iglesia que pretendía destruirla o bien, en el siglo XX, por militantes regionalistas que la consideraban como una herencia específica. No significa minimizar la crueldad de la represión eclesiástica estimar que, si el catarismo hubiese triunfado, algo que

una vez más resulta escasamente verosímil, se habría creado una Europa integrista.

En medio de la gran efervescencia herética de la segunda mitad del siglo XII, apareció en Lyon un comerciante, Pierre Valdés, quien sin dejar de ser laico, predicó en favor de la pobreza, la humildad y la vida evangélica. El valdeísmo no parece que fuera en su origen una herejía, sino un movimiento de reforma en el cual los laicos, sin discutir la autoridad eclesiástica, deseaban una participación mayor. En 1184, el papa Lucio III, con el apoyo del emperador, lanzó en Verona la decretal *ad abolendam* que instauraba una violenta represión contra todos los heréticos, a los que metía en el mismo saco («los cátaros, los patarinos, los que por un falso nombre son llamados los humillados o los pobres de Lyon, los pasagianos, los josefinos, y los arnaldistas»). Esta amalgama, en realidad, enmascaraba a duras penas la desazón de una Iglesia dominada, según la palabra de Monique Cerner, por la «opacidad» de la herejía.

El gran instigador de la represión antiherética fue el papa Inocencio III (1198-1216). Desde 1199 asimiló la herejía al crimen de lesa majestad, lo cual entrañaba la condena del herético a la confiscación de sus bienes, a ser excluido de las funciones públicas y a ser desheredado. Inocencio III transfirió la idea y la realidad de la cruzada contra los heréticos lanzando contra ellos, en 1208, una guerra en la que se hacía un llamamiento a los cruzados laicos. Esta guerra empezó con el saco de Béziers y la matanza de los Biterrois en la iglesia de la ciudad y atrajo a un gran número de pequeños señores de la Francia del norte privados de tierras. La cruzada llamada «de los albigenses» no terminó hasta 1299 con la sumisión del conde de Toulouse, de los señores y ciudades del mediodía francés.

Entretanto, el cuarto concilio de Letrán (1215) impuso a los príncipes cristianos un juramento antiherético. Condenó asimismo a los judíos a identificarse mediante un signo que debían llevar cosido sobre sus ropas, la rueda, en general, un pedazo circular de tela

roja. Así nace la Europa de la futura estrella amarilla. La mayoría de los gobiernos laicos prescindió de obedecer esta decisión pero, al final de su reinado, en 1269, el mismo san Luis se vio obligado a ello, al parecer contra su voluntad. En 1232, el papa Gregorio IX instituyó, junto a la Inquisición episcopal, una inquisición pontificia que juzgaría en todo el ámbito cristiano a los heréticos en nombre de la Iglesia y del papa.

La Inquisición, siguiendo un nuevo método judicial llamado precisamente método «inquisitorio» y ya no «acusatorio», consistía en interrogar al acusado para obtener la confesión de su culpabilidad. Instituía una Europa de la confesión, aunque muy pronto esa confesión iba a obtenerse a través de la tortura. En la Alta Edad Media no existía demasiada costumbre de utilizar la tortura pues en la Antigüedad lo propio era restringirla a los esclavos. La Inquisición la recuperó y la extendió a los hombres y mujeres laicos, en uno de los aspectos más abominables de esta Europa de la persecución denunciada por Robert I. Moore.

La Inquisición condenó a la hoguera a un número importante, aunque imposible de cuantificar, de herejes. De la ejecución de los herejes condenados por los tribunales de la Inquisición se hacía cargo el poder temporal, que actuaba como su brazo secular. Desde el punto de vista social, el catarismo se extendió primero entre la nobleza, en las ciudades, y entre algunos artesanos como los tejedores. La dureza de la represión redujo, en la segunda mitad del siglo XIII, la presencia de los cátaros a algunas comunidades montañesas como los habitantes del pueblo de Montaillou, en el Ariège, a los que Emmanuel Le Roy Ladurie ha dedicado un libro ejemplar.

La persecución de los judíos

El segundo grupo perseguido por la Iglesia y por los príncipes cristianos fue el de los judíos. Durante mucho tiempo los judíos no plantearon grandes problemas a los cristianos. Con anterioridad al siglo X, las comunidades judías eran escasas en Occidente y estaban esencialmente constituidas por comerciantes que junto con otros orientales (libaneses, sirios, etc.) practicaban la porción esencial del débil comercio que subsistía entre la cristiandad y Oriente. Sin embargo, la Iglesia elaboró una teoría y una práctica de las relaciones entre cristianos y judíos. La España visigótica fue una excepción al ser la realeza y el episcopado los artífices de una violenta legislación antijudaica que cabe considerar, en palabras de Léon Poliakov, como el origen del antisemitismo. Sin embargo, la conquista de la mayor parte de la Península Ibérica por los musulmanes entrañó una situación novedosa en que judíos y cristianos eran más o menos tolerados por los musulmanes.

Carlomagno y sus sucesores no persiguieron a los judíos, aun cuando éstos fueron objeto de duros ataques por parte del arzobispo de Lyon, Agobardo. Los cristianos aplicaban a los judíos, siguiendo a san Agustín, un precepto del salmo XIX: «No los mato por miedo a que mi pueblo olvide, pero que tu potencia los expulse y abata». Así se combinaba, con un cierto grado de hipocresía, una especie de tolerancia y hasta de protección que se pretendía justificar convirtiéndolos en memoria viva del pasado precristiano y en una incitación a la expulsión y al sometimiento. Cuando el feudalismo se estableció en la cristiandad, el estatuto de los judíos quedó asimilado al de los siervos. Fue este estado de servidumbre el que colocó a los judíos a la vez bajo el dominio y la protección de los señores y, en particular, de los príncipes cristianos quienes oscilaron entre la tolerancia y la protección de un lado, y la

persecución del otro. Este fue el caso en particular de los papas, de los emperadores y de los reyes como san Luis IX de Francia que, sin dejar de detestarlos, les consideraba como sus «obispos desdé fuera».

Al igual que la literatura cristiana, la literatura judía medieval concede un lugar privilegiado de carácter legendario a Carlomagno. Alrededor del año 1000, los judíos eran sin duda cerca de 4000 en las tierras alemanas y habrían pasado a ser cerca de 20 000 a finales de siglo, en vísperas de la primera cruzada. En ocasiones eran solicitados y privilegiados por los príncipes cristianos por su condición de especialistas en servicios económicos que no podían satisfacer los cristianos. La expansión de la economía en la cristiandad después del año 1000 constituyó, por tanto, una de las causas del crecimiento numérico de los judíos en el área cristiana, aunque pronto también de los inicios de su persecución. Sin embargo, todavía en el siglo IX reinaba una cierta coexistencia pacífica entre cristianos y judíos. Los judíos eran los únicos a los que los cristianos reconocían una religión legítima y al contrario, por ejemplo, algunos musulmanes eran considerados como paganos. Algunos clérigos eruditos trababan relación con rabinos para intercambiar puntos de vista sobre la exégesis bíblica. Los judíos tenían permiso para construir no solamente sinagogas sino también escuelas. Con la primera cruzada se produjo un gran viraje en esta situación.

A lo largo de todo el siglo X aumentó entre los cristianos la obsesión por la imagen de Jerusalén. Este se convirtió en uno de los componentes de la cruzada preconizada por el papa cluniaciense Urbano II, en Clermont en 1095, que condujo a la toma de Jerusalén en 1099, seguida de una gran matanza de musulmanes por parte de los cristianos. El entusiasmo por Jerusalén y la evocación de la Pasión de Cristo víctima de los judíos desencadenó una gran oleada de odio y de hostilidad contra ellos. Tanto más cuanto que, como ya hemos observado, los cristianos de fines del siglo XI no se hacían una idea clara de la duración histórica y estimaban que la Pasión de

Jesús les era contemporánea. Eran, por lo tanto, sus verdaderos verdugos a los que se disponían a castigar. Mientras los cruzados más poderosos y más ricos tomaron las vías marítimas en barcos alquilados en Marsella o en Génova, la masa de cruzados pobres, cruzados sin haberes, solía ser arrastrada por líderes fanáticos como el predicador Pedro el Ermitaño, y así llegaron al Oriente Próximo a través de la Europa central, encontrando a su paso numerosas comunidades judías y asesinando a muchos de ellos. Fue la primera gran oleada de pogromos en Europa.

En los siglos XII y XIII otras motivaciones propiciaron la persecución de los judíos. Se inventaron dos mitos: el primero fue el rumor que se dio como verdad de los crímenes rituales: los judíos habían matado a muchachos cristianos para utilizar su sangre en sus ritos. Este tipo de rumores se traducía casi siempre en un pogromo. Parece ser que la primera acusación tuvo lugar en 1144 en Norwich. Encontramos varios casos de acusación y de matanzas en Inglaterra a lo largo de la segunda mitad del siglo XII y la primera del XIII. Fue también el caso que sucedió en Lincols, en 1255, donde tras la muerte de un muchacho corrió el rumor de que había sido torturado hasta la muerte por judíos, por lo que éstos fueron conducidos a Londres donde diecinueve de ellos fueron ahorcados, y solamente la intervención del hermano del rey, Ricardo de Cornuailles, impidió que otros noventa corriesen la misma suerte.

Todo el continente se vio sacudido por esta oleada de acusaciones y ejecuciones. No se conoce, con todo, ningún pogromo en el territorio del reino de Francia durante el reinado de san Luis (1226-1270). Durante este período en que los judíos empezaron a ser perseguidos por motivos de pureza por los cristianos se propagó otro rumor que los acusaba de profanar la ostia. Algunos judíos fueron acusados de haber ultrajado ostias consagradas, una acusación que nació, evidentemente, en el contexto de fortalecimiento de la devoción a la eucaristía que condujo a la instauración de la festividad de Corpus Cristi en 1264.

La persecución de los judíos a menudo concluyó con su expulsión en masa. Así ocurrió con los de Inglaterra en 1290 y los de Francia en 1306; éstos habían ido regresando poco a poco antes de ser definitivamente expulsados del reino de Francia en 1394. En el siglo XIV, con motivo de las grandes calamidades, se produce un nuevo resurgir de la persecución de los judíos. En 1321, se les acusó, junto con los leprosos, de haber envenenado los pozos. Nuevamente una acusación como ésta desató varios pogromos. Más aún, en concreto en Alemania, entre 1348 y 1350, cuando estalló y se extendió la epidemia de peste negra, se consideró a los judíos responsables; la idea de contagio cada vez hallaba más eco en la Europa cristiana.

El aislamiento de los judíos, que los hacía más vulnerables a las persecuciones, aumentó en los siglos XII y XIII. Se les prohibió ser propietarios y trabajar la tierra, así como la mayoría de los oficios. La expulsión más importante tuvo lugar en la Península Ibérica en 1492. La destrucción del último reino musulmán de España, el de Granada, resultó contemporáneo de esta expulsión. Los Reyes Católicos iban más lejos que ningún soberano cristiano en la imposición efectiva de la «pureza de la sangre». Más tarde, allá donde los judíos no fueron expulsados, sobre todo en los Estados Pontificios y en las posesiones imperiales de Alemania, quedaron encerrados en guetos, que cumplían la doble función de brindarles protección y de ser su cárcel.

En medio de tantas prohibiciones, los judíos continuaron ejerciendo la profesión de prestamistas, aunque a pequeña escala y para consumo doméstico. Esta actividad les valió, junto con las persecuciones de la Iglesia y de los príncipes por usureros, el odio de los cristianos que se veían incapaces de prescindir de su apoyo financiero. Por lo demás, al haber conservado una gran competencia en medicina, llegaron a convertirse también en médicos de los ricos y poderosos. La mayoría de papas y reyes cristianos (incluido san Luis) tenían médicos judíos.

En el contexto de este nacimiento de una Europa de la persecución, la de los judíos es sin duda la más duradera y abominable. Dudo en calificarla de racismo, pues me parece que este término implica la noción de raza y otras alegaciones pseudocientíficas y no era éste el caso en la Edad Media. Sin embargo, aunque el punto de partida de la hostilidad de los cristianos hacia los judíos es de naturaleza esencialmente religiosa (pese a que en la Edad Media la religión lo es todo, el concepto en sí no existe, y hay que esperar para ello al siglo XVIII), el antijudaísmo resulta insuficiente para caracterizar esta actitud. La sociedad cristiana de la Edad Media empezó entonces a construir el antisemitismo europeo.

La sodomía

Una tercera categoría de perseguidos y excluidos es la de los homosexuales. El cristianismo recogió los tabúes del Antiguo Testamento, que condenaban severamente la homosexualidad, y el vicio de los habitantes de Sodoma fue interpretado como una desviación sexual. Pero parece que la sodomía fue relativamente tolerada, en particular en los ambientes monásticos. El viento de reforma del siglo XII también llegó a los sodomitas, con mayor motivo porque la noción de naturaleza agravó los pecados sexuales al calificarlos de pecados contra natura y la homosexualidad fue castigada, no solamente a través de condenas, sino del silencio, fue el «vicio indecible». Con frecuencia se acusaba de sodomía a los hombres (pues hay muy pocas alusiones al lesbianismo) a los que se pretendía desprestigiar y castigar con la máxima severidad, incluida la pena de muerte. Se acusó a los musulmanes de practicar la homosexualidad. Igual acusación cayó sobre los monjes-soldados, los templarios, que fueron condenados y suprimidos, y su jefe, Santiago de Molay, ejecutado en la hoguera a principios del siglo XI. Entre los poderosos, en cambio, la sodomía estaba más o menos tolerada. Tenemos ejemplo de ello en dos, o tal vez tres, reyes de Inglaterra, si es verdad, cosa que no está probada, que Ricardo Corazón de León fuera homosexual. Esto parece seguro en relación a Guillermo el Pelirrojo (1087-1100); y sobre todo, de Eduardo II (1307-1327) quien fue destituido y luego asesinado por su favorito.

A partir de mediados del siglo XIII, la sodomía fue, como muchas desviaciones, dejada en manos de la Inquisición y un número cada vez más importante de homosexuales murió en la hoguera. No obstante, de forma esporádica resurgía una cierta tolerancia al

respecto, sobre todo durante el siglo XV, principalmente en Italia, y sobre todo en Florencia.

La ambigüedad de la lepra

Tal vez nos sorprenda encontrar un cuarto integrante de este conjunto de perseguidos y excluidos a partir del siglo XII: los leprosos. Los cristianos de la Edad Media tuvieron una doble actitud en relación a los leprosos. La imagen de Cristo besando al leproso pesaba en los comportamientos. Grandes santos recibieron alabanzas por imitar a Cristo dando de comer a leprosos, dándoles un beso para la ocasión. El caso más famoso es el de san Francisco de Asís, sin olvidar a san Luis. Parece ser que la lepra no empezó a propagarse en Occidente hasta el siglo IV. Los leprosos eran, por lo tanto, de un lado un objeto de caridad y de misericordia; de otro, objeto de horror físico y moral. En una sociedad en que el cuerpo es imagen del alma, la lepra aparecía como el estigma del pecado. Los leprosos desempeñan un papel repulsivo en la literatura cortés. Recordemos el terrible episodio de Isolda entre los leprosos. Se creía que los leprosos eran los hijos visibles del pecado, concebidos por padres que no respetaron los períodos de abstención de las relaciones sexuales. Hacia ellos actúa de lleno lo que Michel Foucault llamó el «encierro». A partir del siglo XII, se multiplican las casas donde mantenerlos encerrados, las leproserías. En teoría, eran una especie de hospitales, pero en realidad se trataba de prisiones ubicadas fuera de las ciudades, en unos lugares llamados la Magdalena, pues la santa se había convertido en su protectora; rara vez podían salir y cuando lo hacían provocaban que los cristianos se apartaran de ellos tan pronto les oían agitar la matraca que alertaba de su presencia. La lepra era la enfermedad típica de la Europa medieval, una enfermedad cargada de simbolismo y objeto de un terror emblemático. El miedo a los leprosos culminó a principios del siglo XIV cuando se les acusó de envenenar los pozos. Al parecer, muy pronto la lepra dejó de figurar en Occidente en el

primer puesto entre las llamadas enfermedades simbólicas: la peste iba a ocupar su lugar.

Irrupción del diablo

Este conjunto de «seres pestilentes» terminó formando una contrasociedad que amenazaba a los buenos y fieles cristianos, a su pureza y a su salvación. El jefe común de todos ellos era Satán, ya fuera porque estaban literalmente «poseídos» o simplemente porque estaban sometidos a él. El diablo entró en Europa con el cristianismo, unificando bajo su dominio a una multitud de demonios originarios del paganismo grecorromano o de un buen número de creencias populares. Con todo, el diablo no alcanzó el grado de comandante en jefe del mal hasta el siglo XI. Pero desde entonces dirigió el baile de los futuros malditos. No todos los hombres y mujeres sucumben, pero sí a todos tienta y amenaza. La cristiandad unificada confiere al «enemigo del género humano» un poder unificado. La herejía es su instrumento. La Inquisición será el arma de la Iglesia para combatirlo. Pero su presencia y acción pervivirán largo tiempo. La Europa del diablo ha nacido.

Las periferias de la Europa feudal

A finales del siglo XII las instituciones feudales habían tomado, con matices, posesión de la cristiandad en su conjunto. Creo interesante anotar que se constituyeron feudalismos periféricos conservando en mayor o menor medida el carácter general de esas periferias, sin dejar por ello de jugar un papel importante en el conjunto cristiano. Esto es cierto en Irlanda, gran foco del cristianismo y de la civilización de la Alta Edad Media, y que conservó su especificidad cristiana, permitiendo a la cultura gaélica preservar su riqueza y vitalidad e impregnando incluso a los galos e ingleses que, despreciando a ese pueblo de supuestos cristianos bárbaros, tratan en vano de conquistarlos y despojarlos. Irlanda está en Europa.

El caso de Bretaña es a la vez similar y distinto. A partir del siglo IV estuvo ocupada por los bretones procedentes de Gran Bretaña y a lo largo de la Edad Media adquirió una emancipación política suficiente, en forma de reino en la época carolingia y, posteriormente, en la época capeta, de ducado. Los duques bretones practicaron una compleja política de equilibrio entre franceses e ingleses. El duque de Bretaña recibirá el título ambiguo de par de Francia, y en el siglo XV llegó a parecer que el ducado conducía a una verdadera independencia. Al mismo tiempo, aprovechando su situación geográfica, Bretaña desarrolló su marina y el número de sus marinos y comerciantes fue en aumento.

Si dejamos los países celtas y nos trasladamos a los mediterráneos, el final del siglo XII es un momento decisivo tanto para la Península Ibérica como para Sicilia y el norte de Italia. En España, la Reconquista se aceleró y tiene en 1085, en la toma de Toledo por Alfonso VI de Castilla y León, un momento esencial, pues la irradiación de la ciudad, punto de encuentro de cristianos,

musulmanes y judíos, donde se presta apoyo a numerosos traductores de griego, del hebreo y del árabe, la convierte en uno de los polos del progreso intelectual de la Europa cristiana. En Sicilia y en el sur de Italia, la sucesión al soberano normando de monarcas alemanes (Enrique VI en 1194 y luego Federico II en 1198) fortalece el peso de esta región en el seno de la cristiandad y confiere a Palermo un rol esencial de capital pluricultural.

Si volvemos la mirada hacia la Europa del centro y del norte, constatamos la consolidación de Hungría como reino cristiano, enriquecida por la unión de Croacia. El rey Bela III (1172-1196) mantiene buenas relaciones con los bizantinos, al tiempo que se ocupa de estabilizar la frontera del este contra los nómadas y de fortalecer sus vínculos con la cristiandad latina a través de su segundo matrimonio con una hija del rey de Francia, Luis VII. Volvemos a encontrar una afirmación similar como principado y reino cristiano en Bohemia y en Polonia. Los duques Przemyslide, apoyándose en el emperador, consolidan su poder mediante la creación de abadías y la práctica de ciertos pactos en Moravia. En Polonia, la organización de la explotación económica de la monarquía de los Piasts en varios pueblos especializados permitió garantizar su poder a Boleslao III, Boca Torcida (1086-1138), que sometió Pomerania e impulsó la creación de los nuevos obispados de Wloclawek, Lubusz y Wolin. Sostuvo asimismo las órdenes religiosas benedictinas y premonstratenses. Pero su testamento estableció la división de Polonia en provincias que repartió entre sus hijos. Fue el inicio del debilitamiento de la monarquía en Polonia. Algunos historiadores han creído advertir un resurgimiento en 1989, tras el hundimiento de la Unión Soviética, de una Europa central formada en la Edad Media. En este sentido se manifestaba el medievalista húngaro Gabor Klaniczay, quien contribuyó a organizar un departamento de Estudios Medievales en la nueva universidad de Europa central. Introdujo un estudio comparativo de las cristiandades latinas, griegas, eslavas y orientales de la Edad Media y de la gradual extensión de la civilización europea en zonas. Este

autor redescubrió una Europa central que constituía, como sucedió en la Edad Media, un laboratorio abierto, diversificado, creador para un vasto universo sin límites hacia el este, que se desarrollaba a partir del oeste. En palabras de este autor, una verdadera «utopía» europea.

Del mismo modo, al norte, también Escandinavia se afirmaba dentro del conjunto cristiano. A finales del siglo XII en Islandia empezó la redacción de las sagas, esas epopeyas cargadas de originalidad que se convertirán en uno de los hitos de la literatura cristiana medieval.

La estabilidad política y administrativa no estaba garantizada en Escandinavia durante la Edad Media. Dinamarca, Noruega y Suecia se distinguían apenas entre sí, al punto que los daneses fueron durante cierto tiempo los amos de Inglaterra, a principios del siglo XI, mientras se esforzaban por someter también los otros dos reinos escandinavos e Islandia.

La metrópolis religiosa fue primero el arzobispado de Lund, entonces danés, que a partir de 1103-1104 ejerció su autoridad sobre todo el territorio escandinavo; pero un arzobispado vio la luz en Nidavos (Trondheim), en Noruega en 1152. La época de los Valdemar fue el período más glorioso de Noruega (1157-1241). En Suecia, Uppsala fue elevada al rango de sede metropolitana en 1163-1164. El monaquismo se implantó gracias a los cistercienses. Pero la inestabilidad política se acentuó: cinco reyes fueron asesinados entre 1156 y 1210. Sin embargo, con la transformación del arte militar (caballería pesada, castillo-fortaleza) una verdadera nobleza se convirtió en la clase dominante. Aunque la conversión al cristianismo ofrecía posibilidades de acceder a una cultura superior (escritura, conocimiento del latín) que se adquiría en escuelas en el extranjero, en Hildesheim en Alemania, en Oxford en Inglaterra y sobre todo en París, los países escandinavos, sin embargo, se mantuvieron arcaicos y marginales dentro de Europa.

Europa en la cruzada

Un fenómeno espectacular que trastornó a la Europa cristiana del siglo XI al XIII y que aún hoy ocupa un papel relevante en los libros de historia fue la cruzada. El término no es medieval, fue inventado a finales del siglo XV (aunque «cruzarse», «cruzado» existe desde el siglo XII) y designa las operaciones militares que los cristianos practicaron en Palestina para arrebatar a los musulmanes el Santo Sepulcro, tumba de Cristo en Jerusalén, y los territorios originales de la cristiandad. La cruzada fue, en efecto, considerada por los cristianos medievales como una reconquista similar a la Reconquista ibérica. De hecho, Jerusalén había pasado de la dominación romana a la dominación bizantina, la única que tuvo carácter cristiano, y a la dominación musulmana, sin que nunca existiese una institución política cristiana propia en los Santos Lugares de la cristiandad, que eran también no solamente lugares eminentes del judaísmo (aunque la conquista romana y la diáspora judía posterior redujeron a una minoría la población judía de Jerusalén), sino además lugares clave del Islam, donde Mahoma se elevó desde la cúpula de la Roca hasta el Paraíso. Ya hemos visto que Jerusalén se convirtió muy pronto para los cristianos de Occidente en el destino por excelencia de la peregrinación. A partir del siglo X se invocó la intervención de los turcos en la región para legitimar un cambio de actitud de los cristianos de Occidente. Pero lo esencial no está ahí. La motivación religiosa e ideológica de la cruzada se explica por la convergencia de una doble evolución de amplio espectro.

La primera, y la más importante sin lugar a dudas, fue la conversión del cristianismo a la guerra. El cristianismo evangélico, el propio Jesús, era pacifista y profundamente hostil a la guerra. Una de las principales razones por las que los romanos perseguían a los

cristianos era la negativa de éstos a hacer el servicio militar. Su rechazo no se explicaba solamente por la voluntad de no jurar fidelidad al emperador, sino también por la hostilidad a la idea de derramar sangre. La actitud de los cristianos empezó a cambiar a finales del siglo IV cuando el imperio se cristianizó. Desde entonces, se apeló a la defensa de este imperio cristiano, a los súbditos del imperio, pronto cristianos todos ellos. La desconfianza en relación a la guerra persistió durante mucho tiempo, y aunque hubo una cierta evolución respecto a las prácticas guerreras, el uso de las armas y el derramamiento de sangre resultante, fueron prohibidos a los obispos y de manera general a los clérigos. Hubo muy pocas excepciones. La única que aceptó la Iglesia, e incluso aplaudió, fue la de las órdenes militares que, para la defensa de los Santos Lugares cristianos y, en determinados casos, de Occidente, constituyeron desde el siglo XII algunos grupos de monjes caballeros en la Península Ibérica, por ejemplo, o en Prusia y en Lituania con los caballeros teutones. No obstante, la evolución más destacada resultó de la creación de una teoría de la guerra cuyos aspectos esenciales fueron elaborados por san Agustín. La guerra era solamente una guerra decidida y practicada no por un personaje individual, sino por un jefe revestido de una autoridad suprema como lo fuera el emperador cristiano y tal como lo serían los príncipes y los reyes de la Edad Media. La guerra no debía, por lo demás, ser agresiva. El cristianismo siempre rechazó la noción de guerra preventiva: debía ser una respuesta a una agresión o a una injusticia. No debía ser dirigida con espíritu de conquista y de botín; debía respetar la vida de los seres desarmados (mujeres, niños, monjes, comerciantes, etc.). Para los cristianos la guerra fue particularmente legítima contra los paganos y contra los musulmanes, a los que se equiparaba con los paganos.

Otro cambio importante se sumó a los anteriores para que la guerra justa se transformara en guerra santa. La evolución derivó en gran parte de que el papado recurriera para su defensa a guerreros como los francos, quienes en tiempos de Carlomagno, lo

protegieron contra los lombardos, o en el siglo XI contra los normandos de Sicilia. Y, de manera general, el papado tenía tendencia a transformar en guerra santa la resistencia militar de pueblos cristianos a las agresiones imperiales contra el papado. No obstante, tal y como han demostrado Paul Alphandéry y Alphonse Dupront, a lo largo del siglo XI la imagen de Jerusalén enardeció cada vez más a la cristiandad. Una conjunción de causas y motivos condujo a la elaboración de la cruzada a finales del siglo XI. Una de ellas era el reciente y notable desarrollo demográfico y económico que había tenido lugar en el área de la cristiandad. Este crecimiento demográfico se tradujo en un elevado número de muchachos hijos de los medios caballerescos que carecían de tierras y de mujeres. Georges Duby ya destacó como convenía este punto. Por otro lado, el enriquecimiento de la nobleza le proporcionaba los medios para armarse mejor y emprender expediciones militares.

Por último, la cristianización de la guerra proseguía desde la conversión de los bárbaros; bautizada, la espada podía seguir realizando su obra con la bendición de la Iglesia. Paradójicamente, la cruzada fue en gran parte fruto del movimiento de paz que marcó el año 1000. En primer lugar porque para la Iglesia la guerra justa era una forma de restablecer la justicia y la paz. Por otro lado, porque la guerra justa apareció como una posibilidad de controlar la violencia. El papel decisivo recayó en el papado, que vio en el cambio de la fuerza guerrera cristiana dirigida contra los musulmanes, un beneficio múltiple. Sin duda era ése el punto de llegada de una devoción cada vez más intensa en relación a Jerusalén y a Cristo, pero también un recurso para desviar contra los infieles la frustración guerrera de los jóvenes; y, por último, constituía para el papado el medio de imponerse al frente de toda la cristiandad, pues la dirección de una guerra donde lo religioso se confundía íntimamente con lo político no podía recaer más que en el jefe religioso supremo que aspiraba a ser el papa. No es casualidad, en definitiva, que el papa de la cruzada, Urbano II, fuese un monje cluniaciense. La cruzada casaba a la perfección con la perspectiva

de la modelación de la cristiandad por la gran comunidad cluniaciense. El papado favoreció por ello la emergencia de una noción de guerra santa cuyo símbolo fuera la cruz de tela cosida en el pectoral de los cruzados. (Así como la Europa cristiana dio alcance al Islam que desde el origen y basándose en el Corán había designado la guerra santa o *djihad* como una obligación fundamental de los creyentes).

No me propongo escribir aquí la historia de las cruzadas. Sí recordaré que la primera condujo a la toma de Jerusalén en 1099, recordada por una terrible matanza de musulmanes a manos de los cristianos, y a la instauración de los Estados cristianos en Palestina, siendo el principal de ellos el reino latino de Jerusalén.

Después de la toma de Edessa en 1144 por los musulmanes, el emperador Conrado III y el rey de Francia Luis VII emprendieron una segunda cruzada, preconizada por san Bernardo, que se saldó en fracaso. En 1187, el sultán kurdo Saladino, a la cabeza de un gran ejército musulmán, destruyó en Hattin el ejército del rey de Jerusalén, se hizo con la ciudad y con todo el reino excepto con Tiro. El emperador Federico Barbarroja emprendió la tercera cruzada y, al tomar el camino por tierra se ahogó accidentalmente en un río anatolio; también participaron el rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León, y el rey de Francia, Felipe Augusto, que tomaron la ruta marítima. Una vez más resultó un fracaso y Jerusalén se perdió para siempre para los cristianos.

En el siglo XIII, el espíritu de cruzada se enfrió bastante. El emperador Federico II puso fin a la sexta cruzada en 1228-1229 mediante un tratado con los musulmanes que la mayoría de europeos consideraron vergonzoso. Un renacimiento anacrónico de fervor por la cruzada combinado con un objetivo de conversión más que de conquista animó dos cruzadas desafortunadas del rey de Francia Luis IX (san Luis) en Egipto y en Palestina (1248-1253); y en África del norte donde el rey murió delante de Cartago en 1270. Las últimas fortalezas cristianas en Tierra Santa cayeron en manos de musulmanes, Trípoli en 1289 y Acra y Tiro en 1291.

La idea de cruzada inspiró más o menos intensamente a determinados príncipes y a algunos simples cristianos hasta el siglo XV. La creación del Imperio otomano después de la toma de Constantinopla por los turcos en 1453 cambió las coordenadas de las relaciones de los cristianos europeos con Jerusalén. Alphonse Surpont ha sabido mostrar en qué medida el mito de Jerusalén continuó transformándose hasta nuestros días, en los que en un contexto muy diferente de enfrentamientos entre americanos e integristas musulmanes, la noción de cruzada vuelve por desgracia a calentar motores.

El balance histórico de las cruzadas dentro de la larga duración ha dado lugar a valoraciones muy distintas. Hasta fechas recientes, los historiadores occidentales las consideraron ante todo un fermento de unión europea y un indicio de la vitalidad del Occidente medieval, una concepción que se desvanece paulatinamente. Jean Flori ha destacado precisamente lo que él llama «paradoja de las cruzadas».

Primera paradoja: «Dirigidas por cristianos en nombre de una religión que en su origen se consideraba pacífica contra los musulmanes, fieles de una religión que, por el contrario, tenía desde el origen incorporada la *djihad* a su doctrina pero que, al mismo tiempo, practicaban en las tierras conquistadas por ellos una amplia tolerancia».

Segunda paradoja: «Las cruzadas son el desenlace de un movimiento mucho más vasto de reconquista cristiana que, iniciado primero en España, adquiere ahí los primeros rasgos de guerra santa antes de amplificarlos cuando esta reconquista toma por objetivo Jerusalén y la tumba de Cristo. Ahora bien, esta reconquista triunfa plenamente en Occidente, pero fracasa en Oriente Próximo, donde suscita un contraataque musulmán que conducirá a la toma de Constantinopla en 1453, y a la amenaza otomana sobre la Europa oriental».

Tercera paradoja: «La cruzada tenía originalmente por objetivo socorrer a los cristianos de Oriente, cuna del cristianismo, y ayudar

al Imperio bizantino a reconquistar los territorios invadidos por los musulmanes, dentro de una perspectiva de unión de las iglesias. Ahora bien, las cruzadas acentuaron y sellaron la desunión».

Cuarta paradoja: «La cruzada preconizada por Urbano II se presenta como una guerra de liberación de Palestina y una peregrinación hasta el Santo Sepulcro. Ahora bien, esta lucha es desviada en favor de los numerosos combates de la Iglesia, o más exactamente del papado, y no solamente contra sus enemigos exteriores sino también interiores: heréticos, cismáticos y rivales políticos».

Me parece que las cruzadas no solamente agravaron las relaciones de la Europa cristiana con el Islam y con Bizancio. En la actualidad, los musulmanes no tienen sin embargo nada que envidiar a los cristianos en cuestiones de guerra santa, y esgrimen el recuerdo de la agresión que las cruzadas representaron como un agravio histórico contra los cristianos. A mi juicio, más allá de este conflicto, las cruzadas marcan el final de una ilusión cristiana de Europa, la idea de que la capital de la cristiandad está en Jerusalén. Al respecto, el fracaso de las cruzadas debe entenderse como una condición muy favorable para la unidad de Europa, pues selló su adecuación y la de la cristiandad por mucho tiempo. En cuanto a Bizancio, es verdad que las cruzadas ampliaron el foso entre Europa occidental y Europa oriental, la Europa latina y la griega, sobre todo a partir de 1204 cuando la cuarta cruzada se desvió de su objetivo palestino para ir a conquistar y saquear Constantinopla, e instaurar allá un efímero imperio latino. Me parece que el carácter negativo de la influencia de las cruzadas es también verdad en lo que se refiere a la propia Europa, a Occidente. Lejos de favorecer una unión de los Estados cristianos, la cruzada avivó su rivalidad. Lo vemos entre Francia e Inglaterra. Vemos también cómo las fuerzas vivas de Europa, comerciantes italianos y catalanes, participaron sólo marginalmente en ellas, obteniendo sus ventajas económicas en Oriente. En cambio, la cruzada empobreció a Europa en hombres y en recursos. Ya escribí hace tiempo que el albaricoque es el único

beneficio que Occidente extrajo de las cruzadas: y es una opinión que aún mantengo.

¿Fue la cruzada la primera manifestación de la colonización europea?

Desde la perspectiva de este libro de la larga duración, queda por referirse a una cuestión importante. La creación, a través de la cruzada, de Estados latinos y, en particular, de un reino latino de Jerusalén en Oriente Próximo, ¿significa la primera manifestación de lo que será indiscutiblemente, a partir del siglo XVI, la colonización europea? Así lo creen algunos excelentes pensadores, en particular el historiador Josuah Prawer. Yo disiento. Los Estados latinos de Palestina no fueron sino de manera muy restringida colonias de explotación económica o de poblamiento. La potencia económica de las ciudades cristianas mediterráneas no se obtuvo gracias a las cruzadas, sino más a menudo a través de una apropiación relativamente pacífica de las riquezas bizantinas y musulmanas. La inmigración cristiana en Oriente Próximo fue débil. Y así como en la época colonial moderna hemos visto cómo los vínculos entre las colonias y la metrópolis a menudo se aflojaban e incluso se rompían, nunca existieron tales vínculos entre los Estados de Tierra Santa y los Estados cristianos de Europa. Las fundaciones efímeras de la cruzada son un fenómeno medieval.




CAPÍTULO CINCO
La hermosa Europa de las ciudades y de las universidades (siglos XIII)




Los éxitos de la Europa del siglo XIII

EL SIGLO XIII ESTÁ CONSIDERADO EL APOGEO DEL OCCIDENTE medieval. Sin doblegarnos a esta problemática discutible de apogeo y declive, hay que decir que el siglo XIII fue el siglo en que se afirmaron la personalidad y la nueva fuerza de la cristiandad, fraguadas a lo largo de los siglos precedentes. Es también el momento en que se impone un modelo que podemos llamar, dentro de la perspectiva de la larga duración, europeo. Un modelo con sus éxitos y sus problemas. Los éxitos se revelan en cuatro dominios principales. El primero es el desarrollo urbano. Ya hemos visto cómo en la Alta Edad Media se forma una Europa rural; en el siglo XIII se impondrá la construcción de una Europa urbana. Europa se encarnará esencialmente en las ciudades. En ellas tendrán lugar las principales mezclas de población, donde se afirmarán en nuevas instituciones y aparecerán nuevos focos económicos e intelectuales. El segundo éxito es el del resurgir del comercio y de la promoción del campesinado, con todos los problemas que plantea la difusión del uso del dinero en la economía y en la sociedad. El tercer éxito es el del saber. Afecta a un número cada vez mayor de cristianos a través de la creación de escuelas urbanas que corresponden a lo que nosotros llamaríamos la enseñanza primaria y secundaria. La importancia de esta actividad escolar varía según las regiones y las ciudades, pero con frecuencia afecta a un 60 por 100 de los niños de las ciudades e incluso más. Y en algunas ciudades, en Reims, por ejemplo, incluye a las niñas. Sin embargo, observaremos, sobre todo para nuestro propósito, la creación y el rápido éxito de centros que nosotros calificaríamos de enseñanza superior, las universidades. Éstas se convierten en foco de atracción de un elevado número de estudiantes, de maestros muchas veces de renombre e incluso ilustres; en las universidades

se elabora un nuevo saber resultado de los nuevos estudios del siglo XII, la escolástica. Por último, el cuarto éxito que sostiene y alimenta a los otros tres es la creación y la extraordinaria proliferación en una treintena de años de nuevos religiosos, que viven en la ciudad y actúan sobre todo en el medio urbano: las órdenes mendicantes que conforman la nueva sociedad y remodelan profundamente el cristianismo que ésta profesa.

El éxito urbano: la Europa de los ciudadanos

Ya hemos visto que la ciudad medieval, aun cuando siga en el emplazamiento de una ciudad antigua, cambia profundamente de rostro y más aún de función. La ciudad medieval sólo secundariamente tiene una función militar, pues es en los castillos señoriales donde se hallan los nudos de la guerra. Afirma una función económica mucho menos importante en la Antigüedad, pues las ciudades estaban menos pobladas, salvo en el caso de Roma y de algunas ciudades orientales. Las ciudades antiguas no eran los centros de consumo importantes que llegarían a ser en la Edad Media. Sí son, con todo, centros de intercambio gracias a la urbanización de los mercados y a las ferias. La ciudad medieval es policéntrica, aunque el mercado suele ser el centro más visible e importante. Por último, y se trata de otra novedad, en lugar de los talleres de los grandes dominios de la Antigüedad, son las tiendas de los artesanos las que confieren a la ciudad medieval una importante función de producción. Todavía encontramos un eco de estas actividades medievales en las ciudades actuales que conservan la toponimia de calles como de los Curtidores, de los Traperos, etc. En cualquier caso, la ciudad medieval conserva e incluso refuerza una mentalidad urbana que es una parte fundamental de su originalidad y de su poder. La oposición ciudad-campo como equivalente aproximado de civilización-barbarie ya era fuerte en el mundo romano. Lo es más en la Edad Media, cuando se sabe que la masa campesina estaba formada por gente que era llamada en todo el ámbito cristiano «villanos», y que durante mucho tiempo conservaron un estatuto de «no libres», de esclavos y luego de siervos, mientras que «ciudadano» y «libre» eran términos coincidentes. Por lo demás, en la Edad Media circuló un proverbio

alemán que rezaba «el aire de la ciudad hace libre» (*Stadtluft macht frei*).

El cristianismo recogió y fortaleció una noción antigua de la ciudad procedente de Aristóteles y de Cicerón. Según ellos, lo que define, lo que constituye la ciudad no son las murallas, sino los hombres, los hombres que la habitan. Esta noción se difundirá ampliamente en la Edad Media gracias a la influencia de intelectos tan influyentes como Agustín y luego Isidoro de Sevilla. La encontraremos en una sorprendente serie de sermones predicados en Augsburgo a mediados del siglo XIII por el dominico Alberto el Grande, en latín y en alemán, sermones que proponían una especie de teología y de espiritualidad de la ciudad según las cuales las callejuelas estrechas y sombrías eran equiparadas al infierno, y los lugares despejados al paraíso. Así vemos que en el siglo XIII la mentalidad urbana integraba una visión urbanística.

En efecto, mientras las rutas medievales habían perdido la solidez de las rutas antiguas y se habían convertido sencillamente en «el lugar por donde se pasa», a partir del siglo XII las ciudades se preocuparon de la limpieza, se pavimentaron más calles, se reguló la eliminación de basuras y aguas residuales, se adornaron con monumentos cuyo objetivo no se reducía a la pretensión de imponer la imagen de la supremacía de los poderosos, sino que perseguían además objetivos de belleza. La ciudad era en la Edad Media uno de los principales ámbitos donde se forjaba la idea de belleza, una belleza moderna, diferente de la concepción antigua, que había experimentado un cierto declive de su estética. Umberto Eco ha descrito esta emergencia de una belleza medieval encamada en los monumentos y teorizada también por la escolástica urbana.

Con mayor motivo, la ciudad europea admite la definición hecha por el historiador italoamericano Roberto López de un «estado de ánimo». Hay que hablar aquí de una imagen de la ciudad en la que se encamaban simultáneamente realidades materiales y representaciones mentales. Hablamos de las murallas. La Antigüedad legó a la ciudad medieval las murallas, muy a menudo,

como era el caso de Roma en el siglo III, levantadas para defenderse de las invasiones bárbaras. Sin embargo, a tales alturas la mayoría de aquellas murallas se encontraban total o parcialmente en ruinas. Los hombres de la Edad Media las repararon o levantaron en su totalidad, no solamente como protección sino, sobre todo, porque la muralla era el símbolo por excelencia de la ciudad. Una verdadera ciudad debía estar rodeada de murallas. Cuando las ciudades obtuvieron una personalidad jurídica y utilizaron sellos, en numerosas ocasiones la muralla fue el signo representado en el sello. La importancia que se le confería conllevó un interés particular por las puertas, los lugares de paso de los hombres, animales y bienes, materialización de una dialéctica del interior y el exterior, esencialmente para la Edad Media cristiana y que dejaron una huella muy profunda en toda Europa. El interior a la vez territorial, social y espiritualmente, se privilegió en relación al exterior. «Interiorizar» se convirtió en una tradición, en un valor de Europa.

Ciudades episcopales

El primer tipo de ciudad que se impuso en la Europa medieval fue la ciudad episcopal. La presencia de un obispo fue incluso el signo urbano por excelencia, pues era el jefe obligatorio de todo grupo humano de cierta importancia, y el responsable de los ritos de la nueva religión que habitualmente se practicaban en las iglesias, dentro de las ciudades. Esta formación de una población urbana compuesta por cristianos, por fieles, adoptó un rostro especialmente revolucionario y espectacular con la urbanización de los muertos. El cadáver ya no era, como para los antiguos, un objeto de horror, y así el cristianismo repatrió dentro de la ciudad los cementerios y fundó otros nuevos. La ciudad de los muertos se sitúa en el interior de la ciudad de los hombres vivos.

Las «grandes» ciudades

En el período central del siglo XIII, el desarrollo urbano se tradujo en la multiplicación de ciudades pequeñas y medias y en la ampliación de un pequeño número de grandes ciudades. No por ello debemos imaginarnos las ciudades de la Europa latina en la Edad Media según el modelo de las metrópolis modernas o de las grandes ciudades del Oriente bizantino o musulmán. Una ciudad importante en Occidente tenía de 10 000 a 20 000 habitantes. Salían de lo común Palermo y Barcelona, con cerca de 50 000 habitantes; Londres, Gante, Génova y, en territorio musulmán, Córdoba, con cerca de 60 000 habitantes. Bolonia contaba sin duda entre 60 000 y 70 000 habitantes, Milán 75 000. Solamente Florencia y Venecia alcanzaban y tal vez superaban los 100 000 habitantes; y la mayor ciudad fue sin discusión París, que hacia el año 1300 albergaba, según ha podido demostrarse, 200 000 habitantes.

La literatura urbana

El éxito y prestigio de las ciudades alimentó una literatura que tuvo también, dentro de los límites de la circulación de los manuscritos, un gran éxito. Nos referimos a las crónicas urbanas, a la alabanza de las ciudades. En una época en que no se admiraban las montañas ni las costas y donde la noción misma de paisaje no existía, lo que la geografía ofrecía a la admiración de los europeos de la Edad Media era la ciudad. La admiración por las ciudades consideraba lo numeroso de su población, de sus actividades económicas más relevantes, la belleza de sus monumentos, la variedad de los oficios que en ella se practicaban, la difusión de la cultura, la cantidad y belleza de las iglesias, o la fertilidad del territorio, pues la ciudad era el centro dominante de los campos; por último se detenía en la evocación de un pasado a menudo legendario, en mitos fundacionales y héroes fundadores como los conoció la Antigüedad, que en este punto la Edad Media renovaba. La ciudad fue uno de los caminos a través de los cuales se esbozó un sentido de la historia, una historiografía europea. Junto con las abadías, conformaba el principal tema de una historiografía balbuceante. Entre esas alabanzas dedicadas a las ciudades, la más notable, la más ejemplar fue sin duda el tratado en latín de las *Maravillas de la ciudad de Milán* escrita por el pedagogo milanés Bonvesin de la Riva (1288).

Las capitales

Al margen de una clasificación en orden a la importancia demográfica, las ciudades constituyeron una jerarquía definida por la política. Desde este punto de vista se afirmaron dos tipos de ciudades. El primero fue el de las capitales, residencias de una entidad política superior. Muy pocas ciudades alcanzaron en la Edad Media el estatuto de capital. Además, la noción de capital es diferente en la época medieval y en la época moderna. Tomemos el caso de Londres. La excelente obra de G. A. Williams (1963) dedicada al Londres medieval lleva como subtítulo «De comuna a capital». Sin embargo, lo que los hombres de la Edad Media consideraban como la sede de la capital era solamente la *City of Westminter*. El caso de Roma es diferente y más sorprendente. Aunque Roma había sido la sede habitual del papado, el papa había sido con cierta frecuencia expulsado de ella por los romanos, su sede fue el Vaticano, y la ciudad se rodeó de las murallas que León IV hizo levantar en el siglo IX. Roma no fue llamada en la Edad Media *caput mundi*, es decir, capital. El principal éxito lo obtuvo París, aunque debía su éxito a la acción paciente que desarrolló la dinastía capeta a partir de 987, y sobre todo gracias a la propaganda de la abadía real de Saint Denis, necrópolis de los reyes de Francia. Las crónicas de Saint Denis, matrices del espíritu nacional francés, todavía concedían el título de capital tanto a Saint-Denis como a París. En realidad, la capital estaba formada por la pareja París, Saint-Denis. Las capitales de Europa no son realidades medievales, salvo excepción. Y la propia cristiandad no tuvo verdaderamente capital, ni siquiera Roma.

Las ciudades-Estado

Otro tipo de ciudad evolucionada estuvo formado por las ciudades que se dilataron hasta formar Estados. El caso de Italia es el más ilustrativo. Yves Renouard ha distinguido tres fases en la evolución de las ciudades italianas desde el siglo X al XIV. Primero se produjo la implantación de una comunidad aristocrática que acaparaba el poder en detrimento del conde y del obispo; luego, frente a las divisiones en facciones de la aristocracia en el poder (la principal oposición era la muy conocida que enfrentaba a Güelfos y Gibelinos), se recurrió a un extranjero dotado de poderes limitados, el *podestà*. Por último, se encuentra el gobierno de los edificios y corporaciones de la élite comercial y artesanal, «los pudientes», que tropezó con la contestación creciente del pueblo humilde. En todas partes, y en particular en Génova, Milán, Florencia, Venecia e incluso en Roma, el poder se manifestó a través de una lucha incesante entre clanes de las grandes familias. Sobre todo, la política de esas grandes familias y de los consejos que éstas dominaban condujo a la transformación de los territorios que rodeaban las ciudades en posesiones dominadas. Es el punto de arranque de la evolución de estas ciudades en ciudades-Estado. Los más bellos ejemplos fueron Venecia, Milán y Florencia. Sin embargo, la Italia urbana fue, en la Europa medieval de las ciudades, un caso límite y una excepción. En Italia, por ejemplo, los nobles residían en las ciudades mientras que en el resto de Europa vivían en sus castillos en el campo, aun cuando los más ricos poseyeran una residencia secundaria en la ciudad.

Ciudades y feudalismo

A menudo se ha contrapuesto el fenómeno urbano medieval al fenómeno feudal, y hemos visto en la ciudad medieval un fermento destructor del feudalismo, un elemento extranjero y hostil al feudalismo. Rodney Hilton ha demostrado, como otros autores, en relación a Francia y a Inglaterra, en qué medida las ciudades medievales no solamente transigían con las estructuras feudales generales, sino que formaban parte de ellas. En efecto, es preciso ver que lo que la Edad Media legó a Europa, sin dejar de tener en cuenta que el sistema feudal fue arruinado por la Revolución Francesa, fue una economía y una sociedad fundadas en las relaciones ciudad-campo, según las cuales el aspecto dominante era no el antagonismo cultural sino la complementariedad y la explotación de los campos por las ciudades. Las ciudades se desarrollan gracias a la inmigración de un cierto número de campesinos. Las ciudades medievales estaban habitadas por campesinos más o menos recién llegados. El desarrollo de la actividad artesanal y económica de las ciudades se alimentó de los excedentes agrícolas. El gobierno de la ciudad evoluciona desde una situación de carácter estrictamente señorial a nuevas formas de gobierno que se integran en las estructuras feudales.

La personalidad de la ciudad europea

Lo que caracteriza a la ciudad medieval y que nuevamente encontraremos en la Europa moderna es, sobre todo, la constitución de un tipo de sociedad y de gobierno que, acomodándose a las estructuras feudales, manifiesta notables diferencias y sufre una evolución específica. El punto de partida de esta evolución se sitúa en el siglo XI y condujo al final, o al menos a una limitación considerable, del dominio sobre la ciudad ejercido por los obispos que habían acaparado funciones civiles, y de condes que habían impuesto en mayor o menor medida los emperadores. A menudo, por lo demás, los propios obispos desempeñaban oficialmente las funciones de conde. Las rebeliones fueron casi todas pacíficas, si bien en algunos casos se manifestaron a través de la violencia, como sucedió en 1116 con el asesinato a manos del populacho sublevado del conde-obispo de Laón. Casi siempre los señores concedían a los ciudadanos privilegios en forma de usos y exenciones. Lo que a menudo esos ciudadanos reclamaban sin siempre obtenerlo era una forma de autogobierno llamada comuna. La historiografía tradicional ha forjado el mito de un movimiento comunal mientras que, salvo en Italia, los ciudadanos rara vez obtuvieron esta forma de cuasi-independencia. En cambio, los «usos» de Lorris, en 1155, sirvieron de modelo a numerosas ciudades del dominio real francés. El conde de Toulouse concedió «libertades» a sus habitantes en 1147, y la elección de cónsules a los nimeses en 1198; el arzobispo de Arlés aceptó un consulado y una constitución municipal para la ciudad en 1142 y 1155; en Inglaterra, Enrique I concedió usos a Newcastle-upon-Tyne entre 1100 y 1135; Enrique II concedió un privilegio real a Londres en 1155, y una Carta a Dublín en 1171-1172; en Italia, el emperador Federico Barbarroja, vencido por las ciudades de la Liga lombarda, tuvo que reconocerles libertades en la paz de Constanza en 1183. El

rey de Aragón concedió a los habitantes de Barcelona la exención de toda tasa sobre las mercancías en 1232.

Este gobierno de los ciudadanos por sí mismos dejó, entre otras, dos huellas profundas y de larga duración en las ciudades europeas. La primera es el recurso a los juristas, es decir, a hombres de leyes, la mayoría de los cuales carecía de una cultura jurídica importante, que no adquirirán hasta más tarde en las universidades, aunque sí recibieron una formación teórica y práctica en escuelas urbanas muy próximas a los problemas cotidianos de la gente de la ciudad. Es cierto que este movimiento engendraría una Europa de los pleitos y de la burocracia, pero trasladará a las costumbres las aplicaciones del gran movimiento jurídico que transformó profundamente el derecho en el ámbito de cristiandad durante los siglos XII y XIII con una combinación de renovación del derecho romano, de elaboración del derecho canónico (reservándose los importantes terrenos de la usura y el matrimonio) y de traslado por escrito de las costumbres feudales transmitidas por vía oral.

La segunda huella es la del «impuesto». En la Edad Media los cánones gravaban a hombres y mujeres de manera distinta. Estaban los cánones que afectaban exclusivamente a los campesinos. Eran imposiciones estrictamente feudales. Existían, aunque no aparecieron hasta apenas el siglo XIII, los impuestos recaudados por las monarquías que estaban constituyéndose en Estados modernos; y esos impuestos reales, que hoy llamaríamos estatales, muy pronto provocaron entre los habitantes de las ciudades feroces oposiciones que todavía perviven. Por último, la capa más importante de imposiciones fue la de cánones instituidos y recaudados por las ciudades entre los cuales los principales fueron las *tailles* [cortes]. Fue esencialmente en la ciudad donde se configuró una Europa del impuesto. Un impuesto que estaba destinado a financiar obras que nosotros llamaríamos de utilidad pública y que, efectivamente, en el siglo XII, remitían a las doctrinas escolásticas que defendían la búsqueda del bien común. Por

desgracia, este mundo del impuesto fue también muy pronto el de la desigualdad y la injusticia.

La época de la igualdad de los ciudadanos vinculados por un juramento entre iguales, lo que debía ser precisamente el juramento de comuna, suponiendo que haya existido, fue de breve duración. Las desigualdades más o menos acusadas pronto marcaron a la sociedad urbana más o menos autónoma. Se formó, por lo tanto, el grupo de lo que nosotros llamamos hoy los notables o las élites urbanas. Los miembros de dichas élites se distinguían cada vez más por su fortuna, constituida por bienes muebles e inmuebles, por dinero líquido o, a semejanza de las iglesias, estaba invertida en obras de metal precioso. La jerarquía urbana también se hacía eco de la antigüedad de la fama familiar. Aunque no se trataba de linajes señoriales, se constituyeron genealogías burguesas, y ciudadanos con pocos recursos, pero descendientes de un antepasado que hubiera dejado tras de sí nombre y reputación podían ser miembros de las élites. Por último, había algunos oficios, al margen incluso de los beneficios que pudieran reportar a quienes los practicaban, que les valían esta consideración. Junto con el dinero procedente de los negocios, el honor de una profesión podía derivar de un saber jurídico y de funciones que la ponían al servicio de la ciudad y de los burgueses. En este mundo de profesiones fundadas en una actividad artesanal o comercial o en la práctica jurídica, el antiguo sistema de valoración de los oficios evolucionó de manera significativa. El número de oficios considerados ilícitos, y por esta razón condenados por la Iglesia, disminuyó. Así sucedió con el oficio de posadero que, considerado vil desde la Antigüedad, fue rehabilitado. Finalmente, sólo la usura y la prostitución quedaron en la lista de condenados absolutamente: y también la usura, como veremos, se redujo rápidamente a prácticas limitadas y de importancia secundaria, como el préstamo al consumo que esencialmente era practicado por los judíos. E incluso la prostitución llegó a estar tolerada, cuando no estimulada.

La Iglesia admitía la prostitución como resultado del pecado original y de la debilidad de la carne humana. Además, el que Georges Duby llamó el «macho» de la Edad Media se sentía menos escandalizado que en otras sociedades por una práctica que iba en favor de los hombres y en detrimento de las mujeres. El piadoso y rigorista san Luis quiso erradicar la prostitución de su reino y en particular de su capital, París, en el siglo XIII. Su entorno, incluido el obispo de París, le hizo comprender que la suya sería no solamente una empresa vana sino contraria al orden social. La prostitución fue un modo de controlar los excesos en un mundo donde abundaban los solteros, clérigos o jóvenes privados de mujer. La Iglesia se esforzó, en cualquier caso, por humanizar y evangelizar el mundo de las prostitutas mayores o arrepentidas. A partir del siglo XII, casarse con una prostituta se consideró una obra meritoria. La Iglesia fundó la orden femenina de María Magdalena cuyos monasterios acogían a las prostitutas. En relación a la prostitución parece ser que los comportamientos difirieron entre Europa del norte y la Europa meridional. En las ciudades del norte, la tolerancia en relación a las «chiquillas» y a los chulos era grande. Pero en determinadas ciudades se les imponía que llevaran ropas especiales y se les prohibía usar el mismo tipo de cinturones y joyas que las mujeres burguesas. En la cristiandad meridional la tolerancia era aún mayor pues los propios municipios mantenían los lupanares y extraían beneficio de los alquileres, rentas y enmiendas. Con el desarrollo del artesanado, la multiplicación de «obreros» pobres se reflejó en un aumento de la prostitución. Algunos oficios, sin ser tachados de ilícitos, se consideraron sospechosos, en particular los servicios de baños turcos, las casas de baños, que respondían a las necesidades de los hombres de la Edad Media preocupados por la limpieza pero que empleaban a mujeres que, como hoy las masajistas en determinados países, eran también prostitutas. El movimiento de tolerancia, ligado a la evolución de las sociedades urbanas, llevó a algunos canónigos del siglo XIII a legitimar la prostitución en determinadas condiciones. Debía practicarse por

razones de pobreza y como medio de vida y no por placer. Las prostitutas muy jóvenes no debían utilizar un maquillaje excesivo para llevar a engaño. La prostitución se incluía progresivamente en la reglamentación habitual de los oficios. Así nació una Europa de la prostitución, un asunto polémico todavía hoy.

La jerarquía de los oficios urbanos

La desigualdad dentro de la sociedad urbana se manifestó sobre todo en el terreno de los oficios que aseguraron poco a poco el aspecto esencial del poder en la ciudad. En Italia, donde la organización profesional fue más fuerte, se estableció una separación importante entre las «artes mayores» y las «artes menores» (el latín *ars* designaba un oficio). En Florencia, donde el sistema estuvo más perfeccionado, se distinguen no solamente once artes mayores que agrupaban a los ricos comerciantes y a numerosas artes menores formadas por los artesanos, aunque la preeminencia estuvo reservada a las cinco primeras de las once artes mayores que incluían a los únicos hombres de negocios con un radio de acción internacional: las artes de Calimala, es decir, a los grandes importadores y exportadores del cambio de la lana, de Por Santa María, la seda, médicos abaceros y merceros reunidos en un solo «arte» que comerciaban con todos los productos llamados especias, cuyo número llegaba a 288 tipos diferentes según un manual de la época. Las élites urbanas formaron lo que, con un término bastante discutido, se ha llamado el «patriciado». Lo que es seguro es que los más ricos y poderosos entre esos notables dominaron las ciudades medievales, y eran los comerciantes. Conviene no olvidar, sin embargo, que en el origen de la fortuna de las ciudades medievales estuvo no sólo el comercio sino la industria. El fenómeno resulta particularmente nítido en otra región de Europa que fue junto con la Italia del norte y del centro el gran territorio de desarrollo urbano medieval, Flandes. Al plantear la cuestión: ¿«comerciante o tejedor»?, el historiador belga Charles Verlinden afirma: «La industria es la causa primera de la transformación demográfica que tiene por consecuencia el nacimiento y desarrollo de las ciudades flamencas. El comercio nació de la industria y no al contrario».

La industria es la fábrica de paños. Una Europa del textil engendró una Europa de los comerciantes. Pero antes de hablar de los comerciantes, hay que destacar una vez más la ciudad medieval que fue el agente esencial de la dinámica de Europa.

La ciudad europea, ¿Jerusalén o Babilonia?

En la Edad Media el imaginario, siempre en forma simbólica, tuvo un papel esencial, y sería en el interior del imaginario bíblico donde se libraría en el siglo XII la lucha en favor o en contra de la ciudad. Dos declaraciones ejemplares pueden resumirla. Cuando el mundo de los maestros y de los estudiantes a los que nos referiremos más adelante pobló en un número creciente París, san Bernardo, adalid de la cultura monástica en soledad, fue a París para clamar ante maestros y estudiantes desde la montaña Santa Genoveva: «Huid del ambiente de Babilonia, huid y salvad vuestras almas, volad juntos hacia las ciudades de refugio, a los monasterios». Algunas décadas más tarde, por el contrario, el abad Felipe de Harvengt escribía a un joven discípulo: «Movido por el amor a la ciencia, aquí estás en París y has encontrado esta Jerusalén que tantos desean». En el siglo XIII, la ciudad de Jerusalén expulsaba a la ciudad de Babilonia, aun cuando a finales de la Edad Media las taras urbanas reaparecerían.

¿Ciudad y democracia?

Entre esas taras, la desigualdad social es una de las más ostensibles. Al pueblo «pudiente», el de los comerciantes y miembros de las artes mayores, se opone el pueblo de los «humildes». Los «pudientes» constituyen los consejos que gobiernan la ciudad bajo la dirección de los cónsules, en la Europa meridional, y de los regidores en la Europa septentrional. Sin embargo, la ciudad medieval no solamente era un centro de desarrollo económico que, gracias a su artesanado, a sus mercados y a sus bancos de cambistas que se convertirían en banqueros, anima el impulso económico de Europa, sino que además desde el punto de vista social esboza un modelo de democracia, a pesar del incremento de los humildes, y sobre todo de los pobres, cuyo número no deja de crecer. Pero, como bien dijo Roberto López, comparando la ciudad medieval europea con distintos ejemplos de ciudad —con la ciudad bizantina, prolongación de la ciudad antigua, con la ciudad musulmana, que nunca supo encontrar una unidad frente a la *umma*, la comunidad de los fieles que desbordaba las ciudades, y frente a la ciudad china que carece de centro, de personalidad y autonomía—, la «experiencia urbana europea fue, en su conjunto, más intensa, más diversificada, más revolucionaria, y, atrevámonos a decirlo, más democrática que en ningún otro lugar». Esta ciudad europea fue la señal del progreso histórico en toda Europa. El nacimiento y desarrollo de las ciudades a partir de núcleos urbanos ligados bien al poder señorial (burgos), o bien a una actividad comercial primitiva (el modelo es el *grod* en Polonia y en los países eslavos) se extendieron por toda la cristiandad europea y fueron su marca y su motor. Es verdad para los países celtas, los países germánicos, los países escandinavos, los países húngaros y eslavos. Y el peso de esos territorios, paulatinamente integrados en Europa, dependió en gran medida del peso de las

ciudades. La urbanización fue menos potente, hubo menos grandes ciudades y fueron menos fuertes en dirección hacia el este y el norte de Europa, pero la urbanización como fenómeno de crecimiento y de poder fue un proceso generalizado. Y solamente Islandia y Frisia escaparon a este florecimiento urbano.

Definición de la ciudad y del ciudadano en la Europa medieval

Tomo prestado de dos historiadores franceses una definición de la ciudad europea medieval y del ciudadano medieval.

Según Jacques Rossiaud, «la ciudad medieval es en primer lugar una sociedad profusa, concentrada en un espacio reducido en mitad de vastas extensiones débilmente pobladas. Es a continuación un lugar de producción y de intercambios, donde conviven la artesanía y el comercio alimentados por una economía monetaria. Es también el centro de un sistema de valores particular de donde emerge la práctica laboriosa y creadora del trabajo, la afición al negocio y al dinero, la inclinación al lujo y el sentido de la belleza. Es además un sistema de organización de un espacio cerrado por murallas al que se entra a través de puertas y se camina por calles y plazas, y está erizado de torres. Pero es también un organismo social y político basado en la vecindad, donde los más ricos no se constituyen en jerarquía, sino que forman un grupo de iguales —sentados uno al lado del otro— para gobernar sobre una masa unánime y solidaria. Frente al tiempo tradicional, enmarcado y escandido por las campanadas regulares de la Iglesia, esta sociedad laica urbana conquistó un tiempo comunitario que las campanas laicas marcan en la irregularidad de sus llamamientos a la revuelta, a la defensa, a la ayuda».

Añadiré que, mejor que de urbanismo, yo prefiero hablar de una estética urbana medieval, de una construcción de la ciudad como obra de arte.

Esta imagen de la ciudad medieval está sin duda algo idealizada en lo que se refiere a la visión de una sociedad igualitaria. Ya hemos visto que se formaba una élite dominante que imparte justicia, sobre todo en el terreno de la fiscalidad y que aplasta a una masa, que

crece sin cesar, de pobres. Es la Europa de la miseria urbana. Pero es verdad que el modelo burgués es —en el ideal— igualitario y apunta en todo caso a una jerarquía horizontal y no vertical, en la sociedad rural y señorial. En este mundo solamente el mito de la Tabla Redonda hizo soñar a un grupo de iguales alrededor de una mesa que abolía las jerarquías, con la excepción de un jefe, el rey Arturo. Pero es un sueño de igualdad aristocrática. La igualdad burguesa es un principio violado en la realidad, aunque es el fundamento téorico de una igualdad que hacía juego con el único modelo medieval igualitario: la comunidad monástica en la que cada monje a capítulo tiene voto similar, materializado en un haba blanca o negra, por el sí o por el no.

De nuevo recurro a Jacques Rossiaud y a Maurice Lombard para trazar un retrato del ciudadano.

Si existe «un hombre medieval», uno de sus principales tipos es el ciudadano. «¿Qué tienen en común», se pregunta Rossiaud, «el mendigo y el burgués, el canónigo y la prostituta, siendo todos ellos ciudadanos? ¿Entre el habitante de Florencia y el de Montbrison? ¿Entre el neociudadano de las primeras etapas y su descendiente del siglo XV? Si sus condiciones son diferentes, como sus mentalidades, el canónigo se cruza a la fuerza con la prostituta, el mendigo y el burgués. Ni unos ni otros pueden ignorarse y se integran en un mismo pequeño universo de población densa que impone formas de sociabilidad desconocidas en los pueblos, una manera de vivir específica, el uso cotidiano de los dineros (la calderilla) y, a algunos, una obligatoria abertura al mundo».

En este comerciante-ciudadano medieval, Maurice Lombard ve también a «un hombre de la red que liga los diferentes centros entre sí, un hombre abierto al exterior receptivo a las influencias llegadas por las carreteras que conducen a su ciudad y que proceden de otras ciudades, un hombre que, gracias a esta abertura y a estas aportaciones continuas, crea o al menos desarrolla, enriquece sus funciones psicológicas y en cierto sentido adquiere por confrontación conciencia más nítida de su yo…».

El ciudadano es el beneficiario de una cultura comunitaria, forjada por la escuela, la plaza pública, la taberna, el teatro (primero renace en los monasterios y en las iglesias, luego a partir del siglo XIII en las plazas de las ciudades, como *El Juego de la Enramada* de Adam de la Halle representado en Arras en 1288) y la predicación.

La ciudad también contribuyó a la emancipación de la pareja y del individuo. La estructura familiar evoluciona en función de la evolución de la dote que, en el medio urbano, se constituye esencialmente con bienes muebles y dinero. La ciudad es una persona, formada por personas a las cuales moldea. La Europa urbana conserva aún algunos de sus rasgos fundamentales.

El éxito comercial. La Europa de los comerciantes

Este siglo de las ciudades, el siglo XIII, está también, por otro lado, estrechamente ligado al desarrollo urbano, el siglo del despertar y desarrollo comercial.

Comerciante italiano y comerciante hanseático

La recuperación y el desarrollo del gran comercio en los siglos XII y XIII se inscriben en lo que se llamó, no sin alguna exageración, una «revolución comercial». En la cristiandad reina una paz relativa. Detrás del episodio militar de las cruzadas, que no es más que una fachada épica fuera de Europa, se intensificó en el ámbito de la cristiandad un comercio pacífico. Se individualizan tres grandes focos donde la actividad comercial de Europa tiende a concentrarse. Siendo los dos polos del comercio internacional el Mediterráneo y el norte, será en el avance de la cristiandad hacia esos dos centros de atracción, musulmán al sur, eslavo-escandinavo al norte, donde se constituirán dos franjas de poderosas ciudades comerciales. En Italia y, en menor medida, en la Provenza y en España, y en la Alemania del norte. Ello explica la preeminencia de los dos comerciantes, el italiano y el hanseático. Pero entre estos dos dominios se estableció una zona de contactos cuya originalidad consiste en que a su función de intercambios entre ambas áreas comerciales añade muy pronto una función productiva industrial. Es la Europa del noroeste: Inglaterra del sureste, Normandía, Flandes, Champaña, la región del Mosa y bajo-renana. Es el gran centro de la fabricación de paños, la única región de la Europa medieval, junto con la Italia del norte y del centro, sobre la que cabe hablar de industria.

El comerciante europeo itinerante

El comerciante europeo medieval es en primer lugar un comerciante itinerante, obstaculizado por el mal estado de las carreteras, los defectuosos medios de transporte de mercancías, la inseguridad y, tal vez por encima de todo ello, por las tasas, los derechos y peajes de todo tipo, recaudados por un sinnúmero de señores, ciudades, comunidades, al paso de un puente, de un vado o por el simple tránsito sobre sus tierras. El único progreso notable de este comercio terrestre en los siglos XII y XIII es la contracción de un gran número de puentes sobre los ríos. Una obra especialmente importante y audaz fue la construcción en 1237 del primer puente suspendido que abrió por el Gotardo la vía más corta entre Alemania e Italia. Sin embargo, las vías comerciales preferidas fueron las vías de agua, fluviales y marítimas. Las dos vías fluviales más importantes fueron las del Po y sus afluentes y la vía rodoniana prolongada hacia el Mosela y el Meusa. Por último, la red de los ríos flamencos quedó completada, a partir del siglo XII, gracias a toda una red artificial de canales o *vaarten*, y de esclusas o *overdraghes*, que es a la revolución comercial del siglo XIII lo que para la revolución industrial del siglo XVIII supuso la red de canales ingleses. El transporte medieval esencial fue el marítimo, a pesar del miedo a ese mundo de monstruos bíblicos y naufragios (san Pablo fue un gran náufrago), de ser un símbolo de peligro y de tribulaciones (se imagina y se representa la nave de la Iglesia azotada por las olas), el mar fue fuente de inspiración para los hombres de la Edad Media. En medio de estos miedos, en la Edad Media nace una Europa del mar. Los progresos en este terreno fueron lentos pero decisivos. Aumentó la capacidad de los navíos que en las flotas italianas y sobre todo venecianas alcanzan un arqueo de un millón de toneladas. Los progresos del siglo XIII se debieron a la difusión del

gobernalle de codeste, de la vela latina, de la brújula y de la cartografía. Pero este comercio siguió siendo lento; su principal mérito consistió en un coste infinitamente más bajo que el realizado por tierra.

Las ferias de Champaña

A finales del siglo XII y en el siglo XIII el gran acontecimiento comercial que manifestó los progresos de la revolución mercantil y el carácter europeo de esta revolución fue el desarrollo de las ferias de Champaña. Estas ferias se celebraban en Lagny, Bar-sur-Aube, Provins y Troyes, y se sucedían a lo largo de todo el año: entre enero y febrero, en Lagny; entre marzo y abril en Bar; en Provins, la feria de Mayo se celebraba entre mayo y junio; la feria de san Juan en Troyes, entre julio y agosto; y de nuevo en Provins, la feria de Saint Ayoul tenía lugar entre septiembre y noviembre. Y por último, nuevamente en Troyes, la feria de Saint-Remi entre noviembre y diciembre. De este modo existía un mercado casi permanente del mundo occidental en Champaña. Los comerciantes y los habitantes de las ciudades donde se celebraban las ferias gozaban de privilegios importantes y el éxito de esas ferias estaba íntimamente ligado al aumento del poder de los condes de Champaña y al liberalismo de su política. Salvoconductos, exenciones de tasas, *tonlieux*[5], banalidades[6], institución de una policía de ferias que controlaba la legalidad y buen proceder de las transacciones, que garantizaban estas operaciones comerciales y financieras. Muy a menudo, los funcionarios especiales y los guardas de ferias, quienes garantizaban dichas funciones públicas, eran comerciantes, y a partir de 1284 también los funcionarios reales. De las ferias de Champaña se ha podido decir que desempeñaron «el papel de un *clearing-house* embrionario», pues se había extendido la costumbre de pagar las deudas por compensación. Podemos observar con este ejemplo que la economía comercial sólo puede desarrollarse con la ayuda y bajo el control de poderes políticos. En los siglos XII y XIII, la actividad comercial se organizó alrededor de contratos y de asociaciones, aunque estas asociaciones generalmente sólo eran válidas para una

serie limitada de contratos y durante un período limitado. Hubo que esperar a finales de siglo para que aparecieran verdaderas casas comerciales.

Problemas monetarios

Este comercio internacional necesitaba de un instrumento monetario más poderoso y con mejor difusión que las numerosas monedas feudales. El besante bizantino desempeñó ese papel hasta el siglo XII, pero quedó obsoleto cuando el comercio europeo se desarrolló más. Occidente recuperó entonces la acuñación de oro que Carlomagno había abandonado. Aunque Francia acuña a partir de 1266 escudos de oro, son las grandes ciudades comerciales italianas las que se colocan a la cabeza del movimiento. A partir de 1252, Génova acuña regularmente los dinares de oro, y Florencia hace lo propio con sus florines. A partir de 1284. Venecia acuña sus ducados de oro. A pesar del prestigio y del amplio uso de florines y ducados, la variedad de monedas seguirá siendo uno de los principales cuellos de botella de la economía medieval. El sistema feudal se caracterizaba por la fragmentación, hecho que afectó a la circulación monetaria, y la ausencia, si no de una moneda única, al menos sí de un reducido número de monedas de uso internacional, lo que limitó la prosperidad de la Europa comercial medieval.

La Europa de los comerciantes

A medida que el comerciante itinerante fue ocupando el lugar del comerciante sedentario, recurrió en sus negocios a la mediación de un conjunto de contables, comisionarlos, representantes y empleados, a los que llamamos *factores*, que se establecieron en el extranjero, donde recibían y ejecutaban las órdenes de los patronos sedentarios. Con ello se diversificó la clase de los comerciantes. Podemos, tal y como ha hecho Raymond de Roover en referencia a Brujas, distinguir a unos prestamistas, a menudo llamados lombardos (es decir, italianos) o cahorsinos (Italia y la ciudad de Cahors son los lugares primitivos más famosos de préstamo internacional) que son prestamistas a comisión de un nivel superior a los prestamistas judíos al consumo, cambistas que efectuaban la operación financiera más frecuente en la Edad Media dada la variedad de monedas, por último, los cambistas que son comerciantes banqueros. Los cambistas han añadido a sus antiguas funciones la aceptación de depósitos y de reinversiones por préstamo. Ha nacido la Europa de la banca.

Como ya hemos visto, el mundo de los comerciantes es esencialmente el mundo urbano, si bien, aunque los comerciantes miembros de lo que se denomina, sobre todo en Italia, «pueblo», se dividen esencialmente en dos niveles de riqueza y de poder, esas realidades sociales no se confunden y son más importantes que las distinciones jurídicas. El derecho de burguesía, aunque comporta privilegios y se reduce a un pequeño número de personas, no tiene tanto peso en las realidades económica, social y política urbanas, como las diferencias de fortuna y de rango económico y político. Yves Renouard afirmó con razón: «Lo que la dominación política de los hombres de negocios estableció fue justamente un régimen de clase». La dominación de los comerciantes se manifiesta de múltiples maneras. Se aprovechan de la difusión del asalariado

entre los obreros artesanos y de la industria, y dominan el mercado de trabajo mediante la fijación de los salarios. También controlan el mercado de alojamiento, pues ellos son quienes asignan las obras y son además propietarios de inmuebles. Por último, conservan su poder y mantienen la desigualdad social a través de la desigualdad de lo que nosotros llamaríamos impuestos, siendo el principal la *taille*, fijada por los consejos, donde los comerciantes son la fuerza dominante. Un texto famoso de la segunda mitad del siglo XIII, el del jurista Beaumanoir, sobre las costumbres del Beauvaisis, expresa con elocuencia las raíces de esta Europa urbana de la desigualdad: «muchas reclamaciones se elevan en las ciudades de comuna en relación a la *taille*, pues con frecuencia sucede que la gente rica que gobierna los negocios de la ciudad declaran menos de lo que deben, ellos y su familia, y hacen que otras personas ricas se beneficien de las mismas ventajas, y así todo el peso recae sobre el conjunto de la gente pobre». El fraude fiscal fue de tal calibre que no dejaron de estallar escándalos como el de Arras, donde un miembro de la célebre familia de banqueros Crespis «olvidó» declarar 20 000 libras de beneficios. La Europa del fraude fiscal ya se había puesto en marcha.

Justificación del dinero

Al principio, y todavía en el siglo XII, cualquier comerciante era en alguna medida un usurero y estaba así condenado por la Iglesia; pero cuando la usura quedó prácticamente confinada en manos de los judíos y el poder de los comerciantes aumentó, la Iglesia acabó por justificar los beneficios de los comerciantes y trazó una frontera bastante más tenue entre las ganancias lícitas y las ilícitas. Algunas justificaciones se vincularon con las técnicas propias del comercio. La Iglesia concedió la percepción de una indemnización a los comerciantes que sufrían un retraso o un perjuicio en relación a su actividad. La función comercial introdujo en la mentalidad y en la ética europeas las nociones de azar, de riesgo e incertidumbre. Posiblemente, como veremos algo más adelante, la legitimación del beneficio del comerciante se hizo al tener en cuenta que ese beneficio era el salario de un trabajo. Y en este sentido, la noción de bien común y de utilidad común que la escolástica y la prédica habían contribuido a difundir también se aplicó a los comerciantes. Así, en el siglo XIII, el canónigo Burchard de Estrasburgo declaró: «Los comerciantes trabajan en beneficio de todos y sus obras son de utilidad pública al traer y llevarse las mercancías a las ferias».

Desde principios del siglo XIII, en su manual de confesión, el inglés Thomas de Cobham afirmaba: «Muchos países sufrirían una gran indigencia si los comerciantes no llevasen lo que sobra en un lugar a otro donde esas mismas cosas faltan. De este modo, pueden con razón percibir el precio de su trabajo. En consecuencia, el gran comercio internacional es desde ahora una necesidad querida por Dios, entra en el plan de la Providencia».

El prestigio y el poder crecientes de los comerciantes llevaron a grandes cambios en las mentalidades europeas. Como dijo Michel Mollat, el dinero se convirtió, a través del comerciante, en «el

fundamento de una sociedad». Sin embargo, el comerciante no se opuso sistemáticamente a los valores señoriales sino que buscó, viviendo a la manera de los nobles, hacerse pasar él mismo por noble, lo cual consiguió en más de una ocasión. También, con la adquisición de tierras y la obtención de los ingresos que le reportaban la explotación de las tierras y los campesinos, pudo adquirir esa base fundamental de poder en la Edad Media que era la tierra.

La evolución de las prácticas religiosas, de la que volveremos a hablar, proporcionó a los comerciantes otras justificaciones. Practicaron generosamente lo que la Iglesia llamó las obras de misericordia y en particular la limosna. La construcción de los primeros hospitales urbanos, como el de Santa María de la Scala en Siena, fue en gran medida obra suya. Por otra parte, con la introducción de una devoción a las almas del purgatorio y al instituir la creencia en esta antecámara del paraíso donde se purgaban los pecados que la confesión no había lavado, pudo esperar la salvación que la Iglesia negó a todos los usureros hasta el siglo XIII. Un texto del cisterciense alemán Cesario de Heisterban cuenta la historia de un usurero de Lieja al que la devoción de su viuda llevó hasta el purgatorio y luego al paraíso.

Particularmente interesante es el mecenazgo que la mayoría de los comerciantes practicaba a partir del siglo XIII. La construcción de iglesias y, sobre todo, la remuneración de artistas para adornarlas (en torno a 1300, el primer artista «moderno», Giotto, fue pródigamente remunerado por grandes burgueses florentinos comanditarios), fue una muestra de devoción con respecto a la ciudad donde se habían instalado. Ellos fueron también, al parecer, mayoritariamente entre los hombres de la Edad Media, a quienes alcanzó antes y de forma más intensa, el sentido de la belleza. Ahí se produjo la inesperada alianza del dinero y la belleza.

Por último, la evolución de las técnicas comerciales y, en particular, el papel cada vez mayor de las «escrituras» en el oficio de los comerciantes banqueros, favoreció entre éstos, el desarrollo

de lo que se llamó una cultura intelectual del comerciante. Esta demanda cultural condujo a la creación de escuelas secundarias urbanas como las que se vieron en Gante ya en 1179. Supuso un impulso de la laicización de la cultura a través de la promoción y la difusión de la escritura, del cálculo, de la geografía y de las lenguas vivas. Un genovés aconsejaba al comerciante del siglo XIII: «Siempre debes acordarte de poner por escrito todo lo que haces. Escríbelo enseguida antes de que se haya ido de tu mente». Y un florentino dirá en el siglo siguiente: «No debemos ser perezosos en escribir». En el terreno del cálculo, existe una obra ejemplar: el *Tratado del ábaco (Liber abacci),* publicado en 1202 por Leonardo Fibonnacci, un pisano cuyo padre era oficial de aduanas de la República de Venecia en Bujía (Bougie, en África del norte). Sería en el mundo cristiano-musulmán del comercio en Bujía, en Egipto, en Siria, en Sicilia, adonde viajó por negocios, donde pudo iniciarse en las matemáticas que los árabes habían tomado de los hindúes. Fibonnacci introdujo el uso de las cifras árabes y del cero, una innovación capital de la numeración por posición, además de operaciones con fracciones y el cálculo proporcional.

A finales del siglo XIII, los comerciantes obtuvieron dos bienes fundamentales que hasta entonces se excluían recíprocamente. Un bien material y uno espiritual. Antes ganaban dinero, pero al hacerlo se condenaban, como vimos en la escultura románica en el detalle de la bolsa que el comerciante llevaba al cuello y que le arrastraba haciéndole caer en el infierno. A partir de ahora, podía guardar su dinero, y después de haber estado hundido en un purgatorio más o menos largo, subir al paraíso. Había conciliado «la bolsa y la vida».

Italianos y hanseáticos

En el siglo XIII, dos pueblos dominan el mundo de los comerciantes. Los italianos al sur, en el área mediterránea, los alemanes al norte, desde las Islas Británicas y Flandes hasta el mar Báltico. Mientras los italianos son impresionantes por su presencia en el mundo bizantino y sobre las franjas del mundo musulmán, así como por su actividad creciente en Flandes, no hay duda que la expansión comercial más impresionante es la de los comerciantes hanseáticos. Ellos son los herederos de los comerciantes de la Alta Edad Media, frisones, luego flamencos, pero con mayor dinamismo y mayor cantidad de mercancías. Tiel, en el delta del Rin, cedió en el siglo XII su lugar a Utrecht, frecuentado además de por los flamencos y los frisones, por los renanos, los sajones, los daneses y los noruegos. Brujas se había convertido en el centro comercial más importante de los Países Bajos. Los comerciantes importaban y reexportaban el vino del Rin, gran competidor del vino francés en Europa, artículos metálicos, piedras preciosas, ropas de lujo hasta Constantinopla, armaduras de Mayence. El desarrollo más espectacular fue el de los comerciantes en Colonia, que traficaban tanto hacia las Islas Británicas, al oeste, como hacia Dinamarca, al este. Su éxito fue especialmente importante en Inglaterra, donde obtuvieron, como muy tarde en 1130, el derecho a residir en Londres y en la capital británica adquirieron una casa sobre el Támesis, puente arriba del de Londres, la Gildhall, que convirtieron en su centro de negocios. En 1157, el rey Enrique II concedió protección especial a los colonienses. Al noreste, el comercio en el Báltico estaba en manos de los marinos campesinos de Gotland, donde hicieron la fortuna de Novgorod en Rusia. Algunos comerciantes rusos destacaron también en el Báltico y en Dinamarca, donde coincidían además con prusianos y estonios o alemanes. El paisaje comercial cambió con el desarrollo de las

ciudades. El nacimiento y desarrollo de la Hansa Germánica estaban estrechamente ligados al movimiento urbano.

Philippe Dollinger ha explicado perfectamente el proceso que condujo a la consolidación, bajo el impulso de los comerciantes, de las ciudades hanseáticas en el siglo XIII. Aquí tenemos el esquema general: «Crecimiento de la población de ciertas aglomeraciones favorablemente situadas, por la emigración de artesanos rurales y por el establecimiento permanente de comerciantes; reunión, dentro de un mismo recinto fortificado, de un barrio comercial —llamado *wiek* en Alemania del norte— y de un centro administrativo, eclesiástico o laico, más antiguo; formación de un derecho uniforme y particular en la ciudad, atento a las cuestiones de raíces y comerciales; creación de la comunidad de burgueses a menudo bajo juramento; influencia preponderante de los comerciantes en esta comunidad, a veces agrupados en una guilda; monopolio de la dirección de la ciudad (*cité*) por las familias más ricas; autonomía creciente de la ciudad con respecto al señor del lugar; y, por último, desarrollo de los órganos administrativos en manos de los burgueses». El Consejo (*Raí*) se convirtió a finales del siglo XII en la asamblea dirigente de la ciudad ahora constituida. Dentro de este proceso hay que subrayar la importancia de la formación de un derecho urbano cuyas estipulaciones fueron redactadas en lo esencial a partir del siglo XIII. Entre los modelos jurídicos con mayor influencia hay que notar el derecho de Dortmund, que siguió siendo la «corte superior» para las apelaciones y jurisprudencia de las ciudades westfalienses, el derecho de Goslar, en Sajonia, y sobre todo el derecho de Madburgo, que se convirtió en la Europa del Este, incluido en Polonia y en los países eslavos, en el «derecho alemán».

El gran acontecimiento fue la fundación en 1159 por el conde de Holstein, Adolfo II de Schauenbourg, vasallo del duque de Sajonia Enrique el León, de la ciudad de Lubeck, cuya construcción y gobierno confió a un «consorcio de empresarios» (Fritz Rörig). Lubeck se convertiría en la cabeza del imperio urbano y comercial

llamado la Hansa. Hasta mediados del siglo XIII, los comerciantes alemanes de Lubeck compitieron por la prosperidad de los comerciantes de Gotlandia, donde se establecieron en gran número. La expansión de Visby, ciudad dominante de Gotland, fue fulgurante y efímera. A mediados del siglo XIII, Visby fue cercada por un muro de piedra de una longitud de 11 200 pies, que encerraban un espacio al menos igual al de Lubeck. Las ruinas de dieciocho iglesias medievales, la mayor de las cuales, Sainte-Marie-des-Allemands, construida entre 1190 y 1225, era la iglesia parroquial de la comunidad alemana, dan fe todavía hoy de esta Europa nórdica del comercio que tuvo en Visby por breve tiempo su capital. Lubeck sustituyó y superó a Visby en este papel. Gracias a la construcción de un gran número de barcos comerciales capaces de rivalizar con las galeras italianas, las *kogge* de tonelaje superior, dominó una poderosa red marítima y comercial que se apoyaba en nuevas ciudades como Rostock, Stralsund, Stettin sobre el Oder, una ciudad eslava agrandada por los barrios alemanes, Dantzig (Gdansk) en el Vístula, Elbing en Prusia (hoy Elblong, en Polonia), en cuyo sello de principios del siglo XIII aparece la imagen más antigua del gobernalle de codeste. Coordinó sus actividades con el esfuerzo de conversión y de conquista de una nueva orden militar alemana, los caballeros teutones, activos en Prusia.

Los lubeckenses y, de manera más general, los comerciantes alemanes del norte favorecerían la fundación en Suecia de Kalmar y sobre todo, hacia 1250, de Estocolmo, y de Bergen en Noruega. La expansión comercial de los lubeckenses y de los hanseáticos se dirigió también hacia el oeste. En Inglaterra, los lubeckenses y otros comerciantes del este empezaron a frecuentar los puertos ingleses: Yarmouth, Lynn, Hull, Boston, y por último Londres. El rey de Inglaterra Enrique III reconoció, en 1266, a los comerciantes de Hamburgo y en 1267 a los de Lubeck, el derecho a formar una asociación o *hansa*, según el modelo de la hansa de los colonienses. Fue entonces cuando apareció por primera vez el término de hansa.

Los comerciantes alemanes obtuvieron también una serie de privilegios de la condesa de Flandes, en 1252 y 1253. El desarrollo del comercio hanseático iba a experimentar un progreso constante hasta 1356, fecha de la primera dieta general y de la formación definitiva de la hansa de las ciudades.

En paralelo a la expansión hanseática se afirmaba la prosperidad de Brujas «que se estaba convirtiendo en el mercado mundial de Occidente» (Philippe Dollinger). Brujas acogía a comerciantes de todas las nacionalidades: ingleses, escoceses, irlandeses que traían la lana para la industria pañera, holandeses y frisones que vendían su ganado; mientras los comerciantes de la costa franco-inglesa del Atlántico, de La Rochelle a Bayona, su vino. Los españoles y portugueses traían también la lana y los frutos del sur.

Prescindiendo más o menos de las ferias de Champaña, los italianos se instalaban en Brujas, que se convirtió en la principal plaza financiera de la Europa septentrional. A partir de finales del siglo XIII, las galeras genovesas y luego venecianas transportaban con regularidad en convoyes sus cargamentos de especias por el Zwin. Desde Italia hasta Flandes y el Báltico, se constituía a través del comercio marítimo una economía-mundo europea.

El éxito escolar y universitario

El siglo XIII europeo de las ciudades y del comercio fue también, y siempre dentro del marco urbano, el siglo de la Europa escolar y universitaria. Ya hemos visto que, favorecidos por los burgueses, las escuelas urbanas se habían multiplicado a partir del siglo XII. Si esta Europa de las escuelas «primarias y secundarías» aportó una base esencial a la enseñanza en Europa, la creación más espectacular y que además inauguró una tradición que aún sigue viva fue la de las escuelas «superiores», llamadas universidades. A finales del siglo XII, estas escuelas recibieron el nombre de *studium generale*, escuela general, denominación que indicaba a la vez un estatuto superior y una enseñanza de tipo enciclopédico. Las escuelas, al situarse en el ambiente del gran movimiento de organización de los oficios en las ciudades, se constituyeron en corporación como los demás oficios y adoptaron el término de universidad, que significaba corporación, y que apareció por primera vez en 1221 en París para designar a la comunidad de los maestros y de los estudiantes parisinos (*universitas magistrorum et scolarium*).

Observemos acto seguido una distinción que la historia no retuvo. Las corporaciones universitarias de la Edad Media se instituyeron según dos modelos. En el modelo parisino, maestros y estudiantes formaban una sola y misma comunidad. En el modelo boloñés, solamente los estudiantes formaban jurídicamente la *universitas*. El modelo parisino es el único que llegó hasta nosotros. La emergencia del maestro universitario en la Europa del siglo XIII es paralela a la del comerciante. El comerciante, primero acusado de vender el tiempo que sólo pertenece a Dios (el beneficio del interés corresponde al comerciante aunque esté durmiendo), luego justificado en el siglo XIII por su trabajo y por su utilidad, forma una

especie de pareja con el maestro universitario, acusado a su vez en el siglo XII de vender un bien que sólo pertenece a Dios, la ciencia, y que también terminaría siendo justificado por el trabajo que efectúa al enseñar a los estudiantes que podían así pagarle sus lecciones. Una Europa del trabajo intelectual nacía junto a la Europa del trabajo comercial.

El maestro universitario acumulaba un trabajo de reflexión y de escritura que nosotros llamaríamos hoy de investigación, y un trabajo de enseñanza. En muchos casos, su reputación, sus intervenciones en debates sociales y políticos (por ejemplo, la mendicidad entre los religiosos, los poderes reales, la fiscalidad pontificia), añadían a su función un papel que, desde el siglo XIX, les fue en general reconocido a los intelectuales. Ésa es la razón por la cual he llamado a esos universitarios «los intelectuales de la Edad Media».

Esos universitarios estaban dirigidos por rectores elegidos por los maestros y vigilados por el canciller, en general designado por el obispo del lugar, y cuya importancia se desvaneció conforme los universitarios adquirían progresivamente una autonomía casi completa. Los universitarios escaparon también casi siempre de las injerencias y esfuerzos de dominación de los poderes temporales, ya se tratase de las ciudades o de las monarquías. En cambio, las universidades, por ser instituciones de Iglesia, tuvieron que aceptar las intervenciones pontificias, aunque éstas fueron en general lejanas y ligeras. En algunos casos, el obispo del lugar utilizó su poder teórico para intervenir con cierta brutalidad en los asuntos de la universidad e imponer en ella una especie de censura. El caso más espectacular fue la condena, en 1270, y luego en 1277, por el obispo de París Étienne Tempier, de unas proposiciones obtenidas de las enseñanzas de algunos maestros parisinos, incluido Tomás de Aquino. Esas condenas apuntaban sobre todo a los préstamos, verdaderos o supuestos, tomados por maestros parisinos de las ideas de un comentarista árabe de Aristóteles, Averroes, quien enseñaba lo que se llamó la teoría de la doble verdad, según la cual,

al lado de la verdad dogmática —en el caso de los cristianos, de la Biblia y de la enseñanza de la Iglesia—, estaba considerada como legítima una verdad según la razón que podía enseñarse aun cuando fuese contraria a la verdad de la Iglesia.

Aristóteles había sido en cierto modo la mayor personalidad de las universidades del siglo XIII y sobre todo de la universidad parisina. Mientras sus obras sobre lógica habían sido traducidas desde hacía mucho tiempo al latín no fue, en cambio, sino hasta el siglo XIII cuando se pudo descubrir en alguna traducción latina su metafísica, su ética y su política. Primero prohibida su enseñanza en las universidades, esas obras que suscitaban una viva curiosidad y el deseo entre los estudiantes, pudieron leerse por fin en las universidades. Podemos decir incluso que hubo una moda de aristotelismo latino medieval y que, hacia 1260-1270, impregnó casi toda la enseñanza universitaria. Un maestro que también estuvo de moda fue el ya citado dominico Tomás de Aquino, uno de los grandes introductores de Aristóteles en el ámbito universitario. Pero después de 1270 el aristotelismo retrocedió, tanto a resultas de las condenas de tradicionalistas como Étienne Tempier como, al contrario, bajo los ataques de maestros «modernos» que oponían ideas más místicas y menos racionalistas, como fue el caso de los franciscanos Juan Duns Escoto (1266-1308) y Guillermo de Ockham (c. 1350), y del dominico Maestro Eckart (c. 1260-1328). El intelectualismo de Aristóteles se consideró a partir de entonces como un obstáculo a una ciencia que se hacía experimental y abierta a la libre discusión.

Las universidades se constituyeron según las disciplinas en facultades. Había cuatro facultades, y todas las universidades contaron con esas cuatro, aunque no siempre fue así y a menudo una facultad superaba en importancia a las otras, aun cuando éstas no dejaban por ello de existir. Así, Bolonia fue primero una universidad de derecho, París una universidad de teología y Montpellier una universidad de medicina. Había una jerarquía por el lugar en el *curriculum* y por la dignidad, entre una facultad de base

propedéutica, la facultad de las artes donde se enseñaban las artes del *trivium* (gramática, retórica, y sobre todo dialéctica), y las artes del *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música). Esta facultad a menudo recibía un nombre según las disciplinas que en la actualidad llamaríamos científicas. Desde el punto de vista social, fue por lo demás la facultad poblada por los estudiantes más jóvenes, los más turbulentos, los menos adinerados y de los cuales tan sólo una minoría proseguía sus estudios en una facultad superior. Por encima de la facultad de artes, dos especializaciones estaban en condiciones de atraer a los estudiantes, ya fuera la facultad de derecho donde se enseñaban ambos derechos, el civil y el canónico, o la facultad de medicina, que confería un talante más libresco y teórico que experimental y práctico a la medicina. Por último, por encima se imponía, coronándolas, la facultad suprema, la de teología.

La primera universidad fue la de Bolonia, aunque ésta no recibió sus estatutos del papa hasta 1252; no obstante, desde 1154 el emperador Federico Barbarroja había concedido privilegios a los maestros y estudiantes de Bolonia. Del mismo modo, los maestros y estudiantes de París recibieron privilegios del papa Celestino III en 1174, y del rey de Francia Felipe Augusto en 1200. Pero la universidad no recibió su estatuto del legado pontificio Robert de Courson hasta el año 1215, y de una bula muy importante del papa Gregorio IX en 1231 (*Parens scientiarum*) que contiene un famoso elogio de la institución universitaria y de la teología: esa misma teología que en la universidad se había convertido, según las palabras del Padre Chenu, en una «ciencia». Las universidades de Oxford, Cambridge y Montpellier fueron fundadas en los primeros años del siglo XIII. Nápoles fue fundada por el emperador Federico II en 1224. Lisboa lo fue en 1288, y el *Studium* de la curia pontificia desempeñó el papel de una verdadera universidad donde, como ha demostrado Agostino Paravicini Bagliani, la óptica y las ciencias tuvieron gran relevancia. La historia de las etapas de fundación de la Universidad de Salamanca es muy ilustrativa. Fundada como

establecimiento real por el rey Alfonso IX de León, en 1218-1219, se convirtió en un establecimiento superior por la *carta magna* de Alfonso X el Sabio, rey de Castilla en 1254, y el papa Alejandro III le confirió la *licentia ubique docendi* en 1255. El historiador de esta universidad, Antonio García y García, ha descrito muy bien los privilegios ejemplares concedidos por Alfonso X a Salamanca en 1254: «Por la *carta magna* se creaba una cátedra de derecho civil, tres de derecho canónico (una de decreto y dos de decretales), dos de lógica, dos de gramática, dos de física (medicina), un puesto de bibliotecario para proporcionar los libros necesarios a los maestros y estudiantes, uno de maestro de órgano y uno de apotecario. El número de cátedras aumentó con el tiempo. El salario de los profesores procedía esencialmente de un tercio de los diezmos de la diócesis de Salamanca. Profesores y estudiantes aprovechaban ampliamente de los beneficios eclesiásticos». El caso de la Universidad de Toulouse es especial, pues fue impuesta por el papado en su lucha contra el catarismo como una fundación instituida por el tratado de París que en 1299 puso fin a la cruzada de los albigenses. Su reclutamiento fue objeto de una gran publicidad y del envío a toda la cristiandad de un texto redactado por el maestro inglés de la Universidad de París, Juan de Garlandia, loando el clima tolosino y los atractivos de la ciudad, lo que incluía el de las tolosinas. La universidad fue muy mal recibida por la gente del sur, que la consideró un instrumento de dominación creado por los hombres del norte. La enseñanza de teología no cuajó y no fue hasta la segunda mitad del siglo XIII cuando la universidad tolosina se desarrolló especialmente en el ámbito del derecho. Entre las novedades de larga duración, legadas en siglo XIII a Europa por las nuevas universidades, subrayemos el recurso a la huelga, la más larga y célebre de las cuales fue la de los maestros y estudiantes parisinos, de 1229 a 1231, como respuesta a la hostilidad del obispo y de la reina Blanca de Castilla (el joven Luis IX manifestó al parecer, por vez primera, su resistencia a su madre apoyando a la universidad que arrancó al papa la bula *parens scientiarum*). La otra

innovación fue la inclusión en el calendario de los cursos que se tradujeron en un programa de un mes de vacaciones en verano. Las vacaciones se insinuaban en Europa bajo un aspecto casi litúrgico.

En la cristiandad del siglo XIII, habituada sin embargo por la Iglesia al internacionalismo, las universidades llamaban la atención por convertir a maestros y estudiantes en itinerantes que iban en busca del saber al extranjero y pasaban de buen grado de un país a otro siguiendo la moda o la reputación de una universidad o de un maestro. Los maestros parisinos más famosos del siglo XIII fueron los dominicos, el alemán Alberto el Grande, el italiano Tomás de Aquino, y el franciscano italiano Buenaventura.

Lo que constituyó el éxito de las universidades de la Edad Media y posteriormente, fue su derecho a conferir grados válidos en el conjunto de la cristiandad. Ésa fue una de las nuevas bases de la futura Europa. Los estudiantes, si poseían los recursos y las capacidades, obtenían una serie de diplomas; el más reputado de ellos era la maestría en teología adquirida al cabo de once años de estudio. El primer estadio era el *baccalaureat*, una especie de iniciación comparable a la que el joven noble, el bachiller, adquiría al entrar en la caballería. Seguía el diploma esencial, el *licentia ubique docendi*, es decir, el permiso de enseñar en todas partes, una licencia que se ha convertido en nuestra «licenciatura». Solamente el papa podía conferir a las universidades el derecho a conceder este título y el privilegio que se desprendía del mismo. El tercero y último grado superior era el doctorado que convertía a sus beneficiarios en «maestros». Así nació la Europa de los profesores. A la maestría universitaria podían acceder por igual nobles y no nobles. Se conocían maestros universitarios hijos de campesinos. Roberto de Sorbon, famoso en su época, el siglo XIII, que fuera el fundador, gracias a la generosidad de su amigo el rey de Francia San Luis, del más célebre colegio parisino, la Sorbona, era de origen muy modesto, y su compadre, el sir de Joinville, no dejaba pasar ocasión de recordárselo. Sin embargo, la formación universitaria era cara, especialmente porque los estudiantes debían

hacer frente durante largos años a sus gastos en una ciudad donde los precios de las habitaciones y de la comida iban continuamente en aumento. Los estudiantes que podían frecuentar durante más de un año o dos las universidades eran una minoría.

Para permitir a los estudiantes dotados y laboriosos superar el obstáculo de su origen social, un cierto número de benefactores fundaron o subvencionaron casas para albergar y alimentar de modo gratuito a lo que nosotros llamaríamos becarios: eran los colegios. Los más famosos se encontraban en París; después de la Sorbona, estaba el colegio de Harcourt y el de Navarra, fundados al iniciarse el siglo XIV. Los colegios albergaban a menudo a estudiantes de la misma procedencia geográfica o especializados en la misma disciplina. Así, en el siglo XIII, el colegio de Sorbon acogió a estudiantes pobres de teología, y en Oxford, por ejemplo, el colegio de Merton estuvo dedicado sobre todo a los estudiantes de matemáticas. Las universidades, y especialmente los colegios, formaron de este modo, a partir del siglo XIII, una clase similar a los enarcas, que pronto acapararon los cargos principales de poder dentro de la Iglesia y en la autoridad laica. Como muchos de ellos estaban especialmente formados en derecho, a finales del siglo XIII constituyeron, como sucedió en Francia durante el reinado de Felipe IV el Hermoso, un gobierno de *legistas*. Una Europa de mandarines cristianos apuntaba por el horizonte.

La civilización del libro

Prolongando el renacimiento del siglo XII, el siglo XIII supuso un impulso decisivo para el libro. Éste conoció una primera fase de desarrollo entre los siglos IV y VII cuando al «volumen» de la Antigüedad, ese rollo de consulta relativamente incómodo, le sucedió el «codex», con el que se introducía la revolución de la «página» en un manuscrito tanto más fácil de consultar cuanto que, aparte de los libros litúrgicos, sus dimensiones solían ser modestas, por lo que era fácil de transportar. La difusión del libro «codex» se vio frenada por dos condiciones. La primera fue de orden socio-intelectual. El número de hombres capaces de leer estaba restringido a los monjes formados en los conventos y que disponían de las únicas bibliotecas de la época, las de los *scriptoria* monásticas. La segunda condición no fue menos restrictiva. El libro «codex» manuscrito estaba hecho de pergamino. La cantidad de pieles de cordero, o con más frecuencia de oveja, necesarias para confeccionar un libro era muy elevada y, por consiguiente, los libros eran muy caros. La demanda de libros se incrementó con el número de escuelas urbanas y, sobre todo, de las universidades.

Ivan Illitch pudo escribir: «Hacia 1140, en la civilización del libro, la página monástica se cierra y se abre la página escolástica». El gran iniciador de este nuevo arte de la lectura fue el gran teólogo y sabio del convento suburbano de Saint-Victor en París, Hugo de San Víctor. En el siglo XIII, se hicieron realidad definitivamente las novedades materiales y técnicas que garantizaron el nuevo rostro y el nuevo uso del libro. Se mejoró la puntuación, se insertaron en el manuscrito títulos y rúbricas, se dividieron los libros por capítulos y se añadió un índice de materias clasificadas en orden alfabético. Más aún, fue un hecho revolucionario el abandono de la lectura en voz alta, salvo delante de auditorios escogidos, en favor de la lectura individual en silencio. Una Europa del individuo leyendo

acababa de nacer. Al margen del desarrollo de las escuelas y de las universidades, la aparición de nuevos cuerpos de oficios especializados en la práctica de la escritura como los juristas, el progreso de la alfabetización entre los nobles, los comerciantes y los artesanos, multiplicó las prácticas del libro. Como dijo Daniel Baloup, «el libro se convierte a la vez en herramienta de estudios profanos, de trabajo, de ocio y de devoción privada». Al mismo tiempo que la forma, los contenidos de los libros evolucionan y se diversifican. El libro se abre tanto más a los gustos e intereses de los lectores a medida que se abre a las lenguas vernáculas. La paginación de los libros universitarios de distingue por los márgenes importantes que permiten introducir comentarios. Se multiplican los oficios relacionados con el libro, y en particular en el marco de las universidades. Aparece el librero. Cada vez son más necesarios pergamineros, copistas y encuadernadores. El cuello de botella que supone el precio de los pergaminos desaparecerá lentamente con la lenta introducción del papel, que no se impondrá hasta el siglo XV, cuando llegue a costar trece veces más barato que el pergamino.

Otra novedad técnica relativa al libro que apareció y se desarrolló en el siglo XIII, fue la técnica de la *pecia*. La reproducción de los manuscritos antes de la imprenta era a todas luces un gran problema. A menudo había que mantener inmóvil el modelo durante varios meses antes de obtener una sola copia. A partir de finales del siglo XII en Bolonia, y sobre todo en el siglo XIII en París, se inventó ese sistema a partir de un nuevo tipo de modelo, el *exemplar*. Louis-Jacques Bataillon ha descrito como sigue la técnica de la *pecia*: «Se alquilaba al copista un ejemplar escrito sobre cuadernos numerados y formados por dos dobles hojas llamadas *pecie*. El escriba tomaba las “piezas” una tras otra, dejando los restantes cuadernos disponibles a otros escribas; de ese modo, varios copistas podían trabajar al mismo tiempo sobre el mismo texto, lo cual permitía poner rápidamente en funcionamiento un número mayor de copias de una misma obra». Por lo tanto, dos siglos antes de la imprenta hubo una Europa de los copistas. De todos modos, esta técnica,

muy utilizada en Bolonia, Padua, París, Montpellier, Nápoles y Aviñón, no lo fue en Inglaterra ni en los países germánicos y eslavos, y será abandonada en París después de 1350. Habrá que esperar a la segunda mitad del siglo XV para que se produzca una expansión de una Europa del Libro.

No obstante, en los siglos XII y XIII apareció una nueva era del libro con la multiplicación de nuevas categorías de lectores pues, además de maestros y estudiantes, se incorporaron a la lectura un número creciente de laicos. Los nuevos lectores eran en su mayoría laicos y por lo tanto podemos hablar de una laicización de la cristiandad a través de la evolución del libro. Es cierto que la religión y la devoción continuaban ocupando un lugar relevante en los manuscritos. Pero en el siglo XIII se veía, por ejemplo, el desarrollo de un tipo de devocionario dirigido especialmente a las mujeres y así el libro fue, junto con la escuela, uno de los instrumentos de promoción femenina. A esta categoría de obras pertenecen los llamados libros de horas. Es un salterio al que se añaden un oficio de la Virgen (lo cual explica la cantidad de lectoras), un calendario (signos del Zodíaco y las labores por meses), los salmos de la penitencia, las letanías y sufragios de los santos, y ligado a la devoción a los muertos y del purgatorio, un oficio de difuntos. Los libros de horas seguían siendo obras destinadas a los ricos y pudientes, pues sus brillantes ilustraciones los convertían en objetos especialmente caros, mientras que el «hermoso libro» adornado con miniaturas estaba en regresión. El libro universitario y el aumento de libros utilitarios hacía retroceder al libro como objeto de arte.

La producción enciclopédica

Otro tipo de libro gozó de un gran éxito en el siglo XII y en los albores del XIII, y contribuyó a que el saber evolucionara hacia conocimientos profanos y la cultura laica. Hablamos de las enciclopedias. Este desarrollo correspondía a la demanda de las nuevas categorías de lectores y al incremento de los conocimientos, una de las características del renacimiento del siglo XII. Las enciclopedias ofrecían todos los conocimientos relativos a la naturaleza y la sociedad.

Junto con la teología, las enciclopedias recogieron cada vez más los conocimientos laicizados que constituían la filosofía. Al lado de lo sobrenatural y de la metafísica, las enciclopedias proporcionaron un conjunto de conocimientos sobre la naturaleza y la física en sentido amplio.

Podemos considerar a Hugo de San Víctor como el punto de partida de esta nueva producción enciclopédica. En particular, en su *Didascalion*, Hugo mezcla ciencia de lo sagrado y ciencia de lo profano, sitúa en un primer nivel de saber las artes y la filosofía, en un segundo la hermenéutica, y mezcla historia sagrada e historia profana. La distinción se incluirá en las enciclopedias de finales del siglo XII y XIII. Ya en *De philosophia mundi*. Guillermo de Conches (c. 1090-1154) distingue claramente filosofía y física, entendidas como una ciencia de la naturaleza más amplia que la medicina.

Alejandro Neckam, en el *De Naturis rerum*, ofrece una enciclopedia decididamente aristotélica. Una de las enciclopedias más populares del siglo XIII es la de Bartolomé el Inglés, que combina a Isidoro de Sevilla y a Aristóteles (entre 1230 y 1240). El *Deproprietatibus rerum* fue traducido al italiano, francés, provenzal, inglés, español y flamenco. En 1372, el rey de Francia, Carlos V, hizo que su capellán lo tradujera al francés. Tomás de Cantimpré, en

el *Liber de natura rerum* (entre 1230 y 1240 también), realizó la síntesis de conocimientos de su tiempo en historia natural, que quiso convertir en la introducción a la teología, pero, ante las reticencias que suscitó su obra juzgada demasiado profana, consagró el final de su vida a la espiritualidad, sobre todo en el *Bonum universale de apibus (Del bien universal de las abejas)*, que transforma el libro IX *De natura rerum* en una vasta comparación de la sociedad humana con una gran colmena. La mayoría de estos enciclopedistas son miembros de las órdenes mendicantes de las que hablaremos más adelante. El tercer enciclopedista y el más famoso después de Bartolomé y Tomás es Vicente de Beauvais. Dominico, muerto en 1246, en 1230 su orden le encarga que reúna en un «Libro de libros» el saber necesario para la formación de los hermanos que no habían frecuentado las universidades. Vicente de Beauvais, quien había trabajado mucho en la abadía benedictina de Royaumont, explota —un gesto moderno— a todo un equipo alrededor de él que se dedica a recopilar los textos. Reivindica para sí la responsabilidad de ordenarlos y redacta por tanto un *Speculum majus* (Gran Especulo) en tres partes, *Speculum naturale, Speculum doctrinale, Speculum historiale*. Consiguió tan gran reputación por ello que se le atribuyó póstumamente un *Speculum morale* apócrifo.

De una calidad intelectual superior fueron las obras que ofrecían una visión enciclopédica fragmentaria en diversos tratados del dominico alemán Alberto el Grande (c. 1200-1280), del franciscano inglés Roger Bacon (c. 1214-c. 1292), y del catalán Ramon Llull (1232-1316), escritor laico, autor de textos teológicos, filosóficos, pedagógicos, jurídicos, políticos y físicos, además de poemas y novelas, que inició una enseñanza de lenguas antiguas y vivas en Mallorca, viajó extensamente por el Mediterráneo y la cristiandad, y fue un agente infatigable de la conversión de judíos y musulmanes. Como la mayoría de los grandes enciclopedistas, Llull afirmó que la fe y la razón estaban indisolublemente ligadas, y lo hizo con un extraordinario y muy original talento demostrativo.

La escolástica

La herencia más importante de la actividad intelectual del siglo XIII, en particular de la actividad universitaria, fue el conjunto de métodos y de obras clasificados con el nombre de escolástica, es decir, de producción intelectual ligada a la escuela a partir del siglo XIII, y más especialmente ligada a las universidades del siglo XIII. La escolástica surge del desarrollo de la dialéctica, una de las disciplinas del *trivium*, que es «el arte de argumentar a través de preguntas y respuestas en una situación de diálogo». El padre de la escolástica es Anselmo de Canterbury (*c*. 1033-1109), para quien la dialéctica era el método de base de la reflexión ideológica. El objetivo de la dialéctica es la inteligencia de la fe, una fórmula célebre desde la Edad Media: *fides quaerens intellectum*. Esta búsqueda implica que se recurra a la razón y Anselmo completó su doctrina con la idea de la compatibilidad entre libre arbitrio y la gracia. La escolástica puede considerarse como la formulación y la justificación de una concordia entre Dios y el hombre. Anselmo proporcionó asimismo a la escolástica un fundamento, el de las pruebas de la existencia de Dios según una actividad racional. La experimentación, en el siglo XII, de un nuevo método de reflexión y de enseñanza fue el prólogo al método propiamente escolástico de las universidades. Se trataba en primer lugar de construir un problema, de plantear una *quaestio*, y esta *quaestio* era discutida (la *disputado*) entre el maestro y los alumnos. Por último, el maestro ofrecía la solución del problema tras esta discusión, la *determinado*. En el siglo XIII, en el programa de las universidades, aparecieron dos veces al año dos ejercicios donde se manifestaba el brío intelectual de los maestros: las preguntas *quod libetiques*, cuando los estudiantes planteaban al maestro una pregunta sobre cualquier

problema a su elección. La fama de los maestros se construía con frecuencia a partir de su capacidad de responder a estas preguntas.

La enseñanza universitaria desembocó obligatoriamente en publicaciones, hecho que explica la gran importancia de las universidades en la difusión y promoción del libro. En el siglo XII, los principales tipos de publicaciones escolares eran los «florilegios», que no consisten en puras colecciones de citas de la Biblia, de los Padres de la Iglesia o de los antiguos maestros, sino que incluían acompañando a cada cita un comentario de un maestro contemporáneo, estructura que inicia la evolución del florilegio hacia la suma escolástica. Hubo un estadio intermedio esencial representado por otro tipo de libro: las colecciones de sentencias. Las «sentencias» consistían en la elaboración de textos fundamentales destinados a una discusión escolar. El principal elaborador de sentencias fue el obispo de París, el italiano Pedro el Lombardo, muerto en 1160. Su *Libro de sentencias*, probablemente compuesto entre 1155-1157, se convirtió en el siglo XIII en el manual de base de las facultades de teología de las universidades.

En el siglo XIII, las producciones escolásticas se expresaron sobre todo de dos formas: por una parte, con «comentarios»; con la *disputado*, el comentario se convertía en el aguijón esencial del desarrollo del saber en este siglo. Gracias al comentario pudo elaborarse un saber original producido por los maestros en función de preocupaciones contemporáneas, pero apoyándose en la tradición y haciéndola evolucionar. La Europa de los comentarios inauguraba la Europa del progreso intelectual, sin ruptura con la tradición. Alain de Libera ha podido decir así, que «la historia del comentario es una historia de la liberación progresiva del pensamiento filosófico en relación a los datos de la tradición». El otro producto de la escolástica del siglo XIII fueron las «sumas». El nombre de «suma» expresa el deseo de los intelectuales de este tiempo de ofrecer una síntesis documentada y argumentada de una filosofía que aún no se había separado de la teología. Es momento

de recordar que el padre Chenu hizo hincapié en la promoción de la teología como ciencia, precisamente en este siglo XIII.

Recordemos algunos de los más famosos y ejemplares escolásticos del siglo XIII. La primera gran suma universitaria fue obra del franciscano inglés Alejandro de Hales, en 1230. El dominico Alberto el Grande, el primer alemán que obtuvo el título de maestro en teología de la Universidad de París en 1248, amplió el saber al ampliar sus obras a los terrenos de las ciencias o de las artes no enseñadas en la universidad. Se nutrió por extenso de los filósofos árabes Al-Farabi, Avicena y Averroes. Al lado de su aspecto enciclopédico, la obra de Alberto el Grande supone también uno de los más profundos esfuerzos realizados por reflexionar sobre el equilibrio entre la filosofía y la teología. Alberto el Grande fue, además, el maestro de Tomás de Aquino en Colonia, de donde era originario.

Tomás de Aquino es el escolástico que ha ejercido mayor influencia en el pensamiento europeo hasta hoy. Este italiano, miembro de la pequeña nobleza, que residió varias veces en París como estudiante y luego como docente, pero también en Orvieto, en Roma y en Nápoles, fue un profesor de moda que atrajo y entusiasmó a los estudiantes, y un pensador sagaz que se granjeó la hostilidad de un buen número de colegas y algún que otro influyente. Tomás de Aquino es el modelo de intelectual europeo, seductor y discutido, que esclareció y perturbó a la vez los ambientes intelectuales y religiosos. Del conjunto de una obra inmensa me limitaré a recordar aquí solamente dos sumas, la *Suma contra los gentiles* (1259-1265) y la *Suma teológica*, su principal obra, que dejó inacabada al morir a los cincuenta años, en 1274. Aun afirmando la superioridad de la teología, Tomás, según la expresión de Étienne Gilson, manifestó una sorprendente «confianza en el poder de la razón». La «suma» propicia el encuentro de lo que se ha llamado una «teología de abajo», que expresa lo que la razón permite al hombre conocer acerca de Dios y del mundo, y una «teología de lo alto», que muestra la verdad divina

que desciende sobre el hombre más allá del intelecto por la vía de la revelación. Según Tomás, el hombre está determinado, como dice Ruedi Imbach, por tres relaciones: con la razón, con Dios, y con sus semejantes.

El hombre, según Tomás, es un hombre total, no es solamente una criatura de Dios, que es un animal racional, sino también «un animal social y político», que para manifestar su individualidad utiliza un don esencial de Dios, el lenguaje. De manera generalizada, los escolásticos concedieron una gran atención al lenguaje, y tienen por ello su lugar dentro de una historia europea de la lingüística.

Citaré aún a otro maestro escolástico, famoso y discutido, que merece figurar en la larga cadena de los intelectuales europeos desde la Edad Media hasta nuestros días. Se trata del franciscano inglés Roger Bacon (c. 1214-c. 1282), que publicó una triple suma, la *Opus majus*, la *Opus minus*, y la *Opus tertium*, compuestas a petición de su amigo y protector el papa Clemente IV (1265-1268). Enseñaba en la Universidad de Oxford. Filósofo y teólogo, agresivo y profético, se granjeó numerosos enemigos, entre los cuales se contaba Alberto el Grande, quien atacó con suma virulencia; Bacon concedió una especial importancia a una astronomía que es en realidad astrología e imaginó todo tipo de técnicas e inventos proféticos que le convierten en un Leonardo da Vinci del siglo XIII.

Para terminar, me gustaría destacar tres aportaciones esenciales de la escolástica a la actividad intelectual europea.

Abelardo, el más importante de los escolásticos del siglo XII, subrayó una lección fundamental recibida de Aristóteles: «La primera clave de la sabiduría es una continua interrogación. Aristóteles dijo que no resulta inútil dudar de todo, pues quien duda se ve obligado a buscar, quien busca captura la verdad». El mismo Abelardo dijo en su *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano*: «Sea cual sea el objeto de discusión, la demostración racional tiene más peso que el alarde de las autoridades». La duda de Abelardo, que será la duda de los escolásticos, adquiere así un lugar decisivo en las nuevas formas del espíritu crítico elaborado por los griegos, y

que define hasta nuestros días un espíritu crítico europeo que en el siglo XX Gramsci haría encamar en el intelectual crítico.

La segunda observación subraya que Alain de Libera pudo decir con razón que la escolástica condujo a una gran «liberación intelectual» y que, por tanto, instaló en la tradición intelectual europea la idea del saber como liberación.

Por último, a través de su deseo de poner orden en las ideas y de exponer el saber y la reflexión con la mayor claridad, la escolástica medieval si no creó, al menos reforzó la afición al orden y a la claridad que habitualmente se atribuye a Descartes, presentado muy a menudo como el agente de una revolución moderna del pensamiento europeo. Descartes tuvo predecesores, que no fueron otros que los maestros escolásticos, y él mismo es un brillante vástago de la escolástica medieval.

La Europa lingüística: latín y lenguas vernáculas

La enseñanza universitaria se impartía en latín. El latín se había mantenido como la lengua del saber, y esta preeminencia se vio fortalecida por el hecho que la liturgia cristiana se expresaba en latín; pero no solamente el latín había evolucionado en los últimos años del Imperio romano, entre los siglos I y IV, hasta el punto que los especialistas hablan de «bajo-latín», sino, en particular, con el declive de las escuelas, las masas laicas se habían puesto poco a poco a hablar lenguas que finalmente habían dejado de ser latín. Por ello, los historiadores se plantearon la cuestión de averiguar en qué momento se dejó de hablarlo para hablar las lenguas llamadas vernáculas. Por otra parte, los pueblos que se habían cristianizado y convertido en súbditos de la cristiandad hablaban otras lenguas, lo esencial estaba constituido por las lenguas germánicas, pues solamente los clérigos y las élites habían aprendido latín. Se considera que la lengua que los laicos hablaban en el siglo IX ya no era latín y a menudo se refiere el nacimiento de las lenguas vulgares a un texto famoso, los *Juramentos de Estrasburgo*, prestados en el año 841 por dos de los hijos del emperador Luis el Piadoso, uno en una lengua que se estaba conviniendo en francés, y el otro en una lengua que se estaba convirtiendo en alemán. La organización política de la Europa cristiana se hizo mediante la construcción de estructuras nacionales bajo las estructuras comunitarias. La Iglesia reconoció la legitimidad de estas lenguas. Los Padres de la Iglesia habían distinguido tres lenguas principales, el hebreo, el griego y el latín. Pero Agustín destacó que no existe una lengua superior a las otras y que ése era el sentido que encerraba Pentecostés, donde el Espíritu Santo concedió sin discriminación ni jerarquía el don de lenguas a los apóstoles. El retroceso del latín obligó a los jefes religiosos y políticos de la Alta Edad Media a tomar importantes

decisiones en el terreno lingüístico. El sínodo de Frankfurt, en 794, siguiendo a san Agustín, afirmó: «Que nadie crea que Dios debe ser adorado exclusivamente en las tres lenguas. A Dios se le adora en todas las lenguas y el hombre es atendido si pide cosas justas». Pero la decisión más importante fue la del concilio de Tours en el año 813, que invitó a los predicadores a pronunciar sus sermones en lengua vulgar: «Que cada uno se ocupe de traducir sus homilías claramente en lengua vulgar romana o germánica para que todos puedan comprender más fácilmente lo que en ellas se dice». Se ha visto en este texto «el acta de nacimiento de las lenguas nacionales». En el siglo XIII esas lenguas vernáculas habían evolucionado, aunque tal evolución prosiguió a lo largo de todo el final de la Edad Media. Lo más significativo de este proceso fue que las lenguas vernáculas eran no solamente lenguas habladas, sino también escritas. Y la escritura de esas lenguas había dado nacimiento a literaturas en lengua vulgar. Y a menudo se trataba de obras maestras como las canciones de gesta, los *roman courtois* y los *fabliaux*. ¿Cómo esta torre de Babel lingüística y literaria iba a poder integrarse en una Europa comunitaria? Además, el latín que hablaban los escolásticos no era ni el latín clásico ni el latín que aún se hablaba. El latín escolástico fue un latín artificial, aunque válido para todas las obras universitarias, para la teología, la filosofía y la expresión de las ideas aún durante varios siglos; ese latín se convirtió en uno de los fundamentos del pensamiento europeo. Pero era el pensamiento de una Europa elitista.

La evolución de las lenguas llamadas «vernáculas» (la palabra *verna* significaba esclavo en la Antigüedad; eran, por lo tanto, las lenguas habladas por individuos socialmente e intelectualmente inferiores) fue lenta. Una etapa capital correspondió a la escritura de esas lenguas, en particular para las obras jurídicas y el desarrollo de una literatura en lengua vulgar. Los siglos XII y XIII volvían a ser esenciales en este punto. Por último, la promoción de esas lenguas estaba ligada al desarrollo del Estado, y esta etapa se realizó entre

el siglo XII y el XVI con un momento especialmente importante en el siglo XIII.

Después del año 1000, las lenguas vernáculas formaban, según sus orígenes, un pequeño número de conjuntos lingüísticos. En primer lugar conviene distinguir las lenguas derivadas del latín y que permanecieron relativamente próximas a él, las llamadas lenguas «románicas». El francés, las lenguas ibéricas y el italiano son las más importantes.

El francés emergió como una aleación de latín y de una lengua germánica, el franco. Una cierta unificación de los dialectos hablados en la Galia condujo a la emergencia de dos lenguas, la lengua de Oc, en la Francia meridional, y la lengua de Oïl, en la Francia septentrional. En el ámbito de la lengua de Oïl se impuso un dialecto medio, el *francien* (fráncico). En el siglo XIII, la lengua de Oïl, hablada en la corte de los reyes de Francia, que se estaban imponiendo a la vez como jefes políticos y patronos culturales, ganó en la Francia del norte y a consecuencia de las victorias, conquistas e injerencias de los franceses del norte en el sur, se impuso también sobre la lengua de Oc.

El caso de Inglaterra fue algo original, pues hasta el siglo XV el trilingüismo era lo habitual. Como consecuencia de la conquista normanda en 1066, el viejo inglés hablado por los anglosajones se añadió al francés en la forma dialectal del anglonormando y, por supuesto, al latín. Mientras el inglés ganaba terreno a partir de las capas inferiores y adquiría un carácter prenacional (Eduardo I, 1272-1307, fue el primer rey de Inglaterra que lo habló), el francés se mantuvo hasta el siglo XV como la lengua del poder, la lengua de los aristócratas y la lengua de moda. Las grandes familias nobles enviaban a sus hijos a estudiar a Normandía para que aprendieran un buen francés.

La unificación del alemán fue aun más difícil. La noción misma de alemán fue tardía, y la palabra *deutsch* no apareció, y lo hizo tímidamente, sino hasta el siglo IX. El ámbito lingüístico permaneció

territorialmente fraccionado en Alemania entre bajo-alemán, medio y alto-alemán, frisón y un pequeño enclave suavo eslavo.

La situación política y étnica de la Península Ibérica condujo igualmente a una situación particular, entre los principales dialectos o lenguas, ligados a menudo a la situación política. Después de la desaparición del mozárabe, mezcla de dialectos cristianos y de árabe (mozárabe procede de la palabra *musta'rab* o *musta'rib* significante que se arabiza, término aparecido en el siglo XI), el castellano en el siglo XIII había eliminado la mayoría de otros dialectos de la Península como el leonés y el gallego, si bien éste se mantuvo como lengua poética dentro del conjunto de la Península, y sólo dejó subsistir al catalán y al portugués; la unificación se hizo en favor del castellano.

La situación prácticamente general en toda Europa era el bilingüismo, prerrogativa al principio de las capas superiores que sabían más o menos latín. Sin embargo, cada vez más la élite social y política tenía que conocer y utilizar las lenguas vernáculas.

En el siglo XIII el fráncico unificó los dialectos de Oïl bajo la doble influencia de la administración real y de la Universidad de París, a pesar del carácter obligatorio del uso del latín. A decir verdad, ese latín universitario no era ni el latín clásico de la Antigüedad ni el latín vulgar que seguía hablándose en zonas dispersas. Fue una lengua nueva, artificial, pero que ejerció un gran papel en la unificación intelectual de Europa. Según la expresión de Christiane Mohrmann, fue «la lengua técnica del pensamiento abstracto».

Como ha observado con acierto Philippe Wolff, los Estatutos de Bolonia, de 1246, exigen que los candidatos al notariado demuestren su aptitud para leer en lengua vulgar delante del público las actas redactadas por ellos previamente en latín.

La situación lingüística de Italia tal vez sea la más vaga, hasta el punto que muchos lingüistas dudan en hablar de italiano en el siglo XIII. A mediados del siglo XIII el franciscano Salimbene de Parma considera que el toscano y el lombardo son del todo lenguas al mismo nivel que el francés. A finales del siglo, el saber lingüístico

estaba dominado por Dante. En su tratado *De vulgari eloquentia*, escrito hacia 1303 (¡en latín!), distinguía catorce grupos dialectales en Italia, y rebajaba a una posición inferior todos los dialectos, incluidos aquellos considerados como lenguas, así el romano, el milanés, el sardo, el siciliano, el boloñés, y hasta el toscano. Dante recomienda una lengua vulgar que él llama el *volgare illustre* y que a su juicio trasciende todos los dialectos, pues recoge elementos de unos y otros. Él es el verdadero padre del italiano en un país cuya unificación política no llegará hasta el siglo XIX, y cuya unificación cultural está aún lejos de haber culminado.

Ciertamente a los hombres de la Edad Media no les pasó por alto que el multilingüismo suponía un obstáculo para la comunicación en una Europa donde, sobre todo en materia económica, el latín ya no podía tener una función unificadora. Trabajaron entonces para simplificar el multilingüismo, en especial según la construcción de Estados que iban a convertirse en naciones. El problema lingüístico sigue siendo unos de los graves problemas, y de los más difíciles de resolver, de la construcción europea actual; sin embargo, el ejemplo medieval demuestra que un cierto multilingüismo limitado puede funcionar muy bien en una Europa común; y que esta multiplicidad lingüística es, con mucho, preferible a un monolingüismo sin anclaje en una larga tradición cultural y política, que sería el caso si el inglés llegara a convertirse en la «lengua de Europa».

Si en el siglo XIII el futuro de Europa adquiría perfiles más nítidos, en buena medida era debido a la evolución de las literaturas. Europa es un ramillete de géneros y de obras literarias. Grandes obras literarias garantizaron o respaldaron el éxito de las lenguas nacionales.

El francés se impuso a partir de finales del siglo XI con el género de las canciones de gesta y la *Chanson de Roland*. Fue aún muy influyente, sobre todo en las traducciones e imitaciones en lengua germánica con los *roman courtois* que tuvo en la figura de Chrétien de Troyes un gran artífice. La literatura artúrica, que gira en torno al anglosajón Arturo, en parte héroe legendario, inspiró la creación de un género llamado hasta el día de hoy a conocer un éxito prodigioso en Europa, la novela, con sus dos principales ramas, la novela histórica y la novela de amor, novela del individuo y de la pareja, a menudo dominada por un horizonte de muerte. La Europa de Eros y Tánatos había nacido.

A mediados del siglo XI el castellano se impuso con el *Cantar de Mío Cid*, el aventurero y noble cristiano que constituyó en 1094, alrededor de Valencia, el primer Estado cristiano en tierras de Islam. Fue un «aventurero de la frontera», servidor de los monarcas cristianos y musulmanes, y recibió el sobrenombre de *Cid*, del árabe *Sayyid*, señor.

Difusión de la prosa

El siglo XIII conoció, en el terreno de la literatura, un acontecimiento que iba a tener una gran influencia sobre el universo literario europeo hasta hoy. Las canciones de gesta se escribían en verso. Los poemas de la *Edda* son los primeros monumentos literarios de Escandinavia; es una colección de treinta poemas mitológicos y heroicos compuestos entre los siglos IX y XII en Escandinavia y preservados en un manuscrito islandés del último tercio del siglo XIII.

El siglo XIII sustituyó la poesía original por la prosa como escritura literaria principal. Se trataba de reemplazar los artificios de la rima por una escritura verdadera. Así, la poesía cortés fue trasladada a la prosa en el siglo XIII, y la *Edda* lo fue también por el gran escritor islandés Snoori Sturluson (1179-1241).

En el siglo XIII se desarrolló también la literatura histórica. Sin embargo, la historia no era en este siglo una materia de enseñanza (hay que esperar al siglo XIX para que se le incluya en el programa de las escuelas y universidades) ni un género histórico específico. No obstante, la autoridad y el atractivo que suscitaba el pasado y su consolidación como valor ideológico entretanto llegaban los distraídos relatos de las crónicas de los siglos XIV y XV, abrieron un lugar importante dentro de la literatura, si no a la historia, sí, al menos, a la memoria.

Los géneros literarios que hoy clasificamos como géneros históricos fueron en la Europa medieval, por una parte, las crónicas universales inauguradas en el siglo IV con Eusebio de Cesárea, testigo de una globalización del saber en una Europa que ignoraba el continente americano y que sabía muy poco sobre la mayor parte de África y de Asia. Junto a las crónicas universales, otro género se desarrolló prodigiosamente; es el caso de la biografía que adoptó la

forma de las *Vidas de santos*, es decir, de la hagiografía. Este género condujo en el siglo XIII a una suma hagiográfica excepcional, la *Leyenda dorada* compuesta por Jacobo de Vorágine (Jacques de Voragine), un dominico arzobispo de Génova.

No obstante, después de las crónicas dedicadas a la historia de un monasterio o de un obispado, en el siglo XIII arraigó la crónica real, obra al servicio de las monarquías que se estaban convirtiendo entonces en Estados. El pasado con frecuencia mitificado se convirtió en una de las bases del poder político. Había nacido una Europa política de la memoria y de la historia.

En Inglaterra, un cierto número de obras de éxito de autores como Guillermo de Malmesbury (1095-1143) y sobre todo Godofredo de Montmouth (muerto en 1155), autor de una *Historia de los reyes de Bretaña*, impusieron una visión histórica que instituía una continuidad entre reyes celtas, anglosajones y normandos. Contribuyeron especialmente en este sentido una serie de obras dominadas por el personaje de Brut, el primer rey de Gran Bretaña según Godofredo de Montmouth, quien vulgarizó con el personaje de Arturo la idea de un origen troyano de la monarquía inglesa. Una serie de crónicas tituladas *Bruts* en el siglo XIII alcanzó un gran éxito.

Paralelamente, en Francia se desarrolló desde la Alta Edad Media un mito de los orígenes troyanos de los francos. El mito fue especialmente explotado en favor de los reyes capetos por los monjes de la abadía real de Saint-Denis. En 1274, el monje primado de Saint Denis ofreció al rey Felipe III una síntesis que le había encargado el padre de Felipe III, san Luis, y que se considera el punto de partida de las grandes crónicas de Francia. Se le llamó *roman de rois (roman* hace referencia aquí a la lengua en que fue escrita y no al género literario). Estas historias legendarias manifiestan un deseo europeo de vincularse, frente a los griegos de la Antigüedad, a otro origen. Ya Virgilio en la *Eneida* derivó a los romanos de los héroes troyanos que sobrevivieron a la guerra de Troya y se refugiaron en Europa. Los italianos de la Edad Media

recogieron esta tradición. La Edad Media enriqueció también este mito de los orígenes troyanos al hacer que los fugitivos troyanos residieran durante varios siglos, antes de acercarse a la Europa occidental y meridional, en Europa central, en la zona de la antigua ciudad romana de Aquincum (Budapest), un episodio del mito que explotó en la Edad Media la monarquía húngara.

El triunfo de los frailes mendicantes

El siglo XIII de las ciudades, de los comerciantes, de las universidades y de las literaturas vernáculas sufrió también la acción de muy larga duración europea, de un nuevo tipo de religioso: las órdenes mendicantes; entre ellas, los principales fueron los depredadores o dominicos y los menores o franciscanos. Esas órdenes no estaban constituidas por monjes que vivían en la soledad colectiva de los monasterios aislados, sino por regulares que vivían en comunidad en medio de los hombres, en las ciudades. Formaron una nueva sociedad a través de la prédica y la práctica litúrgica: un cristianismo nuevo con un interés mayor por los laicos y que tuvo un rasgo dominante en su preocupación por adaptar tanto a clérigos como a laicos a la expansión de la cristiandad con una gran eficacia.

Los grandes problemas de la Iglesia eran el estado inacabado de la reforma gregoriana, la rápida difusión de las herejías, la inadaptación a una sociedad donde la circulación de dinero se aceleraba, donde la riqueza se estaba convirtiendo en un valor, y donde la cultura monástica ligada a una sociedad rural ya no era capaz de responder a las exigencias de los cristianos. La respuesta la dieron algunas personalidades religiosas o laicas que crearon órdenes de un tipo diferente, pues no eran monásticas, y que el papado aceptó con mayor o menor dificultad. A estas órdenes se las llamó órdenes mendicantes, porque lo que más llamaba la atención de ellas era su práctica de la humildad y de la pobreza; a la orden fundada por Francisco de Asís se la llamó orden de menores. El éxito de tales órdenes se tradujo en su multiplicación a principios de siglo XIII. Sin embargo, el segundo concilio de Lyon, celebrado en 1274, sólo permitió que subsistieran cuatro de ellas: los predicadores o dominicos, los menores o franciscanos, los eremitas

de san Agustín y los cármenes. El papado añadió a principios del siglo XIV a los servitas de María, creada por un grupo de comerciantes penitentes florentinos, comprometidos en el servicio de un hospicio dedicado a la Virgen, que habían abandonado la ciudad para llevar una vida comunitaria de retiro y de pobreza. Su éxito quedó circunscrito a Italia, especialmente a la Italia del norte. Volvieron con frecuencia a las ciudades, como por ejemplo a Roma, donde recibieron la iglesia de Saint-Marcel, y privilegiaron la dedicación a los estudios frecuentando la Universidad de París. Pero la tradición historiográfica les deja fuera del grupo de las órdenes mendicantes.

Al superior prestigio de los dominicos y de los franciscanos contribuyó de forma poderosa la personalidad de sus fundadores. Domingo, nacido en Caleruega en Castilla hacia 1170, se convirtió en canónigo del capítulo de Osma en 1196. En el transcurso de una misión atravesó el Languedoc e, impresionado por la importancia que en esta zona habían adquirido los heréticos, decidió combatirlos en su propio terreno, viviendo en la pobreza y consagrándose a la predicación. Sus bases fueron Prouille y Fanjeaux entre Carcasona y Toulouse. Reunió en torno a él una fraternidad de clérigos y el grupo tuvo un éxito suficiente para ser reconocido por el papa Inocencio III, en 1215. El cuarto concilio de Letrán prohibió aquel año la creación de nuevas órdenes pero, dado que el grupo de Domingo seguía la regla de san Agustín, habitual en los medios canónicos, se le autorizó a formar una orden llamada por una bula pontificia de 1217, «orden de los predicadores». Domingo envió a sus hermanos a distintos centros urbanos, inclinándose por los más importantes (los dominicos se instalaron en las grandes ciudades, al contrario que los franciscanos a los que atraían más los centros urbanos medios y pequeños), y en concreto Bolonia y París, pues querían que su prédica tuviese fundamento en estudios serios. Hacia el final de su vida Domingo predicó sobre todo en la Italia del norte y murió en el convento de Bolonia en 1221. Fue canonizado en 1234.

Muy diferente es Francisco de Asís. Era hijo de un comerciante de paños de la pequeña ciudad de Asís tentado por la vida caballeresca. Hacia 1206 decidió renunciar de manera espectacular a esta vida y a la sucesión de su padre que le esperaba. Se despojó de todas sus ropas en la plaza pública, denunció el dinero y el comercio y llamó a sus conciudadanos a vivir en la pobreza y al servicio de Cristo. Junto con algunos compañeros fundó un grupo itinerante tomando como lugares de referencia dos modestas iglesias de los alrededores de Asís, san Damiano y la Porciúncula. Tras un difícil diálogo con el papa Inocencio III, Francisco obtuvo el reconocimiento de su fraternidad, compuesta a la vez por clérigos y laicos, como una orden nueva a la que dio su regla después de reescribirla por exigencia del papa Honorio III, quien finalmente la aprobaría en 1223, una vez Francisco suprimió los pasajes más provocadores acerca de la pobreza y de la vida comunitaria. Antes de repasar de manera sintética los inicios de la orden franciscana que, al contrario de lo sucedido con los dominicos fueron muy agitados, destaquemos el carácter novedoso de ambas órdenes. El rasgo más espectacular es sin lugar a dudas su implantación en medio urbano, y el hecho de que las ciudades sean los centros esenciales de doctrina y de actividad de dominicos y franciscanos. Éstos, no obstante, prolongan su actividad por los caminos, convirtiéndolos en itinerantes, y con retiros en ermitas situadas en las montañas. Por otra parte, procuraban su subsistencia de una manera radicalmente distinta de la de los monjes, pues no eran propietarios ni disponían de tierras ni de rentas. Vivían de las limosnas, que podían consistir en dones que les permitían construir, yendo contra las instrucciones de sus fundadores, iglesias cada vez más grandes sin abandonar cierta modestia en la decoración. Las órdenes mendicantes sitúan verdaderamente a Cristo y el Evangelio en el centro no sólo de su propia devoción, sino también de la de los laicos. Francisco de Asís llevará esta aspiración al extremo de la identificación con Jesús. En la soledad montañosa del monte Alverno en Italia central, recibió con la aparición de un serafín, los

estigmas de Cristo, es decir la huella de las heridas que Cristo había recibido en la cruz. Las órdenes mendicantes enseñan también a las poblaciones, especialmente urbanas, nuevas prácticas religiosas gracias a una intensa prédica. Con ellos nació una Europa de la *palabra*, del sermón que, laicizado, será la Europa de la arenga, de la tribuna, del discurso militante.

Francisco estaba fascinado por la obra divina, la creación entera, y así canta la alabanza de esta creación en el famoso *Cántico del Hermano Sol*, llamado también *Cántico de las criaturas*, al que se ha considerado un origen del sentimiento europeo de la naturaleza. Las órdenes mendicantes que se pusieron, desde su creación, al servicio de la Iglesia en su apostolado, no tardarían en ser desviadas por el papado de su actividad pastoral original hacia misiones nuevas. En su lucha contra los heréticos, la Iglesia empujó a los mendicantes a ir más allá de la predicación, aun a riego de desnaturalizar su vocación, hacia la Inquisición. El papado pronto retiró la dirección de los tribunales de la Inquisición a los obispos para confiársela a las órdenes mendicantes. También la reputación de las órdenes mendicantes en la sociedad europea del siglo XIII ofrece contrastes. De un lado, son admirados, honrados y seguidos. En 1233, una campaña de pacificación de conflictos dentro de las ciudades de Italia del norte, el movimiento *Aleluya*, conoció —durante un tiempo limitado— un éxito espectacular. De otro lado, se les atacaba y eran objeto de una hostilidad que podía llegar al odio. Un caso ejemplar es el del inquisidor dominico (san) Pedro Mártir, un virulento inquisidor dominico del norte de Italia, asesinado en 1252 en el camino de Como a Milán. Representado como un santo con un cuchillo clavado en su cráneo, él pone de manifiesto la distancia que llegó a establecerse entre la Iglesia y las órdenes mendicantes, por una parte, y la mayoría de fieles, por otra, en torno a la Inquisición.

Las dos órdenes se encontraron juntas frente a las encendidas críticas de los seglares a propósito de la instrucción y del saber, sobre todo en la Universidad de París. Maestros seglares, el

principal de los cuales fue Guillermo de Saint-Amour, poetas como Rutebeuf y Jean de Meung atacaron tenazmente a las órdenes mendicantes. Primero acerca del principio mismo de la mendicidad y de la pobreza. Se preguntaban si el hombre, incluido el religioso, no debe vivir del producto de sus manos en lugar de la limosna que le permite vivir en la ociosidad. Veremos más adelante que este sentimiento se nutría del nacimiento de una Europa del trabajo y una promoción de la idea misma del trabajo. ¿Los hermanos mendicantes son verdaderos mendicantes? ¿No deberíamos preferir a los «verdaderos pobres», es decir, a los que su condición condena a la mendicidad? Al acaparar funciones propias del clero seglar, la distribución de los sacramentos o la administración de iglesias, actividades que conllevaban la percepción del dinero del culto en su provecho, algunos fieles señalaron lo que había en ello de contradictorio, aunque sobre todo una gran parte del clero secular se levantó contra los mendicantes. Otro hecho que alimentó el conflicto, lejos de apaciguarlo, fue que desde mediados del siglo XIII, el papado se inclinó cada vez más por elegir a sus obispos entre los religiosos mendicantes difuminando así la distinción entre regulares y seglares.

En las universidades, y en particular en París, donde los mendicantes fueron mal vistos desde el principio (los dominicos afirmaron de entrada su interés por los estudios; y los franciscanos, a pesar de las reticencias de Francisco de Asís, en relación con una actividad que implicaba más tarde la compra de libros) porque durante la gran huelga de 1229-1231 aprovecharon la actitud de los maestros seglares para obtener la creación de cátedras a su favor. Entraron en el mundo universitario como rompehuelgas, como «esquiroles». El conflicto entre regulares y seglares envenenó la Universidad de París en varias ocasiones durante el siglo XIII. El papado intervino asumiendo en general la defensa de los mendicantes, pero sus intervenciones agravaron más de lo que apaciguaron la querella, en la que Buenaventura y Tomás de Aquino jugaron un papel eminente en defensa de la legitimidad y el mérito

de la pobreza voluntaria. El siglo XII fue por lo tanto, con la aparición de las órdenes mendicantes, un momento trascendental en la larga historia de la pobreza en Europa que por desgracia aún no ha acabado.

Otras disensiones, internas en esta ocasión, agitaron a la orden franciscana a lo largo del siglo XIII. En vida de san Francisco, una tendencia rigorista, ascética, se había opuesto a una tendencia al compromiso con las necesidades de la vida humana en sociedad. Francisco estuvo casi siempre del lado de los rigoristas, pero siempre se negó a desobedecer a la Iglesia y a la Santa Sede. En torno a su figura y a su memoria se desarrolló con frecuencia el conflicto que agitó a la orden después de su muerte. La primera ocasión de este conflicto fue la construcción de la basílica de Asís por su sucesor, el muy discutido padre Elías, una basílica cuyas dimensiones y esplendor parecían una refutación de la espiritualidad de Francisco. El conflicto se mostró a continuación esencialmente en los textos de carácter biográfico que le dedicaron. Y así nació lo que, a finales del siglo XIX, un gran biógrafo moderno de Francisco, el protestante Paul Sabatier llamó la «cuestión franciscana». Con Sabatier, esta cuestión nació, en concreto, del acontecimiento que debió poner fin al problema en el siglo XIII. En efecto, el capítulo general de la orden decidió en 1260 que el ministro Buenaventura redactara una *Vida* oficial de san Francisco destinada a sustituir a todas las escritas anteriormente y, tomando una decisión insólita, el capítulo ordenó que todas las *Vidas* fuesen destruidas. Si añadimos a este acto las condenas emitidas en París por el obispo Tempier, debemos por desgracia afirmar que el siglo XIII vio nacer no solamente una Europa de la Inquisición sino también una Europa de la censura.

Una Europa de la caridad

Artesanos a través de la doctrina de una Europa de la palabra, los mendicantes son también los grandes actores de una Europa de la caridad, los antepasados de una Europa de la seguridad social. El sistema se pone a punto en el siglo XIII con el nombre de «obras de misericordia». Se fundan en un texto del Evangelio de Matías 25, 35, según el cual el Hijo del Hombre en el Juicio Final separará a los hombres y dirá a los situados a su derecha que van a entrar en el Reino de Dios en recompensa por las buenas obras que le habían prodigado durante su vida terrestre. Éstas consistían en visitar a los enfermos, dar de beber al sediento, alimentar a los que pasan hambre, rescatar a los cautivos (en el siglo XIII, se trataba principalmente de prisioneros de los piratas musulmanes en el Mediterráneo), vestir al desnudo, acoger a los extranjeros, y fundar servicios religiosos destinados a los difuntos. Los hermanos mendicantes fueron los más activos en la predicación y en la práctica de estas obras de misericordia; al mismo tiempo, se mostraron muy activos en el servicio en los hospitales cuyo número se multiplicó en el medio urbano. Una Europa de los hospitales había nacido.

La tercera orden: entre clérigos y laicos

La última característica de las órdenes mendicantes es el fruto de su interés por los ciudadanos laicos. Se trata de la fundación de las Terceras Órdenes. Agrupaban en su seno a laicos de diversa condición, aunque en realidad se trataba de individuos ricos que sin abandonar a su familia ni dejar de ejercer su profesión llevaban una vida tan próxima como era posible de la de los hermanos. En realidad, las órdenes mendicantes implicaban, obedeciendo a la voluntad de sus fundadores, tres órdenes: una orden masculina, una orden femenina (las clarisas para los franciscanos, las dominicas para los dominicos) y una Tercera Orden que extiende considerablemente su influencia en la sociedad urbana. Es efectivamente el conjunto de esta sociedad la que queda enmarcada por estas tres órdenes. No obstante, las órdenes mendicantes siguieron dominadas por la primera orden, la de los hermanos, de los hombres y por el papado. Y esta orden no escapó a la clericalización y, tal y como ha demostrado a propósito de los franciscanos el padre Desbonennet, las órdenes mendicantes evolucionaron muy pronto «de la intuición a la institución». A pesar de los progresos de los laicos como miembros de la Iglesia, el siglo XIII fracasaría en la construcción de una Europa de los laicos.

La Europa gótica

El siglo XIII fue un gran período de floración artística, especialmente en el terreno arquitectónico. El arte y, de modo particular, la arquitectura, ha sido una de las grandes manifestaciones y uno de los grandes cimientos de la unidad europea. A pesar de los rasgos en común, las literaturas permanecían alejadas entre sí por la diversidad de lenguas; el lenguaje del arte fue casi único. Ya el arte románico marcaba, como su nombre indica, un cierto retorno al arte románico antiguo que se había difundido por gran parte de Europa, aunque con importantes particularidades según los pueblos y las regiones. El arte gótico, también llamado arte francés, sumergió a toda la Europa cristiana, a partir de la Francia del norte y, más concretamente, de esa región a la que en el siglo XIII se llamaba Francia propiamente dicho, y más tarde Ile-de-France. Este arte nuevo, muy distinto del románico, responde a la vez al gran desarrollo demográfico que reclama iglesias más grandes, y a una profunda transformación del gusto. Además de las mayores dimensiones, el gótico se distinguió por la atracción de la verticalidad, de la luz, e incluso del color. Las ciudades importantes, pues era un arte mucho más urbano que el arte románico, rivalizaron en audacia y en belleza en la construcción de edificios góticos que se reflejó sobre todo en las catedrales. Georges Duby lo llamó «el tiempo de las catedrales». Nació así, una Europa del gigantismo y de la desmesura. Siempre más alto: ésa parecía ser la consigna imperante entre los arquitectos góticos. Después de una primera generación de catedrales entre 1140 y 1190, marcada por las catedrales de Sens, Noyon y Laón, el siglo XIII fue el gran siglo de las catedrales, empezando por Notre-Dame de París. La búsqueda frenética de la longitud y de la altura se manifestó de modo extraordinario en la catedral de Amiens, construida entre 1220 y 1270, es decir prácticamente durante todo el

reinado de san Luis, quien pronunció en ella, en el coro ya terminado en 1256, su famoso *Discurso* de Amiens, sentencia arbitral entre el rey de Inglaterra y sus barones. Amiens tenía una longitud de 145 metros, con una altura de 42,50 metros. El punto final se alcanzó y rebasó en el coro de Beauvais, que elevándose hasta los 47 metros de altura en 1272, se hundió en 1248.

Una espiritualidad de la luz presidió la construcción de los altos ventanales de las iglesias góticas. La teoría quedó expresada en el siglo XII por el abad de Saint-Denis, Suger, quien inició la reconstrucción de la iglesia de su abadía según los nuevos principios teológicos-estéticos. Al contrario de los vitrales románicos, en general blancos o en grisalla, los vitrales góticos conocieron la floración del color ligado al desarrollo de la cultura de las plantas tintóreas como el glasto o hierba pastel, y a los avances en la técnica de los tintes. Los colores de los vitrales se añadían a la policromía de las esculturas, según las recordó Erlande-Brandebourg en su obra *Cuando las catedrales estaban pintadas*. La arquitectura gótica iba acompañada de una floración de la escultura esencialmente en la ornamentación de las catedrales. El desarrollo de los pórticos esculpidos de las catedrales ofreció un espacio espectacular a las esculturas, y en particular a las representaciones del Juicio Final cuya visión equilibraba, por el temor tanto como por la esperanza, el impulso vertical y el resplandor luminoso.

La Europa del vitral coloreado quedó ilustrada de forma sobresaliente por la catedral de Chartres y sus famosos azules. Las grandes catedrales francesas fueron a menudo imitadas en el extranjero, ya sea a partir del tipo de tres naves, el más frecuente, ya sea a partir del tipo de cinco naves, como Bourges. Las copias más hermosas se levantaron en España, sobre todo en Burgos, pero también en Toledo y en León. En Inglaterra se difundió un gótico particular a partir de Normandía y fue una de las primeras expresiones de lo que en los siglos XIV y XV se llamará gótico flamígero. En Italia, el arte gótico se vio «encajonado» entre el arte

románico persistente y el arte precoz del Renacimiento. El gótico se difundió sobre todo, si bien de forma limitada, gracias las órdenes mendicantes, como en Asís. En el ámbito germánico y sobre todo hanseático, hubo un tipo particular de iglesias góticas, bajo influencia de los comerciantes, que se edificó alrededor de una única nave alargada, las iglesias-halles. Recientemente, Roland Recht destacaba la larga tradición del gótico en Europa hasta hoy: «Si miramos con atención algunas realizaciones eminentes del siglo XX, constatamos que a menudo prolongan, enriquecen y actualizan un conjunto de adquisiciones realizadas entre 1140 y 1350 en el noroeste de Europa. A ellas los Poelzig, los Bruno Tant, los Mies van der Rohe, los Gropius, los Niemeyer, los Gaudí pero también los Nervi, los Gaudin y los Gehry, etc., deben una gran parte de su cultura arquitectónica. Al emanciparse del ideal clásico, la arquitectura del movimiento moderno se dotó simultáneamente de la posibilidad de inspirarse en lo que este ideal había impedido: la redefinición estática y estética de la pared, la disposición de estructuras autoportantes, la prefabricación de elementos estandarizados y, sin duda por encima de todo, una clara legibilidad de la función a través de la forma[7]». Una excursión por las diferentes formas del arte gótico nos llevaría demasiado lejos. Pero no debemos olvidar que la Europa gótica del siglo XIII no era solamente una Europa de la arquitectura sino también de la escultura, desde los pórticos de las catedrales a los púlpitos esculpidos de Pisa y a las estatuas de los ángeles, de vírgenes y princesas, y también de la pintura, desde los frescos hasta las miniaturas. El siglo XIII gótico enriqueció de forma maravillosa a Europa con «imágenes».

La Europa cortés

En el siglo XIII también se consolidó una Europa de los buenos modales a los que historiadores y sociólogos modernos han puesto el nombre de civilización, mientras los cristianos del siglo XIII hablaban de cortesía. Más tarde, las palabras urbanidad y educación que remiten a un espacio urbano se utilizarán también para designar este refinamiento de los sentimientos y comportamientos. El primer estudio de conjunto de este movimiento lo ofreció en 1939 el sociólogo alemán Norbert Elias, en su obra innovadora *Uber den Prozess der Zivilisation*[8]. Los hombres de la Edad Media designaban esta evolución con el nombre de cortesía. La etimología misma muestra que este movimiento, que data de la Edad Media y más en concreto del siglo XIII, tenía dos orígenes sociales, la corte y la ciudad. Hubo por lo tanto una convergencia involuntaria de las costumbres nobles y de las costumbres burguesas para crear en los siglos XII y XIII manuales de cortesía en latín o en lengua vulgar entre los que podemos citar en Inglaterra el *Liber Urbani*, y el *Facetus*, en alemán *Der Wälche Gast (El huésped Welche)* de Thomasin de Zerklaere, el *Poema* de Tannhäuser, y el *Tratado de cortesías* del pedagogo milanés Bonvesin de la Riva. Los consejos de buenas maneras que se daban en estas obras hacían referencia sobre todo a las maneras en la mesa, a las funciones naturales, a las relaciones sexuales y la lucha contra la agresividad. En Bonvesin, por ejemplo, leemos:

No hay que beber nunca de la sopera,
sino utilizar una cuchara, es más conveniente.
El que se inclina sobre la sopera
y, de mala manera, deja caer su baba,

como un cerdo, haría mejor en reunirse
con los otros animales.

El tenedor, traído en tiempos tempranos desde Bizancio a Venecia, sin ningún éxito, se difundió de manera lenta a partir de los siglos XIV y XV.

Toda esta literatura condujo al célebre tratado de Erasmo, escrito en latín y traducido a varias lenguas vulgares, *De civilitate morum puerilium (De la civilidad de las costumbres de los niños),* que gozó de un gran éxito en el siglo XVI. La Europa de las buenas costumbres nació en el siglo XIII[9].

La promoción ambigua del trabajo

En el siglo XIII también se consolidó un cambio importante de mentalidades y comportamientos en un terreno esencial de la actividad humana donde la tradición medieval sigue siendo perceptible aún hoy: el trabajo. El trabajo tenía en la Alta Edad Media un estatuto ambiguo; constituía un problema sobre todo en el mundo monástico. Las reglas monásticas, empezando por la de san Benito, forzaban a los monjes a una doble obligación en cuanto al trabajo: un trabajo intelectual de copia de manuscritos y un trabajo económico en la agricultura de subsistencia. Esta obligación del trabajo era para los monjes un acto de penitencia. El libro del *Génesis* decía que Dios castigó el pecado original de Adán y Eva condenándolos a trabajar. Como penitencia, el trabajo monástico era también rescate, y fue así como surgió una noción apreciativa del trabajo. Dado el prestigio del monje en la sociedad de la Alta Edad Media, el que los hombres más prestigiosos de dicha sociedad, los monjes, trabajasen, confirió de forma algo contradictoria valor positivo al trabajo. La valoración de este trabajo se aceleró en los siglos XI y XIII. Los progresos tecnológicos del trabajo rural, el desarrollo del trabajo artesanal en las ciudades, la búsqueda de la riqueza y de un estatuto social elevado gracias al trabajo repercutieron sobre la imagen de éste. Hemos visto que a los comerciantes y a los universitarios se les legitimaba por su trabajo. Los hermanos de las órdenes mendicantes fueron criticados por su negativa a trabajar, pero se defendieron reclamando para su apostolado la consideración de una forma de trabajo. Las clases sociales que mostraban su superioridad mediante su abstención de trabajar —ociosidad de los contemplativos y clérigos, ociosidad de los guerreros, de los caballeros y de los nobles— se veían derrotados ahora por la promoción del trabajo dentro de la sociedad y en la espiritualidad. La actividad guerrera se presentó como

trabajo útil para la protección de los débiles. El apostolado de los clérigos fue, antes incluso de la autodefensa de los mendicantes, reconocido y loado. Todo el mundo de la cortesía y de la caballería se veía amenazado por esta revalorización del trabajo. Se creó entonces un adagio: «Labor supera proeza». La imagen del trabajo continuaba, sin embargo, resintiéndose de graves debilidades. No hay palabra para designarlo; por lo tanto, el concepto de trabajo no existía. De un lado, *labor* se refería sobre todo a un esfuerzo (de él se derivaría sin embargo laborar y el inglés *labor*). De otro, *opera* designó el producto de ese trabajo, la obra (de donde salió obrero). No obstante, subsistió una oposición que llegó incluso a reforzarse, la que existía entre el trabajo manual más despreciado que nunca y las demás formas honorables y honradas de trabajo. El poeta Rutebeuf reivindicó con orgullo:

> No soy obrero de las manos.

Así nació una Europa de la ambigüedad del trabajo delimitado entre la dignidad y la indignidad del trabajo. Contribuyó también a esta ambigüedad el hecho de que la sociedad, y en particular la Iglesia, los ricos y poderosos, parecía elogiar el trabajo esencialmente para mantener a los trabajadores en la esclavitud de sus empleadores. Es un debate todavía vivo y las transformaciones fundamentales del trabajo dentro de nuestra sociedad constituyen uno de los grandes virajes que tienen lugar en las sociedades llamadas «avanzadas».

Europa, los mongoles y el Este

El siglo XIII arraigó una evolución esencial para el problema de la formación de Europa. Como la mayoría de veces, se esbozó una identidad europea frente a los enemigos u «otros»; éstos fueron los persas en la Antigüedad, luego los bárbaros y los paganos y por último los musulmanes. Los mongoles aportaron el último toque a este proceso de identidad en el siglo XIII. La invasión mongol de 1241 que avanzó hacia el oeste hasta Silesia, pero se replegó luego hacia el este, suscitó un desequilibrio mental, un miedo pánico entre los cristianos. El rey de Francia, san Luis, considera la muerte cómo mártir, y durante su cruzada en Oriente no dejará de preocuparse, unas veces de forma negativa y otras positiva, por esos extraños mongoles que podían ser o terribles enemigos, o bien aliados contra el islam. El miedo a los mongoles alimentó un cambio en las mentalidades ya importante, y con ello el abandono de las cruzadas. El interés cada vez mayor de los cristianos por sus tierras, sus bienes y sus negocios de Occidente hizo vacilar el impulso hacia la cruzada. La amenaza mongol cimentó ese desinterés por Tierra Santa.

En la lenta construcción de fronteras todavía encarnadas por zonas territoriales, antes que por líneas fijadas más tarde por los Estados, una nueva y decisiva frontera de la Europa cristiana apareció en la Europa del Este. Los primeros países cristianos que impusieron esta nueva visión fueron Hungría y luego Polonia. Los dos países se presentaron como los diques de contención de la cristiandad contra los bárbaros paganos. Mongoles en primera fila, pero también cumanos en Hungría, prusianos y lituanos en Polonia. La más nítida expresión de esta nueva situación y de estas nuevas concepciones fue una carta dirigida al papa por el rey de Hungría, Bela IV, entre 1247 y 1254. El soberano declaraba en ella que los tártaros, nombre con que tradicionalmente se designaba a los

mongoles, se preparaban con denuedo para dirigir en breve plazo su innumerable ejército «contra toda Europa», «contra totam Europam»; y el rey de Hungría añadía: «Si, a Dios no plazca, el imperio de Constantinopla y las regiones cristianas de ultramar estuviesen perdidos no sería, sin embargo, una pérdida tan grande para los “habitantes de Europa” como si los tártaros ocupasen nuestro reino». Con mayor claridad aun, con motivo del segundo concilio de Lyon en 1274, el obispo de Olomuc en Moravia afirmó que la cruzada desviaba a los cristianos de la verdadera frontera contra los paganos y los infieles, a los que situaba sobre el Danubio como Bela IV. Este concepto político-geográfico de Europa, que ignoraba los Cárpatos y con mayor motivo el Ural como fronteras de Europa, más que una identificación entre Europa y cristiandad reflejaba un nuevo concepto territorial de Europa.

Es una Europa «nueva». El resultado del gran desarrollo que la cristiandad experimentó desde el siglo XI hasta aproximadamente mediados del siglo XIII. Creo advertir entre mediados del siglo XII y mediados del XIII, fechas muy aproximativas, pues los grandes movimientos de la historia rara vez pueden fecharse con precisión, una profunda mutación en un conjunto fundamental de valores en la sociedad cristiana europea. Ese giro decisivo resulta, me parece, de la toma de conciencia por una parte importante de los hombres y mujeres de este período, de este gran desarrollo de la cristiandad y de sus principales consecuencias. El desarrollo en cuestión se manifestó, como hemos visto, con mayor o menor intensidad y con ciertos desfases cronológicos según los lugares y medios en el conjunto de los ámbitos que constituyen la vida de las sociedades: tecnológico, económico, social, intelectual, artístico, religioso y político; esos valores afectan a dichos ámbitos, en una interacción compleja, de modo que un ámbito determinado podía, en el curso de esta mutación común, desempeñar un papel más importante como acelerador. Lo constituirá tanto el empuje urbano como la revolución agrícola, el desarrollo demográfico como la aparición de la metodología escolástica, y de las órdenes mendicantes, tanto el

nacimiento del Estado como las transformaciones del campesinado, tanto la aparición de nuevas categorías sociales urbanas como los burgueses, siempre interactuando.

Los valores del Cielo descienden sobre la Tierra

Definí este período de toma de conciencia, de gran desarrollo de la Edad Media central, y de la mutación de valores, como el tiempo en que los valores del Cielo descendieron a la Tierra. Creo, en efecto, que entre las posibles soluciones culturales capaces de responder al desafío que el gran desarrollo le planteaba a los valores tradicionales de la Alta Edad Media, la cristiandad latina, sin eliminar por completo la doctrina del desprecio del mundo (*contemtus mundi*) que sobrevivió mucho tiempo, eligió la conversión al mundo terrestre dentro de unos límites compatibles con la fe cristiana. Un primer signo de la mutación de valores fue que las novedades que arraigaron dentro del gran desarrollo no pudieron hacerlo sino camuflándose tras el respeto a la tradición antigua, pagana o cristiana. Recuerdo la frase emblemática de Bernard de Chartres: «Somos enanos subidos a hombros de gigantes». La primera mutación de valores en el siglo XIII fue el abandono de la tradicional condena de toda novedad. La *Vida* de santo Domingo, por ejemplo, en la primera mitad del siglo XIII, exaltó en Domingo al hombre «nuevo», y su orden, los predicadores, como una orden «nueva». Es cierto que los hombres de la Alta Edad Media trabajaban, luchaban por la vida terrestre, por el poder terrestre, pero los valores en nombre de los cuales vivían o luchaban eran valores sobrenaturales: Dios, la Ciudad de Dios, el Paraíso, la Eternidad, el desprecio del mundo, la conversión, el ejemplo del hombre Job, aniquilado ante la voluntad de Dios. El horizonte cultural ideológico y existencial de los hombres era el Cielo.

Los hombres a partir de siglo XIII siguen siendo cristianos profundamente preocupados por su salvación. Pero a partir de entonces esa salvación se consigue a través de una doble inversión sobre la Tierra y sobre el Cielo. Se da a la vez una emergencia de

valores terrestres legítimos y salvadores, como la transformación del trabajo de valores negativos de penitencias en valores positivos de colaboración con la obra creadora de Dios, el descenso de valores del Cielo sobre la Tierra. La innovación, el progreso técnico e intelectual, ya no son pecados; la alegría y la belleza del Paraíso pueden recibir un inicio de realización sobre la tierra. El hombre, recordemos que fue hecho a imagen y semejanza de Dios, puede crear sobre la tierra las condiciones no solamente negativas sino positivas de la salvación. Se subraya que Adán y Eva fueron salvados del infierno por Jesús en su descenso a los limbos; la Historia no es ya un declive hacia el final del mundo, sino un ascenso hacia el cumplimiento de los tiempos. El joaquinismo que sólo inspira un sentimiento milenarista a una minoría, insufla a una mayoría un sentido positivo de la Historia. Entre esos nuevos valores podemos citar, junto a las antiguas autoridades intelectuales, los *authentica*; aparecen las nuevas autoridades de los maestros universitarios, los *magistralia*. En el terreno económico surge la idea no de progreso, que no se desarrollará hasta finales del siglo XVII, sino de crecimiento. La intensificación del uso del molino, el desarrollo de esas aplicaciones (molino de hierro, de agua, de cerveza, de batán, etc.), la sustitución del oficio de tejer vertical por el oficio de tejer horizontal, el invento en el siglo XIII del sistema del árbol de levas que transforma un movimiento continuo en movimiento alternativo, propician la aparición de un nuevo valor, la productividad. Como un maná celeste, la abundancia desciende del Cielo sobre la Tierra. En el terreno agrícola, la lenta sustitución, allá donde la tierra, el clima y la organización agraria lo permiten, de la rotación trianual por la rotación bianual, aumenta alrededor de un sexto la superficie cultivada de los terrenos y permite una diversificación estacional de los cultivos (trigo de primavera y trigo de otoño, culturas llamadas «ocultas»). Así aparecen los valores de crecimiento y de rendimiento. La ciencia agrícola se convierte, como sucedió a finales de la Antigüedad, en un saber digno de la redacción de manuales. Es éste el caso del manual de

Housebondrie de Walter de Hemley, el *Ruralium commodorum opus*, de Pietro de Crescenzi, que el rey de Francia Carlos V hizo traducir al francés a mediados del siglo XIV. No hay por qué exagerar esas transformaciones, aunque son un signo de conversión al mundo. La noción de provecho vergonzoso (*turpe lucrum*), que se oponía al desarrollo de los beneficios y a los cargos con interés, se evitaba cada vez más gracias a la casuística económica, en la que se distinguen las órdenes mendicantes que, como hemos visto, legitiman progresivamente las actividades del comerciante, quien pone al alcance de una parte creciente de la humanidad los bienes que el Cielo confió en principio a sólo una parte de ellos en una porción de la Tierra. La difusión de los nuevos valores se realiza a menudo a través de Un llamamiento mayor a la razón y al cálculo (que es la misma palabra en latín, *ratio*). La racionalización de las explotaciones rurales y de la recaudación de los ingresos conduce a la empresa extraordinaria, muy avanzada para su tiempo, del nuevo rey de Inglaterra, el normando Guillermo el Conquistador, que hizo establecer en 1085 un inventario completo de los dominios de la Corona y de sus ingresos. El nombre familiar que se le asignó y que permanece en la historia es *Domesday Book*, libro del Juicio Final. No había mejor modo de expresar la idea que he avanzado sobre una transferencia desde el Cielo hasta la Tierra. El conde de Flandes, dentro de la misma corriente de ideas, hizo elaborar en 1187 un documento con una estimación transcrita en cifras de sus ingresos, el «Gran Informe» de Flandes. Felipe Augusto de Francia (1185-1223) pidió que se estableciera regularmente el estado de ingresos de su dominio real, y se conserva un fragmento del mismo relativo a 1202-1203. Aunque la realidad sea más modesta, podemos afirmar que nació una Europa del presupuesto. Al mismo tiempo, como ha demostrado muy bien Alexander Murray, una verdadera «manía aritmética» se apodera de los hombres occidentales hacia 1200. Todo se contabiliza, incluido los años de purgatorio, y Jacques Chiffoleau lo ha resumido expresivamente como «contabilidad del más allá».

Lo cierto es que los hombres y mujeres del siglo XIII, los clérigos, pero también los laicos, han invadido el dominio de Dios. La voluntad de dominar mejor el tiempo de la vida cotidiana propició el nacimiento a finales del siglo XIII, en toda Europa, del reloj mecánico. Las universidades hicieron bajar hasta sus cátedras una parte del saber cuya distribución se reservaba Dios. El conocimiento de Dios y del más allá se convierte en un saber humano; Abelardo inventa la palabra teología en el siglo XII, y el padre Chenu demuestra de qué modo la teología se convierte en el siglo XIII en una ciencia. Por último, con el nacimiento a finales del siglo XII del Purgatorio, la Iglesia y los hombres pueden sustraerle a Dios una parte de su poder sobre los muertos instituyendo un sistema de entrega de las almas del Purgatorio gracias a los «sufragios» de los seres humanos presentados a Dios. El utillaje intelectual y mental de los hombres evoluciona, se produce un progreso del dominio gracias al desarrollo de los instrumentos del saber. El libro se convierte en manual, y no solamente en objeto de devoción y de arte. La escritura invade el mundo de los comerciantes y de los juristas; es objeto de estudio en las escuelas, y de ese modo se desacraliza o, mejor dicho, inscribe en la tierra su poder celestial. El cuerpo es objeto de cuidado personal pero también de represión. El papa Bonifacio VII prohíbe a finales del siglo XIII el despedazamiento de los cadáveres, algo que todavía llegó a padecer el cuerpo de san Luis en 1270. La glotonería, que durante mucho tiempo fue considerada un pecado grave íntimamente ligado a la lujuria, se legitimó con el progreso del refinamiento alimentario y culinario. El más antiguo manual de cocina medieval que se conoce, según la historiadora polaca Maria Dembinska, fue escrito al parecer en el año 1200 por un arzobispo danés, Absalón, quien tenía probablemente un cocinero francés. A finales de siglo XIII, nacía una Europa de la gastronomía.

Por influencia del rigorismo monástico, la risa estaba severamente condenada en la Alta Edad Media pero, a principios del siglo XIII, se convirtió en una de las características de la

espiritualidad de Francisco de Asís y de los primeros franciscanos. De manera general, a partir de ahora existía una cierta tendencia a retrasar al máximo la partida de los cuerpos humanos hacia la espera del Juicio Final. Agostino Paravicini Bagliani reveló el apasionado interés del franciscano Roger Bacon y de la curia pontificia en el siglo XIII en la esperanza de aumentar la duración de la vida humana terrestre. El conocimiento del mundo se convirtió entonces en el objeto de investigaciones de una cartografía más concreta que los mapas de la Alta Edad Media, escasamente preocupada por las precisiones científicas. Mientras que a mediados del siglo XII el obispo Otón de Freising, tío de Federico Barbarroja, estimó que la cristianización de la tierra estaba acabada y que la Ciudad de Dios estaba llevando al fin de la historia, bajo la presión de las construcciones monárquicas en Inglaterra y en Francia, de la Reconquista española y de los grandes concilios romanos, y bajo la influencia que conviene recordar, de las ideas joaquinistas, Europa recuperó el sentido de la Historia.

Por último, en los siglos XII y XIII, se constituyeron dos tipos de ideal humano que apuntaban a lograr un triunfo esencialmente terrestre aun cuando debía ser también una preparación para la salvación. El primero fue la «cortesía», inspirada por las maneras de corte y difundidas entre las clases nobles y caballerescas y que se convirtió en el siglo XII, como ya se ha visto, en sinónimo de educación e incluso de civilización en el sentido moderno.

El otro ideal fue el de la *prud'homie*. Es un ideal de sabiduría, de moderación, la alianza entre el valor y la modestia, la proeza y la razón. Es un ideal también esencialmente laico. Ambos ideales se encaman en las dos principales figuras de uno de los libros de más éxito de los siglos XII y XIII, la *Canción de Roldán*. Roldán es *preux*, valiente, y Oliveros es sabio. Y el rey de Francia, Luis IX, es a la vez valiente y santo. La salvación desde entonces se adquiere tanto en la Tierra como en el Cielo.

Para acabar, sin renegar de los ideales colectivos como la pertenencia a un linaje, a cofradías, o a las corporaciones, los

hombres y mujeres del siglo XIII se esforzaron, al menos lo hizo una minoría de ellos, en promover al individuo. Al final de su camino terrestre el purgatorio es un más allá individual antes del más allá colectivo del Juicio Final. Michel Zink ha sabido captar de qué manera el «yo» entra en la literatura, la subjetividad literaria triunfa en la Europa del siglo XIII.




CAPÍTULO SEIS
¿Otoño de la Edad Media o primavera de los nuevos tiempos?




HE RESCATADO EL TÍTULO DE UN LIBRO SUGESTIVO de Philippe Wolff (1986), que a su vez se hace eco de un famoso libro del historiador holandés Johann Huizinga, *El otoño de la Edad Media*. El período comprendido entre los siglos XIV y XV, tradicionalmente considerado como final de la Edad Media, aparece descrito en general como una época de crisis en la relativa estabilidad y en la relativa prosperidad que arraigaron en Europa en el siglo XIII. Guy Boys proponía recientemente una revisión de dicha concepción y un análisis más positivo de lo que no sería, según él, nada más que una crisis pasajera del feudalismo. Dado que su demostración se sitúa esencialmente en Normandía, esta localización disminuye la trascendencia de su hipótesis. Yo pienso, por otra parte, como la mayoría de medievalistas lo hacen, que las pruebas sufridas en los siglos XIV y XV son a la vez, antes de un nuevo renacimiento que será el gran Renacimiento, una crisis de las estructuras y del crecimiento del conjunto de la sociedad europea y la aparición catastrófica de nuevas desgracias. Los hombres y mujeres del siglo XIV, dominados con suma frecuencia por visiones apocalípticas caídas también del Cielo sobre la Tierra, a menudo resumieron las catástrofes a las que tuvieron que enfrentarse con la imagen de los tres caballeros del Apocalipsis: el hambre, la guerra y la epidemia. Ninguno de estos fenómenos era ignorado en fases precedentes de la Edad Media, pero es cierto que tanto por su intensidad como por determinados aspectos novedosos suscitaban una impresión de desconocidos.

El hambre y la guerra

El hambre fue especialmente temible pues los historiadores del clima, como Emmanuel Le Roy Ladurie y Pierre Alexandre, diagnosticaron un empeoramiento de las condiciones climáticas, en particular en Europa del norte, debido a un prolongado enfriamiento y a grandes oleadas de lluvias repetidas que llevó al retorno en los años de 1315 a 1322 de una gran hambruna de carácter insólito.

En la Edad Media, la guerra había sido siempre un fenómeno más o menos endémico, pero la acción de la Iglesia y de príncipes como san Luis en favor de la paz, la búsqueda de unas condiciones favorables para la prosperidad, la condena a través del desarrollo de las monarquías de las guerras feudales privadas se tradujo en un retroceso del fenómeno guerrero. Aunque en el siglo XIV se produjo un retomo casi generalizado de la guerra, lo que más impresionó a los contemporáneos es que el hecho militar adquiriese nuevas formas. La lenta formación de los Estados nacionales, primero favorables a la paz impuesta a las querellas feudales, hizo nacer paulatinamente formas «nacionales» de guerra. El ejemplo de la interminable guerra de los Cien Años, que renovó de una manera moderna las viejas hostilidades franco-inglesas de los siglos XII y XIII, es un buen caso de lo que digo. Los espectaculares aunque lentos avances tecnológicos también contribuyeron a convertir la guerra en un fenómeno nuevo. El más visible de dichos avances fue la invención del cañón y de la pólvora de cañón; pero también las técnicas de asedio se perfeccionaron y este conjunto de cambios conduciría a la lenta desaparición del castillo fortaleza en favor de dos tipos de residencias nobles en el campo: el castillo aristocrático, esencialmente residencia y lugar de ostentación y disfrute, y la fortaleza, a menudo real o principesca, destinada a resistir la agresión de los cañones. Además, la guerra se diluyó y se

profesionalizó. La crisis económica y social multiplicó el número de vagabundos que, si encontraban un jefe, formaban bandas armadas cuyos actos de pillaje y destrucción eran mucho peores que los provocados por los ejércitos más regulares. En Italia, algunos jefes de guerra, a menudo prestigiosos, alquilaron sus servicios a las ciudades y Estados, y a veces se convirtieron ellos mismos en jefes políticos. Eran los *condottiere*. Por último, las monarquías, en particular la francesa, reclutaron soldados de forma permanente, a los que se pagaba con regularidad unos sueldos en condición de mercenarios, y de manera más permanente y estructurada que en el pasado, se pusieron al servicio de los príncipes y de las ciudades. Hubo un pueblo que se distinguió en esta función, los suizos.

William Chester Jordan ha realizado un brillante análisis de la gran hambruna de los inicios del siglo XIV. Ha mostrado de qué manera esa calamidad fue considerada como «insólita» entre los hombres vivos; cómo las causas naturales, humanas y divinas, se combinaban a ojos de los hombres y mujeres de aquellos tiempos para engendrar la hambruna. El clima y las lluvias, la guerra, la ira de Dios son las causas que los contemporáneos percibían. El resultado fue una caída brutal de las cosechas de cereales y devastaciones epizoóticas. Los precios subieron, multiplicando la cantidad y miseria de los pobres, sin que el alza todavía limitada del sector de los salarios pudiese compensar el aumento de los precios. La organización insuficiente de monarquías y de ciudades, la deficiencia de los transportes de víveres y de almacenamiento agravaron, o en todo caso no permitieron luchar eficazmente contra las consecuencias de la gran hambruna. No existían aún las condiciones para que naciera una Europa de la solidaridad rural y alimentaria.

Philippe Contamine ha realizado una sobresaliente descripción del nuevo complejo militar que se dispuso a principios del siglo XIV y finales del XV. La promoción y las transformaciones de la ciencia militar, junto con la aparición de unos tratados de agricultura en economía, llevaron a la redacción y difusión de tratados didácticos

consagrados al arte de la guerra, a la disciplina militar y a la organización de los ejércitos. El tratado compuesto en 1327 por Théodore Paléologue, segundo hijo del emperador bizantino Andrónico II, fue traducido al latín, y luego, a finales del siglo XIV al francés, por el duque de Borgoña Felipe el Atrevido. El benedictino Honoré Bovet compuso a partir de *De bello* del jurista italiano Juan de Legnano, *El Árbol de las batallas*, dedicado al joven rey de Francia, Carlos VI. La italiana Cristina de Pisano, que residía en la corte de Carlos VI, compuso en el año 1410 el *Libro de los hechos de armas y de caballería*. El italiano Mariano di Jacopo Taccola compuso en 1449 un *De machinis* dedicado a las máquinas de guerra. Las ordenanzas militares se multiplicaron y difundieron en toda Europa. Así sucedió con las de Florencia en 1369, la gran ordenanza de Carlos V de Francia en 1374, los estatutos y ordenanzas de Ricardo II de Inglaterra en 1385, las de Enrique V de Inglaterra en 1419, las ordenanzas militares de Carlos el Temerario, sobre todo en 1473, y el conjunto de reglamentos de campaña relativos a las fuerzas militares elaborados por los cantones suizos.

La arqueología nos ha legado una documentación abundante que enriquece la escrita. Philippe Contamine recuerda el descubrimiento en Aljubarrota, en Portugal, de los agujeros dispuestos en línea o en damero, que sin duda fueron cavados en 1385 por los arqueros ingleses de Gante para plantar en ellos las estacas y detener las cargas de la caballería castellana. La excavación de las fosas donde fueron arrojados los muertos de la batalla de Visby en la isla de Gotlandia en 1361 ha permitido realizar un estudio científico completo del armamento defensivo. Se pudieron estudiar los muros que rodeaban las ciudades, los castillos, iglesias fortificadas, casas-fuertes construidas o remozadas a finales de la Edad Media; así los muros de Aviñón, de York, Rotenburgo, Nördligen, el castillo de Vincennes, de Fougères, de Salses, de Karlstein y de Tarascón. Un conjunto de museos europeos permite conocer la Europa militar de los siglos XIV y XV: el Tower Armoury y la Wallace Collection en Londres, el museo de la

puerta de Hal en Bruselas, el museo del Ejército en París, el Castillo de Sant' Angello en Roma, el museo Stibbert en Florencia, la Armería Reale en Turín, la Real Armería en Madrid, la colección del castillo de Ambras en Tirol, etc.

Philippe Contamine ha recordado también que en los dos últimos siglos de la Edad Media se produjo la aparición en toda Europa de los guerreros regulares o irregulares: grandes compañías en Francia y en España, compañías de aventuras en Italia, los *Écorcheurs* [Desolladores] en Francia y en el oeste del mundo germánico, la guerra de los Cien Años, las guerras de sucesión de Bretaña, las guerras de la constitución y del estallido del Estado borgoñón, las guerras hispánicas, expediciones militares de la Iglesia para reconquistar el Estado pontificio, guerras marítimas entre Génova y Venecia, entre la Hansa germánica, Dinamarca e Inglaterra, guerras contra los checos husitas, conflictos entre el orden teutónico y sus vecinos, guerra de las Dos Rosas en Inglaterra, final del reinado de Granada en España, avance de los turcos en los Balcanes, etc.

La iconografía y la arqueología demuestran también que este tiempo se convirtió definitivamente en el de una Europa del caballo, desde entonces un caballo de batalla más que un caballo de caza. La infantería se transformó de modo que perdió una parte de su importancia cuantitativa y cualitativa entre mediados del siglo XIV y mediados del XV; pero fue entonces cuando el papel y el prestigio de la infantería renació, esencialmente gracias a los mercenarios germánicos, los lansquenetes y los suizos. Más llamativa si cabe fue la aparición de la artillería. La pólvora de cañón y el propio cañón llegaron a Italia —y desde ahí se difundieron al conjunto de Europa — desde China a través del mundo musulmán en un par de décadas, entre 1325 y 1345. «Este instrumento belicoso o diabólico al que llamamos vulgarmente cañón», como añade John Mirfield, hacia 1390, revolucionó de forma lenta el arte militar, y lo hizo esencialmente de dos maneras: por su papel en el campo de batalla, de una parte, y por su eficacia contra los muros de los castillos, de otra. La carrera por el grosor de los cañones obedecía

tanto a un deseo de prestigio y de causar espanto como a un deseo de eficacia. A finales del siglo XIV había nacido una Europa de la bombarda. El presupuesto de artillería no dejó de aumentar en las ciudades y Estados de la segunda mitad del siglo XV. A finales del siglo, la industria metalúrgica militar experimentó un gran avance, sobre todo en Milán y en Italia del norte, mientras que la artillería francesa, tal y como iba a demostrarse en las guerras de Italia, era por su calidad e importancia la primera del mundo.

La militarización de Europa se completó con la profunda evolución del servicio militar. El servicio feudal desapareció en Inglaterra en el siglo XIV y fue sustituido por el reclutamiento de milicias nacionales y de voluntarios. En el reino de Francia se volvió habitual el contrato de reclutamiento desde la segunda mitad del siglo XIV. En el siglo XV, cada comunidad y parroquia del reino al llamamiento de la monarquía de los francos, tuvo que proporcionar arqueros y ballesteros. Italia, cuyas clases dirigentes urbanas abandonaron la función militar, optó por recurrir esencialmente a mercenarios. Fue el sistema de la *condotta*. No obstante, en casi toda Europa el papel de la nobleza como proveedora fundamental de la caballería militar subsistió. La Europa de la nobleza continuaba apoyándose en sus tradiciones guerreras.

Por último, todos los poderes políticos europeos desarrollaron en mayor o menor grado durante el siglo XV ejércitos permanentes. La guerra feudal era una guerra intermitente basada en el reclutamiento ocasional, habitualmente en primavera, y la militarización de los guerreros era por tiempo limitado. Mientras el año guerrero de la Europa feudal estaba lleno de agujeros, el tejido militar de la Europa moderna empezaba a ser de una sola pieza. Incluso los italianos experimentaron la necesidad de contar con ejércitos permanentes directamente a su servicio. El senado de Venecia declaraba en 1421: «Nuestra política consiste en tener hombres valerosos tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra».

Esta Europa de violencias guerreras generalizadas no había olvidado, pese a todo, la aspiración a la paz que fuera el ideal

profundo de la sociedad, de la Iglesia y de los poderes en la Edad Media.

El benedictino Honoré Bovet, el autor de *El Árbol de las batallas*, constataba desconsolado: «Veo toda la santa cristiandad tan abrumada por las guerras y el odio, el pillaje y las disensiones, que cuesta poder nombrar un pequeño país, sea un ducado o un condado, donde reine la paz». En el siglo XV, Jorge de Podiebrad, rey de Bohemia, compuso en latín un *Tratado de la paz a imponer en toda la cristiandad*. Con la esperanza de que «tales guerras, rapiñas, disturbios, incendios y asesinatos, que así como los hemos descrito con tristeza han asediado la cristiandad en todas partes y por los cuales los campos han quedado devastados, las ciudades saqueadas, las provincias desgarradas, los reinos y principados abrumados por innumerables miserias, cesen por fin y queden completamente apagados y que se vuelva a un estado conveniente de caridad mutua y de fraternidad por medio de una unión loable».

Ese rey del siglo XV sin duda ofrecía el proyecto más hermoso, la más hermosa justificación a la Unión Europea que seis siglos después busca en medio de dificultades construirse. Una Europa de la paz.

La peste negra

A mediados del siglo XIV se produjo uno de los acontecimientos más catastróficos de la Europa medieval. La peste negra. Así llamada porque de las dos formas bajo las cuales se presentó, la forma respiratoria y la forma inguinal, fue esta última la que cuantitativamente predominó. Se caracterizaba por la aparición en la ingle de ganglios, llamados bubones, llenos de una sangre negruzca cuyo color definió la enfermedad y la epidemia. La peste bubónica ya había arrasado Oriente y Occidente en el siglo VI, en la época de Justiniano. Luego desapareció por completo de Occidente. Debió de mantenerse en estado endémico en Asia central y probablemente en el cuerno oriental de África, por lo que cuando se reactivó volvió a castigar Europa en 1347-1348. El origen de la peste negra se puede establecer y fechar. La colonia genovesa de Caffa, en Crimea, fue asediada por asiáticos que utilizaron como armas cadáveres de infectados por la peste, que arrojaron por encima de las murallas. El bacilo transportado por las pulgas de los ratones llegó a Occidente a bordo de los barcos originarios de Caffa. Durante el año 1348 se difundió por prácticamente toda Europa. La peste negra empezó a ser un fenómeno catastrófico que en Occidente se prolongó hasta 1720, fecha de la última gran peste, la de Marsella, también en este caso de origen oriental. Lo que hizo que la epidemia adquiriera dimensiones catastróficas fue en primer lugar el carácter fulgurante de la enfermedad. Los hombres y mujeres contaminados por el bacilo caían al cabo de una breve incubación por un acceso que de 24 a 36 horas después, desembocaba con mucha frecuencia en la muerte del enfermo. La segunda razón que justificaba el pánico ante la peste fue la revelación a los occidentales de la fuerza del contagio. No hay duda que se consideraba que la lepra podía ser contagiosa —lo cual es

falso—, pero la peste demostró que el contagio era irrefutable. Por último, la peste iba acompañada de fenómenos fisiológicos y sociales aterradores. Los apestados mostraban unas alteraciones nerviosas impresionantes, y la incapacidad en que se veían las familias, comunidades y poderes públicos de combatir el mal, le proporcionaba un carácter diabólico. Las consecuencias de la epidemia eran espectaculares a causa del contagio dentro de grupos que vivían en comunidad; y siendo estos grupos la base de la estructura social de Europa, quedaba socavada y a menudo destruida por la epidemia. Las familias, linajes, conventos y parroquias ya no fueron capaces de garantizar funerales individuales decentes a los muertos, por lo que muchos de ellos no pudieron contar con el sacramento de la extremaunción, ni siquiera con las oraciones y bendiciones de rigor antes de ser enterrados en fosas comunes. No poseemos documentos que permitan evaluar de manera bastante precisa la mortalidad de la epidemia, que varía según las regiones. Es probable que en ninguna región fuese inferior a un tercio de la población y la evaluación más verosímil va de la mitad a dos tercios de la población de la cristiandad. La caída demográfica fue del 70 por 100 en Inglaterra, que pasó de tener alrededor de siete a aproximadamente dos millones de habitantes en 1400. Los efectos catastróficos de la peste se vieron en último término agravados por el retorno más o menos regular y más o menos severo de las epidemias. Hubo una en 1360-1362, que afectó especialmente a los niños. También hubo epidemias en 1366-1369, 1374-1375, 1400, 1407, 1414-1417, 1424, 1427, 1432-1435, 1438-1439, 1445, 1464… Por otra parte, la combinación entre peste y otras enfermedades como la difteria, la rubeola, las paperas, la escarlatina, la tifoidea, la viruela, la gripe y la tos ferina, así como el parentesco que la gente de la época estableció entre pérdidas, guerras y hambre, un trío como ya hemos visto procedente del apocalipsis, engendró un sentimiento de terror.

Los médicos del siglo XIV eran incapaces de encontrar las causas naturales de la epidemia, por más que existía la certeza de

que las había y que el fenómeno a combatir era el contagio, algo que ayudó a contrarrestar la explicación que lo atribuía a la cólera divina, que sería con todo la interpretación más frecuente y más fuerte.

A falta de un saber médico idóneo, sí hubo en todo caso observaciones precisas y eficaces. Por ejemplo, la prohibición de reunirse a la cabecera del enfermo y de los muertos, de reunirse para celebrar los funerales, de usar las ropas de los apestados y, en general, una lucha continua contra el contagio. La medida más eficaz fue la huida ante el cataclismo, el refugio, lejos de las ciudades pobladas, en los campos donde la población vivía más dispersa. Una famosa obra evoca este movimiento de salida de la ciudad, la introducción del *Decamerón* de Boccaccio, que describe la huida a su casa de campo de los ricos florentinos. Esta forma de lucha contra la peste no estaba, evidentemente, más que al alcance de las élites. La peste agravó los conflictos sociales, las desdichas de los pobres y fue uno de los agentes provocadores de una violencia social a la que volveremos a referirnos en otro momento.

Los poderes públicos, y en especial las ciudades, en cuyo primer rango se encontraban las ciudades italianas, adoptaron asimismo un conjunto de medidas entre las que destaca la limpieza. La higiene experimentó entonces importantes progresos. Se adoptaron también medidas contra el lujo ostentoso de los ricos, que se presentó como una provocación que había desatado la ira de Dios y el castigo divino. La peste trajo también nuevas formas de devoción cristiana, y en concreto la promoción de santos especializados que se convirtieron en grandes figuras en toda Europa, como san Sebastián, pues las flechas clavadas en su cuerpo se interpretaron como las plagas del siglo XIV, y san Roque en la Europa occidental y meridional.

La muerte, el cadáver, la danza macabra

La peste alimentó también una nueva sensibilidad y una nueva religiosidad. Hasta el momento lo que hombres y mujeres temían ante la muerte era esencialmente el riesgo del infierno; desde entonces, una primera fase absorbió este temor, fue la muerte misma, cuyos horrores visibles gracias a la peste nada tenían que envidiar a los tormentos del infierno. Es cierto, como la iconografía ha venido mostrando, que el miedo al infierno se mantuvo más allá del mediados del siglo XIV; incluso si, como ha demostrado Jean Delumeau, existió cierta tendencia a equilibrar los horrores del infierno con las delicias del paraíso. Sin embargo, el principal beneficiario, si así podemos llamarlo, de la nueva sensibilidad ante la muerte fue el cadáver.

El cara a cara con el cadáver fue, a mediados del siglo XIV, objeto de un tema iconográfico de gran éxito. Se trata del encuentro de tres seres vivos y de tres muertos. Se ve a tres jóvenes, hermosos, alegres y despreocupados, cara a cara con tres cadáveres, en general en sendos ataúdes en un cementerio. Un tema en vigor en toda la Europa cristiana adquirió entonces una importancia excepcional. Fue el del *Memento morí*, «recuerda que morirás», que se convirtió en fundamento de la devoción y de un estilo de vida y de reflexión. El tema suscitó la redacción de tratados ilustrados sobre el arte de morir, las *artes moriendi*, muy bien estudiadas por Albert Tenenti. Esta reflexión conducirá en el siglo XVI al precepto de Montaigne «filosofar es aprender a morir». Así se difundió por toda Europa un tema iconográfico que fue también un sentimiento y una filosofía, lo macabro. Una de sus manifestaciones más espectaculares fue la representación sobre las tumbas de los grandes personajes de su cadáver, que el francés

llamó el *transi*. El más famoso en Francia fue el del cardenal de Lagrange, hacia 1400. Se conocen 75 en la Europa del siglo XV.

La Italia del siglo XIV había privilegiado otro tema iconográfico, el del triunfo de la muerte, espectacularmente representado en el Campo Santo de Pisa, en 1350, dos años después de la aparición de la peste negra. Otros dos temas tuvieron un éxito aún mayor, uno fue el de la vanidad, una representación de un cráneo muerto, que desarrolló su éxito a lo largo de todo el Renacimiento y hasta el arte barroco; y el otro el de la danza macabra, característica del arte y la sensibilidad del siglo XV.

La danza macabra es digna de mención por el conjunto de personajes que participan en ella y por la forma de su manifestación. Si, en efecto, el cadáver es esencialmente una imagen individual de la muerte, la danza macabra es una representación del conjunto de la sociedad, de todas las categorías sociales y políticas que la componen. Dirigida por el papa y el emperador, pone en danza a toda la humanidad, desde el rey al noble, al burgués y al campesino. Tampoco las mujeres se libran. Otro aspecto llamativo es el de la danza. La Iglesia había condenado firmemente todo tipo de danzas, considerándolas frívolas e incluso paganas, además de inconvenientes. Ya había tenido que ceder ante las danzas de corte, que no triunfaron sin embargo hasta los siglos XVI y XVII, pero sí refrenó las danzas campesinas, las carolas. La danza macabra reunió la cultura laica y la visión clerical. Manifiesta que la danza es una diversión perniciosa, y que la sociedad va a su perdición danzando sin necesitar siquiera de Satán como maestro de baile. La Europa de lo macabro es una Europa de la sinrazón. Así se introdujo en la larga historia de Europa el hilo rojo de los años locos.

La danza macabra cubrió las paredes de la Europa cristiana en el siglo XV. Su primera gran obra maestra se representó en la pared del cementerio de los Santos Inocentes, en París, en 1425. En 1440 hubo una réplica del fresco de los Santos Inocentes en el muro del cementerio de Saint Paul’s, en Londres, y el gran pintor Konrad Witz representó una en el cementerio de los dominicos de Basilea,

mientras se pintaba otra en Ulm, y una gran tela representó una danza macabra en la Marienkirche de Lübeck, antes de que fuera ejecutada otra hacia 1470 en la Chaise-Dieu. Lo más sorprendente es que encontramos danzas macabras en iglesias menores de ciudades pequeñas e incluso de pueblos. Por ejemplo, las de Kernescleden (Bretaña) en el crucero (segunda mitad del siglo XV), San Nicolás de Talinn (finales del siglo XV), Beram (Istria, 1474), Norre Alslev (Dinamarca, 1480), Santa María in Silvis de Pisogne, cerca de Ferrara (1490), Hrastovlje (Eslovenia, 1490), Kermaria (Bretaña, 1490), Meslay-le-Grenet (Eure-et-Loir, finales del siglo XV, principios del siglo XVI).

La Europa de la violencia

Al margen de las violencias mayores debidas a la peste, la hambruna y la guerra, otros acontecimientos, otras evoluciones, provocaron el nacimiento en la Europa de los siglos XIV y XV, de conflictos y violencias que contribuyeron también a forjar esta imagen de crisis y de luchas que caracteriza el final de la Edad Media y que hizo que se cerniera una imagen sobre la constitución de Europa.

La interpretación de estos fenómenos ha dado lugar a diversas hipótesis. El historiador checo Frantisek Graus, al estudiar los pogromos que en los años 1320 acompañaron las acusaciones contra los judíos de envenenar los pozos y los que a gran escala marcaron sobre todo en Europa central la peste de 1348, ha adelantado dos explicaciones globales: una, que no le es propia, es la hostilidad en relación a los judíos como chivos expiatorios, aunque Graus resitúa esos pogromos sobre todo dentro de un análisis global según su expresión del «siglo XIV como época de crisis». Con ello destaca los peligros estructurales de la economía europea, siempre amenazada por la crisis, conflictos estructurales entre campesinos y señores, artesanos y comerciantes, que pueden proporcionamos cierto discernimiento de larga duración sobre los riesgos internos que todavía corre Europa. Además, la relativa debilidad de los poderes políticos, una monarquía minada por los conflictos dinásticos, amenazada por las revueltas populares e incapaz de asegurarse unos recursos fiscales suficientes, apunta también sobre una debilidad de los aparatos políticos que tal vez no hayan desaparecido de la Europa de hoy. En su hermoso libro *«De grace especial», Crime, Etat et société en France á la fin du Moyen Age («De gracia especial», Crimen, Estado y sociedad en Francia a finales de la Edad Media)*, Claude Gauvard adelanta otra explicación

acerca de la violencia en la Francia de lo siglos XIV y XV. La violencia conllevaría la aparición de un nuevo comportamiento delictivo, el «crimen», diferente de las violencias feudales, en relación con el desarrollo de una policía monárquica y que de manera general se explicaría como una reacción a la construcción del Estado moderno, al mismo tiempo que la represión de la criminalidad multiplica los documentos, los archivos que nos permiten tener información acerca de esos actos de violencia y pueden damos la impresión de haber aumentado, cuando es la represión y la documentación sobre ellos lo que progresó. Todavía no contamos en este punto con los elementos para una interpretación posible de las violencias de la Europa de hoy. Lo que sigue siendo específico de la sociedad medieval, y que Claude Gauvard ha analizado de forma notable, es que el principal valor de los componentes sociales de esas poblaciones medievales es el sentimiento del «honor». Pero lo más importante, sin duda, de los fenómenos de larga duración, aún activos en la Europa de hoy, es que el poder político, la monarquía de ayer, el Estado de hoy, si bien tienen la función de castigar, también deben manifestarse por el perdón. En los siglos XIV y XV, ese perdón se manifiesta en Francia con la entrega a ciertos condenados de «cartas de remisión»; es la manifestación de la gracia, forma suprema de un poder político al que se le han transferido determinadas características del poder divino. Asoma claramente el perfil de una Europa de la represión y de la gracia.

Estas explicaciones, y en particular las de los pogromos como castigo del chivo expiatorio, han sido recientemente cuestionadas por el medievalista americano David Nirenberg en su estudio de la violencia en la España de la primera mitad del siglo XIV, y más concretamente en las regiones de la Corona de Aragón. Nirenberg estudia en él las persecuciones y, más concretamente, la violencia de la que son víctimas las minorías. Judíos y musulmanes sobre todo, pero también las mujeres. Según él, «la violencia es un aspecto central y sistemático de la coexistencia entre mayoría y

minoría». Sería por lo tanto la coexistencia entre mayoría y minoría en la Península Ibérica, pero también en una gran parte del resto de Europa, la fuente de esta violencia que parece haber puesto en peligro la cohesión de Europa a finales de la Edad Media. En todo caso, podemos realizar dos observaciones sobre esta cohesión a finales del siglo XV: la primera es que hablar de tolerancia o de intolerancia en este momento de Europa carece todavía por completo de sentido, y nos encontramos así en un punto previo a la Europa de la tolerancia que ha realizado algunos progresos, pero que todavía hoy está por nacer; la otra constatación es que los judíos fueron expulsados de la Europa occidental y meridional, lo fueron de Inglaterra a finales del siglo XIII, de la Francia de finales del siglo XIV y por último de la Península Ibérica en 1492. Lo más grave es que en este último caso no era ya un argumento religioso el que se esgrimió, sino un argumento racista, la «limpieza de sangre». En el centro y el este de Europa, se adoptaron otras dos soluciones, o bien la tolerancia, aun cuando no se utilice este nombre, lo cual convertirá, por ejemplo, en relación con los judíos y con las brujas a la Polonia del siglo XVI en «un Estado sin hogueras»; o bien el confinamiento acompañado de protección, el *guetto*, en Italia y en gran parte de Alemania. Pero la Europa de finales de la Edad Media es una Europa que ha expulsado a sus judíos.

Persecución de la bruja

A partir del siglo XIV y sobre todo del siglo XV, se desarrolló otra forma de violencia, la represión de la brujería. La Iglesia siempre había combatido las creencias y prácticas mágicas y a las personas que a ellas se dedicaban, los brujos. Pero este combate se volvió secundario frente a la herejía. La Inquisición fundada a principios del siglo XIII, como ya se ha visto, apuntó esencialmente contra la herejía. La brujería, sin embargo, se convirtió en una de sus dianas preferidas y, con el adormecimiento de las herejías valdenses y cátaras, la brujería pasó a ocupar el primer rango de la represión inquisitorial. Lo vemos en los manuales del siglo XIV destinados a los inquisidores. Es ya perceptible en el manual del inquisidor dominico del Languedoc, Bernardo Gui; es aún más cierto en el *Directorio de inquisidores* del dominico catalán Nicolás Eymerich, redactado hacia 1376 y que tuvo una amplia difusión. En el siglo XV, como ha mostrado Norman Cohn, la bruja sustituyó al hereje como presa favorita de la Inquisición. Michelet, gracias a su intuición, percibió la feminización de la brujería en el siglo XIV, aunque se fundase en un texto que ha resultado ser apócrifo. Es la bruja, por lo tanto, la que ocupa el primer plano del escenario europeo, en él se mantendrá hasta el siglo XVII y será víctima de las numerosas hogueras. La obra que iba a orquestar esta caza de brujas fue el *Mallus Malificarum*, el *Martillo de brujas*, de los dos inquisidores dominicos del valle del Rin y de Alsacia, Jacobo Sprenger y Enrique Institoris, que apareció impresa en 1486. Los dos autores resitúan el combate contra las brujas bajo el prisma dramático y enloquecido de su época, que consideran presa de desórdenes de todo tipo, en particular desórdenes sexuales, y bajo la influencia de un diablo desatado. El *Martillo de brujas* es un producto y un instrumento de lo que Jean Delumeau llamó un

«cristianismo del miedo». Dentro de esta nueva intolerancia, la creencia aterrorizada en una alucinante práctica de las brujas, el *sabbat*, introdujo una nota tanto más espectacular cuanto que inspiraba con suma facilidad la iconografía. Una Europa de la caza de brujas, una Europa del *sabbat*, había nacido.

Movimientos campesinos

Entre las violencias de este final de la Edad Media destacaron las revueltas de los trabajadores, campesinos, obreros y artesanos de las ciudades. Robert Fossier ha podido hablar de un «recrudecimiento de los conflictos de clase», y algunas interpretaciones de inspiración marxista como las ofrecidas por el historiador británico Rodney Hilton han podido parecer justificadas. La evolución económica entrañó el empobrecimiento de un número mayor de campesinos, aunque, al mismo tiempo, enriqueció a otros. Las revueltas campesinas, tradicionalmente llamadas *jacqueries* —término derivado de la palabra con que popularmente se llamaba en Francia al campesino, el *Jacques*— no fueron, sin embargo, mayoritariamente manifestaciones de campesinos pobres, sino, por el contrario, de los más acomodados, que veían amenazados sus privilegios. La *jacquerie* se manifestó en las tierras limosas y prósperas del Beauvaisis y del Valois, de los condados de Londres y Sussex, y los focos principales estuvieron localizados en grandes burgos como los de Cataluña o Flandes, a lo largo de zonas de intensa circulación del Rin o del Elba. La principal *jacquerie* francesa fue la que estalló en mayo de 1358, en el Beauvaisis, y que rápidamente se extendió hasta el Soissonnais, el Valois y Brie. Este movimiento se manifestó esencialmente a través del pillaje y el incendio de castillos, no obtuvo eco en la ciudad ni produjo jefes con un gran ascendiente y tampoco expresó ninguna doctrina clara. Fue una revuelta que los señores reprimieron con ferocidad.

En 1378, el empobrecimiento general del Languedoc y la aparición de tropas de salteadores produjo también una *jacquerie* endémica, que se conoció como *jacquerie de los Tuchins*, una vieja palabra que designaba a los salteadores o bandoleros que se ocultaban en los bosques, y también fue reprimida. Conviene señalar que los movimientos de las revueltas campesinas fueron

muy débiles en Italia. El dominio de las ciudades sobre los campos dejó sentir su peso sin posibilidad de oponer resistencia. No hubo una generalizada «cuestión campesina» en la Europa de los siglos XIV y XV. El gran movimiento campesino organizado tuvo lugar en Alemania a principios del siglo XVI. Fue la guerra de los campesinos.

Revueltas urbanas

Sí hubo, en cambio, una cuestión campesina. El extraordinario desarrollo urbano se debilitó y entró en crisis después de 1260. El paro, la fluctuación de los salarios, la multiplicación del número de pobres y marginados, produjeron accesos casi continuos de motines y revueltas. La violencia de las categorías urbanas inferiores, cuando no se volvía contra los judíos, tomaba cada vez con mayor frecuencia como diana a los representantes del poder real cuya avidez fiscal y la represión policial eran cada vez peor soportadas. La concentración artesanal y la dominación que los maestros ejercían sobre las corporaciones atizó las revueltas de los artesanos y de los pobres. Hubo entonces tentativas de organizarse. El jurista francés Beaumanoir escribió, en 1285, «hay alianza contra el común beneficio cuando ciertas personas se comprometen o convienen dejar de trabajar a una tarifa tan baja como antes». Ya en 1255, en Figeac, algunos artesanos forman una *collegatio*, algo que bien puede traducirse por sindicato. Esas revueltas urbanas definen reivindicaciones y proyectos. Reclaman la reducción de la jornada de trabajo. En 1337, en Gante, los bataneros se sublevan a los gritos de trabajo y libertad. Al contrario que en el campo, los sublevados de las ciudades sí encuentran jefes, entre los cuales Robert Fossier menciona a Berenguer Oller, en Barcelona, Jean Cabos, en Caen; Pierre Deconinck en Brujas, Michele de Lando en Florencia, Simon Caboche en París, Honoré Cotquin en Amiens y Bernard Porquier en Béziers. Sólo uno de esos líderes tuvo al parecer una envergadura excepcional: Henri de Dinant, de Lieja, alcalde de la ciudad durante cuatro años, de 1353 a 1356, y que soñó con una sociedad sin clases.

Aparte de Lieja, hubo tres ciudades, en el siglo XIV y a principios del XV, que fueron escenario de revueltas urbanas de carácter propiamente revolucionario: París, Londres y Florencia.

En París, el contragolpe de la derrota del rey de Francia, Juan II el Bueno en Poitiers, y las intrigas de Carlos el Malo, conde de Évreux y rey de Navarra, provocaron el levantamiento de gran parte de la población parisina, que encontró un jefe en la persona de un gran burgués, Étienne Marcel, preboste de los comerciantes, y quien, aunque no era un revolucionario, deseaba limitar los poderes de una monarquía que se mostraba cada vez más absolutista. Después de diversas peripecias y sobre todo de un intento por parte de Étienne Marcel de encontrar un apoyo entre los *Jacques*, el preboste fue asesinado el 31 de julio de 1358, y la revuelta parisina quedó desarbolada.

Un efímero aunque violento movimiento de rebelión tuvo lugar en 1382, cuando la monarquía restableció los impuestos que Carlos V, imprudentemente, abolió hallándose en su lecho de muerte. Los amotinados se apoderaron de los depósitos de armas guardadas en el Ayuntamiento en previsión de un ataque inglés y los utilizaron ofensivamente. Fue la revuelta de los Maillotins.

Hubo un nuevo rebrote en el marco de esta lucha entre argmagnacs y borgoñones en su disputa por el poder en torno al rey loco Carlos VI. Los borgoñeses apoyaron a un grupo de amotinados dirigidos por el carnicero Caboche e hicieron que el Parlamento votase una ordenanza de reforma en mayo de 1413. El retomo de los armagnac barrió esta tentativa. Así, en Francia, pero también en otras zonas, apareció una Europa de las reformas abortadas y de las revueltas urbanas que se prolongaría hasta la Revolución Francesa.

En Londres, el momento de la gran revuelta se produjo con el levantamiento de los trabajadores, sublevados por el reforzamiento del estatuto represivo de los trabajadores y por la introducción de un nuevo impuesto, la *poll-tax*. El carácter excepcional de esos movimientos obedeció a la conjunción entre una revuelta de artesanos y obreros urbanos y un levantamiento campesino. La revuelta tenía jefes: Wat Tyler, quien reclamaba la abrogación del estatuto y la liberación de los villanos; y un pobre sacerdote, John

Ball, quien encontró una fórmula impactante: «Cuando Adán labraba la tierra y cuando Eva hilaba, ¿dónde estaba el gentilhombre?». Los amotinados tomaron Londres por un breve período de tiempo, pero finalmente fueron derrotados y también en este caso hubo represión.

Los acontecimientos tuvieron un carácter distinto en Florencia. La ciudad estaba dominada por la poderosa industria textil y por el control extremo de los maestros de las ricas corporaciones, pañeros y comerciantes. Fueron los obreros del textil los que dirigieron la revuelta contra las familias ricas. Esos *Ciompi* controlaron la ciudad durante más de tres años, de 1378 a 1382. El movimiento se extendió incluso fuera de Florencia, por ejemplo a Siena. El regreso de las ricas familias garantizó durante mucho tiempo su poder: el siglo XV fue el siglo de los Médici.

Hubo otros movimientos casi en todas partes, en general liderados por gente en paro y marginales en las ciudades donde se estaban formando barrios «peligrosos». Hubo ya algunas premisas de ello durante el período de 1280-1310: en Douai, Ypress, Brujas, Tournai, Saint-Omer, Amiens, Lieja, pero también en el Languedoc, Béziers y Toulouse; en Champaña y en Reims; en Normandía, Caen; en París y en la Italia del norte. En Bolonia, en Lombardía en 1289, en Viterbo y en la Toscana, en Florencia. Un segundo período se extiende de 1360 a 1410. Vemos aparecer entonces una forma «moderna» de revuelta obrera: el destrozo de máquinas. Las ciudades más afectadas son las del noroeste de Europa y del imperio: el valle del Rin (Estrasburgo, Colonia, Frankfurt), y más tarde la Alemania media (Basilea, Núremberg y Ratisbona). Un último período más breve y menos violento tuvo lugar entre 1440 y 1460. En Alemania (Viena, Colonia, Núremberg), en Flandes (Gante) y siempre en París, en 1455. Pierre Monnet ha descrito con brillantez el carácter particular de los conflictos que sacudieron en unas doscientas cincuenta ocasiones a más de un centenar de ciudades alemanas entre 1300 y 1350. Esos conflictos no desembocaron ni en la instauración de tiranías a la italiana ni en una

democratización de los oficios. El retomo a la paz siguió siendo un asunto de las élites que consiguieron salvaguardar su poder.

Conflictos en Europa del norte

En la Europa escandinava, los conflictos sociales se complicaron con las luchas entre los comerciantes hanseáticos, artesanos y campesinos escandinavos, y con la rivalidad entre las monarquías nórdicas. Los tres reinos de Dinamarca, Noruega y Suecia declararon, en 1397, una unión dinástica perpetua en Kalmar. Pero a partir de 1434, nobles y campesinos suecos se sublevaron. Podemos citar a título de ejemplo de las violencias urbanas cometidas por este sector el levantamiento de la población de Bergen, en 1455, instigada por la Hansa contra el baile real, el obispo y unas sesenta personas a las que se dio muerte. El mundo escandinavo, dividido y profundamente hostil a los comerciantes alemanes y holandeses de la Hansa, se presentaba como un fragmento de Europa especialmente inestable. Además, el gran príncipe de Moscovia se hacía en 1478 con Novgorod, donde el comercio hanseático desapareció en 1494. La aparición de la futura potencia rusa ponía en entredicho la fórmula que hasta entonces había unido a Rusia y a Europa.

La ruptura de la unidad de la Iglesia: el Gran Cisma

Otro acontecimiento contribuyó a fortalecer la desazón de los cristianos de la Europa del siglo XIV y hace referencia al papado. El punto de partida fueron los conflictos incesantes que, después del jubileo de 1300, agitaron a la población romana. Para escapar de dicha agitación, el papa francés Clemente V, arzobispo de Burdeos, elegido en 1305 y coronado en Lyon, no fue a Roma, sino que convocó en Viena sobre el Ródano un concilio para 1312, y en 1309 se estableció en Aviñón, a la espera de que se apaciguaran los ánimos lo suficiente para poder regresar a Roma. Los sucesores de Clemente V no dejaron Aviñón, donde habían hecho construir un soberbio palacio pontificio y desarrollado una eficaz administración de la cristiandad gracias a instituciones ampliamente financiadas por una temible fiscalidad. Cámara apostólica, tesorería, cancillería, audiencias diversas y penitenciaría hicieron del papado de Aviñón el gobierno monárquico más perfecto de la Europa del siglo XIV. La situación de Aviñón, casi en el centro de la cristiandad, favoreció en gran medida los éxitos pontificios; y, sin embargo, el rasgo dominante en la sensibilidad de los europeos de la época era el apego a la ciudad simbólica que era Roma. Europa siempre encontró, incluso hoy, ese prestigio de determinados lugares, recuerdos, y significados simbólicos. La mayoría de la opinión pública que empezaba a manifestarse, no solamente en la Iglesia sino también entre los laicos, reclamó constantemente a lo largo del siglo XIV el retorno del papado a Roma. Urbano V prestó oídos a esta petición y abandonó Aviñón por Roma en 1367, pero la situación romana le forzó a regresar a Aviñón en 1370. Su sucesor, Gregorio XI, haría realidad el retorno definitivo del papado a Roma en 1378.

Mientras el papado funcionaba en Aviñón, los conflictos romanos internos se redoblaron, instigados por la rivalidad de las grandes familias aristocráticas y la existencia de un populacho presto a dejarse enrolar por los cabecillas.

La situación romana vivió un episodio excepcional con Cola di Rienzo. Hombre de origen modesto pero muy instruido y gran conocedor de la literatura antigua, Cola di Rienzo fue una especie de tribuno iluminado que se hizo con la municipalidad de Roma, el Capitolio, en 1347, con la ayuda de una muchedumbre entusiasmada por su elocuencia, que combinaba las citas antiguas con las ensoñaciones proféticas por entonces de moda. La hostilidad conjunta de las grandes familias romanas y del papa que había enviado tropas mandadas por el cardenal Albornoz forzó a Cola di Rienzo a exiliarse. De regreso a Roma no consiguió restablecer su poder y fue asesinado en 1354. Sin embargo, el episodio produjo un gran impacto no sólo en Roma sino en la cristiandad, y contribuyó a preparar las mentalidades para un renacimiento del pensamiento latino antiguo. El regreso de Gregorio XI a Roma, lejos de restablecer la paz en la Iglesia, fue el origen de una nueva crisis aún más grave. La muerte prematura de este papa conllevó la celebración de un cónclave que terminó en revuelta. El nuevo papa, Urbano VI, elegido en tales condiciones que enseguida despertaron una franca hostilidad, indujo a la mayoría del cónclave a anular su elección y a elegir en su lugar a Clemente VII. Pero Urbano VI se mantuvo, de modo que hubo simultáneamente dos papas, el italiano Urbano VI en Roma y el genovés Clemente VII en Aviñón. Cada uno de ellos concitó la adhesión de una parte de la cristiandad, que se encontró así dividida en dos obediencias. En la obediencia aviñonense estaban Francia, Castilla, Aragón y Escocia. Por la obediencia romana se encontraban Italia, Inglaterra, el emperador germánico y los reinos periféricos del este y del norte de Europa. Cada uno de los papas tuvo sus cardenales que, a su muerte, formaban cónclaves parciales. A Urbano VI le sucedieron Bonifacio IX (1389-1404),

Inocencio VII (1404-1406), y Gregorio XII (1406-1409). A Clemente le sucedió Benito XIII en 1394. Es de señalar que, como estos hechos se produjeron en el siglo XVI, en el marco de la Reforma, las Iglesias nacionales se atuvieron a las decisiones de los monarcas y de los jefes políticos. Muchos cristianos, en la Iglesia y entre los laicos, se sentían traumatizados y escandalizados por esta situación. Francia propuso, a partir de 1395, una solución mediante el procedimiento de cesión, es decir, de retirada simultánea de ambos papas. Benito XIII la rechazó. De todos modos, un concilio en 1409, compuesto por cardenales de los dos campos, depuso a los dos papas y nombró en su lugar a Alejandro V, sucedido por Juan XXIII desde 1410, a quien la tradición no ha considerado verdadero papa y que no aparece por ello en la lista oficial de papas. Sin embargo, Benito XIII y Gregorio XII se mantuvieron, y hubo así no solamente dos papas rivales y simultáneos, sino tres. Juan XXIII fue expulsado de Roma y depuesto por el concilio de Costanza en 1415. Gregorio XII abdicó, Benito XIII, aislado, fue depuesto de nuevo y el concilio terminó por elegir un papa unitario, papa de la reconciliación, en la persona de Martín V, el 11 de noviembre de 1417. Hubo un nuevo capítulo del cisma menos largo y menos serio, ocurrido entre 1439 y 1449. El concilio de Florencia y el papa Eugenio IV pusieron definitivamente fin al cisma e intentaron realizar *in extremis* una reconciliación entre las iglesias latina romana y griego-ortodoxa con la que la toma de Constantinopla por los turcos en 1453 pondría fin.

El Gran Cisma fue para la Europa cristiana una dura prueba. Su unidad quedó deshecha durante largos años. Aunque el apego afectivo a la Iglesia romana se puso entonces de relieve, el poder Unificador de esta Iglesia se vio muy perturbado. Las iglesias nacionales habían tomado distancias respecto a Roma, y las monarquías se preparaban para establecer tratados bilaterales con el papado. Se anunciaba la Europa de los concordatos.

Los nuevos herejes: wyclifitas y husitas

En los siglos XIV y XV se desvanecieron las grandes herejías del período anterior. Los cátaros desaparecieron poco a poco; los valdenses sólo sobrevivieron aislándose, en particular en los valles alpinos y en algunas regiones aisladas de Italia del norte. Pero entonces se declararon otras herejías que han sido consideradas «modernas», y directamente precursoras de la Reforma protestante del siglo XVI. Las dos principales fueron la de Wyclif y los lollardos, en la Inglaterra del siglo XIV; y de Jan Hus, y de los husitas, en la Bohemia de principios del siglo XV. John Wyclif (c. 1335-1348) era un maestro teólogo de Oxford. Wyclif retomaba la vieja idea de que la validez de los sacramentos no procedía de quienes los administraban, sino del hecho que se hallaban en estado de gracia. De ahí derivaba la no validez de los sacramentos administrados por sacerdotes indignos. Por otra parte, sólo consideraba válidos los aspectos de la religión cristiana mencionados en la Biblia. Negaba con ello la validez de todas las decisiones de la Iglesia tomadas según una tradición que no hallaba su origen y su garantía en las Escrituras. Así desacreditaba el uso de imágenes, la práctica de la peregrinación o la entrega de indulgencias para los muertos. Al final de su vida, se dedicó a predicar ideas radicales sobre la Eucaristía contra la transubstanciación y a atacar las órdenes religiosas que consideraba religiones «privadas».

Las ideas de Wyclif sobre la Eucaristía fueron condenadas en Oxford en 1380 y en Londres en 1382. Corrió el rumor de que él había inspirado, si no apoyado abiertamente, la revuelta de los trabajadores de 1381. Su principal influencia en la larga duración fue sin duda su traducción de la Biblia al inglés. Sus ideas se difundieron, sobre todo en Oxford, aún después de su muerte. Fueron motivo de controversias a principios del siglo XV y

subsistieron en mayor o menor grado hasta la Reforma protestante del siglo XVI, donde hallamos algún eco de ellas.

El otro gran movimiento paraherético y luego decididamente herético fue el que lanzó Jan Hus (1370-1415) en Bohemia. Siendo estudiante en la todavía nueva Universidad de Praga, Jan Hus intervino en los conflictos más o menos violentos que estallaron allí, sobre el plano profesional y el plano étnico, entre checos y alemanes. En 1409-1410 se convirtió en rector de esta universidad. Su enseñanza difundió las ideas que traicionaban la influencia de Wycliff y, mientras la teología nominalista reinaba entre los alemanes, él profesó un realismo radical al afirmar la existencia de unos universales en la inteligencia divina, siendo las ideas realidades trascendentes. Además, su influencia se difundió extensamente fuera del medio universitario pues, a partir de 1402, predicó en checo en la capilla de Belén de Praga. Hus reclamaba una reforma moral de la Iglesia y una obediencia estricta a la palabra de Dios, y así entró en conflicto con la jerarquía eclesiástica. Junto con sus colegas checos había obtenido del rey de Bohemia el Decreto de Kutna Hora (1409), que obligaba a maestros y a estudiantes alemanes a abandonar la Universidad de Praga. Iban a fundar la Universidad de Leipzig. Las obras de Wyclif fueron quemadas en público y Jan Hus fue excomulgado en 1410. Se exilió de Praga y se dedicó a predicar y a redactar obras polémicas. Así, en el *De Ecclesia*, definió la Iglesia como una asamblea de predestinados y recusaba la primacía pontificia. Cedió a la invitación de presentar sus disculpas en 1415 al concilio de Constanza. Le metieron en la cárcel y a pesar de sus denegaciones en sesión pública fue condenado y quemado el 6 de julio de 1415, y sus cenizas se dispersaron en el Rin.

La mayoría de los checos rechazaron su condena y asumieron sus ideas. Así nació la primera división confesional que conoció la cristiandad. Praga cayó en manos de los husitas y se rebeló contra el emperador, rey de Bohemia. La insurrección se agravó al adoptar las ideas del grupo más radical de los husitas, los taboritas. Desde

el punto de vista religioso, los checos se separaron de la Iglesia romana y extendieron a los laicos la comunión bajo las dos especies. Desde el punto de vista nacional, el movimiento afirmó sus sentimientos a través de la lengua y los valores checos contra las culturas extranjeras, en particular alemanas. Desde el punto de vista social, el movimiento situó en primera fila a los campesinos y borró las estructuras feudales. La Iglesia y los electores alemanes dirigieron cuatro cruzadas contra los husitas, de 1421 a 1431. Los combatientes husitas, campesinos que luchaban a pie tras sus carros, animados por su fe religiosa, consiguieron doblegar a la caballería enemiga, llevando la devastación y el terror, entre 1428 y 1429, a Lusacia, a Sajonia y a Franconia. El movimiento husita fue el primer gran movimiento revolucionario europeo y asombró a Europa. El emperador Segismundo tuvo que resignarse a un compromiso con los husitas moderados. Estos pusieron al frente del movimiento a Jorge de Podiebrad, quien fue vencedor por mucho tiempo. Rey de Bohemia de 1458 a 1471, arruinó la gran casa principesca de los Luxemburgo y las posiciones alemanas en Bohemia.

La devotio moderna

Conviene completar esta evocación de los problemas suscitados por la religión que agitaron a la Europa de los siglos XIV y primera mitad del XV, unos problemas que dieron lugar a conflictos más o menos violentos, con el planteamiento de una evolución pacífica de la devoción cristiana que sin duda tuvo todavía mayor influencia en profundidad sobre la sensibilidad europea. Se trata de la *devotio moderna*. Esta corriente espiritual nació de la experiencia del hijo de un comerciante en paños de Deventer, en los Países Bajos, Gérard Grote. Sacerdote, abandonó sus beneficios en 1374, se retiró a la cartuja de Monnikhuizen y luego se dedicó a predicar su doctrina organizando comunidades religiosas asociando sacerdotes, clérigos, hermanos legos, los Hermanos de la Vida común; junto a ella organizó una rama femenina. Grote y sus discípulos predicaban la reforma de las costumbres, combatiendo la simonía, la acumulación de beneficios, el concubinato de los sacerdotes y el no acatamiento al voto de pobreza. La *devotio moderna* no tuvo la profundidad de la inspiración mística que se desarrolló en la Europa del siglo XIII y sobre todo en la primera mitad del siglo XIII, aunque sí trató de problemas concretos, cotidianos, y propuso una devoción sencilla y práctica, cuyo modelo era la humanidad de Cristo. De este medio salió una obra maestra, la *Imitación de Jesucristo*, atribuida a Thomas A. Kempis, muerto en 1471, y que se convertiría a lo largo de los siglos en el breviario, en el libro de lectura de las personas piadosas de ambos sexos en Europa. Aunque la *devotio moderna* sólo marginalmente inspiró los movimientos más radicales de la Reforma protestante, proporcionó a Ignacio de Loyola una parte del contenido de la devoción jesuita.

Nacimiento de los sentimientos nacionalistas

Según algunos historiadores, un fenómeno de orden psicológico fue el factor que alimentó los conflictos que se manifestaron en Europa desde el siglo XIV al XV, el sentimiento nacional. Otros historiadores han discutido que en esta época ya existiera tal sentimiento. Bernard Guenée considera la cuestión mal planteada y propone: «¿Qué entendía por "nación" un europeo a finales de la Edad Media en un Estado determinado? ¿Sus habitantes se concebían a sí mismos como una nación? ¿Cuál era la composición e intensidad del "sentimiento nacional" que les animaba? ¿Qué fuerza y qué cohesión conseguía dicho Estado de este sentimiento nacional?». Guenée responde que la palabra «nación» no adquiere su sentido moderno hasta el siglo XVIII. A finales de la Edad Media, raza, país y reino son sinónimos de nación. La conciencia nacional moderna adhirió el concepto de nación, a finales de la Edad Media, a realidades con las que no tenía relaciones profundas. Así en Alemania, la idea de imperio no se confundía con la idea de Alemania, como tampoco de germánico. En Francia se ligó estrechamente el nacimiento del sentimiento nacional a la guerra de los Cien Años. Pero Bernard Guenée afirma que el lejano origen de este sentimiento se remonta al siglo XIII. Tal vez haya sido en Inglaterra donde se afirmó antes, y en concreto en la historiografía, un fenómeno que se parece más a lo que nosotros llamamos «sentimiento nacional». En un hermoso estudio reciente, Olivier de Laborderie ha mostrado que genealogías reales ilustradas a finales del siglo XIII y a principios del XIV sólo se entendían dentro de la perspectiva de un sentimiento nacional inglés que se remontaba al siglo XII. Pudo ser decisivo el éxito de la *Historia regum Britanniae* (*c.* 1136) de Godofredo de Montmouth, que popularizó a Brut (el rey Brutus, antepasado legendario de los reyes bretones) y al

semihistórico Arturo. La guerra de los Cien Años, si no fue el punto de arranque de un verdadero sentimiento nacional, sí aportó a los ingleses un cambio capital que iba a alimentar el desarrollo del sentimiento nacionalista. Fue el abandono del francés como lengua oficial, convertido ahora en lengua del enemigo y sustituido por la lengua del pueblo, el inglés. Así, la coherencia lingüística, aunque no siempre estuvo ligada al sentimiento nacional, en Inglaterra contribuyó a fortalecer su desarrollo. Shakespeare, a quien a principios del siglo XVII es frecuente encontrarlo como punto de llegada de la formación de este sentimiento nacional, dio en el famoso monólogo de Ricardo II una magnífica expresión precoz de nacionalismo inglés. Desde esta perspectiva, conviene subrayar asimismo la referencia a Francia en las obras compuestas en la abadía de Saint-Denis, y tituladas a partir de 1274 como *Las grandes crónicas de Francia*. En todos los casos se ven los vínculos entre «sentimiento nacional» y monarquía; encontramos de nuevo este vínculo entre país y monarquía en el caso de Juana de Arco. Si se trata, en este caso, de una actitud «popular», parece claro que la evolución hacia un sentimiento nacional era constitutivo de una élite minoritaria y estaba lejos de poseer un contenido tan rico como lo tendría más tarde. Posiblemente sea preferible hablar de espíritu «patriótico». Ernst Kantorowicz ha explicado la difusión que a finales de la Edad Media tuvo el adagio *Pro patria morí* [Morir por la patria]. En todo caso, conviene que nos mostremos prudentes en la concepción de los sentimientos nacionalistas en la Europa de los siglos XIV y XV, y las primeras fases de formación de una nación deben ubicarse dentro de un contexto más amplio que el relativo al sentimiento y a la psicología.

En cambio, y se trata de usos que han desempeñado cierto papel en la elaboración del sentido moderno de nación, en el siglo XV se hablaba de nación en algunas asambleas específicas: las universidades y los concilios. Para obtener un buen funcionamiento de la institución, las naciones sirvieron para agrupar a los numerosos estudiantes de orígenes diversos que poblaban las

universidades. Las naciones aparecieron hacia 1180 en Bolonia y organizaron la universidad en dos conjuntos. Según el origen geográfico de los estudiantes en relación a los Alpes, de un lado, los cismontanos estaban divididos en tres subnaciones (lombardos, toscanos, sicilianos); y los ultramontanos en trece, que correspondían más o menos a los diversos reinos y conjuntos políticos de la cristiandad. En París, el sistema de las naciones apareció en 1222 y se limitó a la Facultad de Artes, dividida en cuatro naciones, Normandía, Picardía, Francia y Anglo-Alemania. Ya advertimos con este ejemplo que no se puede identificar absolutamente una nación universitaria medieval según el origen nacional común de sus miembros. En París, la nación francesa englobaba a los maestros y estudiantes de los países mediterráneos. Y la nación anglo-alemana, muy importante en el siglo XV, nos aparece como un verdadero híbrido, mientras que según las normas medievales funcionaba muy bien. Hemos visto, en cambio, que en Praga las naciones checa y alemana tuvieron una composición étnica muy neta, hecho que engendró un violento conflicto que terminó con la eliminación de la nación alemana.

Los grandes concilios de principios del siglo XV, en particular el de Constanza, utilizaron y difundieron la división en naciones; cada nación conciliar agrupó a varios países, más o menos emparentados por la geografía, la historia o la lengua. La nación, según su acepción antigua, fue por lo tanto una forma de organización del espacio y de la sociedad europeas. Del mismo modo, en el marco de la expansión europea fuera de Europa, los comerciantes europeos en el extranjero, en las factorías o incluso en las ferias, agruparon en naciones a los comerciantes de una misma ciudad o de una misma región y desempeñaron en ellos un papel de representación y de asistencia.

La profecía política

Un fenómeno cercano al sentimiento nacional y que se expresó con gran fuerza en los siglos XIV y XV fue la profecía política. La lectura y la meditación del Antiguo Testamento habían acostumbrado a los clérigos de la Edad Media a conceder una gran importancia a los profetas y a los aspectos políticos de sus profecías. Colette Beaune considera que «el siglo XIV fue decisivo» en la difusión de este interés. La mayoría de las naciones europeas y de las grandes ciudades italianas se fabricaron su propio profetismo. En Francia, la profecía pretendía que un rey Carlos, hijo de Carlos, tomaría el poder a los trece años, vencería a los sublevados y luego a los ingleses, y recibiría las dos coronas imperiales, en Roma y en Jerusalén, antes de reconquistar Tierra Santa y morir en Jerusalén. En España, Fernando de Aragón fue el héroe de profecías que anunciaban su victoria definitiva sobre los moros y la fundación de un nuevo mundo. «A finales del siglo XV —escribió Colette Beaune— la profecía proliferaba en todas partes. Justificaba las guerras de Italia y lanzó a Cristóbal Colón por las rutas oceánicas. En un mundo medieval con dificultades para concebir la idea de progreso, la profecía era uno de los escasos medios para pensar un futuro ya escrito». La Europa de la profecía evoca una Europa victoriosa y dominadora, la Europa de los tiempos modernos. No comparto la opinión de historiadores como Mijail Bajtin, que oponen un supuesto renacimiento en la Edad Media como un carnaval en Cuaresma, o la risa a las lágrimas. Fue un período en que los valores del Cielo descendieron sobre la Tierra, la Edad Media supo ofrecer a hombres y a mujeres goces desde esta tierra. La espléndida obra colectiva, de reciente publicación, *Le Moyen Age en lumière*[10], así lo demuestra.

La imprenta

No obstante, al tiempo que la Europa del siglo XV soñaba con un porvenir glorioso, se abría a una civilización más dichosa y, ante todo, de aquí abajo. Una considerable extensión del hábito de la lectura, un triunfo de la escritura y del libro, iban a resultar del descubrimiento de la imprenta. Las primeras formas de impresión del mundo occidental fueron probablemente placas de madera gravadas en relieve, utilizadas a partir de 1400 para reproducir sobre papel los textos llamados xilografías. La xilografía sólo tuvo una actividad mediocre, inferior a la transcripción manual de los manuscritos, realizados a principios del siglo XV en talleres especializados donde varias decenas de copistas trabajaban al dictado de un maestro. El uso del papel ofrecía una primera posibilidad, el invento definitivo fue el uso sistemático, hacia 1450, de caracteres móviles metálicos. Ya fuese su inventor o sencillamente el que lo perfeccionara o difundiera, el alemán Gutenberg fue quien lanzó en Maguncia la imprenta. En esta ciudad, desde 1454 un taller se dedicó a producir libros utilizando exclusivamente caracteres móviles metálicos obtenidos gracias a moldes equipados con matrices huecas de cobre. A partir de 1457, este taller produjo un salterio en colores que incluía un rojo y un azul además del negro. A finales del siglo XV, la imprenta se había difundido por casi toda Europa. La Universidad de París le dedicó una cátedra desde 1466, y la primera imprenta apareció en París en 1470. Pronto hubo dos ciudades que se convirtieron en los faros de la imprenta: Amberes, que se había constituido asimismo como el primer centro económico europeo, y Venecia, donde destacó el impresor y artista Aldo Manuzio (c. 1450-1515) a quien los franceses rebautizaron como Aldo Manucce. Como sabemos, los libros impresos antes de 1550 que han llegado hasta nosotros se les

conoce como «incunables». La revolución de la imprenta tardó algún tiempo en hacerse patente. Aunque no se trataba de libros de lujo, los libros impresos costaban caro y hubo incluso un período en que se produjo una cierta regresión de la lectura, a finales del siglo XV. Por otra parte, a lo largo del siglo XVI la imprenta aportó sólo de forma tardía una renovación del contenido del libro. Durante muchos años, se imprimieron sobre todo biblias y obras religiosas medievales, y los libros impresos iban adornados con miniaturas de carácter medieval. Pero el libro impreso iba a revolucionar no solamente el saber, sino también la práctica misma de la lectura. Una Europa de nuevos lectores se estaba fraguando.

La economía-mundo

El siglo XV fue también un período de gran apertura de la economía europea. El gran historiador de este período es Fernand Braudel, quien definió para describirla y explicarla la expresión «economía-mundo». La economía-mundo es la construcción de un espacio en el cual tienen lugar cambios económicos regulares dirigidos por una ciudad o una región central, con el establecimiento de relaciones regulares entre Europa del norte, Flandes y el mundo asiático, y los grandes puertos italianos (Génova, Venecia). En el siglo XIV se habría constituido una economía-mundo europea que en el siglo XV tendría por centro Amberes. Esta organización habrá sido, después de la mundialización romana de la Antigüedad, se habría limitado al mundo mediterráneo, la primera gran mundialización moderna. Como todas las mundializaciones, ésta habría enriquecido en conjunto a las ciudades, las regiones, los grupos sociales, y a las familias que participaron en ella. Pero este enriquecimiento habría tenido como corolario al parecer el empobrecimiento de las víctimas de dichos intercambios. Muchas ciudades habrían visto cómo aumentaba la pauperización y la marginación de una parte importante de su población. Fernand Braudel ha subrayado que la mundialización no se limitaba al orden económico, sino que también se encuentra en el orden político y cultural. En política, la economía-mundo tendría como réplica lo que iba a llamarse el «equilibrio europeo». Había nacido una Europa de globalización de los intercambios económicos, pero con el agravamiento de las desigualdades sociales y políticas.

Una Europa que se abre y se expande

Esta evolución de Europa marcada por el crecimiento y la apertura se desarrolló en lo que tradicionalmente se conoce como Renacimiento y se manifestó con esplendor en los siglos XIV y XV. Tiempo atrás intenté mostrar en mi *Edad Media en imágenes* la expresión iconográfica de esta apertura. Lo repito aquí sin más demora. Fue en primer lugar la afirmación del «hijo» sacrificado, no en la vida cotidiana, donde era objeto del amor eterno de sus padres, sino como valor, tal y como supo verlo Philippe Ariès, hasta el siglo XIII. Impulsado sin lugar a duda por el Niño Jesús, afectuosamente buscado en los evangelios apócrifos de la infancia que proliferan, y apoyado por el nuevo culto al Niño Jesús, el niño guapo y encantador, que enseña con suma gracia y picardía sus juguetes, un niño que invade el mundo angélico bajo la forma de bebés mofletudos, los *putti*. Con el niño se afirma la mujer, y mientras encontramos en todas partes el culto mariano, las imágenes de María, en forma de *Pietà* o de Virgen de la misericordia, Eva, relegada como mujer peligrosa a un plano de fondo, regresa al primer puesto y afirma la seducción carnal de la mujer terrestre; y la belleza de su rostro rivaliza con el de la Virgen.

Aparece a principios del siglo XIV una novedad destinada a conocer un extraordinario éxito, el «retrato». Es un producto de la afirmación del individuo y de este nuevo código de representación que llamamos realismo. Lo encontramos entre los vivos y entre los muertos. El rostro de los yacientes deja de ser convencional y pasa a ser «real». Los retratos más antiguos imponen el rostro de los poderosos, papas, reyes, señores y ricos burgueses; posteriormente el retrato se democratiza. La invención en el siglo XV de la pintura al óleo y el desarrollo de la pintura con caballete ayuda al retrato, que se mantiene en los frescos con plenos honores. Nace una Europa

del retrato, que durará hasta que en el siglo XIX la fotografía tome parcialmente el relevo. Esta Europa del desarrollo es también aquella en que la «gastronomía» contribuye a renovar el lujo alimentario y los banquetes se multiplican, el de aquel Faisán organizado en Lille en 1454 por el duque de Borgoña, Felipe el Bueno, y que sigue siendo el ejemplo mítico. El «juego» invade toda la conducta social traspasando las fronteras del mundo aristocrático; al juego de dados se añade, desde los inicios del siglo XV, el tarot. Nace una Europa de los juegos de cartas, que alimenta así una explosión de la práctica de las apuestas, sobre todo en Inglaterra. Esta Europa que parece querer conjurar las pestes a través de un gran retomo a los sueños caballerescos, a lo que en un famoso libro (*El otoño de la Edad Media*, 1919) el holandés Johann Huizinga llamó «el áspero sabor de la vida», «la aspiración hacia una vida más hermosa», «el sueño de heroísmo y de amor», «el sueño de vida idílica», es una Europa que no baila solamente en las danzas macabras, sino también en las danzas festivas que se multiplican al son de la música que, renovada en el siglo XIV por el *ars nova*, conduce a expresiones rítmicas de una gran sutileza y a la explotación de todos los recursos de la voz y de los instrumentos musicales. Es un momento de afirmación para Europa, que danza, canta y toca música.

Florencia, ¿la flor de Europa?

La expresión más brillante de esta expansión se encuentra en la Florencia del siglo XV. Aquí estalla lo que se llamará Renacimiento. Florencia se convierte en el siglo XV en el ejemplo más ilustre de la evolución de la ciudad-Estado italiana hacia una tiranía ilustrada. Es obra de las grandes familias de comerciantes-banqueros, en cuyo primer rango se encuentran los Médici. Esta evolución no funciona en el sentido del futuro político de Europa. El futuro pertenece a Estados como Inglaterra, Francia o Castilla. Pero los regímenes urbanos y despóticos son los benefactores del desarrollo del nuevo arte. Las grandes familias que gobiernan las ciudades y las ciudades-Estado, sobre todo en Italia, son grandes mecenas.

Antes de llegar a Lorenzo el Magnífico, quien suma al mecenazgo su propio genio de poeta, su abuelo Cosme tuvo un papel esencial como señor de Florencia de 1434 a 1464. Cosme coleccionaba estatuas antiguas, piedras, monedas, medallas, y fundó bibliotecas, como la suya, que contenía cuatrocientos volúmenes que había hecho comprar o copiar por toda Europa y Oriente. Cosme descubre y apoya a Marsilio Ficino, hijo de su médico personal, a quien paga los estudios y acoge en su villa de Careggi, que se convierte en foco de la Academia Platónica creada por Ficino. Cosme es también el benefactor del maestro de retórica Cristóforo Landino, a quien se le atribuye la conversión de los humanistas del uso del latín al de las lenguas vulgares. Hizo restaurar el convento de los dominicos reformados de San Marco, la iglesia de San Lorenzo por Brunelleschi, encarga a su arquitecto favorito, Michelozzo, construir su palacio, sin contar sus villas en los alrededores, la abadía de Fiesole, palacios en Milán, el colegio de los italianos en París y un hospital en Jerusalén. Financia al genial

escultor Donatello, que sería enterrado cerca de él, y al hermano Giovanni de Fiesole, conocido como Fra Angélico, a quien confía los frescos de San Marco y a varios otros grandes pintores y artistas de su época.

Florencia es el escenario de las grandes obras del nuevo arte. Son las puertas del baptisterio donde se ilustran los más grandes escultores de principios del siglo XV, son después esos frescos revolucionarios donde se practica un uso genial del nuevo concepto de la perspectiva de Masaccio en Santa María del Carmine. Por último, la obra más espectacular es la cúpula de la catedral, de Brunelleschi. No es éste el lugar para describir la historia del arte en Florencia en el Quattrocento. He destacado algunos creadores y algunas creaciones de primera fila. He añadido, favorecido según hemos visto por los Médici y alimentado por el repliegue en Europa de los sabios griegos que huían de los turcos tras la toma de Constantinopla, el movimiento neoplatónico, alrededor especialmente de Marsilio Ficino, una de las grandes novedades de ese momento intermedio, entre la Edad Media y el Renacimiento. En realidad, prolonga una actitud intelectual característica de la Edad Media. El ropaje antiguo para pensamientos nuevos. Es la gran tradición europea de los renacimientos nacidos en la época carolingia, y que proseguirá hasta finales del siglo XVIII, la que le hizo decir al poeta francés André Chénier: «*Sur des penser nouveaux / Faisons des vers antiques*» (Sobre pensamientos nuevos / hagamos versos antiguos).

Del hervidero de ideas y de obras que marcan ese siglo XV agitado, atormentado pero lleno de pasión, quisiera referirme a dos personajes a los que la historiografía no ha concedido la importancia que merecen.

Dos espíritus abiertos: Nicolás de Cusa...

El primero es un filósofo, Nicolás de Cusa (1401-1464). Nicolás, nacido en Cusa, un pueblecito situado a orillas del Mosela, estudió las artes liberales en Heidelberg, derecho canónico en Padua y teología en Colonia. Participó en el concilio de Basilea a partir de 1432 e interpretó un papel de primer rango ante varios papas, primero Eugenio IV, y sobre todo Pío II, su amigo Eneas Silvio Piccolomni, quien fuera papa de 1458 a 1464. Pero la actividad política y administrativa de este cardenal es secundaria en relación a sus ideas y a sus obras. Nicolás de Cusa era, en primer lugar, un erudito de la literatura teológica y mística, antigua y medieval, y su pensamiento se hace eco de ella. Estimaba, como afirmó Jean Michel Counet, que «la verdadera teología no empieza hasta que se ha rebasado el aristotelismo y su lógica de la no contradicción que conviene para lo finito, pero que resulta insuficiente para el estudio de Dios». Nicolás de Cusa predica una *docta ignorancia* (éste es el título de su tratado) que subraya la impotencia del hombre para conocer por entero a Dios, pero al mismo tiempo la necesidad del saber. Según él, la *docta ignorancia* no solamente permite la aproximación intelectual a Dios, sino que desemboca en una nueva concepción del mundo. De Cusa refuta la inmovilidad de la Tierra en el centro del mundo como pensaban Aristóteles y Ptolomeo. Sin ser un precursor de Copérnico, propuso «un universo infinito cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna (futura definición pascaliana) y que es fundamento cosmológico de la subjetividad». Al mismo tiempo, cultivaba con detenimiento las matemáticas, sobre todo porque podían conseguir resolver este problema a través de estudios sobre la cuadratura del círculo. Nicolás estimaba que las matemáticas que él pretendía desarrollar completan las matemáticas racionales con

matemáticas superiores, intelectuales, que anuncian el cálculo infinitesimal de Leibniz y de Newton. Como a su amigo Pío II, a Nicolás le preocupó sobremanera la conquista turca. Quería trabajar en hacer realidad «la paz dentro de la fe». Según él, había que superar los límites intrínsecos de cada creencia y considerar que todas ellas comparten en su base los mismos presupuestos. Para Nicolás, las divergencias doctrinales sólo son divergencias en el plano de los ritos. La fe común a la que todas esas religiones en profundidad se adhieren es el cristianismo. Aun cuando Nicolás de Cusa conserva e incluso refuerza la primacía del cristianismo, su esfuerzo por pensar la multiplicidad de religiones es de los más rigurosos y novedosos que se hayan llevado a cabo. Nicolás de Cusa no solamente anuncia el ecumenismo sino que ofrece bases para la tolerancia que la Edad Media había ignorado.

... Pawel Wlodkowic

El otro personaje no es uno de los grandes espíritus del siglo XV, sino el autor de una obra a menudo ignorada por la historiografía, que me parece digna de mención en la evolución del pensamiento político europeo. Se trata del tratado presentado en el concilio de Constanza por el rector de la Universidad de Cracovia, Pawel Wlodkowic. Este tratado se sitúa en la estela del conflicto entre los polacos y los monjes caballerescos teutones que acababan de ser aplastados en la batalla de Grunwald (Tannenberg, 1410). Wlodkowic, al examinar el comportamiento de los teutones con respecto a los paganos prusianos y lituanos, proponía una actitud general con respecto a los paganos. Fruto de sus estudios en Padua, subrayaba la existencia de leyes naturales entre los paganos, la inmoralidad de las guerras que se declara contra ellas, y les concede algunos derechos civiles y políticos. Elio le permite alabar, sin duda, en oposición a los caballeros teutones, la actitud de los reyes de Polonia, aunque lo más importante de Wlodkowic es que lanza las bases de un aspecto «moderno» del derecho internacional. Europa, desde su punto de vista, debe esforzarse por integrar a paganos y cismáticos en su seno. La Europa sugerida por él no se confunde exactamente con la cristiandad.

¿Desvanecimiento del imperio?

No deberíamos suponer que el imperio iba a desaparecer de las realidades territoriales y políticas y del imaginario de los europeos en los siglos XIV y XV. Pero se ha podido hablar de decadencia e incluso de desvanecimiento del imperio, y en todo caso de fragmentación de este imperio que, pese a la consolidación de las monarquías nacionales inglesas y francesas sobre todo, y de las ciudades alemanas e italianas en primer rango, se había convertido en la expresión más que simbólica de una unidad europea. El emperador Carlos IV (emperador de 1347 a 1378) reformó, con la bula de Oro del 25 de diciembre de 1356, la estructura y el funcionamiento de la asamblea de los electores del emperador. La lista se detuvo en el número siete, los arzobispos de Maguncia, de Colonia y de Trèves, el rey de Bohemia, el margrave de Brandenburgo, el duque de Sajonia-Wittenberg y el conde palatino del Rin. El emperador estaba asistido por una dieta de imperio convertida desde principios del siglo XIV en la asamblea exclusivamente de los «Estados», es decir, de los príncipes laicos y eclesiásticos y de las ciudades del imperio. Carlos IV se esforzó también por conseguir que en todo el imperio reinara una paz imperial (*Reichslandfriede*), aunque sólo funcionaban eventualmente paces regionales (*Landfrieden*). Del mismo modo, los príncipes dirigieron los asuntos eclesiásticos sobre sus tierras y no hubo, desde mediados del siglo XV, Iglesia del imperio. En el siglo XV, Alemania estaba dividida en 350 territorios (*Landschaften*) cuyos jefes eran en realidad soberanos en materia de clero, ordenanzas, justicias, ejército y fiscalidad. Estas potencias soberanas poseían evidentemente un peso desigual en la vida de Alemania.

Al lado de los electores, tres nuevas potencias se afirmaron a lo largo del siglo XV, al este de Alemania: Brandeburgo, Sajonia y

Austria. Los marqueses de Brandeburgo, los Hohenzollern, sometieron las ciudades y en particular Berlín (1442), recuperaron la nueva marca sobre los teutones, reorganizaron la justicia y la economía, crecieron en Lusacia, vencieron a la coalición de sus vecinos e instituyeron la sucesión dinástica por derecho de progenitura en 1473. El pequeño ducado electoral de Sajonia-Wittenberg era todavía modesto a finales del siglo XV, a pesar de que el emperador Segismundo lo atribuyó a principios de siglo a la poderosa casa de Wettin.

El mayor éxito fue el de Austria. Tras un sinnúmero de peripecias, el hijo del emperador Federico III, Maximiliano de Austria (1438-1493), quien no se había dejado ver por Alemania durante cerca de veintisiete años a causa de los absorbentes problemas austríacos, creó la potencia austríaca. Por su matrimonio con la heredera del duque de Borgoña, Carlos el Temerario, poseía los Países Bajos. Se hizo reelegir rey de los romanos en 1486. Recuperó Viena tras la muerte del rey de Hungría Matías Corvino (1490) y heredó el gobierno de Tirol. Consiguió que se le reconocieran sus derechos sobre Bohemia y Hungría por el tratado de Près-burgo, en 1491 y, a la muerte de su padre en 1493, era único señor de un inmenso dominio que comprendía desde Trieste hasta Amsterdam. La Casa de Austria, casa imperial, se afirmaba en primera línea de las grandes potencias europeas en vísperas de los tiempos modernos, que iban a estar territorial y políticamente marcados por la búsqueda de un equilibrio entre las grandes potencias.

Simplificación del mapa europeo

Al margen de esta fragmentación del imperio, el mapa político de Europa se remodeló en el siglo XV y, al contrario de lo que sucedió en Alemania, lo haría preferentemente en el sentido de su simplificación.

En primer lugar, hay que subrayar que la gente del siglo XV no tuvo conciencia de ello, pues el largo conflicto enfrentó desde el siglo XII a las dos principales monarquías europeas, Inglaterra y Francia, puso en juego una parte importante del territorio francés, y acabó con la conclusión en favor de Francia de la guerra de los Cien Años.

Carlos VII reconquistó su reino en 1435 (toma de París en 1436, reconquista de Normandía en 1449, recuperación de Bayona en 1451). La victoria francesa quedó consagrada por las victorias de Formigny (15 de abril de 1450) y de Castellón (12 de julio de 1453) donde los cañones tuvieron un papel esencial. El tratado de Étaples en 1492, que confirmaba después del fracaso de una visita del rey de Inglaterra Enrique VII a Boloña el abandono por parte de Inglaterra de todos sus territorios continentales, salvo Calais, puso fin definitivamente a la guerra de los Cien Años.

De otro lado, la monarquía francesa escapó de la amenaza de la creación en su flanco oriental de un reino de Borgoña que comprendía una parte de sus territorios al este. Después de la muerte de Carlos el Temerario (1477), y a pesar del semifracaso francés que supuso el matrimonio de María, hija de Carlos el Temerario y heredera de la casa de Borgoña, quien finalmente se casó con Maximiliano de Habsburgo, de modo que Francia dejaba los Países Bajos en manos de Maximiliano, obtuvo con el tratado de Arras (1482) Picardía, Boulonnais, el ducado de Borgoña, Artois y el Franco-Condado. La monarquía francesa se benefició en último

extremo de la extinción de la casa de Anjou. El rey René, sin heredero directo, cedió Anjou al rey de Francia en 1475 y dejó a otro sobrino Maine y la Provenza, que fueron reunidas por la corona a la muerte del último Angevino, en 1481. La delimitación de la frontera meridional fue concluida con Navarra y Aragón, y sólo quedaba al margen de la monarquía francesa el ducado de Bretaña. El matrimonio de la única heredera, Ana, con el rey de Francia, Carlos VIII, en 1491, y su siguiente matrimonio con su sucesor Luis XII (1499), garantizó la integración de Bretaña en el reino de Francia.

Otra simplificación tuvo lugar en la Península Ibérica. Después de múltiples peripecias, Portugal conservó su independencia y renunció a Castilla en el tratado de Alcaçovas (1479). Cataluña entró en el seno de Aragón y el rey de Aragón, Fernando, se casó en Valladolid con la reina de Castilla, Isabel, en 1469. Eran los «Reyes Católicos», y una promesa de unificación para España.

Por último, y más importante, los Reyes Católicos atacaron en medio de una atmósfera de nueva cruzada el último reino musulmán de España, el de Granada. Tomaron Málaga en 1487; Baza y Almería en 1489; y por último Granada, después de un larguísimo asedio, el 2 de enero de 1492. No se puede dejar de mencionar que ese mismo año los judíos fueron expulsados de Castilla y que Cristóbal Colón descubría para los reyes de España una tierra que iba a convertirse en América.

Así habría debido terminar la larga implantación de los musulmanes en Europa desde el siglo VIII. Pero mientras el dominio musulmán llegaba a su fin en el suroeste, otra amenaza musulmana aparecía por el sureste: la amenaza turca.

La amenaza turca

Desde mediados del siglo XIV, la amenaza de los turcos otomanos sobre la Europa balcánica no dejó de concretarse. Habían tomado Gallipoli y la Tracia del sur de 1353 a 1356, Salónica en 1387, e infligieron en Kosovo (1389) una sangrienta derrota a los serbios, cuyo cruel recuerdo han conservado hasta hoy en su memoria colectiva. A petición del emperador Segismundo, una cruzada en la que se destacó la llamada «flor de la caballería europea» fue masacrada en 1396 en Asia Menor, en Nicópolis. Fue aquélla la última cruzada. El congreso de los príncipes europeos cristianos convocado por Pío II en Mantua, en 1459, fue un fracaso completo. Los turcos habían tomado Constantinopla en 1453, ocasionando un gran impacto en Occidente sin suscitar una fuerte resistencia cristiana europea. Los turcos se apoderaron de Bosnia de 1463 a 1466, saquearon el Friuli y Estiria en 1478-1479, y tomaron Otranto en 1480. Génova perdió su imperio colonial con la caída de Cafa, en Crimea, en 1475. Pío II es, lo recuerdo, el papa que escribió el único tratado de la Edad Media que llevaba «Europa» en su título e incluso iba titulado con esta palabra. Después de la toma de Constantinopla, el 21 de julio de 1453, Pío II escribió a Nicolás de Cusa. Recordaba la amenaza en particular que los turcos imponían sobre la costa italiana, europea, del Adriático. Preveía un debilitamiento de Venecia desastroso para la cristiandad, y concluía: «la espada turca está desde ahora suspendida sobre nuestras cabezas, y durante este tiempo nos entregamos a guerras intestinas, perseguimos a nuestros propios hermanos, dejamos que los enemigos de la Cruz se arrojen contra nosotros». De forma más concreta aún, en una carta del 25 de septiembre de este mismo año de 1453, a Leonardo Benvoglienti, embajador de Siena en Venecia, le trazaba un cuadro catastrófico de las divisiones de la cristiandad

frente a las amenazas turcas, y empleaba en un contexto a la vez excepcional y ejemplar la palabra «Europa», y así escribía: «Éste es el rostro de Europa, ésta es la situación de la religión cristiana».

El proyecto europeo de Jorge de Podiebrad

Casi simultáneamente, Jorge de Podiebrad, el rey de Bohemia, un husita moderado, para contener y rechazar a los turcos, propuso la creación de una asamblea que, sin llevar el nombre de europea y anteponiendo esencialmente la fe católica común, fue en realidad el primer proyecto de asamblea de una Europa unida. Este texto, en su versión latina de la *Universitas* de 1464, fue llamada por su traductor Konstantin Gelinek un *Tractatus* para Europa, y editada en 1992 por Jean-Pierre Faye en su obra, *L'Europe une*. El rey de Bohemia declaraba explícitamente como objetivo y medio de esta unión la renuncia a la guerra entre los Estados europeos. Era, hace cinco siglos, el llamamiento a una Europa de la paz y la designación de la paz como principal bien de una unión europea. Preveía, en el caso de que se produjeran conflictos entre miembros de la asamblea, la intervención de una fuerza común europea de arbitraje. Reclamaba un lugar propio como sede de la asamblea. Deseaba que la asamblea original pudiese recibir a nuevos miembros cristianos. Proponía la creación de impuestos y de recursos financieros especiales para subvenir a los gastos de la asamblea y que se celebrasen asambleas cada cinco años y de forma sucesiva en distintas ciudades europeas, empezando por Basilea, y continuando por una ciudad de Francia, y luego otra de Italia. Apelaba asimismo a instituir un blasón común, un sello, un tesoro, archivos, un síndico, un procurador fiscal y funcionarios. Propuso la atribución de un voto a cada «nación» (Francia, Alemania, Italia y eventualmente España, etc.). Las decisiones se tomarían por mayoría de votos y, en caso de empate, «son los votos de los delegados, representantes de los señores de título más elevado y mérito los que prevalecerán»; las otras naciones firmantes de este pacto elegirán entre ambas partes. Este es el sorprendente texto

que por desgracia no tuvo el menor conato de realización. La Europa unida era muy prematura a mediados del siglo XV, pero es digno de notar que un príncipe, al que se puede calificar de atípico, tuviese una idea tan llamativa por su modernidad.

Italia, faro y presa de Europa

Dentro del conjunto europeo, Italia ha atraído especialmente las miradas de numerosos contemporáneos y, luego, de los historiadores. A pesar de su impotencia para construir una nación, Italia continuó inspirando en numerosos intelectuales humanistas, entre ellos a Maquiavelo, sentimientos patrióticos. Y, sin embargo, la realidad es la de una Italia fragmentada. Su posición en el siglo XV es una paradoja, o mejor dicho, un despedazamiento. De un lado es la patria ya resplandeciente no sólo del humanismo, sino del gran Renacimiento, y hemos visto cómo se desarrolló en el caso ejemplar de Florencia. Italia atrajo a muchos europeos que doblaban sus motivaciones habitualmente religiosas con lo que nosotros llamaríamos hoy motivos turísticos. La religión les ofrece, además, la ocasión de combinar ambas motivaciones. Así fue como esos muchos europeos que iban a embarcar para el peregrinaje a Tierra Santa en Venecia, llegaban en general un mes antes de que partiera su barco para tener tiempo de visitar las numerosas y espléndidas iglesias y venerar en ellas las innumerables reliquias que encerraban. La fragmentación italiana se simplifica un poco en el siglo XV. Florencia unificó más o menos Toscana, en particular apoderándose de Pisa y de Livorno, accediendo así al rango de potencia marítima. Venecia incrementó también su dominación sobre el noreste de la península, la *terra ferma*, colocando bajo su dominio Bérgamo y Brescia en 1428. Felipe María Visconti rehacía la unidad del Milanesado y se apoderó de Génova en 1421. El rey René de Anjou, quien tomó Nápoles en 1438, debió cederla definitivamente en 1443 a Alfonso de Aragón, quien reconstruyó por largo tiempo la unidad de las Dos Sicilias (Nápoles, Cerdeña, Sicilia) bajo dominio aragonés. Esos Estados, y los señores que los dirigían, como Francesco Forza, sucesor de los Visconti en Milán y

Cosme de Médicis en Florencia, se entregaron a combates interminables para lo cual apelaron al rey de Francia. Finalmente Venecia se adhirió el 9 de abril de 1454 a una «Santísima Liga», cerrada por veinticinco años bajo el patronazgo del papa, la paz de Lodi que estableció entre las potencias italianas un equilibrio que, más allá de las pasajeras turbulencias de la época napoleónica, se prolongaría más o menos hasta 1860. Esta Italia brillante y dividida contra sí misma ejerció una poderosa atracción sobre una gran parte de Europa, si bien esta atracción era tanto codicia como admiración. La Italia-faro iba a ser también, más que nunca, una Italia-presa, como bien demostró Girolamo Arnaldi en su excelente ensayo *L'Italia e suoi invasori* (Italia y sus invasores). Sus agresores son Aragón, pronto el imperio, pero también y sobre todo Francia. Carlos VIII se vio solicitado también por el papa Inocencio VIII en 1489 para intervenir en el reino napolitano, así como por Ludovico el Moro, nuevo señor de Milán, para el Milanesado. El 29 de agosto de 1494, el rey de Francia Carlos VII abandonó Lyon, siguiendo el espejismo de una cruzada en la que no llegaría a enrolarse nunca, para reclamar en Nápoles los derechos que él decía tener sobre la casa de Anjou. Es así como empiezan las guerras de Italia.

El europeo Commynes

No obstante, esta Europa que se estructuraba según una combinación de ideología unitaria cristiana y de realidades nacionales concretas, se imponía cada vez más a sus intelectuales, a sus historiadores, y a sus hombres de Estado, como una entidad. Philippe de Commynes, el gran historiador europeo de este período, después de sobrevolar el estado del mundo cristiano en su época, concluyó: «Sólo he hablado de Europa, pues no estoy informado de las otras dos partes, Asia y África». Se limita a decir que, según lo que había averiguado, esos continentes poseen asimismo una de las principales características desdichadas de Europa, las «guerras y divisiones». Añadió que, además, África padecía la desgracia de que sus habitantes se venden unos a otros a los cristianos y que los portugueses habían iniciado una trata cotidiana de negros. Una nueva fase de Europa se estaba anunciando, la Europa que descubre África e iba a descubrir América, y que empieza distinguiéndose de manera vergonzosa por alimentar el Nuevo Mundo con esclavos traídos del continente africano.

Europa al encuentro del mundo exterior

Con la profundidad histórica, la transformación más llamativa de Europa a finales del siglo XV fue que extendió y aceleró su expansión extraeuropea. Aunque Michel Mollat du Jourdin haya podido dedicar un hermoso libro a los exploradores de la Edad Media, ni el término ni el papel del explorador existían en esta época. Las escasas expediciones de cristianos romanos fuera de Europa fueron, o bien expediciones de misioneros, como las del franciscano Jean de Plan Carpin, en el siglo XIII, que además de sus misiones en países recientemente convertidos, en Escandinavia, Bohemia, Polonia y Hungría, llevaba cartas del papa Inocencio IV a los príncipes rusos y a los kanes mongoles Batu y Güyük, invitados sin éxito a verificar un entendimiento entre las religiones y la Iglesia romana[11]; o bien comerciantes, como los hermanos venecianos Polo y su sobrino Marco, que fueron en viaje de negocios a Ceilán y luego se pusieron al servicio de los mongoles llegando tal vez hasta China.

Fuera de los efímeros Estados latinos de Palestina, las únicas expansiones europeas medievales fueron la creación de un verdadero imperio comercial, y a veces territorial, en el Imperio bizantino y en Oriente Próximo por los grandes puertos mercantes italianos, sobre todo Génova y Venecia. Lo que atraía a los europeos al Mediterráneo oriental era, ante todo, entre una gran variedad de productos, la compra de especias. Según el tratado de Florentino Pegolotti, *La Practica della mercatura*, hacia 1340, las especias conocidas eran 286, en realidad 193, pues había repetidas. Esas especias se utilizaban ante todo en la farmacopea medieval, pero también en tintes y perfumería; y por último, en la cocina. Parece ser que los hombres y mujeres de la Edad Media eran muy aficionados a los platos especiados. Entre las especias,

en la Edad Media se contaban los cítricos y la caña de azúcar. Más de una cuarta parte de esos productos procedía de India, de China y Extremo Oriente. Eran muy caras, los indios se las compraban a los árabes, a los cuales se las compraban los europeos cristianos en la región de contacto que constituía Oriente Próximo. Los principales puertos de venta de carga de esas especias eran Acra, Beirut y, sobre todo, Alejandría, que era también el punto final de la vieja ruta de la seda.

Los venecianos eran los más importantes comerciantes europeos de especias a finales de la Edad Media, pues realizaban en este comercio unas inversiones anuales de 400 000 ducados y enviaban de tres a cinco galeras al año, una cantidad considerable teniendo en cuenta que de hecho, para un precio muy elevado, las especias ocupaban un volumen muy escaso. Después de los venecianos con una o dos galeras al año, destacaban los genoveses, catalanes y anconitanos.

Hombres de negocios y ricos consumidores europeos, a finales del siglo XV, se preocupaban por encontrar nuevas fuentes de especias, de azúcar, a lo cual conviene añadir, para responder a sus necesidades monetarias crecientes, el oro y los metales preciosos.

Rumbo al Atlántico y África

Los europeos se apartaron así un poco del horizonte mediterráneo, especialmente porque estaba perturbado por la conquista turca. La Europa de finales del siglo XV cada vez dirige más la vista hacia el Atlántico. Este interés por el Atlántico se dirigió en primer lugar hacia África occidental. La imagen de África entre los europeos cristianos era, desde la Antigüedad, mala; y la Edad Media acentuó aún más el carácter negativo de esta imagen. Los africanos, a menudo bautizados como «etíopes», eran ejemplos de fealdad debido al color de su piel, y África estaba poblada por serpientes y bestias monstruosas, mientras que Oriente, al lado de monstruos, encerraba numerosas maravillas. En 1245, Gossuin de Metz, en su *Imagen del mundo*, definió «Etíope», es decir, África, como un país habitado por personas «más negra que la pez», donde el calor es tal «que parece que la tierra arde» y, aparte de una franja septentrional, no contiene otra cosa que desiertos, llenos «de gusanos y de animales salvajes». Las únicas relaciones fructíferas, aunque limitadas a una minoría de comerciantes especializados, eran la compra con el sistema del trueque de oro de Sudán, en particular en Sijilmassa.

En el siglo XIV, la imagen de África entre los europeos se modificó de forma notable. África se convirtió en objeto de codicia. Algunas tentativas precedentes habían fracasado. En 1291, los hermanos Ugolino y Vanino Vivaldi, comerciantes genoveses, cruzaron el estrecho de Gibraltar en dirección al sur y desaparecieron para siempre. La expedición de Jaime Ferrer, en 1346, fue también un fracaso. A principios del siglo XV, las Islas Canarias, exploradas por el normando Jean de Bethencourt y Caballero de la Salle (1402-1406), fueron poco a poco colonizadas por los castellanos. El movimiento se aceleró cuando los

portugueses se interesaron. El 20 de agosto de 1415, Ceuta, que gobernaba el estrecho de Gibraltar y era el punto de enlace esencial del oro sahariano, fue tomada por los portugueses. Ése era el inicio de la expansión portuguesa. Hubo, sin embargo, algunos conflictos, anunciando lo que ocurrirá más tarde en los tiempos de la gran colonización europea, entre los portugueses que deseaban esencialmente instalarse en Marruecos y explotarlo, y aquellos que, por el contrario, deseaban explorar lo más lejos posible hacia el sur la costa occidental de África de las islas en alta mar. Esta empresa portuguesa tuvo un jefe de orquesta que planificó y dirigió la exploración y la expansión desde sus residencias portuguesas, en particular de Sagres en el Algarve. Ese jefe de orquesta fue el infante portugués Enrique el Navegante, hijo del rey Juan I (1394-1460). Los portugueses se establecieron en Madeira y en las Azores de 1418 a 1433. Gil Eanes cruzó el cabo Bojador en 1434. Dinis Dias llegó a Cabo Verde en 1444, y penetró en la embocadura del Senegal, descubierto por Nuño Tristão. En 1461, Diogo Afonso exploró el archipiélago de Cabo Verde. Joãno de Santarém y Pero Escobar alcanzaron el Ecuador en 1471. Bartolomeo Dias cruzó en 1487 el cabo de las Tormentas, que Vasco de Gama cruzaría a su vez en 1497-1498 para llegar a la India y llamaría Cabo de Buena Esperanza. No obstante, Castilla había culminado la conquista de las Canarias de 1470 a 1483. El rey de Portugal Alfonso V se adhirió al inicial programa político, interesándose sólo por Marruecos, donde tomó Tánger en 1471, y por la aventura castellana, que fracasó.

Hay que resituar esta expansión española y, sobre todo, portuguesa por las costas de África dentro de un movimiento más vasto que trasladó en el siglo XV la mirada de los europeos desde el Mediterráneo hacia el Atlántico. La actividad económica y los proyectos que mezclaban codicia económica, ideas misioneras y espíritu de aventura llevaron a primer plano de la escena europea a Portugal y al oeste de Andalucía. Lisboa y Sevilla se convirtieron en

poderosos centros de negocios no solamente dirigidos hacia el Atlántico sino hacia Europa.

Progreso y arcaísmo de los barcos y de la navegación

El interés por la fachada atlántica de Europa y por lo que había detrás fue posible a causa de los progresos de la navegación y, sobre todo, de los barcos. Los avances decisivos tienen lugar en el siglo XIII, con la adopción del gobernalle de estambote que sustituía al gobernalle lateral y permitía que el barco gozara de una mayor manejabilidad y estabilidad. Y la adopción de la vela cuadrada sobre verga cuya superficie podía aumentarse o disminuirse gracias a cordajes llamados bonetas y garcetas de rizo. Pero la explotación sistemática de estos avances no se produjo hasta el siglo XIV y sobre todo en el XV. Europa se había lanzado en pos de una mejor productividad del transporte marítimo. Como bien ha mostrado Jean-Claude Hocquet, se produjeron cambios, con una periodicidad de treinta o cuarenta años, en los tipos de barcos utilizados y en la composición de las flotas que mejoran sus posibilidades y facultades. Un progreso esencial consistió en yuxtaponer la vela cuadrada y el velamen latino sobre los mástiles del barco, lo cual permitía navegar con todo tipo de viento sin verse condenado a invernar. El barco líder de esos progresos, que dejó en la memoria europea un recuerdo mítico, era la *carabela*. La carabela tenía tres mástiles en lugar de uno; las ataduras de sus flancos consistían en planchas lisas y no superpuestas. Podía cargar de cuarenta a sesenta toneladas. Su principal cualidad era la rapidez. De los tres barcos que llevó Cristóbal Colón al descubrimiento de lo que sería América, había dos carabelas, la *Niña* y la *Pinta*. Esta emergencia mundial de los Estados capaces de viajar desde el Mediterráneo hasta el Atlántico, España y Portugal, fue coronada por el papado. El papa Alejandro VI Borgia decidió en 1493, por la bula *ínter aetera*, que las tierras no poseídas aún por príncipes

cristianos europeos serían atribuidas a España y a Portugal, al este y al oeste de una línea que pasaba por el oeste de las islas Azores. El año siguiente (1494), el tratado de Tordesillas entre españoles y portugueses desplazó más al oeste, en el océano Atlántico, la línea de demarcación trazada por Alejandro VI. Así empezaba el reparto del mundo entre los europeos que puede ser considerado como el final de la Edad Media y el inicio de los Tiempos Modernos. No conviene olvidar, sin embargo, que las mentalidades y actitudes que presidieron esta apropiación del mundo por parte de los europeos estuvieron impregnadas por completo de prejuicios e ignorancias medievales. Lo que se imaginaba que les esperaba al final del Atlántico y al principio de África no eran tierras nuevas, sino, por el contrario, tierras muy antiguas producto de la imaginación medieval. Más allá del cabo de Buena Esperanza estaba el país del Preste Juan, ese personaje maravilloso, soberano de un mundo mirífico. Al cruzar el Atlántico, se iba a buscar el viejo Oriente, China. Y sobre todo en una época en que, a pesar de algunos progresos, la cartografía contenía numerosos errores en Europa y estaba además embrollada en mitos y fábulas, esos objetivos de exploraciones y descubrimientos se consideraban como de débil alcance. Cristóbal Colón, en sus anotaciones de la *Imago mundi* muy poco precisa de Pierre d'Ailly a principios del siglo XV, escribió: «El extremo de España y el principio de la India no están muy alejados sino próximos, y resulta evidente que este mar puede navegarse en pocos días con viento favorable».

Cristóbal Colón es el mejor ejemplo de esas mentalidades nutridas de imaginario medieval y cargadas de errores que tal vez fueron un poderoso acicate para los descubrimientos. Colón pensaba que desde las Canarias hasta China la distancia no era superior a las 5000 millas marinas cuando en realidad es de 11 766. La Europa de la aventura atlántica y de los grandes descubrimientos es una Europa profundamente medieval.



Conclusión

CONSIDERADA DESDE LOS ALBORES DEL SIGLO XXI, la Europa de finales del siglo XV (no olvidemos que nosotros utilizamos aquí un concepto, «el siglo», que no se inventó hasta el XVI) aparece como desgarrada por una nueva tensión. La que existe entre los trastornos internos para los que Europa se prepara (guerras de Italia, guerra de los campesinos en Alemania, Reformas de Lutero y de Calvino) y, por otra parte, el espejismo de los horizontes lejanos que abren sus prometedoras perspectivas en África, en el océano índico y en lo que nosotros sabemos era un Nuevo Mundo que al cabo de algunos años sería bautizado como América. Podemos preguntarnos si el momento presentaba suficientes novedades y rupturas para que sea legítimo creer que se iba a pasar de un largo período de la humanidad europea a otro, y si cabe considerar que la Edad Media haya acabado.

Vista con la distancia histórica, el siglo XV puede ser considerado, en efecto, como el inicio de otro largo período, el que llamamos los Tiempos Modernos. Pero hay que preguntarse, antes de concluir la reflexión sobre la pregunta que da título a este libro, si

realmente se trata de la Edad Media y si por tanto se pueden evaluar las relaciones entre esta Edad Media y la elaboración de Europa. En otro momento ya he propuesto que hablar de una «larga Edad Media» estaba más cerca de la realidad histórica. Es cierto que, según la excelente expresión del gran historiador polaco Witold Kula, cada período presenta «una coexistencia de asincronismos»; y yo uso tan poco como me es posible el término crisis que muy a menudo oculta la falta de un esfuerzo de análisis de los cambios de una sociedad. Creo, en cambio, que se dan mutaciones y giros decisivos. ¿Hubo unas u otros a finales del siglo XV? Ahí interviene la palabra Renacimiento, en mi opinión desafortunada, propuesta por el historiador suizo Burckhardt, a finales del siglo XIX y que ha hecho fortuna. Recordemos primero que podemos calificar de renacimiento, y así se ha hecho en efecto, esencialmente y con razón otros momentos de la Edad Media, en la época carolingia y sobre todo en el siglo XII.

Contemplemos a continuación lo que caracteriza este Renacimiento. Se lo ha considerado esencialmente, y con razón, desde el ámbito del arte y del pensamiento. Pero al menos en Italia, ¿acaso el arte no es desde el siglo XIII «renaciente» y el humanismo característico del Renacimiento no empieza también en el siglo XIV?

En los terrenos fundamentales de la historia de la sociedad y de la civilización europea, también creemos que los fenómenos de fondo se encabalgan en este final del siglo XV. La peste negra que apareció en Europa entre 1347 y 1348 y la asolará hasta 1720. Marc Bloch estudió un rito inherente al poder real en la Edad Media, el del tacto real de los «reyes taumaturgos». Aparecido en el siglo XI, continúa en Francia y en Inglaterra desde el siglo XIII, duró en Inglaterra hasta principios del siglo XVIII, y en Francia hasta 1825, aunque el rito sea entonces mayoritariamente percibido como anacrónico.

Pero tomemos algunos ejemplos más masivos. Ya hemos visto la importancia que tuvo el desarrollo urbano en el período medieval y su significado europeo. Bernard Chevalier ha estudiado las

principales ciudades ligadas en Francia a la realeza, a las que se llamó «buenas ciudades». Muestra que el término y la red urbana que él definió aparecían en el siglo XIII y ya no tienen demasiado significado desde principios del siglo XVII. El esfuerzo de periodización más famoso de la historia europea en el pasado lo propuso Marx. La Edad Media asimilada al feudalismo existió, desde esta perspectiva, entre finales del Imperio romano caracterizado por el modo de producción esclavista, y la revolución industrial. Esta Edad Media es también donde aparece el esquema trifuncional indoeuropeo definido por Georges Dumezil. Es perceptible en la Inglaterra del siglo IX, triunfó en el XI con la fórmula «*oratores, bellatores, laboratores*» (los que oran, los que combaten, los que trabajan), sacerdotes, guerreros y campesinos, que perduró hasta los tres Estados de la Revolución Francesa, mientras que después de la revolución industrial se forma una trifuncionalidad del todo diferente, la de las actividades primarias, secundarias y terciarias definidas por los economistas y los sociólogos. En el terreno de la enseñanza, desde el siglo XII, es la aparición de las universidades que permanecerán a grandes rasgos sin cambios hasta la Revolución Francesa y, en el estadio primario y secundario, el principio de una lenta alfabetización que durará hasta la escolarización generalizada del siglo XIX.

Esta larga Edad Media es también el tiempo en que la cultura popular, que apareció en la Edad Media en el marco de un folclore europeo, duró hasta la renovación folclórica del siglo XIX. Un determinado cuento sobre el tema del Ángel y del Eremita se transmite en un *fabliau* del siglo XII hasta el *Zadig* de Voltaire y los cuentistas bretones del siglo XIX. La Edad Media era un período dominado, como hemos visto, por el cristianismo y por la Iglesia. Es cierto que un primer gran giro se produciría en el siglo XVI con la división del cristianismo entre catolicismo y protestantismo. Y el lugar y el papel de la religión no serán exactamente los mismos hasta hoy en los distintos países europeos. Pero podemos afirmar que Europa, con respecto a la religión, seguirá en grandes líneas la

misma evolución cuyas raíces se localizan en la Edad Media. Una separación más o menos neta entre la Iglesia y el Estado, cuando el cristiano entrega al César lo que le pertenece: el rechazo, contrario al islam o al cristianismo bizantino, de una teocracia; la promoción de los niños, de las mujeres y de los laicos, el equilibrio entre la fe y la razón. Pero esas características quedarán más o menos enmascaradas hasta la Revolución Francesa por el poder y la influencia de la Iglesia romana. Y de manera general de la religión tanto reformada como católica. En todo ello, como vemos, no se da la ruptura del Renacimiento. Propongo por lo tanto a mis lectores que consideren el final del siglo XV como un alto importante en la historia medieval de Europa, hecho que no deslegitima el título de este ensayo.

Lo que hemos visto hasta ahora es la construcción y expansión de una Edad Media europea. Resulta legítimo detenerse en este final del siglo XV para puntualizar y averiguar si podemos ofrecer una respuesta a la cuestión que se plantea en el título del libro.

Me parece que en las relaciones entre Europa e historia hay dos aspectos fundamentales. El primero es el del territorio. La historia se crea siempre dentro de un espacio, y una civilización se elabora siempre, y se difunde, sobre un territorio. El siglo XV culmina en lo esencial la creación medieval de un espacio europeo iniciado con las «grandes invasiones» de la Alta Edad Media. En el siglo XV ya no hay paganos, y no habrían más musulmanes, si no hubiese empezado la conquista turca. Esta conquista tiene un doble y contradictorio efecto. Por una parte se cierne una amenaza sobre Europa; pero por otra parte, aunque la resistencia europea no sea tan fuerte como desearía Pío II, pues en general una identidad colectiva se construye tanto sobre las oposiciones al otro cuanto sobre convergencias internas, lo cierto es que la amenaza turca será uno de los cimientos de Europa. Las universidades difunden a partir de ahora el mismo tipo de saber, desde el Mediterráneo hasta el Báltico. El humanismo, incluso cuando abandone el latín por las lenguas vernáculas, penetrará la cultura europea desde Suecia

hasta Sicilia. Amberes es el centro de una economía-mundo que, como expuso Fernand Braudel, sigue siendo durante mucho tiempo europea antes de atrapar al mundo entero entre sus redes.

Perdura una incertidumbre, aun cuando la cuestión se plantea mejor a finales del siglo XV. ¿Dónde se sitúa la frontera continental de Europa en el este? En primer lugar, conviene advertir que si la toma de Constantinopla en 1453 fue muy lamentada por los europeos, sobre todo por los miembros de las élites, no es solamente, según desearía la historia tradicional, el final catastrófico de un mundo, el mundo bizantino, sino que es también, a largo plazo, el final de un obstáculo para la unidad europea; pues si la religión ortodoxa se mantiene hasta hoy, al este de Europa, ya no está ligada a ese doble centro de poder político y religioso que era el Imperio bizantino. Es un obstáculo eventual a una futura Europa unida que, paradójicamente, se retiró en 1453.

Por otra parte, los Estados eslavos concretan políticas territoriales que van a alterar los problemas de la frontera europea en el este. Polonia, un Estado plenamente europeo por su conversión, y unida a Lituania por la dinastía polaco-lituana de los Jaellos, a finales del siglo XIV, desarrolla una política de expansión territorial al norte (Prusia) y al este y al sureste (Volhynia y Podolia). En el siglo XV, se extiende desde el Báltico hasta el mar Negro.

Rusia, que se ha librado del yugo mongol, evoluciona hacia un Estado centralizado alrededor de Moscovia. Iván III (1462-1505) continúa la reunión de tierras rusas con la sumisión de Novgorod (1478) y de Tver (1485). Organiza un Estado poderoso y centralizado, regido por un sistema administrativo y judicial sólido, en particular con el Código de 1497.

Nos preguntamos entonces, si a finales del siglo XV, parecen predominar desde el punto de vista de los historiadores las amenazas sobre los logros europeos de la Edad Media anterior o las promesas para la Europa de la larga Edad Media que yo propongo. Invocaré, evidentemente, los azares de la historia, la importancia del azar, aunque creo que se pueden esbozar las probabilidades de

Europa a finales del siglo XV. En mi opinión, las amenazas no procederán de la emergencia de las naciones ni de las discrepancias religiosas que pueden derivar hacia el cisma. Espero que este libro haya demostrado que Europa empezó a fraguarse en la Edad Media a partir, al mismo tiempo, de las nociones y de las realidades de unidad y de «nación», aun cuando el desarrollo del concepto de soberanía a partir del siglo XIII y de sus aplicaciones introdujo un problema para su futuro. Por otra parte, el final del monopolio de la Iglesia Católica no supone el final de la cultura cristiana común, ni de una civilización y de valores donde el laicismo sería tanto heredero y continuador de valores cristianos, como el adversario que tuvo que ser a lo largo de amargos conflictos todavía por llegar a finales del siglo XV. La amenaza procede más bien de los enfrentamientos armados entre las naciones y del carácter guerrero de los europeos, que Hipócrates desde la Antigüedad había discernido y definido. Depende también, sin ninguna duda, de la manera como evolucionarán la expansión y la colonización esbozadas en el siglo XV y la relación entre Europa y sus posesiones en el mundo.

Frente a los avances, la Edad Media manifestó la más profunda de sus tensiones, hasta el punto de ofrecernos una imagen paradójica. La ideología dominante, y tal vez las mentalidades, condenaron como un error y un pecado lo nuevo, lo progresista, lo insólito y, sin embargo, ya se trate del universo material o del mundo intelectual y espiritual, la Edad Media fue un período de creatividad, de innovaciones, de camino hacia adelante. Lo que conviene subrayar, creo yo, como un logro para Europa entera, para su toma de conciencia, para su realización, son las capacidades de progresar que se afirmaron a lo largo de la Edad Media y se fortalecieron en el siglo XV. El término puede sorprender. Sabemos que la conciencia del progreso, la promoción del progreso como ideal no se produce hasta finales del siglo XVII, y sobre todo del XVIII. Es un florón de la edad de las Luces. Y, no obstante, creo que ese progreso despunta en la Edad Media. Lo que la Europa medieval

elaboró y empezó a mostrar estará en profundo contraste con lo que ocurrirá en el mundo musulmán, y en concreto en China. En el siglo XV, China es el país más poderoso del mundo, el más rico, el más adelantado en cualquier terreno. Ahora bien, China se encerrará en sí misma, se apagará y dejará que los europeos se hagan cargo del dominio del mundo, incluido Oriente. A pesar de la construcción del poderoso Imperio otomano, y la difusión del islam en África y Asia, el mundo musulmán, con excepción de los turcos, ya no tendrá el dinamismo del período medieval. La Europa cristiana, en cambio, adquiere las ideas y las prácticas que van a garantizar su incomparable expansión a partir del siglo XV, y convierte esta expansión, a pesar de las rivalidades en su interior, y de las injusticias e incluso de los crímenes en su exterior en el gran instrumento de la toma de conciencia y de la afirmación europea. Peter Biller[12] ha mostrado recientemente de qué modo la Europa del siglo XIV toma la medida de la población y adquiere conciencia del papel de esta población para la dirección de los asuntos humanos, aun cuando el siglo XIV sea, debido a la crisis agrícola y a las pestes, un período de dura regresión demográfica: la Europa de finales de la Edad Media empieza a considerar el número de hombres, su manera de vivir en comunidad y de reproducirse, como un factor de potencia. Una reflexión colectiva reciente acaba de estudiar las nociones y los aspectos de «progreso, reacción, decadencia» en el Occidente medieval[13]. Sin dejar de compartir la idea tradicional de que «los marcos mentales [de la Edad Media] son escasamente compatibles con la idea de progreso», esta obra destaca que el cristianismo da un sentido a la historia (he subrayado ya el lado «progresista» de las utopías de Joaquín de Fiore) y que liquidó el mito antiguo del eterno retorno y de la concepción cíclica de la historia. En un libro clásico, *La Théologie au XIIe siècle,* el padre Chenu había mostrado cómo el pensamiento medieval hizo que en el siglo XII la historia volviese a despegar. La búsqueda de la salvación se considera un progreso, moral sin duda, pero globalmente benéfico. El desprecio del mundo, a pesar de sus

teóricos y de sus émulos, no conduce a renunciar al progreso material. La dinámica de la Edad Media procede de la interacción de oposiciones, de tensiones que producen, sin llegar a nombrarlos, algunos progresos. Esta obra colectiva presenta algunas parejas del tipo progreso-reacción, progreso-decadencia, pasado-presente, antiguo-moderno, que animan la dinámica medieval. Como hemos visto, las órdenes mendicantes en el siglo XIII se atreven a afirmarse de manera provocadora como nuevas, es decir, mejores, mientras que sus adversarios formados por la mentalidad monástica consideran esta novedad como un pecado y un mal. La civilización y las mentalidades medievales no despreciaron las técnicas y se aplicaron a conseguir una productividad, un crecimiento, desde el terreno económico. Desde la Alta Edad Media se propuso a los campesinos libres «contratos *ad meliorandum*», con los que se obligaba al que se beneficiaba con él a mejorar el rendimiento de los campos.

Hemos visto ya que en el siglo XIV el interés por los avances agrícolas conduce a la reaparición de los tratados de agricultura. De forma generalizada, en torno al molino y sus aplicaciones, sistema de levas que transforma un movimiento continuo en un movimiento alterno, la Edad Media, y ello a pesar de su leyenda negra, es un tiempo de inventos, y recordemos las notables páginas que Marc Bloch dedicó a los inventos medievales. En la Edad Media, todo está impregnado de religiosidad, una religiosidad tan omnipresente que no hay palabra para definirla. Toda la civilización, empezando por la civilización material, está, según la expresión del gran economista Karl Polany, «encajada» (*embedded*) en lo religioso. Pero a medida que, como he sugerido, los valores del Cielo descienden sobre la Tierra, el obstáculo para el progreso que podría significar esta ganga religiosa se transforma paulatinamente en un trampolín hacia el progreso. El juego entre providencia y fortuna deja poco a poco de efectuarse por medio de una rueda ligada al tiempo circular, y más con los esfuerzos de la virtud individual y colectiva de los europeos. No hay ningún terreno donde la

creatividad de los europeos se haya traducido tanto en un gran progreso en la Edad Media como en el del tiempo. De una parte, el pasado, a falta de un estudio racional que no aparecerá hasta el siglo XVIII, no constituye el objeto de una verdadera ciencia histórica, pero es utilizado para el desarrollo de una memoria que adquiere las dimensiones de una cultura. La Europa medieval se apoya sobre el pasado para ir más lejos y mejor. Del mismo modo, el dominio de la medida del tiempo le proporciona algunos instrumentos de progreso. Mientras que el calendario sigue siendo el calendario juliano, el de César, una innovación procedente del Antiguo Testamento y del judaísmo introduce un ritmo que se ha impuesto hasta llegar a nosotros, el de la semana, introduciendo con ello una relación entre el tiempo del trabajo y el tiempo del reposo que, no solamente maneja el tiempo religioso del domingo, sino que también, sin duda, asegura el mejor uso posible de las fuerzas humanas. El calendario cristiano medieval introdujo también en Europa las dos grandes fiestas de Navidad y de Pascuas. La navidad, esa que, al contrario que el *Halloween*, fiesta pagana de la muerte, es la fiesta del nacimiento como la de la vida, como la Pascua es la fiesta de la resurrección. Sin contar con Pentecostés, que asume costumbres festivas feudales (día de armadura), fiesta del Espíritu.

En el siglo XV, el gran arquitecto y humanista italiano Leon Battista Alberti pone en boca de uno de sus héroes las siguientes frases:

> **GIANOZZO**: –Hay tres cosas que el hombre puede decir que le son propias: la fortuna, el cuerpo.
> **LEONARDO**: –¿Y cuál sería la tercera?
> **GIANOZZO**: –¡Ah! Una cosa extraordinariamente preciosa. Estas manos y estos ojos no son tan míos.
> **LEONARDO**: –¡Maravilla! ¿Y qué es?
> **GIANOZZO**: –El tiempo, querido Leonardo, el tiempo, hijos míos.

El valor del tiempo que alaba el texto es sin duda un valor económico (el tiempo es dinero), pero es también un valor cultural y existencial. La Europa de finales del siglo XV es una Europa del tiempo precioso, del tiempo apropiado para los individuos y las colectividades constitutivos de la Europa eventual.



Cronología

Acontecimientos europeos

276 Primera gran oleada de invasiones germánicas en el Imperio romano.

313 El edicto de Milán concede libertad de culto a los cristianos.

325 En el concilio de Nicea, Constantino se erige en abanderado de la ortodoxia cristiana contra el arianismo.

330 Constantino establece la nueva capital del Imperio en Constantinopla.

379-395 Teodosio reconoce el cristianismo como religión de Estado y a su muerte divide el Imperio romano en Imperio de Occidente e Imperio de Oriente.

407-429 Nueva oleada de invasiones germánicas.

410 Los visigodos de Alarico toman y saquean Roma.

415 Los visigodos se instalan en España.

432-461 San Patricio evangeliza Irlanda.
Hacia 440 los pueblos germánicos anglos, jutos y sajones se instalan en Gran Bretaña: los bretones afluyen sobre el continente.

451 El general romano Aecio detiene a los hunos de Atila en los Campos Catalónicos.

476 El hérulo Odoacre depone al emperador Romulus Augustule y devuelve a Constantinopla las insignias del Imperio de Occidente.

488-526 Reino del ostrogodo Teodorico en Rávena.
Entre 496 y 511 bautismo del jefe franco Clovis.

527-656 El emperador bizantino Justiniano emprende una reconquista parcial y temporal de Occidente (sur de Italia, Andalucía).
La peste llamada «de Justiniano» procedente de Oriente devasta Europa, al sur de los Alpes y del Loira.
Hacia 529 san Benito de Nursia funda la abadía del Mont-Cenis y da una *Regla* a sus monjes, que se convertirá en la orden benedictina.

c. 555 Los visigodos después de reconquistar Andalucía establecen su capital en Toledo.

590-604 Pontificado de Gregorio el Grande.

c. 570-636 Isidoro de Sevilla, padre del enciclopedismo cristiano medieval.

c. 590-615 El monje irlandés san Columbano funda diversos monasterios en Galia (Luxeuil), en Germania del sur (Constanza) y en Italia del norte (Bobbio).

568-572 Los lombardos conquistan el norte y una parte del centro de Italia; fundan un reino que tiene por capital Pavía.

711-719 Los bereberes musulmanes conquistan España hasta el Ebro.

726 Principio de la querella iconoclasta en el Imperio bizantino.

732 Carlos Martel, mayordomo de palacio franco, detiene a los musulmanes cerca de Poitiers.

757 Pipino el Breve, mayordomo de palacio, es consagrado rey de los francos por el papa Étienne II, al que apoya en Italia donde se crea un Estado pontificio llamado «Patrimonio de san Pedro».

759 Los musulmanes pierden Narbona, su última plaza en la Galia.

771 Carlomagno, único rey de los francos.

774 Carlomagno rey de los lombardos.

778 La retaguardia franca al mando de Roldán, sobrino de Carlomagno, es sorprendida por los vascos en el desfiladero de Roncesvalles.

787 Segundo concilio de Nicea. Carlomagno autoriza el uso de imágenes en el arte cristiano.

788 Carlomagno se anexiona Baviera.

793-810 Primeros ataques de los normandos en Gran Bretaña y en Galia.

796 Carlomagno vencedor de los Avaros.

796-803 Carlomagno manda construir el palacio y la capilla de Aix-la-Chapelle.

800 Coronación imperial de Carlomagno en Roma.

827 Inicio de la conquista de Sicilia por los sarracenos.

c. 830 Invención del cuerpo de Santiago en Galicia.

842 Juramento de Estrasburgo en lengua vernácula franca y germánica.

843 Tratado de Verdún al nacer Francia y Alemania.

Segunda mitad de siglo IX. El término *miles* (soldado caballero) empieza a designar al vasallo.

881 Aparece por primera vez la palabra *fief (feudum)*.

885-886 Asedio de París por los normandos.

895 Los húngaros se establecen en la llanura danubiana.

910 Fundación de la abadía de Cluny.

911 Carlos el Simple concede la desembocadura del Sena a los normandos de Rollon por el tratado de Saint-Clair-sur-Epte.

929 Creación del califato de Córdoba.

948 Fundación del arzobispado de Hamburgo, metrópolis religiosa para la conversión de los países escandinavos.

c. 950 Inicio de los grandes desbroces. Uso de la carreta al norte del Loira.

955 Victoria de Otón y sobre los húngaros en Lechfeld.

960 Construcción de la mezquita de Córdoba.

962 La coronación imperial de Otón el Grande funda el Sacro Imperio Romano Germánico.

967 Bautismo del duque polaco Miezcko.

972 Fundación del obispado de Praga.

985 Bautismo del jefe húngaro Vaik (san Étienne).

987 Sube al trono la dinastía capeta en la Galia (Hugo Capeto).

989 Bautismo del príncipe Vladimir de Kiev por ortodoxos bizantinos.

1000 La pareja Silvestre II (Gerberto de Aurillac, papa de 999 a 1003) — Otón II (emperador desde 983 hasta 1002) domina la cristiandad latina.

1000 Inicio de la construcción de un «blanco manto de iglesias» (según el monje cluniacense Raoul Glaber).

1000 Creación del arzobispado de Gniezno, metrópolis religiosa polaca.

1001 San Étienne coronado rey de Hungría.

1005-1006 Gran hambruna en Europa occidental.

1015-1028 Olav II Haraldsson el Santo intenta imponer el cristianismo por la fuerza en Noruega.

1019-1035 Knut el Grande rey de Dinamarca y de Inglaterra.

1020 Avicebron (Salomón Ibn Gabirol), filósofo judío (Málaga, hacia 1020 – Valencia, hacia 1058).

1020 Dintel de Sant Genis les Fonts (Cataluña), la escultura románica más antigua datada de Francia.

***c.* 1020** Guido d'Arezzo inventa una noción musical nueva.

1023 Roberto el Piadoso, a petición de la Iglesia, ordena quemar a los herejes maniqueos en Orleáns.

1028 Knut conquista Noruega.

Entre 1028 y 1072 Miniaturas del Apocalipsis de San Severo.

1029 Primer principado normando en Italia (Cremona).

***c.* 1030** Principios del movimiento comunal en Italia (Cremona).

1031 Final del califato omeya de Córdoba.

1032-1033 Hambruna en Occidente.

***c.* 1035** Construcción de un puente de piedra en Albi.

1037 El emperador Conrado II instituye la herencia de los feudos en Italia del norte.

1054 Cisma definitivo entre la Iglesia romana latina y la Iglesia griega ortodoxa.

1060-1091 Los normandos conquistan Sicilia.

1066 Conquista de Inglaterra por los normandos de Guillermo el Conquistador.

1069 Manifestación «comunal» en Mans.

1071 Reliquias de san Nicolás traídas desde Oriente a Barí.

1072 Aparición del contrato de *colleganza* en Venecia.

1073-1085 Pontificado de Gregorio Vil. Reforma gregoriana.

1077 El emperador Enrique IV se humilla ante el papa Gregorio VII en Canossa.

***c.* 1080** Guilda de san Omero.

1081 «Cónsules» burgueses en Pisa.

1085 Toma de Toledo por Alfonso VI de Castilla.

1086 Primera mención a un batán en Normandía (Saint-Wandrille).

Final del siglo XI En el norte de Francia, el caballo sustituye al buey de labranza.

Después de 1088 Irnerius enseña Derecho romano en Bolonia.

1093 Principio de la construcción de la catedral de Durham primera ojiva.

1095 Urbano II predica la cruzada en Clermont.

1098 Oleada antisemita: pogromos de los cruzados populares de paso hacia Palestina.

1098 Fundación de la orden cisterciense por Roberto de Molesmes.

1099 Formación de la *compagna* por los comerciantes de Génova.

***c.* 1100** Inicio de la desecación del pantano de Flandes: los pólderes.

1108 Fundación en París de la abadía de Saint-Victor, foco de la preescolástica.

1112 Revolución comunal en Laón. El conde-obispo resulta muerto.

1120-1150 Primeros estatutos de oficios en Occidente.

1126-1198 Averroes, filósofo árabe de Córdoba, comentarista de Aristóteles, muere en Marraquesh.

1127 Las ciudades flamencas obtienen cartas de franquicia.

1132-1144 Reconstrucción de Saint-Denis por Suger, principios del gótico.

1135-1204 Maimónides, teólogo y filósofo judío de Córdoba, escritor en árabe, muere en El Cairo.

1140 Formación del reino de Portugal.

***c.* 1140** *Decreto de Graciano*, base del corpus del derecho canónico.

1141 Pedro el Venerable, abad de Cluny, hace que el Corán sea traducido al latín.

1143 Fundación de Lubeck.

1154 Federico Barbarroja concede privilegios a los maestros y estudiantes de Bolonia.

1154-1224 Imperio anglo-francés de los Plantagenets.

1165 Canonización de Carlomagno.

1170 Construcción del minarete de la Giralda en Sevilla.

Después de 1175 Aparición del contrato de «comanda» en Génova.

1180 Muerte de Juan de Salisbury, obispo y patrón de la escuela de Chartres.

1183 Paz de Constanza, Federico Barbarroja reconoce la libertad de las ciudades lombardas.

1200 Fundación de Riga.

1202 Muerte de Joaquín de Fiore, teórico del milenarismo.

1204 Toma y saqueo de Constantinopla por los cruzados de la cuarta cruzada.
Fundación del imperio latino de Constantinopla (1204-1260).

1207 Misión de san Domingo entre los cátaros albigenses.

1209 Primera comunidad franciscana.

1209-1229 Cruzada de los albigenses.

1212 Victorias de los cristianos de España sobre los musulmanes en Las Navas de Tolosa.

1214 Primeros privilegios concedidos a la Universidad de Oxford.

1215 Estatutos de Robert de Courson para la Universidad de París.

1215 Cuarto concilio de Letrán: regulación del matrimonio y de la confesión, medidas antisemitas y antiheréticas.

1215 La Carta Magna inglesa.

1215-1218 Guillermo de Morbeke, traductor de Aristóteles al latín.

1216 Fundación de los Hermanos Predicadores (dominicos).

1223 El papado acepta la regla franciscana revisada.

1229-1231 Huelga en la Universidad de París.

1231 Gregorio IX organiza la Inquisición.

Después de 1232 Los musulmanes construyen la Alhambra en Granada.

1238 Los aragoneses toman Valencia.

1241 Raid de los mongoles en Silesia, Polonia y Hungría.

1242 Primera representación de un gobernalle de estambote (sello de Elbing).

1248 Toma de Sevilla por los castellanos.

1252 Acuñación de moneda de oro en Génova y en Florencia (florines).

1252-1259 Enseñanza de Tomás de Aquino en la Universidad de París.

1253 Fundación de un colegio para estudiantes pobres de Teología por el canónigo Roberto de Sorbon en la Universidad de París (la futura Sorbona).

1254 El papa Urbano IV instituye la festividad de Corpus Cristi.

1261 Caída del imperio latino de Constantinopla.

1266 Batalla de Benavente. Carlos de Anjou, rey de Sicilia.

1268 Primeros molinos de papel en Fabriano.

1270 Primera mención a un mapa marino en el Mediterráneo.

1276 Ramón Llull funda un colegio para enseñar árabe a los misioneros cristianos.

1280 Oleada de huelgas y motines urbanos (Brujas, Douai, Toumai, Provins, Rouen, Caen, Orleáns, Beziers).

1281 Fusión de las hansas colonesas, hamburguesas y lubeckenses.

1282 Vísperas sicilianas: los franceses forzados a ceder Sicilia a los aragoneses.

1283 Los caballeros teutones culminan la conquista de Prusia.

1284 Se acuña el dorado de oro en Venecia.

1284 Se derrumban las bóvedas de la catedral de Beauvais (48 metros).

1290 Expulsión de los judíos de Inglaterra.

1298 Empiezan los enlaces regulares por mar entre Génova, Inglaterra y Flandes.

1300 Primera mención segura a las gafas.

Principios del siglo XIV Difusión de la letra de cambio en Italia.

1306 Expulsión de los judíos de Francia.

***c.* 1306** *Ruralia commoda* de Piero de Crescenzi, suma de la ciencia agrícola medieval.

1309 El papado se instala en Aviñón.

1310 Primera representación de la Pasión en el atrio de la catedral de Ruán.

1313 Enrique VI muere en Pisa. Fin del sueño imperial.

c. 1313 Dante termina la *Divina Comedia*.

1315 Batalla de Morgaten: victoria de los soldados suizos sobre los Habsburgo.

1315-1317 La gran hambruna en Europa da lugar a la aparición de la «crisis» del siglo XIV.

1321 Matanza de leprosos y de judíos acusados de envenenar los pozos.

1337 Empieza la guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia.

1341 Coronación de Petrarca en Roma, esplendor del humanismo.

1347 Fracaso de Cola di Rienzo en el intento de restaurar a la antigua el gobierno de Roma.

1347-1348 Inicio de las grandes epidemias de peste negra (hasta 1720).

1348 Pogromos desatados por la peste negra.

1353 Se funda en Gallipoli el primer establecimiento turco en Europa.

1355 Tratado sobre la moneda de Nicolás Oresme.

1358 Revuelta de París contra el regente real.
Asesinato de Étienne Marcel. Jacquerie [revuelta] campesina en el noreste de Francia.

1368 Matrimonio de Jagellon, príncipe de Lituania, con Edwige de Polonia, hija y heredera de Casimir el Grande.

1378 Principio del Gran Cisma.

1378 Revuelta de los Ciompi en Florencia.

1378 El papa Urbano VI regresa a Roma.

1379 Revuelta de Felipe Van Artevelde en Gante.

1381 Jacquerie de Wat Tyler en Inglaterra.

1382 Condena de Wyclif por herejía.

1389 Los turcos vencen a los serbios en Kosovo.

1394 Los judíos son expulsados definitivamente de Francia.

1397 Los tres países escandinavos llevan a cabo la unión de Kalmar.

1409 Los alemanes abandonan la Universidad de Praga tras el decreto de Ktna Hora, favoreciendo a los checos sometidos a la influencia de Jan Hus.

1410 Derrota de los Caballeros Teutones por los polacos en Tann.

1414-1418 Concilio de Constanza.

Condena por herejía y ejecución de Jan Hus.

1420-1436 Brunelleschi construye la cúpula del Duomo en Florencia.

1431 Muerte de Juana de Arco, quemada en la hoguera en Ruán.

1431-1437 Concilio de Basilea.

1434 Cosme de Médici, señor de Florencia.

1439-1443 Los concilios de Florencia y de Roma acaban con el Gran Cisma.

1450 Gutenberg pone a punto la imprenta en Mayence.

1453 Los turcos toman Constantinopla.

1456 *Institutiones Platonicae* de Marsilio Ficino.

1458-1465 Pontificado de Pío II (Eneas Silvio Piccolomini), partidario de Europa.

1458-1471 Georges Podiebrad, rey husita de Bohemia.

Proyecto de unión europea.

1458-1490 Mathias Corvin, rey de Hungría.

1462-1505 Reino de Iván III, gran duque de Moscú.

1464 Muerte de Nicolás de Cues, teólogo «moderno», apóstol de la tolerancia religiosa.

1468 Muerte del albanés Skanderbeg, gran resistente a los turcos.

1469 Matrimonio de los Reyes Católicos en España.

1475 Tratado de Picquigny. Fin de la guerra de los Cien Años.

1476 Matrimonio de Maximiliano de Austria y de María de Borgoña.

1477 Botticelli pinta *La Primavera*.

1483 El dominico Torquemada es nombrado inquisidor general en España.

1492 Los Reyes Católicos reconquistan Granada.

Fin de la presencia musulmana en la Península Ibérica.

1494 Con el tratado de Tordesillas España y Portugal se reparten el mundo bajo la batuta del papa Alejandro VI Borgia.

1495 El rey de Francia Carlos VIII conquista (por breve tiempo) el reino de Nápoles. Empiezan las guerras de Italia.

Acontecimientos extra-europeos

América

700-800 Apogeo de la civilización maya en América Central.

800-925 Hundimiento de la civilización maya.

1000-1200 Apogeo de la cultura tolteca en México.

Siglo XII Orígenes semilegendarios de la dinastía de los incas en Perú.

1370 Los aztecas fundan Teotihuacán en México.

Siglo XV Sucesión de confederaciones aztecas en México.

1492 Cristóbal Colón «descubre América».

África

Siglos VI-VIII Apogeo del reino zulú de Zimbabue.
Los árabes conquistan Egipto y fundan Fustât (El Cairo), que se convierte en capital de los fatimíes (969-1171).

709 Los árabes culminan la conquista de África del Norte.

c. 800 Fundación del reino de Kanem en la región del lago Chad.

1057 Los árabes hilalianos destruyen Kairouan, capital de Aghlabides.

1062 Fundación de Marraquech por la dinastía bereber de los almorávides (final del siglo XII) y de los merinidas (1269).
Fracaso de un Estado musulmán que englobe a Argelia.

1171 El kurdo Saladín restablece el sunismo en Egipto y funda la dinastía de los ayubides (1171-1250).

1250 Los mamelucos se hacen con el poder en Egipto.

Principios del siglo XIII Lalibela, rey del reino cristiano de Etiopía, bajo presión del Islam traslada su capital desde Aksum a Roha.

1312-1337 Apogeo del reino musulmán de Mali bajo Kuta Mussa, que absorbe el reinado de Ghana.

Siglo XIV Fundación al oeste del lago Chad del reino de Bormu, que absorbe el Kanem.

1042 El normando Jean de Béthencourt conquista las Canarias.

1415 Los portugueses conquistan Ceuta.

1418 Los portugueses se instalan en Madeira.

1456 Los portugueses alcanzan el golfo de Guinea.

1477 Las Canarias pasan a estar bajo dominio español.

1788 Bartholomeu Díaz descubre el cabo de Buena Esperanza.

Asia: Extremo Oriente

320-480 Reinado de la dinastía de los Gupta en el norte de India.

Siglos III-IX Dominación a partir de Madras de la dinastía de los Pallava.

581-618 Yang-Kien restablece la unidad de China con una nueva capital Chang' An (Xi-An). Construcción de canales y de grandes murallas.

618-907 Dinastía de los Tang. Fortalecimiento de la administración central. Victorias en Corea. Reconocimiento de la

independencia del Tíbet. Difusión del budismo.

710 Nara. Capital imperial de Japón.

Mediados del siglo VIII-824 Los soberanos de Sailendra hacen construir en el centro de Java la estupa búdica de Barábudur.

777 El budismo, religión de la corte japonesa.

794 Heian (Kyoto), nueva capital imperial japonesa.

858 Inicios del dominio de los Jujiwara en Japón.

907 La dinastía de los Chola suplanta a la de los Palluwa en India y se extiende a Ceilán y a Malasia hasta el siglo XIII.

907-960 Anarquía de las «Cinco dinastías» en China.

960-1279 Dinastía de los Song. Mandarinato. Construcción del Gran Canal.

1185-1192 Creación del shogunato de Kamakuva.

1192 Muhammad Ghori, vencedor del rajputa Prithvi Raj. Los musulmanes, señores de la India del norte.

1024 Primera impresión de papel moneda en China.

1086 La más antigua mención a los caracteres móviles para la imprenta en China.

1181-1218 Apogeo del imperio jemer bajo Jaya Varman VII, que construyó Anhkor-Vat.

1206-1526 Sultanatos musulmanes de Delhi en India.

1206-1279 Formación del imperio mongol.

1245-1254 Viajes a China y Sureste asiático de los comerciantes venecianos Nicolo y Matteo Polo y de su hijo y sobrino Marco.

1279-1368 Dinastía mongol de los Yuan en China. Pequín (Khanbalik) capital desde 1264.

1314-1330 El franciscano Odorico de Pordemone viaja a India y a China.

1371 A los chinos se les prohíben los viajes por ultramar.

1392 Shogun de Muromachi en Japón. Difusión de la cultura zen. Creación del teatro No.

1400-1700 Dinastía china de los Ming.

1470-1480 Construcción de las grandes murallas del norte de China.

Próximo Oriente musulmán

622 Mahoma abandona La Meca por Medina: la Hégira.

630 El emperador bizantino Heraclio vencedor de los persas lleva la «Verdadera Cruz» a Jerusalén.

632 Muerte de Mahoma.

634 Los musulmanes salen de Arabia.
Inicio de la conquista musulmana del norte de África (termina en 709) en Tachkent (712).

636-724 Califato omeya de Damasco.

638 Los árabes toman Jerusalén.

661 Asesinato de Ali, yerno de Mahoma.

680 Hussain, hijo de Ali, es asesinado en Kartala. Inicio del cisma.

762 Califato abasida de Bagdad.

786-809 Califato de Haroun al-Rashid.

1009 El califa Hakem destruye el Santo Sepulcro de Jerusalén.

1055 Los turcos seldjukidas toman Bagdad y restablecen el sunismo.

1071 Victoria de los turcos seldjuckidas sobre los bizantinos en Mantzikert.

1099 Los cruzados toman Jerusalén.

1148 Fracaso de la segunda cruzada.

1187 El kurdo Saladino, victorioso sobre los cristianos en Hassin, se apodera de Jerusalén.

1191 Fracaso de la tercera cruzada, salvo la instalación de los cristianos en Chipre.
Fracaso de los cruzados de San Luis (Egipto 1250 – Túnez 1270).

1250-1354 Estancia de san Luis en Tierra Santa.

1291 Los mamelucos toman San Juan de Acere, última plaza cristiana en Palestina.

1354-1403 El sultán otomano Bayazid I conquista y unifica los emiratos turcos de Anatolia.



JACQUES LE GOFF (Toulon, Francia, 1 de enero de 1924 - París, Francia, 1 de abril de 2014). Atraído desde muy temprano por la historia medieval, cursa estudios en la *École Normale Supérieure*.

Después de diversas estancias académicas en el extranjero, pasa en 1962 a ser profesor en la *École Pratique des Hautes Etudes* junto a Fernand Braudel. Asume la dirección de esta institución (ya como *École des Hautes Etudes en Sciences Sociales*) entre 1972 y 1977.

Considerado uno de los mayores especialistas en la Edad Media, aúna la reflexión sobre el espacio y el tiempo con un profundo humanismo y es, en este sentido, uno de los más claros representantes de la Escuela de los Anales, de cuya revista es co-editor.

Defensor de la visión de una Edad Media larga, no coincidente con los cortes históricos al uso, ha señalado la importancia crucial de la cristiandad medieval en la construcción del Occidente europeo.

Entre sus obras más recientes traducidas al castellano cabe destacar *La civilización del Occidente medieval* (2002), *San Francisco de Asís* (2003), *Diccionario razonado del Occidente medieval* (junto con J. C. Schmitt) (2003), *¿Nació Europa en la Edad Media?* (2003), *Mercaderes y banqueros de la Edad Media* (2004) y *El Dios de la Edad Media* (2005).

Notas

[1] M. Bloch, Histoire et Historiens; textos reunidos por Étienne Bloch, Armand Colin, París, 1995, p. 126. (Trad. cast. Historia e historiadores, Akal, Madrid, 1999). **<<**

[2] Imagen y comentarios en Michel Pastoureau y Jean-Claude Schmitt, *Europe. Mémoires et Emblèmes*, Éditions de l’Épargne, Paris, 1990, pp. 74-75. **<<**

[3] Nació después del reparto de las posesiones reales entre sus mayores, Enrique el Joven, muerto antes que su padre, y Ricardo. La costumbre feudal de reparto entre los hijos del rey subsistía cuando en Francia los Capetos encontraban la solución de los «infantados», que a la muerte de su posesor volvían al dominio real. **<<**

[4] *Infra*, p. 120. **<<**

[5] Tonlieu: derecho pagado por los comerciantes para instalar sus productos en las ferias y mercados. (*N de la t.*). **<<**

[6] Otro derecho feudal. *(N. de la t.).* **<<**

[7] Lección inaugural en el Collège de France, marzo de 2002, p. 30.
<<

[8] Traducción francesa, *La Civilisation des moeurs*, Calmann-Lévy, París, 1973. (Trad. cast., *El Proceso de la civilización*, FCE, México, D. E, 1993). **<<**

[9] Un antepasado de los tratados de buenas maneras medievales, el *disticha Cantonis*, del siglo III, en verso, fue objeto de copias de manuscritos en la Edad Media. **<<**

[10] Bajo la dirección de Jacques Dalarum, Fayard, París, 2002. **<<**

[11] De regreso a Lyon, en 1247, Jean de Plan Carpin relató su viaje y lo que había averiguado en Saint Louis, que en vísperas de partir para la cruzada soñaba con un posible entendimiento con los mongoles para tomar a los musulmanes por sorpresa. **<<**

[12] Peter Biller, *The Measure of multitude. Population in Medieval Thought*, Oxford University Press. 2000. **<<**

[13] *Progrès-réaction, décadence dans l’Occident médiéval*, estudios recogidos por Emmanuelle Baumgartner y Laurence Harf-Lancher, Droz/Champion, París/Ginebra, 2003. **<<**